

encuentro

DE LA CULTURA CUBANA



HOMENAJE A ELISEO DIEGO

CARLOS SOLCHAGA

Cuba: perspectivas económicas

RENÉ DEPESTRE

Palabra de noche sobre Nicolás Guillén

CARMELO MESA-LAGO

¿Recuperación económica en Cuba?

ANTONIO BENÍTEZ ROJO

La cuestión del negro en tres momentos

del nacionalismo literario cubano

invierno de 1996 / 1997

3

900 ptas.

REVISTA
encuentro
DE LA CULTURA CUBANA

DIRECTOR

Jesús Díaz

DIRECTOR ADJUNTO

Pío E. Serrano

SECRETARIO DE REDACCIÓN

Carlos Cabrera

EDITA

ASOCIACIÓN ENCUENTRO DE
LA CULTURA CUBANA

c/ Luchana 20, 1º Int. A

28010 • Madrid

Teléf.: 593 89 74

Fax: 593 89 36

SECRETARIO

Felipe Lázaro

COLABORADORES

Holly Ackerman • Eliseo Alberto •
Rafael Almanza • Uva de Aragón •
Guillermo Avello • Gastón Baquero •
Antonio Benítez Rojo • Beatriz Bernal •
Elizabeth Burgos • Fernando Carvallo •
René Depestre • Manuel Díaz Martínez •
Eliseo Diego • Josefina de Diego •
Walker Evans • Luis G. Fresquet • Luis
Manuel García • Alberto Garrandés •
Pere Gimferrer • Julio Girona • Emilio
Ichikawa • Manuel Iglesia-Caruncho •
Cedey de Jesús Rojas • Lázaro Jordana •
José Kozer • César López • Rolando
López Dirube • Noemí Luis Gutiérrez •
Eduardo Manet • Pedro Marqués de
Armas • Carmelo Mesa-Lago • Julio E.
Miranda • Álvaro Mutis • Mario Parajón •
Marifeli Pérez-Stable • Ricardo Alberto
Pérez • Omar Pérez • Carlos Pérez Ariza •
José Prats Sariol • Tania Quintero •
Raúl Rivero • Ángel Rodríguez Abad •
Guillermo Rodríguez Rivera • Efraín
Rodríguez Santana • Rafael Rojas •
Rolando Sánchez Mejías • Baruj Salinas •
Enrico Mario Santí • Carlos Solchaga •
Osbel Suárez • René Vázquez Díaz •
Carlos Victoria • Alan West •

invierno **3**
de 1996/1997

■ **Homenaje** ■

POEMAS INÉDITOS

Eliseo Diego

CUBA • 3

PERINOLA • 4

ENCUENTRO • 5

HOMENAJE A ELISEO DIEGO

Pío E. Serrano • 6

EL REENCUENTRO DE PAPÁ Y GASTÓN

Josefina de Diego • 7

CARTAS CRUZADAS

Gastón Baquero / Eliseo Diego • 9

LOS PAPELES DE ELISEO DIEGO

Josefina de Diego • 13

EXTERIOR, REPRESENTACIÓN Y JUEGO

DE ELISEO DIEGO

Rafael Almanza • 19

SOBRE LA NARRATIVA DE ELISEO DIEGO

Julio E. Miranda • 26



PASADO PRESENTE • 30

DE CÓMO EL LOBO FERROZ SE HIZO CÓMPLICE

DE LA CAPERUCITA ROJA

Luis Manuel García • 31

DESDE LA HABANA

Tania Quintero • 38

CUBA: PERSPECTIVAS ECONÓMICAS

Carlos Solchaga • 43

¿RECUPERACIÓN ECONÓMICA EN CUBA?

Carmelo Mesa-Lago • 54

MARTÍ, UNA ANSIEDAD

José Kozer • 62

PALABRA DE NOCHE SOBRE NICOLÁS GUILLÉN

René Depestre • 66

UNA RIQUEZA VISIONARIA

Álvaro Mutis • 77

LA CUESTIÓN DEL NEGRO EN TRES MOMENTOS

DEL NACIONALISMO LITERARIO CUBANO

Antonio Benítez Rojo • 78

LINO NOVÁS CALVO

Alberto Garrandés • 86

CUBA Y LOS INTELLECTUALES: UNA REFLEXIÓN NECESARIA

Enrico Mario Santí • 92

DON UFANO / Luis G. Fresquet • 96



■ En proceso ■

EL CAMBIO EN LA POESÍA EN ESPAÑOL
A PARTIR DE LOS AÑOS 40

Guillermo Rodríguez Rivera • 97



■ Sin censura ■

Pedro Marqués de Armas / Rolando Sánchez Mejías /
Omar Pérez / Ricardo Alberto Pérez • 114



PROTESTA SOCIAL EN LA CUBA ACTUAL: LOS BALSEROS DE 1994.
Holly Ackerman • 125



■ Textual ■

UNA DELICADA BOMBA DE TIEMPO
Jesús Díaz • 132

POSICIÓN COMÚN DEFINIDA POR EL CONSEJO SOBRE LA
BASE DEL ARTÍCULO J.2 DEL TRATADO DE
LA UNIÓN EUROPEA SOBRE CUBA
Consejo de la Unión Europea • 134

¿ELEFANTES EN LA CRISTALERÍA?
Rafael Hernández • 136



BURLAR EL AGUA Y LAS CIRCUNSTANCIAS
Osbel Suárez Breijo • 141

EL LUGAR DE GASTÓN BAQUERO
Pere Gimferrer • 148



■ Buena letra ■

RITO DOBLE PARA LINA DE FERIA / José Prats Sariol • 149
LAS MEMORIAS POLÍTICAS DE RÉGIS DEBRAY;... / Fernando Carvallo • 151
SOBRE UN LIBRO QUE TRATA DE "ORÍGENES" / Noemí Luis Gutiérrez • 155
ENSAYOS SOBRE LA SOCIEDAD CIVIL... / Manuel Iglesia-Caruncho • 157
LA FOTOGRAFÍA CONSIDERADA COMO... / Guillermo Avello Calviño • 160
LAS DOS ORILLAS, LA ISLA ENTERA,... / Manuel Díaz Martínez • 163
SIN PIEDAD / Carlos Pérez Ariza • 165
¿CUÁL ES EL DON QUE EL ANIMAL OFRECE AL POETA? / Rafael Rojas • 167
LA CIUDAD Y LA NOCHE / Ángel Rodríguez Abad • 169



■ La isla en peso ■

173



■ Cartas a Encuentro ■

190

DESEÑO Y MAQUETACIÓN

Equipo Nagual, S.L.

IMPRESIÓN

Navagraf, S.A.
Madrid

Precio del ejemplar: 900 ptas.

Precio de suscripción (4 núm.):

España: 3.600 ptas.

Europa: 6.250 ptas. / \$ 52.00

América: 7.500 ptas. / \$ 62.00

ENCUENTRO DE LA CULTURA CUBANA es una
publicación trimestral independiente
que no representa ni está vinculada a
ningún partido u organización política
dentro ni fuera de Cuba.

Las ideas vertidas en cada artículo son
responsabilidad de los autores.

Todos los textos son inéditos, salvo
indicación en contrario.

No se devolverán los artículos que no
hayan sido solicitados.

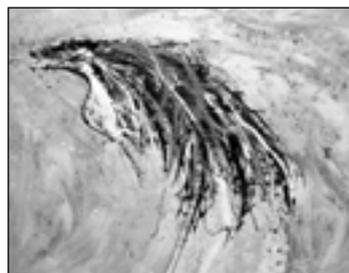
D.L.: M-21412-1996

ISSN: 1136-6389

Portada

Penca-Pájaro II
(141 X 196 cm.) 1990

Baruj Salinas



Cuba

El sufrimiento, ¿será fértil
por fin, el sufrimiento? A no haber sido
por el horror del entrepuente ↓
— a no haber sido por la sombra
hecha de olores como golpes —
a no haber sido por los golpes,
de ~~el dolor~~ ~~de la infamia~~ y la cólera, ¿sería
la patria igual, a no haber sido
por la sangre? ¿Sería
la ~~misma~~ misma sin la música
del grave corazón de África?



Cuba

Eliseo Diego

*El sufrimiento, ¿será fértil
por fin el sufrimiento?
A no haber sido
por el horror del entrepuente
—a no haber sido por la sombra
hecha de olores como golpes—
a no haber sido por los golpes,
y la cólera, ¿sería
la patria igual, a no haber sido
por la sangre?
¿Sería la misma sin la música
del grave corazón de África?*

Perinola

Eliseo Diego

*La mitad eras pardo, la otra blanco.
Eras sólo un cachorro, apenas vida.
Confiados tus ojos nos miraban.*

*Una tarde te echaste al duro suelo.
Te llamamos y casi no respondes.
No más con un cortés vaivén de cola.*

*En tu penumbra acaso éramos dioses.
Qué pobres dioses. Como tú, ya sombras.*

Encuentro

Eliseo Diego

*De dónde vienes tú, de qué distante
jardín oscuro, huerto bien guardado,
para estarte serena aquí a mi lado
como si siempre fuese un solo instante.*

*Mirarte y escucharte ya es bastante,
para qué preguntar cómo has llegado.
Estás donde debiste haber estado,
ceñida a mí como la mano al guante.*

*Pero te vas, fue un sueño, un sueño apenas,
te marchas entre el oro de la tarde,
tu pelo de azabache oculto en nieve.*

*Y sin embargo quedas en mis venas
y entre mis sombras y mis años arde
la costumbre de ti que a ser me mueve.*

Homenaje a Eliseo Diego

PÍO E. SERRANO

Esta revista se va construyendo sobre la base de una serie de sucesivos e impostergables encuentros. A esta cita no podía faltar la poesía de Eliseo Diego, la contenida calidez de su escritura. Este homenaje quiere recordar al poeta fundacional de *En la calzada de Jesús del Monte*. Recordar no es otra cosa que volver a pasar por el corazón. Ello será posible gracias a sus poemas inéditos que anteceden, a la ternura testimonial de Josefina de Diego, a la breve y luminosa correspondencia entre Eliseo Diego y Gastón Baquero, al sustantivo registro de Rafael Almanza, y a las revelaciones que Julio E. Miranda nos entrega sobre su prosa.

Desde *En la calzada de Jesús del Monte* Eliseo Diego se convirtió en uno de los centros de irradiación más genuinos de la sensibilidad cubana. Allí, y en los títulos que le sucedieron, se encuentra esa *realidad entrañable* que es la auténtica materia que informa la poesía. La siempre melancólica palabra de Eliseo palpa una memoria que a todos alimenta: el retrato de Céspedes, *tan callado el maestro, y tan derecho*; la imprescindible estampa de la República, *contra la nada estará la República*; la profunda extrañeza de esos pueblos olvidados de su nombre, *despacio iremos por los almacenes de su vida*; el inadvertido rincón donde se oculta todo esplendor *que me ciega y él desdeña*; las mínimas versiones que encierran un obstinado enigma, *la muerte –de antiguo dril– vira la cara*; el muestrario de un mundo que se inscribe en la página y *en el prodigio feliz / de la memoria*; las fantásticas noticias que deposita en nosotros la Quimera, *todo fue un juego –susurró–, acuérdate, todo era jugando*; los delicados días de tu vida, en la que *es necesario hacerlo todo bien, para dejarnos el tiempo, todo el tiempo*; la avidez de un espejo que refleja *tanta sombra / –tanta*; el inventario de asombros, páginas en blanco, crepúsculos, y de esa hospitalaria muerte, *pradera enorme*; el quizás y el quién sabe si *la risa del niño que escucho alejarse allí afuera –susurro para mí– tal vez no sea en realidad risa de niño, sino la estela irónica de Li Po, mientras se pierde...*; el empecinado cuatro de oros que repite, incorregible, *la eternidad por fin comienza un lunes*; y, en fin, esos poemas al margen, *levísimos fantasmas, lo que se dice a solas, José –José riéndose*.

En una esquina siempre Eliseo, lejos del clamor, de lo excesivo. Y no es que se tuviera poca estima; era en verdad humilde. La poesía es una formidable escuela de inseguridad e incertidumbre; nombra sólo un resplandor fugaz, un desconcierto. Después, *el crujir del tiempo, nada más*.

El reencuentro de papá y Gastón

SIEPREME GUSTÓ SU NOMBRE. TENÍA UNA SONORIDAD especial. Mis padres y mis tíos lo mencionaban constantemente, hablaban de él, lo extrañaban. Cuando llegaban sus cartas, se las leían por teléfono. Su ilusión mayor era que algún viajero amigo, procedente de Madrid, lo hubiera visto y les contara de él. Pero no llegaban noticias, cada vez eran menos las cartas. Yo era una niña, y no podía entender por qué no regresaba y por qué mis padres tenían que vivir con la tristeza enorme de no volverlo a ver.

Pasaron más de treinta años. En noviembre de 1992 papá fue invitado por la Residencia de Estudiantes de Madrid a ofrecer una lectura de poemas. Esa noche, los organizadores del evento me comunicaron, muy confidencialmente que, quizás, vendría Gastón, pero no le dije nada a papá para no ilusionarlo. Después de la lectura de poemas papá respondió varias preguntas. Hablando sobre literatura dijo que Gastón Baquero era el poeta cubano más grande de este siglo y que era una vergüenza que no se le hubiera incluido en el *Diccionario de la Literatura Cubana* publicado en nuestro país. Gastón no asistió.

Al otro día, por la tarde, habían programado un homenaje a la escritora Dulce María Loynaz, pero yo tenía que realizar las compras impostergables que todo cubano que vive en la Isla debe hacer cuando sale de viaje y llegué tarde. Al asomarme al salón, me horroricé. Justo en ese instante Gastón se levantaba con la intención, evidente, de marcharse. Papá estaba en el lado opuesto. Hace más de quince años que padezco de una artritis reumatoide que me tiene tomados los dos tobillos y con la caminata estaba más coja que de costumbre. Papá, también, tenía dificultades para caminar. Espantada, pensé que no me daría tiempo de llegar hasta él. Todavía no sé cómo lo logré. Jadeante, le dije:

- ¿Papá, viste a Gastón?
- ¿Gastón?— me preguntó.

— ¡Gastón Baquero! –le grité nerviosa.

— ¿Gastón está aquí?

— ¡Sí, y se va! ¿No quieres saludarlo?

— ¡Por supuesto! ¡Vamos!

Gastón iba llegando a la puerta. Corrí, muerta de pena y desesperación, entre los asistentes al homenaje que no entendían nada de lo que estaba ocurriendo. Sentía el bastón de papá golpeando con buen ritmo en el piso y eso me tranquilizaba. Lo alcancé en el momento en que se ponía su sombrero.

— ¿Usted es Gastón Baquero, verdad?

— Sí.

— Yo soy Fefé, la hija de Bella y Eliseo. Papá está aquí y lo quiere saludar.

— No puedo –me contestó–. Tengo que ir al médico y el taxi me está esperando.

Por un momento pensé que todo había terminado y que el encuentro tantas veces soñado por mis padres no se realizaría.

— Pero Gastón –insistí– ¡papá ya viene, usted tiene que esperarlo! En mi casa todos los días hablan de usted, ¡no se vaya!

— Me espera el taxi –repetía. Pero había algo extraño en su mirada, una tristeza que parecía venir de muy lejos, que me dio nuevos impulsos.

— Hace poco fue el cumpleaños de Cintio, y puso en su sala las fotos de los amigos que no estaban, Lezama, Julián, Octavio. Y había una suya, muy linda.

En eso llegó papá. Se le abrazó como pudo, y empezó a llorar. “No te emociones así, Eliseo”, le dijo Gastón. Y después, con un brillo juguetón en los ojos, “supe que hablaste anoche de mí”.

Y se sentaron a conversar.

Hablaron de “Doña Bella”, de Agustín, de Cintio, de Fina, de poesía. Qui se tomarles una foto pero Gastón no me dejó porque, según él, los viejos como ellos no debían retratarse. Entonces, con la picardía de un niño, me dijo: “Y la foto que tiene Cintio, ¿es la de Berestein?”. “Sí”, le respondí. “¿En la que parecezco un príncipe africano?”, preguntó, mirando a papá, muerto de la risa.

La despedida fue alegre porque, seguro, se volverían a ver. Papá y yo subimos a la habitación y, casi entrando por la puerta, nos avisaron de la Recepción que había llegado una persona con un sobre para nosotros. Era el taxista con un libro de poemas de Gastón dedicado a “toda la pandilla” y que terminaba casi con un ruego “quíeranme como yo los quiero”.

Papá rompió en sollozos. “¿Por qué lloras?”, le pregunté. “Lloro por mí, por Bella, por nuestra juventud, por tantos años”. Nunca antes –ni después– lo vi llorar así.

La Habana 11 de agosto de 1995.

Cartas cruzadas

Gastón Baquero / Eliseo Diego

La Habana, 29 de diciembre de 1992

A Gastón Baquero,
en Madrid.

Querido Gastón, hermano mío:

Mientras más tiempo pasa, más me reafirmo en mi convicción de que nuestro encuentro en la Residencia de Estudiantes es ya una de las encrucijadas fundamentales de mi vida. Es como si me hubiesen reintegrado una parte esencial de mi persona que me hubiesen arrancado, y ahora es, sin siquiera una fisura, otra vez conmigo.

Recuerdas que ya te marchabas –porque tenías un turno con el médico– y yo te tomé por el brazo. Te diste vuelta sorprendido, y te encontraste con mi mano tendida, que estrechaste sin vacilaciones. Entonces, y por impulso irrepresible, te abracé y te dije: “Gastón, hermano, cuánto tiempo”.

Tu rostro se distendió, como si se deshela, y te sonreíste como lo has hecho tantas veces cuando conversábamos, y me dijiste como si fuese ayer mismo: “Me enteré de que anoche hablaste de mí”, con una complacencia de niño.

Claro que todo se lo debemos a mi hija –tu sobrina– Fefé. Ella fue la que se atrevió a pararse delante de ti y a decirte quién era. Después corrió al salón a sacudirme, porque yo medio que dormitaba.

Te juro que no te había visto. Cinta, la áurea, la muchacha que organizó estas cosas en la Residencia, había tenido la delicadeza de sentarnos lo más lejos posible el uno del otro, ¡temiendo un encuentro desagradable para ambos! Fefé se acurrucó a mi lado y me susurró que tú estabas en el vestíbulo a punto de marcharte. Como una centella renqueante me apresuré a alcanzarte. ¡Ya ves de qué hilos de araña pende nuestro destino!

Y ahora, en una carta como esta, deben venir algunas lamentaciones. ¡Cuánto tiempo hemos dejado al vacío! ¡Cuántas maravillas nos hemos perdido, tuyas, de Bella, de Fina, de Cintio, de Octavio, de Agustín, y aún más! ¿Cómo no nos percatamos de que nuestra amistad no estaba fundada en la historia, sino en la poesía, materia tanto más frágil, pero más perdurable? ¿Qué harías tú mientras yo escribía, en aquel cuarto de trabajo que me preparó Bellita y donde pasaste con nosotros días de zozobra y de júbilo mientras esperábamos tu salida, el *Muestrario del Mundo*, algún tiempo después de que te marcharas? ¡Ah, Dios, cuántas cosas!

Hoy no voy a hablarte de tu libro. Es, simplemente, un gran libro de poesía —en especial el poema de la página 17, impresionante. Me parece como un eco de una respuesta a las “Palabras de un inocente”. Qué sé yo.

Te envió copia de algunos de tus poemas que conservamos Fina y yo como un tesoro. Siempre hemos hablado de ti entre nosotros, como si fueses un amigo ausente que va a regresar pronto. Como prueba está la actitud de nuestra Fefé, a quien debemos lo que los grandes no pudieron obtener.

Al otro día de nuestro regreso, sufrí una embolia del pulmón que por poco me deja a la parte de allá de la otra parte. Ya estoy de regreso en casa, como ves. Pero he aprendido algunas cosas sobre el tiempo, de modo que me apresuro a terminar esta carta, por lo menos.

Si quieres, o puedes, contéstame. Fina lloró al leer tu dedicatoria. Les di tu recado sobre tu propósito de escribirles. Ojalá lo hagas pronto. De veras que te quieren.

Perdóname la grosería de escribirte a máquina. Pero ni mi pulso es ya mi pulso, ni mi letra es la mía. Un abrazo fuerte de

Eliseo



Querido Eliseo:

No pienses que estuve poco expresivo en nuestro encuentro. Lo atesoro como algo maravilloso. Pero quiero explicarles, a ti y al *bunch*, al grupo excepcional, que no se tome a mal que yo no guste de mirar hacia atrás. Para mí, sencillamente, el pasado ha muerto. Yo viví en un mundo y cerca de unas personas que no volveré a ver. No es, compréndanlo, que no quiera volver a ustedes, es que no quiero volver al pasado. Hace mucho tiempo me declaré a mí mismo desgajado de un tronco y de unas raíces. Yo no vivo, floto. Dije: “Ya no vivo en España. / Ahora vivo en una isla. / En una isla / llamada soledad”.

En mi soledad tengo muy buena compañía, ustedes forman parte de la mejor parte de esa compañía.

Gracias, Eliseo, por tu carta y por los poemas. No tenía la menor idea de haber escrito eso. Tanta es la niebla. Aquí os va, *in corda fratres*, esta maltrecha autoantología, con la pedantería de la música al lado, hecha a la fuerza para complacer a unos poetas jóvenes que no sé cómo dieron con mi teléfono, el Enemigo.

Serenidad, silencio, calma. Como vieron tú y tu cariñosa hijita, estoy mal de movimientos, y salgo por un puro sacrificio.

Todo el cariño. Cuidar mucho a Cintio. Cuando vuelvas, o vuelvan, mi teléfono es el 576 74 54. Agradece en mi nombre al Sr. Barbáchano servirnos de chasqui de gran lujo.

Los sonetos horribles, ripiosos. Eleonora le presentó un día a D'Annunzio un papel diciéndole: "Mira lo que he escrito para ti". El Magnífico leyó horrorizado y le dijo a Eleonora: "Esto no es un soneto, es una cataplasma".

Un aparte para Bella. Y a Fina dile que me acompaña mucho su fantástica página sobre el danzón. El pasado pisado.



La Habana, 30 de marzo de 1993.

A Gastón Baquero,
en Madrid,
de Eliseo Diego.

Mi querido Gastón:

Debes perdonarme mi demora en contestarte, pues acabo de salir de uno de esos túneles sombríos que de trecho en trecho me aguardan, y donde apenas puedo verme la mano. No sé si has leído un pequeño libro de William Styron, el novelista norteamericano, con el título de *Visible Darkness* (o *Darkness Visible*, no recuerdo bien, es decir, *Tiniebla visible*, o *Visible tiniebla*), en la que describe esta enfermedad de la mente a la que nadie de verdad respeta porque no se cura con operaciones o cosas por el estilo. Tiene ya su buena cuota de víctimas, y una historia que se remonta muy lejos: los antiguos la llamaban "melancolía", aunque este nombre es demasiado bucólico para algo tan horrendo. En fin, a otra cosa.

Dices de nuestro encuentro que fue para ti "algo maravilloso", y ya sabes lo que significó para mi volver a encontrarnos. Te contaré una anécdota que fundamenta mi reacción. Cuando los dos éramos jóvenes –yo un poco más que tú, de modo que podía mirarte como a un "maestro de sabiduría"– me presentaste a quien había sido un amigo de toda la vida, aunque nunca lo viese en persona: me refiero a Franz Werfel, cuyos *Cuarenta Días de Musa Dagh* leí por primera vez gracias a ti. En la última novela que alcanzó a escribir, en inglés, *Star of the Unborn* –y en español *Estrella de los no nacidos*, pues no me gusta la palabra "nonatos", injustificados prejuicios que con las palabras uno tiene–, que sucede en un remoto futuro de miles de años, el protagonista –el propio Werfel–, pregunta a un "santo" o "gurú" cuál ha sido el momento o los momentos decisivos de su vida. "Eso debes averiguarlo tú mismo –se le contesta–, y no los busques entre los que te parezcan importantes, como el día en que te encontraste con tu compañera o el día en que te graduaste o aquel en que salvaste la vida en la guerra. Será siempre alguno en que jamás hayas reparado".

Pues bien, querido Gastón. Un día encontré el mío. Tú y yo viajábamos en una guagua desde tu casa hacia la Habana Vieja –¿ iríamos quizás a casa de Las Muchachitas?–, y justo frente a la Beneficencia, que ya no existe, no

recuerdo a propósito de qué, me dijiste más o menos: “Eliseo, recuerda siempre que eres un poeta”. Después seguimos conversando. Pero tus palabras me decidieron a serlo: a ser un poeta, sin que me diese entera cuenta de lo que había pasado. Sabes que lo digo sin asomo de vanidad. Se trata simplemente de un hecho. Pero marcó el curso de mis días. Sólo tú habrías sido capaz de darme la confianza que entonces necesitaba.

Espero que la “confesión” te agrade, y que nada te reproches.

Comprendo ahora que debí incluirte una nota aclaratoria con las copias de los poemas que te mandó Fina. Como ves, y ya sabías, es una loca adorable, y guarda celosamente todo lo que te concierne. Habrá cosas que ya tendrías e incluso habrás publicado. Pero ella te lo mandó *todo*.

De tu libro poco puedo decirte porque ella y Cintio se las arreglan para que no me llegue el turno que sin duda merezco. Te diré sólo una cosa: siempre, desde joven hubo en ti una curiosa dicotomía: el “buen Gastón” y el “ingenioso Baquero”. Este último despreciaba los poemas del otro llamándolos de “andar por casa” o “personales” o quién sabe qué otras lindezas. Cintio, Fina, Bella y yo –y también Don Agustín, que ahora bien lo recuerdo– siempre defendimos a Gastón contra el –perdóname– “Bachiller” Baquero. Parece que el tal Baquero ha prevalecido porque excluye de su antología el que, quiéralo él o no, es ya uno de los grandes poemas del idioma: “Palabras escritas en la arena por un inocente”. ¿Que hay en él retórica, melodrama, sentimentalismo? ¿Y qué diremos entonces de *Hamlet*, de *Macbeth*, de las *Elegías de Duino*, de *Miércoles de Ceniza*, de las *Coplas* de Don Jorge? No, amigo mío, la inteligencia no basta, no abriga.

Bueno, ya me desahugué. Comprendo de todo corazón que no quieras volver al pasado. Tampoco yo lo quiero. Si nuestra silenciosa presencia te ha sido compañía en el pasado, que siga siéndolo en el futuro, hermano mío. Todo depende de ti. Si lo deseas de veras, nos escribes. Todo depende de ti. Siempre tendrás en nuestro corazón tu casa. (Lo que será melodramático, pero también verdad como un puño).

Te abraza,

Eliseo

¡Mira que llamar horribles, ripiosos, a los sonetos que con tanta admiración y cariño he conservado! De la misma familia es aquel que dice:

“sintiendo mi fantasma venidero...”

Y sin embargo, dos jóvenes tan inteligentes y más ingeniosos que el Mal Baquero, mi hijo Lichi y Diego García Elío, se entretuvieron en leérmelos una tarde, allá en México, junto con otros en una antología publicada por el Bicéfalo Gastón Baquero, advirtiéndome rítmicamente: “Aprende, so-burro, cómo se hace poesía”. Así se escribe la historia, amigo.

Los papeles de Eliseo Diego

Josefina de Diego

DESDE MUY NIÑOS, MAMÁ NOS ENSEÑÓ QUE EL ESTUDIO DE papá era un recinto muy especial. Cuando fuimos mayores papá nos permitió compartirlo no sólo con él, sino con nuestros amigos. El estudio de papá sería, siempre, el lugar más acogedor de la casa. Pero había rincones secretos, gaveticas cerradas, armarios intocables (“*el Armero de mi padre*”), que formaban parte de su más absoluta privacidad. Sólo después de su muerte, y urgida por necesidades nada sublimes (relacionadas, entre otras cosas, con declaratorias de herederos, traspaso de pensiones, etc.) fue que me dediqué a penetrar esas zonas, para mí misteriosas y, al mismo tiempo, fascinantes. Creo que muchas de las cosas que encontré papá las había olvidado o, incluso, no las conocía (sobre todo las que guardaba su madre). A veces pienso que le hubiera gustado tener sus papeles así de ordenados, como están ahora, y que yo nunca me ofrecí a hacerlo. Pero creo que, en realidad, no lo deseaba, porque en esas gaveticas guardaba sus tesoros, a los que sólo él debía tener acceso. Y creo que hice bien.

Entre los documentos guardados hay muchos certificados de nacimiento, matrimonio, bautizo y muerte, y, por ellos, he podido ir completando datos de su vida y de su familia. El nombre completo de papá era Eliseo Julio de Jesús de Diego Fernández-Cuervo. Nunca usó el “de” de De Diego, justamente por los problemas que me ha ocasionado, ahora mismo, a mí. Pero firmar Eliseo Diego, solamente, también le trajo algunos trastornos. Hace muchos años, todavía en Arroyo Naranjo, le regalaron una antología de escritores cubanos publicada en España y, para su sorpresa, no aparecía él, sino un poeta desconocido para todos, que se había apropiado de sus versos, y cuyo nombre era Diego Fernández.

Como muchos saben, papá era hijo de Constante de Diego González, natural de Infiesto, Asturias, y de Berta Fernández-Cuervo y Giberga, natural de La Habana. De

su familia paterna poco sabemos, sólo que sus abuelos se llamaban Juan José y Manuela, él de Santander y ella de Asturias. Su madre era hija de asturiano y catalana, los señores Sandalio Fernández-Cuervo y Cuervo Arango y Amelia Giberga Galí. La abuela Amelia, que parece haber sido una señora de mucho carácter, era hermana del famoso autonomista Eliseo Giberga (papá es nombrado Eliseo por su tío abuelo, a quien su madre, Berta, admiraba mucho) y de los mambises Octavio (Teniente Coronel) y Benjamín. Otra Giberga, Margarita, se casó con Félix Fernández de Castro, también mambí. O sea, el apellido Giberga, tan asociado al movimiento autonomista, tenía más mambises que autonomistas en la familia. Los Giberga no sólo eran políticos sino también poetas o, más bien, amantes de la poesía y poetas ocasionales. De Benjamín se conocen sus trabajos como traductor de poesía y poeta por la antología realizada por Cintio Vitier y Fina García Marruz, *Flor oculta de poesía cubana* (Editorial Arte y Literatura, Ciudad de La Habana, 1978). Del polémico Eliseo Giberga no se conoce esta faceta de su vida pero, entre los documentos encontrados, apareció un libro de poemas de Eliseo Giberga, (edición privada, La Habana, 1909) titulado *Tempora acta*, con algunos poemas dignos de ser recogidos en un, quizás, segundo tomo de *Flor oculta*.

La ascendencia de papá es toda de origen español, de Asturias y Barcelona, fundamentalmente pero, de pronto, como por accidente, apareció una bisabuela francesa, Amélie Josephine Thérèse Galí Pastor, nacida en Carcassonne, Francia, en 1831, hija de los catalanes Raymond Galí, coronel español y de Josephine Pastor.

Pero no quiero cansarlos más con el árbol genealógico-familiar. Entre los documentos interesantes e importantes hallados se encuentran:

CUENTOS Y POEMAS INFANTILES. En una maleta carcomida por la humedad y el tiempo, dentro de un sobre lleno de polvo, aparecieron cuatro cuentos y un poema escrito por papá entre los 8 y los 13 años. Tres de los cuentos aparecen manuscritos, dos de ellos pasados a maquineta. El primer cuento, escrito a los 8 años se llama “Aventuras del Capitán Gato” y narra las peripecias del capitán español Fernando Gato quien sufre todo tipo de percances, desde el naufragio de su buque y el encuentro con sangrientos tiburones, hasta una batalla campal con antropófagos en unas islas del Pacífico. El otro cuento, “Aventuras de Pilín”, escrito a los 11 años, trata sobre la hormiguita Pilín, heredera de un Reino, a quien le suceden, también, muchas cosas. El tercer cuento, “La revolución de las ratas”, está inconcluso. “La ratica golosa” es muy breve, de cinco renglones, mecanografiado. El poema “Ante el reloj” aparece mecanografiado y, según recuerda Cintio, papá debe haberlo escrito cuando tenía 13 años, aproximadamente. El poema trata sobre el paso implacable e indiferente del tiempo, a partir de las manecillas del reloj, como un tic tac: “son las mismas / nada cambia / la rutina / de la aguja / del reloj”.

PROSA JUVENIL. Páginas sueltas, a mano y mecanografiadas, de cuentos, posiblemente escritos en la época de *En las oscuras manos del olvido* (1940-1945,

más o menos). También un libro completo, dividido como en viñetas. Transcribo una de ellas: “Con tantas cosas como tenías, buena, querida noche, el alba te las quitará todas. Del mismo modo venía un amanecer y sorprendía mis cosas, mis lápices, mis libros, transidos de frío, de un frío venido del mismo sol, quietos en sólo un largo panorama de árboles nuevos, del que estamos ya ausentes tú yo”.

PERIÓDICOS. Su madre, Berta, tenía celosamente agrupados los primeros periódicos en los que se menciona a papá, sus libros y al Grupo Orígenes. Comentarios y críticas de Gastón Baquero, Salvador Bueno, Ramiro Guerra Sánchez, Alberto Baeza Flores, Roberto Fernández Retamar, Severo Sarduy, Rafael Marquina, Alejo Carpentier, publicados en los años 1942 y 1958, en diferentes periódicos y revistas. En el *Diario de la Marina*, el 13 de octubre de 1946, escribe Gastón (que firma el artículo con el seudónimo de “Abundio de Mendoza”) sobre *Divertimentos*: “No es posible, en un libro como éste, señalarle al lector las mejores páginas, ni el instante feliz por excelencia. Este libro está trabajado de punta a punta, como un diamante. Un estilo sostenido, siempre de música íntima, de prosa que no quiere ser sino un vehículo de encantamiento, pone su sello en cada página, desde el título hasta el punto final. Parece el libro de un maestro, o de un escritor que comienza ahora a escribir, pero poseyendo ya la destreza, la habilidad literaria, la recta puntería de alguien que se ha familiarizado con los mejores prosistas que son afines a su tipo de imaginación y de vocación”.

ESQUEMA DE UNA NOVELA. *Narración de un domingo*, (1945). No recuerdo haber escuchado a papá hablar sobre este proyecto. No se si lo olvidó, si se le extravió, si lo desechó. El esquema está mecanografiado y manuscrito, y se desarrolla en el mundo de los sueños. Según explica papá: “El texto está escrito en primera persona por Cayetano, el protagonista (...) A dos sueños, como a las dos corrientes principales de un río, intentó entregar su peso inconmovible. El primero corresponde a su adolescencia. Es el más ingenuo, el menos *original*, el más puro (...) El segundo corresponde a su madurez. La segunda parte de la novela y de la vida de Cayetano será dedicada a la recuperación de la experiencia de una tarde. Esta experiencia, sin embargo, es sólo un sueño. La segunda parte de la vida de Cayetano está edificada sobre un sueño”. Curiosamente, cuando hojeaba la novela para preparar estas notas, en una página en la que papá, obviamente, probaba una pluma que se le había roto –y que, al parecer, él mismo se había regalado– apuntó: “esta *Narración de domingo* fue comenzada pero, ¿cuándo será terminada? ¿cuándo? Nunca. Esa es mi opinión. Gracias mi amigo. Su amigo y compañero, Don Eliseo Diego” (nota: papá acostumbraba a “autodedicarse” algunos libros. Por ejemplo, este de *The Black Curtain*, “to Eliseo, with heart-felt affection, from Eliseo”)

CORRESPONDENCIA. La correspondencia entre papá y mamá es enorme. Las primeras cartas son del año 41, cuando mamá se pasó una temporada en

Camagüey. Después viene la de los viajes de papá a los Estados Unidos, en los 46 y 51-52. La letra de papá, sobre todo la de principios de los 40 es, sencillamente irreconocible. Cuando le pregunté a mamá, me respondió: “¡Ah!, esa era la época de los ‘rabos’”. Una letra grande, espaciosa, como dibujada, hacia abajo que, en ocasiones, hace muy difícil la lectura. A medida que pasan los años, la letra se va reduciendo. Podría pensarse que el paso de la prosa a la poesía requeriría de una contención, también, en el trazo. La primera carta de Cintio a papá es del año 1939. Hay muchas, de su madre, de Fina, de Agustín, de sus primos.

Papá guardaba todas sus cartas. Desde las de Jorge Guillén, Florit, Lezama, o Julián, hasta las de admiradores remotos, de Sancti Spíritus o Medellín. Particularmente conmovedoras son las cartas del nicaragüense Don José Coronel Urtecho, “poeta de los grandes”, como diría papá. Tuve el privilegio de conocer a Coronel y de disfrutar de esa amistad. Existía entre ellos una complicidad juguetona, se reían a carcajadas inventando aventuras que, aseguraban, les habían ocurrido en “aquel viaje a Bluefields”. Cada vez que papá visitaba Nicaragua sabía que, al pie de la escalerilla del avión, lo estaría esperando Don José, con su boina negra, su bastón y esa mirada, eternamente limpia y traviesa, de sus ojos azules. En una de las primeras cartas a papá, le dice: “...Lo que yo sé es que de estos últimos viajes míos, mi viaje a Cuba y nuestro viaje a la Costa Atlántica de Nicaragua, entre las cosas tan importantes que he obtenido, la más importante, por lo menos tan importante como todas ellas juntas, es un amigo. Mi nuevo amigo Eliseo Diego (...) He estado meditando acerca de la amistad, una cosa en la que antes nunca había pensado, ni reparado casi en ella, dándola por sabida, como el aire y la luz. Y si había pensado, acaso, alguna vez, cuando leía algo sobre ella, nada había podido extraer por mi cuenta, nada que para mí tuviera verdadero sentido. En cambio, mis actuales meditaciones me han revelado de la amistad aspectos y realidades que no te voy aquí a comunicar, no te preocupes, aunque quizás después pueda trasladarlas al papel en alguna forma. No, desde luego, que haya descubierto la pólvora. Sólo quiero decirte ahora, algo bien conocido de todos, aunque no todo el mundo lo acepte: que la amistad, para existir, no necesita ser recíproca. Aún cuando lo sea, no es la reciprocidad lo que la constituye. Yo puedo ser tu amigo sin que tú seas amigo mío. Podrías no saber siquiera que yo me siento amigo tuyo. Yo, por ejemplo, me siento amigo de Rubén Darío, al que no conocí personalmente, ni supo siquiera que yo existía. También me estoy haciendo ahora y espero que todos los nicaragüenses lo sean pronto, amigo de Martí. (...) Conozco, por ejemplo, el caso de Fina, que es una de sus amigas más íntimas. Todo esto es sólo para explicarte cómo me siento amigo tuyo”.

Papá compartía, absolutamente, estas convicciones de Coronel, y así lo manifiesta en su libro de traducciones, *Conversación con los difuntos*: “No sólo son nuestros amigos aquellos a quienes vemos casi a diario, o en un de cuando en cuando que es el tiempo de toda una vida. Si la amistad, más que presencia es compañía, también lo serán aquellos otros con quienes jamás pudimos conversar porque nos separan abismos de tiempo inexorables”. Don José murió 18 días después que papá, el 19 de marzo, día de su santo.

TESTIMONIOS. Un pequeño cuaderno preparado con motivo de su cumpleaños 50 recoge testimonios de familiares y amigos, entre ellos los de su madre, Bella, Fina, Octavio Smith, Lichi su hijo, Cleva Solís.

Transcribo las de Octavio:

“Eliseo, desde las mañanas pasadas en los corredores –no en las aulas ¡ay!– de la vieja escuela de Letras; desde aquella oda en griego impecable con que hacías loor a alguien que los dos queremos, y que recuerdo terminaba ‘¡Ott, Ott, Ott!’; desde mi primera vez en casa de las hermanitas; desde que ellas y tú, Cintio y Agustín venían, más de un domingo por la noche, a rescatarme de la temprana y desoladora dormición de Empedrado, y de pronto la alegría de los jóvenes bolsillos desprovistos estaba dignificando la cafetería niquelada; desde la noche distinta –cuán rica una parsimonia juvenil– en tu casa de la calle Línea, enseñados los dos en tu estudio por la penumbra en torno a la lámpara de mesa, Bellita allá dentro a punto de llamar para la cena y tú dedicándome con tu letra de códice el ejemplar ilustrado de *Gaspar de la noche* que no ha dejado de asistirme; desde entonces y a través de cuánto, Eliseo, qué intrincado se ha hecho, y cuán decididamente abrumador y dulce, este plural de tú, yo y los que sabemos. Qué bravo el pequeño ejército sabe decir “hemos vivido” y aguardar, entre conversaciones con muchas pautas y bienestares, las imponentes postrimerías, es decir, el principio”.

También aparecieron poemas y felicitaciones de Guillén, con quien papá mantuvo una entrañable y cariñosa amistad. En una especie de postal preparada, parece ser, por el propio Nicolás, le dice: “Pienso, Eliseo, esta vez / si no sale mal la cuenta / que en lugar de los cincuenta / prefieres cinco de a diez”.

Se haría muy larga la enumeración de todo lo guardado: traducciones, conferencias, manuscritos, carpeticas llenas de apuntes, informes de lecturas de libros, etc.

POESÍA. Para finalizar, haré referencia a la poesía. En la antología *La sed de lo perdido* (Ediciones del Equilibrista, México, 1993), aparece una sección que papá llamó *Poemas al margen*, no incluidos en libros anteriores, escritos entre 1946 y 1992. En México saldrá un libro que preparó con estos y otros poemas. En las gaveticas, también encontré poemas escritos en diferentes épocas. El libro *Prosas escogidas* (Letras Cubanas, La Habana, 1983), recoge la conferencia leída en el Lyceum de La Habana en 1958. En esta conferencia, habla del primer poema que escribió “en serio”. Según papá: “Fue escrito hace más que quisiera y estaba olvidado entre otros papeles oscuros que removí por ustedes. Me es particularmente querido porque gozó del favor de una muchacha que ha cumplido para mí los suavísimos, misteriosos oficios de una hermana”. Gracias, también, a la tía Fina, apareció ahora otro soneto escrito con su letra que papá le regaló en 1953, con una nota que dice: “Fina copió, no sé cuándo, no sé por qué, este poema mío, uno de los dos primeros sonetos que escribí. Me complace conservarlo”.

Quisiera terminar estas palabras con su lectura:

Venid, amigos, a la fiesta mía

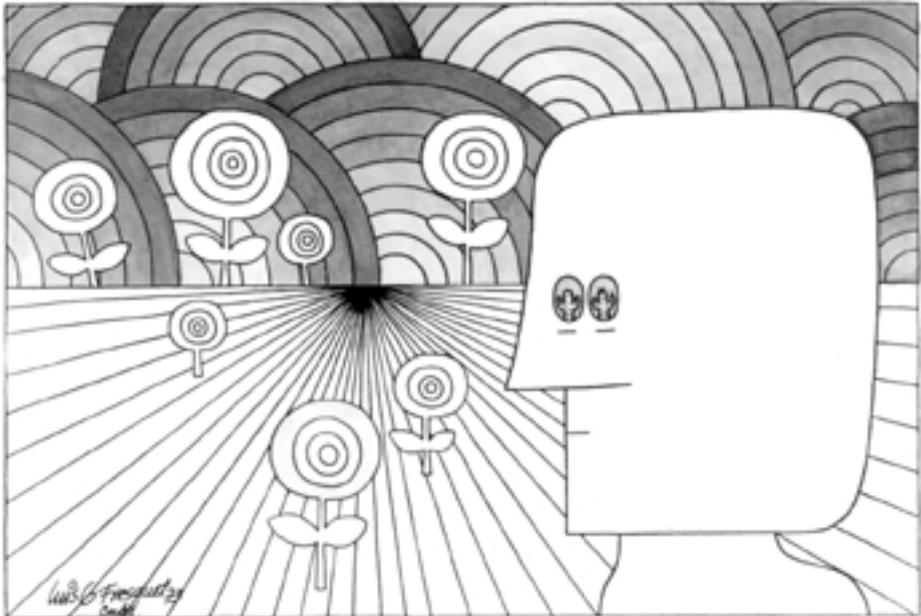
*Venid, amigos, a la fiesta mía,
a donde el campo grava el sol de rojo,
campo mi sangre en que mi vida acojo;
árbol mi sangre en que se encarna el día.*

*Pues mi casa renace en alegría
y el diario pan su eterno sol ofrece
criaturas de mi sueño que os merece,
venid, amigos, a la fiesta mía.*

*Veréis que entera os doy la antigua tarde,
el camino y el árbol, la palabra
querida que dijimos ya muy tarde.*

*Pues cuando el pecho mi vigilia abra,
vendréis donde mi pan, donde mi vino arde,
al abrigado amor de mi palabra.*

Eliseo Diego



Exterior, representación y juego en Eliseo Diego

R a f a e l A l m a n a z a

LA EXPLORACIÓN DE LA MIRADA, QUE HA DE DURAR VEINTE O más años, comienza *En las oscuras manos del olvido*: el niño sale de la Casa Quinta de Arroyo Naranjo en las afueras de La Habana del brazo de su madre, y descubre otra casa aún más espesa y hermética, esos muebles “lo bastante antiguos como para tener una existencia propia y apacible” y que “son ya las cosas que escogió Dios para sí”. Interior y exterior de la casa quinta, la familia, la escuela, los vecinos: indagación local. *En la Calzada de Jesús del Monte* se ubican estas costumbres, y en ese libro la incursión de la mirada se abre majestuosamente a las cercanías de esa avenida donde está la quinta, a sus personajes físicos, metafísicos y carnales. Se hace necesario entonces alejarnos más, dar una abarcadora batida *Por los extraños pueblos* del país, para que la madre y los hijos del poeta comprendan mejor lo que se ha constituido en destino, que “no es por azar que nacemos en un sitio y no en otro, sino para dar testimonio”. Y ahora que la indagación ha recorrido toda la patria, hay un doble regreso al interior de la casa para que los hijos escuchen las extrañas *Versiones* del ser y se reconozcan en *El oscuro esplendor*, porque el testimonio se ha revelado como anagnórisis y volvemos a las posesiones de toda la familia.

Ha habido siempre una lírica digamos objetiva, indiferente a las suposiciones del yo, como para demostrar que la poesía no es capricho sino conocimiento, fascinación más que volición: participación y obediencia.¹ Y después del onirismo romántico, surrealista y existencial, no han faltado intentos de exorcizar al sujeto poético con aquella evidencia que haría exclamar a Jorge Guillén “es grato ser

¹ Ver LEVIN, IURI I.: “La lírica desde el punto de vista comunicativo” en revista *Criterios* 13-20. pp. 101-109. Levin define dos líneas en esta tendencia: “la lírica filosófica y la descriptiva”. En el cruce de ambas encontraríamos la lírica de Eliseo Diego.

objeto para el mundo”. Pero la aventura de Eliseo es más profunda. Él no trata de objetivizar sus fantasmas: *hace* objetos gratos para el mundo –no hay obra suya que no esté presidida por una piadosa necesidad de agradar– y al mismo tiempo constata la existencia absolutamente exterior y objetiva de los fantasmas de la pérdida, el olvido y la muerte. Como hombre religioso, no pertenece a la dialéctica del sujeto ni a la del objeto, sino a la de la Relación. Ningún contraste del yo puede sostener una exploración tan iluminadora de lo inmediato como la que se verifica en sus primeros libros, y que se explica, en cambio, por una amorosa fidelidad. Eliseo ha resultado mejor rilkeano que Rilke. Cuando nuestro poeta tenía cinco años –en vísperas de su primer viaje a Europa– Rilke escribía a un amigo: “Aun para nuestros abuelos había una ‘casa’, una ‘fuente’, una torre para ellos familiar, más aún, su propia ropa, su abrigo: infinitamente más familiar; casi todas las cosas eran recipientes en que encontraban lo humano y en que ahorraban lo humano”.² Rilke muere en Suiza en diciembre de 1926; Eliseo ha visitado ese país ese mismo año, y en su primer libro aparecerán exactamente esos tópicos: la casa, la fuente, la torre, el abrigo, la relación de las cosas familiares en una economía y compendio de lo humano. Pero si Rilke ve lo exterior como espacio angélico y sólo puede recuperar la dimensión humana de las cosas a través de la concepción órfica del arte –del mito, pues, y no de la realidad–, Eliseo se establece en una relación sagrada con el entorno inmediato, con las cosas como encarnaciones.

Pero cuidado: no hablamos de una santificación de lo exterior. Una visión tal parece alcanzable sólo, como en San Juan, desde la óptica del éxtasis; y Eliseo no es un poeta místico, sino religioso. La relación sacra a la que me refiero consiste en sentir lo exterior como ambigüedad, como signo de una batalla interior entre Dios y el diablo. La crítica no ha prestado suficiente atención a la presencia del diablo en la obra de Eliseo, a pesar de que ya en “Historia de Sambibliong”, una de sus primeras y excepcionales narraciones, el poeta ha trabajado a fondo este asunto: Augusto, un niño que estudia en una escuela religiosa, afirma haber visto dos veces al Demonio: primero en forma de una brujita: “La encontré una noche y me vi en sus ojos miserables y asombrados, sin que dijese una palabra. La segunda vez fue la luna sobre un árbol, así, de este modo: lívida. Y la visión del Demonio mancha el alma como un borrón de tinta que no puede deshacerse, porque ha invadido ya las mismas células, y luego no hay más que la quietud de la penitencia para que no se extienda y ennegrezca toda el alma”. Aparece entonces la Muerte, que se presenta como Enviada del Señor, y que humorística y sobrecogedoramente pregunta por Eliseo Diego, el niño. Su equívoco discurso confunde y enloquece a Eliseo, pero su reacción es sujetar por el cuello a la Muerte y afirmar que “no creo en esas mentiras, no creo en mis ojos”, esto es, en “las pesadas cosas del sueño y la angustia”. Guiado sólo por la “fe en las piedras y maderas de mi colegio”, en que “estarían aún, aunque invisibles, en su lugar, bajo la abrumadora mentira del

² Cita en el prólogo de Hanni Ossott a *Elegías de Duino*, Monte Ávila Editores, Caracas 1991, p. 8.

sueño”, Eliseo atraviesa con pie firme un laberinto de alucinaciones y llega a la capilla de la escuela en cuyo altar toca con los dedos, ciego y deslumbrado, la imagen de Cristo: “Corrí a la ventana y miré el largo panorama de la ciudad a mis pies: las casas, los jardines, los buenos árboles, los caminos, todo en orden”: y “di las gracias por todas estas cosas y fui a sentarme en uno de los bancos, en la luz, sólo por el placer de mirarlas, de contarlas, de nombrarlas”.

Lo exterior a la conciencia es pues esencialmente santo, porque es creación divina; pero puesto que es exterior *a la conciencia humana*, se torna ambiguo como ésta, vehículo de la tentación diabólica –y a la vez posibilidad de optar por la fe, espacio de certeza y de liberación. Y si el poeta ha escogido la fe precisamente desde la infancia, en modo alguno la realidad va a perder para él la marca del mal, aunque desde luego que quedará siempre como suavizada por la presencia y aún la ironía y el humor de la fe. De todas formas, el poeta cree más en el orden exterior, que es claramente divino, que en la inmediatez de su propia conciencia. Nadie menos berkeleyano que Eliseo: para él la piedra que está en el río está felizmente en el río y no en el turbión del alma; y es el alma quien debe acercarse a esa piedra para obtener su justificación en el orden mundial. Se define pues una poética religiosa de lo exterior como testimonio y acción de gracias, en el que las cosas de la realidad deberán ser contempladas, inventariadas y misteriosamente nombradas, en un rito de penitencia y salvación.

Minuciosamente fiel a su destino, esos tres aspectos determinan la dialéctica de la creación de Eliseo: *la contemplación* (finitud-totalidad), *el inventario* (número-suma) y *el nombre* (representación). Contemplación que no se remite sólo a la mirada y que es un ejercicio total de los sentidos, el pensamiento y la imaginación. Ya hemos visto el decisivo papel del tacto en “Historia de Sambiblong”, que encontraremos otra vez en el poema “Ante una imagen del sudario de Turín” de *Los días de tu vida*, en la que el poeta se estremece contemplando la huella de las manos de Cristo “¡Las manos / que otros miraron y tocaron, esas mismas!” El más humilde de los sentidos constata la integridad del objeto, la gracia de su finitud que –de la misma forma que el más humilde de los hombres es nadie menos que Dios– significa una experiencia del infinito. Apenas debo nombrar, como texto máximo en esta dirección, el conocidísimo apólogo “Del objeto cualquiera” de *Divertimentos*, en el que una estatuilla que representa a las Tres Gracias sólo logra ser poseída entera y eternamente por la memoria absoluta de la inocencia que duerme. La contemplación del objeto en Eliseo está pues muy lejos del cubismo analítico o sintético y del *ready made* y las instalaciones de Duchamp, que operan con el intelecto y la vigilia y proponen una realidad efectivamente rescatada o por lo menos rescatable; más modesto y seguramente más astuto, Eliseo se queda en el verbo, en el acto, en el mirar y el nombrar, puesto que no cree que la imaginación del adulto pueda reconstruir y poseer la totalidad del objeto amado. Ningún adulto lo intenta en serio, excepto el Cristobalón del apólogo “Del vaso”, que logra recordar totalmente un jarro que había perdido de niño y, entonces, muere. El poeta rescata las cosas para su propia muerte, para que pueda “llamarlas de

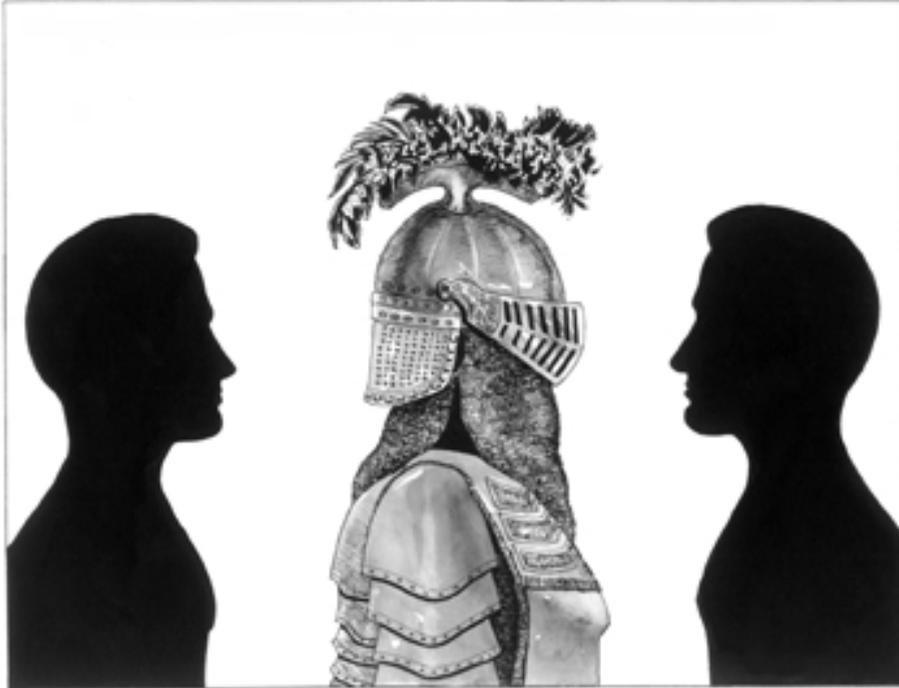
pronto con el alba”, para que den testimonio de que las amó, de que las quiso completa y entregadamente.

Si el Uno de la contemplación es imposible, el hambre de posesión se aferra al número y la suma, al *Muestrario del Mundo*, al *Inventario de Asombros*, a *Las Herramientas todas del Hombre*, pues el universo es *Un almacén como otro cualquiera* en el que horriblemente “hay de todo”, incluso el hombre, que, seducido por el número, finalmente confiesa que, “el todo puede aún ser excesivo”, desolado e inútil. Nombrar las cosas no puede ser catalogarlas o encerrarlas, sino, desde luego, relacionarlas. Pues su nombre, su ser y su poder, es esencialmente relación. Un sólo objeto parcial o la suma de los objetos es nada, es la nada; pero la forma en que esos objetos están dispuestos por el Creador o el modo en que pueden ser graciosamente ordenados por el hombre como imágenes de la Creación, constituyen la única posesión verdadera en el ámbito de la vigilia y la culpa. Representación y Juego.

La poesía, la narrativa y aún el ensayo de Eliseo se estructuran sobre la dramática: escenarios y actores. El poeta-personaje dice y a veces canta sus ensayos, sus prólogos y las historias de *En las oscuras manos del olvido* (incluyendo la del títere rebelde, o la del niño que se niega a entrar en un escenario de cartón); *Divertimentos* es un espectáculo de guiñol, como ya vio Lezama.³ *En la Calzada de Jesús del Monte* es un Oratorio clásico, con su narrador en prosa y sus números de arias, duos, tríos, coros, y sus silencios musicales. *Por los extraños pueblos* es un paseo, un espectáculo que llega hasta el circo: y está en su centro la conversación, que es germen del drama.⁴ Muchas de las páginas de *Versiones* son pequeñas representaciones en que declaman misteriosamente voces desconocidas, ajenas al autor. En *El Oscuro Esplendor* el juego de los niños y las costumbres de los mayores están descritos en su esencia teatral; y reaparece el tema del circo. *Muestrario del Mundo* o *Libro de las Maravillas de Boloña* es él mismo, como libro, un espectáculo de viñetas, casi un animado, y vuelve el tema del circo. En *Noticias de la Quimera* un personaje descubre que “cada mañana los párpados se abrían a un escenario que sólo por un azar infinitamente piadoso era siempre el mismo” y se horroriza de que “algún utilero ironista cambiaba cada cosa por su semejante, hasta que, insensiblemente, todo el

³ En “Otra página sobre los *Divertimentos* de Eliseo Diego” (*Acerca de Eliseo Diego*, Letras Cubanas, La Habana, 1991, p. 16) leemos: “El *divertissement* aparece en la entrada y salida de los personajes, en el telón de fondo con estrellitas de tartalana y con parches de tafetán como lunarejos”. Fina García Marruz recuerda que, inmediatamente antes de escribir *En la Calzada...* Eliseo “ensayó algunos parlamentos de teatro, de gran suntuosidad formal, que abandonó inesperadamente para ensayar, en su forma más directa y desnuda, el verso” (op. cit., p. 84). En aquel poemario encuentra Alberto Lauro “ese tono teatral, monólogos que se me figuran como momentos de una pieza que pudo representarse en escena” (op. cit., p. 308).

⁴ “El drama es una mimesis del diálogo o conversación”: Northrop Frye, *Anatomía de la crítica*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1991, p. 355. El carácter “teatral” de la conversación en Eliseo, siempre relacionado con una escenografía distinguida y un lenguaje calmo y profundo, nada tiene que ver con los torbellinos conversacionales de Eliot (aunque los haya tenido en cuenta) ni con el desenfado popular del posterior coloquialismo cubano (que le debe en la forma).



CDy De Jesús. (1996). De la serie, *La historia perdida* o *Las metáforas del trauma*.

escenario fuese distinto, y comenzase a obedecer a sus propias exigencias”. En *Los días de tu vida* los poemas se agrupan en cuatro frases de un diálogo del Quijote con Sancho, que, extraídas de la narración, adquieren un sentido no épico sino dramático, que alcanza así a todo el poemario. En *A través de mi espejo*, concebido también como un paseo siguiendo a Carroll, se despliegan los asuntos circenses y aparece el cine, al que habrá de referirse también en *Inventario de Asombros*. De Eliseo se había esperado siempre una novela: habría sido más sensato, creo, aguardar un Auto Sacramental, o alguna broma más fina y reveladora quizás, siempre en las versiones de la Representación.

Y/o del Juego. El principio lúdico que rige ostensiblemente a *Divertimentos* y *Versiones*, y que se expresa en todos los libros de Eliseo en continuas referencias a la baraja, el ajedrez, el dominó y los juegos infantiles; al circo, el cine, el guiñol y los cuentos de hadas, alcanza en *Mostrario del Mundo* o *Libro de las Maravillas de Boloña* un momento revelador, donde el Objeto, el Inventario y la Representación se iluminan como Juego. Pues si el conjunto de las cosas representa algo, ¿qué representa? Sometido a la regla de crear un equivalente verbal de las viñetas del impresor decimonónico José Severino Boloña, Diego se desconcierta “oponiendo las ilustraciones propias a las ajenas sin saber qué ilustran al fin y al cabo todas juntas: tal es el Juego”. Un juego severísimo, pues “apuesta uno a él toda la vida”, indagando “si al Artesano le complace / que a tientas doble sus ilustraciones / de no sabemos qué-ni quién las hace”.

Boloña, extraño alter ego de Eliseo, ha querido tener también sus objetos y su catálogo, “una lámina de cada clase”: pero desde luego que la indagación se dirige al Creador. No es que la Creación sea un juego, sino más bien que, siendo indescifrable la comedia que las cosas creadas representan, sólo podemos manipularlas como un juego, insuficiente pues, y terrible: “echas las cartas a volar: ¡el orden / en las manos del viento, transparentes!” y “junto al Árbol Oscuro, ¿acaso juegas? / quizás tu alma...?”. Pero eso sí, hay un orden inocente en el juego, incluso un sentido trascendente detrás de sus posibilidades de violencia y crueldad: “De la sombra a la luz: tal es el juego”, que justifica la tauromaquia que es la historia humana: “Ábranse pues las puertas del encierro / comience el sacrificio, corte el hierro / a ver si es que la muerte es ya la vida”. Pues todo juego contiene un elemento dramático, un conflicto, un enfrentamiento esencial “de contrapuestas jerarquías / y de quites y burlas con la nada”. De manera que la resultante de estas fuerzas es un centro, que “es también el fin del juego”, y que en el libro da paso de inmediato a los “Versos al túmulo de la Señora Muerte”, con lo que aparentemente volvemos al tema de “Historia de Sambibliong”. Pero qué va, aquí la muerte está muerta y además, por si acaso, enterrada; como en Martí y en Guillén, la muerte se ha vuelto amiga, y puede devolvernos todo lo perdido y darnos todo lo que no se ha podido poseer: “¿Serás también señora del olvido?”

¿Qué operación ha permitido acertar “con la salida del Laberinto” de las alucinaciones de la realidad “que es a la vez entrada al Corazón del Juego”? La obediencia. La obediencia que consiste en “haber aceptado y cumplido honestamente todos los Principios y reglas” del juego, y sobre todo en la aceptación de la existencia, legalidad, y estructura del juego mismo. Dogmáticamente Eliseo cree que el Cordero de Aries es el Agnus Dei, en el que “la tiniebla se aviene a ser criatura / en mágicos rejuegos de obediencia”, con lo que llegamos al poema mayor de Eliseo, en el que están presentes todos sus asuntos y virtudes: el exterior, la costumbre, el objeto, el inventario, el nombre, la relación, la representación, el juego, el despojamiento, la penitencia, la salvación, el tiempo, la pulcritud, la ironía, la finitud, la transparencia, los ángeles, el silencio, el misterio, el ceremonial y la interrogación de la inocencia, en sólo siete esencialísimas líneas:

EL JUEGO DE LAS CARTAS

*Tres señores / están jugando / a las cartas.
 ¿Por qué juegan / a las cartas / los tres señores?
 ¿Qué juegan / los tres señores / a las cartas?
 ¿Y qué / son / las cartas?
 ¿Y qué / los tres / señores?
 Los tres señores / que están jugando / a las cartas.*

El poeta religioso toca la orla mística, por la vía de un inefable humor. Háblenme ahora de un juego de abalorios que pesa quinientas páginas repletas

—aunque para entender lo que levita este poema hay que haber aprehendido toda la obra más bien breve y siempre grata y perfecta de Eliseo Diego. He aquí un poema rigurosamente matemático, construido con permutaciones —como el juego de la baraja— sobre la base del número tres: con sólo catorce palabras (excluyendo el título) se obtiene un texto de cuarenta y dos: catorce por tres.⁵ Cada línea puede ser escandida en tres; y son seis las líneas. Quisiera detenerme aquí, que ya es bastante, por miedo a la censura de la hermenéutica literal; pero ¿cómo no ver que el grabado de Boloña a que se refiere el poema recuerda sin escape a la *Trinidad* de Andrei Rubliov, con sus tres personas divinas reunidas en torno a una mesa con el cáliz que representa el sacrificio de Cristo? En el grabado de Boloña ese cáliz es el bloque de cartas jugado audazmente, “a ver si es que la muerte es ya la vida”. “Hacen ya tantos viernes / (baraja las semanas)”, dice Eliseo “*En la Calzada...*” recordando “los desgarradores sucedidos / en la tarde del Viernes” del sacrificio de Jesús: y sí, aquí hay seis líneas. Seis cartas de baraja, los seis días de la creación judeocristiana, presididas por el Domingo de Diego, el título con que comienza el poema y la semana del cristianismo. Juego exitoso: en idioma ruso, por ejemplo, domingo se dice resurrección. El texto representa pues “la extraña conciliación de los días de la semana con la eternidad”, y por eso los tres ángeles están aquí humorísticamente disfrazados en deliciosos trajes del setecientos. Catorce palabras, dos veces siete, dos veces tres las líneas; dos veces puras, estructurales: grabado y poema; cuatro interrogaciones, duplo de dos; dos aseveraciones misteriosas al principio y al final; dos: título y cuerpo del poema ¿tiempo y eternidad? Uno de la unidad del poema: ritmo de tres en uno en cada línea o versículo: las cartas entre tres y un sólo bloque de cartas al centro: ¿misterio del Dios trino y uno? En el domingo que no cesa porque no pasa, en el ocio del juego, en el exterior absoluto que es la eternidad, contemplamos el número, la suma, la multiplicación que representa el minúsculo drama de la Creación. En una atmósfera de serenidad y de meditativa alegría, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se juegan con su sangre el universo.

Fe y barajar.

⁵ Este es el esquema del juego:

1. Tres	6. Las	11. Los
2. Señores	7. Cartas	12. Y
3. Están	8. Por	13. Son
4. Jugando	9. Qué	14. Que
5. A	10. Juegan	

Obsérvese que la mitad de las palabras del poema están en el primer versículo: siete. Las otras se dividen en cuatro: el por qué, el número, el ser y el misterio del juego.

Sobre la narrativa de Eliseo Diego

ELISEO DIEGO ¿FUE UN POETA QUE, ADEMÁS, ESCRIBÍA RELATOS? ¿O un narrador que también hacía versos? La primera y más temible sentencia ha sido la más frecuentada por sus comentaristas, inclinándose a considerar su narrativa como una especie de complemento o de preparación de su lírica. Aunque no se la incluya en la categoría de *cuentos de poeta*, ese tipo de engendros más estremecidos que estremecedores, se la lee, sospecho, con la misma atención *subordinada* que prestamos a los relatos fantásticos de Darío o a los enigmáticos textos narrativos de Vallejo: no interesa, pues, por sí misma, sino en estricta relación adjetiva a su obra poética, que sería la sustantiva. La segunda sentencia, apenas o nada pronunciada pese a que Diego comenzara su trayectoria con dos libros de narrativa, no de poesía, podría situarlo, como una vana provocación, entre los grandes cuentistas y novelistas que, alguna vez, perguieñaron versos, esos sí, menores, subordinados, casi siempre prescindibles: los de, por ejemplo, Joyce, Hemingway, Cortázar incluso —con perdón. Pero ha ocurrido también que, por omisión, su narrativa no haya recibido siquiera el nombre de tal: de sus *prosas* hablaba Vitier en 1949; a su *prosa* se refiere Lezama, desde luego elogiosamente (dice, en 1946, de *Divertimentos*: “No conozco, en la historia de la prosa cubana de los últimos veinte años, un libro de tanta claridad hechizada”), aunque le aplique tanto calificativo amable que llega, a mi entender, a reducir su entidad: “juego, riente diseño, inteligencia tierna, delicia, fiesta, salud”, subrayando la “cordialidad de su tono que utiliza el susto, pero no el terror ni lo terrible.” ¿Seguro, Lezama? Es probable que el mismo Diego, con esa especie de humildad juguetona que utilizaba para sus escritos en prólogos, conferencias, artículos y entrevistas, haya contribuido a esta relativa desvalorización. En *A través de mi espejo*, un texto de 1970, dice: “Quise escribir una novela cuyo asunto fuese la génesis misma de la novela, su salto al

Julio E. Miranada

choque de la imaginación con la memoria, y el resultado está en los informes fragmentos que acertadamente titulé *En las oscuras manos del olvido* (...) Sin embargo, mis tanteos del género no quedaron sin fruto apacible, ya que por ellos encontré la llave de mi propia poesía”, esto es, la noción de “simiente: Simple, decisivo descubrimiento que me permitiría dedicarme a mis anchas al cultivo de tales simientes, con un mínimo –lo confieso de esfuerzo–, y un máximo de satisfacción verdadera”. Y, refiriéndose a *Divertimentos* en el prólogo de la edición de 1970, en uno de esos desdoblamientos que le eran característicos, escribe: “No sé qué valor se dará hoy a estos brevísimos relatos, pero si digo que su autor fue mi maestro de poesía, es porque me enseñó –no por poseerlos él, sino por intuirlos– los tres golpes mágicos que después me han servido para entreabrir, ya que no abrir de par en par, sus puertas: la concisión o sequedad del golpe, la fuerza del impacto, y finalmente esa suprema tensión del golpe de vista en que uno atrapa, como a un relámpago, lo que vislumbra huyendo por la tiniebla del silencio adentro”. Resulta, entonces, que al menos para mi fastidio, Diego mismo, por una parte, subordina su narrativa a su poesía, y por la otra la disminuye; retengamos: “informes fragmentos, tanteos del género, mínimo esfuerzo”; agreguemos: “mi pequeña obra, una especie de narraciones, pequeñas miniaturas o cuentos en miniatura”, etcétera. Yo sugiero, en cambio, sin contar con el espacio para desarrollar la idea, por lo demás bastante obvia, que la obra de Eliseo Diego ofrece una absoluta organicidad entre sus géneros o facetas, incluyendo sus maravillosos ensayos, mientras que cada dimensión o componente de esa obra total guarda su perfecta autonomía, su validez en sí misma. Ejemplo máximo de organicidad en la literatura cubana es el de Martí; también, el de Lezama. Pero me gustaría remitir a un modelo alejado en el espacio, porque resulta simétricamente inverso al de Diego: el de Cesare Pavese. Pues así como en el primer libro de Pavese, su poemario: *Lavorare stanca*, está prácticamente contenida toda la narrativa que desarrollará posteriormente, sin que ello disminuya la entidad de su lírica, así podríamos encontrar –cualquiera puede dedicarse a hacerlo– en *Las oscuras manos del olvido*, libro inicial de Diego, publicado en 1942, y en *Divertimentos*, que es de 1946, es decir, en su narrativa, la figura esencial y muchos de los detalles de la poesía que, a partir de *En la Calzada de Jesús del Monte* (1949), tomarán cuerpo en una decena de poemarios; sin que tampoco esto permita subordinar sus cuentos a sus poemas; si acaso –valga el espíritu de contradicción– sería al revés.

Un aspecto determinado de dicha organicidad consistiría en que lo descriptivo de su poesía es similar a esa operación fundamental en sus relatos; en lo narrativo mismo de muchos de sus poemas; en la cantidad –y el tipo– de personajes que hay en su lírica, tan semejantes a los de los cuentos; en los mismos objetos y animales evocados en ambas series de textos. Convendría no olvidar tampoco la narratividad de sus ensayos, que con frecuencia se deleitan relatando de nuevo cuentos infantiles y populares, así como las primeras páginas del dedicado a William Faulkner (publicado en 1961), una narración que, si sirve de introducción a la caracterización de la obra faulkneriana, es un excelente relato en sí mismo.

Más decisivo aún sería registrar los grandes temas compartidos por la poesía, la narrativa y hasta la ensayística de Diego: la casa o, mejor, las casas de la infancia, sedes del irrecuperable paraíso de la niñez, donde se ejercía sin saberlo esa mirada capaz de captar la realidad sin mediación alguna; la vida como sueño; la oscilación entre inocencia y horror; el paso del tiempo; la muerte. Como, así enumerados, arriesgan disolverse en la generalidad, prefiero pasar la palabra al propio Eliseo Diego, quien ha reiterado una poética válida para el conjunto de su obra. En su conferencia titulada *Esta tarde nos hemos reunido*, publicada en 1959, dice: “la raíz de mi pequeña obra está en una quinta cercana a la casa donde hoy vivo” [que era, aclaro, su casa natal, recuperada ya de adulto] “Una quinta desparramada y vieja, rica en galpones, caballerizas y recovecos; en tapias inútiles y patiecillos oscuros. (...) Mientras fui niño me bastó este espacio, y viví de sus riquezas con felicísima inconsciencia –ya que los niños están junto a los pocos escogidos a quienes se concede la plenitud de la poesía sin la exigencia penitencial de la letra. (...) fue sólo cuando todo se hizo nada más que un objeto de la memoria, nada más que un sueño; cuando quise mirar lo que había perdido; fue sólo entonces que necesité de la letra”.

“Cuanto en el hombre es noble y justo es despojo de su inocencia perdida” –añade en la misma conferencia– y la escritura no sería más que el intento de recrear la mirada infantil, una fidelidad a ese *oscuro esplendor* que da título a uno de sus poemarios y al texto central de dicho libro. En él se expresa lo mismo: el hombre adulto, separado por una *irremediable catástrofe* del niño inocente que fue, lo contempla jugar: “Sin quererlo / el niño distraídamente solitario empuja / la domada furia de las cosas, olvidando / el oscuro esplendor que me ciega y él desdeña”.

Pienso que es esa misma fidelidad a la inocencia perdida lo que llevó a Diego a ocuparse con tanta dedicación de la literatura infantil, escribiendo sobre Hans Christian Andersen, los hermanos Grimm, el cuento de *La Bella y la Bestia*; privilegiando a creadores nada profesionales como el infante Don Juan Manuel y François Villon; desmarcándose del habitual *hombre de letras* para definirse como *un narrador de historias*, heredero de aquél, anónimo, inextinguible, que contaba junto al fuego: “¿Qué hace él junto a su hermano en medio de la noche sino distraerle el terror de la sombra y recordarle su destino y su gloria? El secreto de todos los cuentos es que no hay más que uno: cómo un joven luchó con la tiniebla hasta vencerla” De ahí su interés por los relatos populares *de misterio*, cuyo terror deleita paradójicamente a los niños, resistiendo el paso del tiempo, y cuya vigencia “prueba para mí cómo, desde que en el principio abrimos los ojos a la sombra, jamás hemos tenido otro interés real que el infantil por el estruendo y el terror de la batalla –la vasta, y a un tiempo minuciosa, batalla entre el derecho y el revés, entre el bien y el mal”. Esa es, para Diego, *la semilla última del cuento*; cuento que, a su vez, *es algo más o menos que un género literario*, pertenece a la literatura, pero también la desborda como oficio antiquísimo.

¿Pero qué cuenta, al cabo, Eliseo Diego en una narrativa que no he hecho hasta ahora más que rodear? *En las oscuras manos del olvido*, tanto sus tres

relatos originales como los dos agregados posteriormente, pudiera quizás resumirse en una situación fundamental: un niño penetra en una casa enorme y laberíntica, la explora, supera su miedo. Ese niño, explícitamente, se llama Eliseo Diego. Y el Eliseo Diego adulto se introduce como narrador también explicitado, para comentar los hechos o quizás más bien su atmósfera (“Pienso, ahora, (...) En lo difícil de que un niño viva a través de su infancia entre tanta sombra y muerte reunidas”); para multiplicar los desdoblamientos; para comprometerse en primera persona como testigo –asombrado, temeroso– de sí mismo niño y hombre: “Miradme, observad a Eliseo Diego, atento al oído, la mirada atenta, en vela por un niño de seis años. Yo soy el que habla, ya lo he dicho, el que escribe, el que es escrito. (...) Yo soy Eliseo Diego de pie frente a su sueño, con los ojos abiertos, y miro a este niño oculto en la penumbra, y la imagen en la pared alta, la ventana abierta a la pesadilla y al caos, por la que asoma una criatura amenazante”.

En contraste con la dedicación exclusiva de *En las oscuras manos del olvido* a eso esencial de la infancia perdida y de alguna manera reencontrada, el segundo libro narrativo de Diego, *Divertimentos*, despliega un alarde fabulador en sus textos muy breves. El muerto que, en su tumba, se sueña en su antigua cama; las tres viejecitas *dulcemente locas* que, al parecer, sí resultan ser las parcas; el corsario en su barco que es levantado por un monstruo (el dueño de la tienda) y entregado al niño que lo compra; la soprano que envejece clavada al escenario, en el teatro vacío, mientras suena la máquina de aplausos; el viejo llenando incansablemente con figuras el tapiz que cubre el hueco negro de la nada, capaz de devorar la tierra; el cazador que sueña al león que lo devora, quien a su vez sueña al cazador que lo mata, quien a su vez sueña al león... mientras “Los huesos van cubriendo todo el valle, ascienden por la noche en una alta torre que no cesa de crecer nunca”, son algunas de sus fábulas, contemporáneas, medievales, o situadas en ese tiempo intemporal de los cuentos infantiles.

Igualmente variado resulta el tercer y último conjunto narrativo de Diego, *Noticias de la quimera* (1975), donde lo inquietante, lo amenazador, las fisuras de lo cotidiano aumentan. Puede ser el furor autónomo de los *automóviles*, convertidos en asesinos; el silencioso aullido de un cadáver en el laboratorio universitario, que atraviesa las aulas y comienza a invadir la ciudad; el laberinto vegetal que comunica con otro mundo; la casa y sus habitantes vueltos un mortal juego de ajedrez; la gran escalera de caracol, arrumbada en el patio de un almacén, por la que un día baja alguien, ¿desde dónde?, por la que desaparece, ¿dónde?, el dueño del depósito.

Dejo aquí el catálogo. Quisiera señalar, finalmente, un aspecto que no he visto apuntado –quizás sea mío el descuido– respecto a la narrativa de Diego. La extrema brevedad de la mayoría de los textos de *Divertimentos* y de algunos de *Noticias de la quimera*, que cuentan con 100, 180, 200 palabras, ocupando media o una página, y esa misma poética ya citada de concisión, impacto, tensión, acorde con sus ideas sobre lo fragmentario (“Luego de la Caída el arte qué iba a ser más que desgarradores fragmentos”) y el silencio (“¿No será el

silencio la más perfecta forma de expresión de lo inefable?”), lo incluyen con todo derecho entre los iniciadores latinoamericanos del llamado cuento brevísimo, minicuento, microcuento o ficción súbita, junto a Juan José Arreola, Augusto Monterroso, Virgilio Piñera, Alfredo Armas Alfonzo, Carlos Monsiváis, Edmundo Valdés, Julio Cortázar, Jorge Luis Borges, incluso –gracias a *Divertimentos*– como uno de sus primeros cultivadores.

PASADO PRESENTE



Zig-Zag, 1958.

De cómo el lobo feroz se hizo cómplice de la Caperucita Roja

Luis Manuel García

LA MISTERIOSA VOLADURA DEL ACORAZADO MAINE CON 276 tripulantes a bordo, fue el motivo necesario para que Estados Unidos entrara en la guerra anticolonial cubana, justo cuando España sólo dominaba las ciudades importantes. La teoría de la fruta madura, la Doctrina Monroe refrendada por el U.S. Navy, fue la causa. A mediados del XIX, la metrópoli económica de Cuba era ya el vecino del Norte, que acaparaba casi el 60% de su comercio; no España.

Ahora, la ley Helms-Burton dispara sus andanadas económicas contra la Isla. Si entonces Estados Unidos se enfrentó a un Imperio venido a menos, que intentó en vano una coalición europea en su ayuda, y al final se resignó a capitular ante la potencia emergente, nunca ante los mambises, verdaderos artífices de la independencia; esta vez se enfrenta a intereses económicos de sus presuntos aliados (mientras no me toquen el bolsillo).

En 1898 Estados Unidos acudió a salvar la colonia martirizada, aunque para ello aplicara un método *sui generis*, como se desprende del memorándum de J. G. Breckenridge, Secretario de Guerra norteamericano:

«[la población cubana] consiste de blancos, negros y asiáticos y sus mezclas. Los habitantes son generalmente indolentes y apáticos. Es evidente que la inmediata anexión de estos elementos a nuestra propia Federación sería una locura y, antes de hacerlo, debemos limpiar el país (...) destruir todo lo que esté dentro del radio de acción de nuestros cañones (...) concentrar el bloqueo, de modo que el hambre y su eterna compañera, la peste, minen a la población civil y diezmen al ejército cubano. Este ejército debe ser empleado constantemente en reconocimientos y acciones de vanguardia, de modo que sufra entre dos fuegos, y sobre él caerán las empresas peligrosas y desesperadas [...]»

Un siglo después, los cañones modelo Helms-Burton intentan salvar a los nativos de la dictadura castrista y forzar un tránsito a la democracia... de los que sobrevivan a su aplicación. El restablecimiento de los derechos humanos merece cualquier sacrificio, incluso el de la vida... de los cubanos.

La Helms-Burton, o “Ley para la libertad y la solidaridad democrática cubanas de 1996”, “procura sanciones internacionales contra el Gobierno de Castro en Cuba, planificar el apoyo a un gobierno de transición que conduzca a un gobierno electo democráticamente en la Isla y otros fines”. Su presupuesto básico es sancionar y reparar “el robo por ese Gobierno (el de Castro) de propiedades de nacionales de los Estados Unidos”, haciendo de ello un instrumento para la democratización de Cuba. He leído varios artículos que invocan el carácter justiciero de la Ley, que salvaguarda el sagrado derecho a la propiedad. Ninguno ejemplifica con el terrateniente expropiado o la United Fruit Company. Suenan demasiado a monopolio, expoliación, riqueza desmedida flotando en un océano de miseria. Se invoca al pobre galleguito que sufragó su bodega con años de sudor y malcomer, para que Fidel se la quitara. Yo recordé al chino de Genios e Industria, que vino huyendo de Mao, montó su almacén, apareció Fidel y terminó de asalariado en Miami. Pero el chino y el gallego, así sean ciudadanos norteamericanos, sólo podrán recuperar su bodega “si el monto de la reclamación supera la suma o el valor de 50 000 dólares sin considerarse los intereses, gastos y honorarios de abogados” (sic). De modo que ya sabemos quiénes serán los presuntos beneficiarios.

Y será el Presidente de los Estados Unidos quien determine cuándo existe un gobierno de transición.¹ Dimanar de elecciones libres e imparciales y una clara orientación hacia el mercado, sobre la base del derecho a poseer y disfrutar propiedades, son las condiciones adicionales para que el mismo Presidente concluya que se trata de un gobierno elegido democráticamente, momento en que la felicidad reinará en la Isla, ya que el bienestar del pueblo cubano se ha afectado, según la ley, por el deterioro económico y por “la renuencia del régimen a permitir la celebración de elecciones democráticas”. La primera razón es obviamente correcta. La segunda, indemostrable. Taiwán, Corea y Chile, por un lado; Haití, Nicaragua y Rusia, por el otro, demuestran que la democracia de las urnas y la democracia del pan no forman un matrimonio indisoluble. Pero, ¿es verdaderamente democracia y derechos

¹ Siempre que haya legalizado todas las actividades políticas, dado la libertad a los presos políticos, disuelto la Seguridad del Estado, los Comités de Defensa y las Brigadas de Acción Rápida; se haya comprometido a realizar elecciones libres a más tardar en 18 meses bajo supervisión internacional, dando espacios equitativos de difusión a las diferentes formaciones, haya levantado las interferencias a Radio y TeleMartí, respete los derechos humanos, establezca un poder judicial independiente y permita la libertad sindical, de expresión y de prensa, garantice la distribución de la asistencia al pueblo cubano, demuestre su voluntad de tránsito de la “dictadura comunista” a la “democracia representativa”, permita el establecimiento de observadores internacionales, extradite a delinquentes buscados en Estados Unidos, reponga la nacionalidad cubana a los exiliados y devuelva o indemnice a los estadounidenses expropiados desde 1959. Y sobre todo, que excluya a Fidel y Raúl Castro.

humanos lo que se reclama para Cuba? Si nos atenemos a la historia de nuestro continente, un pliego de demandas como éste habría hecho inadmisibles a Somoza, Pinochet, Duvalier, Batista, Trujillo, etc., etc., dictaduras apoyadas y con frecuencia instauradas por Washington. Habría garantizado la existencia de Allende, Jacobo Arbenz, Joao Goulart. Pero aceptemos que la política norteamericana ha cambiado. ¿Acaso el petróleo concede un tinte democrático a las feroces dictaduras árabes? ¿Por qué los chinos mantienen el status de nación más favorecida? Cedo la palabra al destacado periodista norteamericano Robert Novak: «¿No será que estoy inclinando la cabeza ante el poderío chino y ensañándome con la débil Cuba? Confieso que así es. (...) Mantener buenas relaciones con el creciente gigante de Asia es un interés nacional indiscutible.» *No comments*. Sólo me queda claro un derecho que Occidente defiende sin reticencia: “la garantía del derecho a la propiedad privada”, como reza la ley.

¿Cómo restablecer en Cuba ese derecho?, es una pregunta que intenta responder el tándem Helms-Burton. En teoría, logrando mediante medidas de presión el desmoronamiento del gobierno cubano. En la práctica, estrangulando al pueblo cubano por cualquier medio, incluso “un embargo internacional obligatorio” de la ONU, hasta que la subversión brutal a cualquier costo sea el único y estrecho pasadizo hacia la supervivencia probable.

Claro que aún las más drásticas medidas (no importa sobre quién recaigan) están justificadas, dado que “el Gobierno de Cuba ha planteado y continúa planteando una amenaza a la seguridad nacional de los Estados Unidos”. Y reitera en varios párrafos “las amenazas de terrorismo constantes del Gobierno de Castro”, e incluso advierte que “la terminación y explotación de cualquier instalación nuclear” y “cualquier nueva manipulación política del deseo de los cubanos de escapar que provoque una emigración en masa hacia los Estados Unidos, se considerará un acto de agresión que recibirá la respuesta adecuada...”. De esto cualquier lector ingenuo derivaría las siguientes conclusiones:

1º. El monstruoso bloqueo y las continuas amenazas que la potencia castrista impone a los pobrecitos Estados Unidos justifican cualquier medida defensiva. Y

2º. Según el derecho de reciprocidad, el gobierno cubano puede decidir qué instalaciones nucleares norteamericanas son admisibles.

Y un lector no tan ingenuo detectaría que la ley padece cierta amnesia, resultado quizás del “Síndrome Mariel”: la emigración cubana post-revolucionaria, que muy en sus inicios pudo ser política –Estados Unidos acogió incluso a criminales de guerra buscados por la justicia cubana, con lo que sentó un pésimo precedente que Castro ha reciprocado–, se convirtió muy pronto en mayoritariamente económica; con la diferencia (respecto a los mexicanos, por ejemplo, que sí emigran masivamente) de que siempre fue objeto de manipulación política por ambos bandos: Estados Unidos obstaculiza la emigración legal y alienta la ilegal. Cuba abre y cierra a conveniencia la válvula de escape. Unas dantescas elecciones donde los cubanos sólo han votado con sus cadáveres, arrastrados por la Corriente del Golfo a algún cementerio secreto del Atlántico Norte.

La “amenaza castrista” permite a la ley incluso apelar a la extraterritorialidad y sancionar a terceros países, dado que “El derecho internacional reconoce que una nación puede establecer normas de derecho respecto de toda conducta ocurrida fuera de su territorio que surta o está destinada a surtir un efecto sustancial dentro de su territorio” (sic). No sólo a entidades y personas que “trafiquen con propiedades confiscadas reclamadas por nacionales de los Estados Unidos”, sino a quienes aporten personal técnico, asesor o colaboren de algún modo con la central nuclear de Juraguá (obra del actual gobierno cubano en colaboración con la Unión Soviética, e.p.d.); a quienes establezcan con Cuba cualquier comercio en condiciones más favorables que las del mercado; donen, concedan derechos arancelarios preferenciales, condiciones favorables de pago, préstamos, condonación de deudas, etc. Es decir, todo lo que proporcione al Gobierno Cubano “beneficios financieros que mucho necesita (...) por lo cual atenta contra la política exterior que aplican los Estados Unidos”. De modo que el planeta Tierra y sus alrededores quedan advertidos: cualquier acción que contradiga la política exterior norteamericana respecto a Cuba, queda terminantemente prohibida. El resultado hasta ahora: sólo 16 empresas han suspendido sus negocios con Cuba. ¿Razones? Helms y Burton no tomaron en cuenta que esas actividades económicas son también beneficiosas para los inversionistas; y como la primera ley del capital es la ganancia, y la primera libertad democrática es la libertad de empresa, y el primer deber de un gobierno es defender a sus ciudadanos, y si son empresarios, más aún, la protesta ha sido unánime: la Unión Europea está dispuesta a dar batalla y prepara sanciones si al fin Clinton decide aplicar la ley tal cual; México y Canadá han elevado protestas formales; incluso la hasta ayer dócil OEA ha repudiado la ley, consiguiendo de rebote la solidaridad hacia el pueblo cubano (que de un modo u otro se convierte en apoyo al gobierno de Fidel Castro). En lugar de quedar “aislado el régimen cubano”, la ley ha conseguido aislar a los Estados Unidos.

Está claro que Fidel Castro jamás aceptará las decisiones de una corte norteamericana, de modo que no será él quien pague las propiedades que expropió. ¿Quién las pagará entonces? Aunque la Ley Helms-Burton estipula que el Presidente de Estados Unidos podrá derogarla una vez se democratice la Isla, las reclamaciones anteriores a esa fecha tendrán que ser satisfechas (incluso la voluntad de satisfacerlas es condición para que el nuevo gobierno sea aceptable); de modo que se da el contrasentido: una ley dirigida contra Castro sólo afectará al gobierno de transición o al “democráticamente electo” que lo suceda –los que, al menos teóricamente, propugna la ley–. Gobierno que no sólo heredará un país arruinado por el desbarajuste económico, sino también una deuda que no contrajo. A lo que se sumará la mediatización impuesta por las preferencias, posiblemente decisivas, de Estados Unidos sobre el futuro político de Cuba. Aunque la ley Helms-Burton afirma “No dispensar ningún tratamiento de preferencia a persona o entidad alguna ni influir a su favor en la selección que haga el pueblo cubano de su futuro gobierno”, de entrada veta a los Castro, y de salida exige el levantamiento de interferencias a Tele y Radio Martí (lo lógico sería su desmantelamiento una vez concluida la beligerancia),

que se convertirían en medios de propaganda electoral no sujetos a la equitativa distribución de espacios entre formaciones políticas que la propia ley exige a las futuras autoridades cubanas. Como si no bastara la diferencia “de león a mono amarrado” entre la solvencia económica de las formaciones políticas del exilio, en especial la que constituye el lobby de presión más fuerte de Washington, y cualquiera que recién aparezca en la Isla. Si el propósito es fomentar el nacimiento de una democracia precaria, está muy bien pensado.

Al parecer, el famoso pragmatismo norteamericano falla cuando se trata de lidiar con Fidel Castro, superviviente del embargo y el desastre económico, del rechazo internacional, el descontento y el éxodo, incluso de la caída de la URSS. Lección clara: la ley del garrote sólo consigue incrementar el repudio mundial hacia una política incompatible con el derecho internacional (e ineficaz, de contra); y aunque el embargo (que la ley pretende recrudecer) haga más difícil la vida del cubano de a pie, su efecto político es contradictorio: en 37 años, cada presión no ha hecho sino consolidar al pueblo alrededor del líder y frente al enemigo externo. Ahí viene el lobo, grita la Caperucita Roja. Y el lobo viene, como si se hubieran puesto de acuerdo para comerse a la abuelita que hace la cola para el pan en La Habana Vieja. De modo que el embargo carga las culpas que le corresponden, y algunas más de contrabando. Si alguna vez Estados Unidos comprendiera esto y lo levantara, la ineficaz burocracia cubana desfilaría en manifestación denunciando “esa nueva maniobra del Imperialismo”.

Pero me asombra más, incluso me aterroriza, que la comunidad cubana de Miami se decante abrumadoramente por esta solución; sabiendo –no hay que ser muy perspicaz– que con ley o sin ella, si a alguien faltará lo elemental, no será a Fidel Castro, sino a mi hermana y a tus primos, cuyo único derecho es soportar el peso de la pirámide, para que ahora se le sienten encima Helms, Burton y un millón de exiliados. No importa cuántos mueran por falta de un medicamento o de una intervención quirúrgica (que en el último año se han reducido casi a la mitad). Es el castigo por haberse quedado en Cuba. El gobierno norteamericano, que a mediano y largo plazo (obviemos ese cíclico interés cuatrianual por el exilio cubano) responde a sus intereses, puede pasar por alto esta pequeña circunstancia. Los cubanos, no. Si lo que se pretende es una Cuba mejor, libre y democrática (ningún político reconocerá lo contrario), deberán tener en cuenta algo que Tucídides ya sabía hace dos milenios: que la ciudad no son sus murallas sino sus gentes. Y los habitantes de la Isla serán los primeros en sospechar de quienes pretenden inmolarlos “por su bien”. Alguno ha afirmado que se trata de “alentar” a los cubanos a “derrocar la dictadura”. Una especie de “Sublevación o Muerte”. Sólo que quienes instan al martirologio ya votaron con los pies y sólo lo verán por televisión.

“Duro oficio el exilio”, dijo Nazin Hikmet. Duro oficio el insilio, añadiría yo, pensando en los que permanecen en la Isla. Lo cierto es que para ninguna orilla de la cubanía han sido un lecho de rosas estos 37 años. Va siendo hora de que la política sea un acto de servicio; que el odio, la desconfianza y la revancha no sean el pavimento de nuestro destino. Que los nostálgicos se acostumbren a que la Cuba de 1958 y la de 1984, *esas no volverán*, como bien dijo

Bécquer. Hora de preguntarnos con realismo: ¿cuál sería el camino menos doloroso de Cuba hacia el futuro? Pero antes: ¿de qué futuro hablamos?

Obviamente, la ultracentralizada economía socialista, tal como se ha puesto en práctica, sólo genera ineficiencia. Y la distribución equitativa de la miseria ha resultado al cabo, más injusta. El teorema de una clase gubernamental que encarne y ejerza, sin control democrático, la voluntad popular, sólo ha servido de coartada ideológica a la autocracia. En cambio, la voluntad socializadora ha permitido índices educacionales y sanitarios propios del desarrollo.

La pregunta se completa: ¿cuál sería el camino menos doloroso de Cuba hacia una sociedad democrática y una economía de mercado, atemperada por una política social que reduzca la distancia entre los más y los menos favorecidos? Respondamos por exclusión:

Aplicar a rajatabla las fórmulas neoliberales, aún cuando se implante por decreto una democracia representativa de corte occidental, no haría sino incurrir en la fórmula rusa: hambre con democracia. Fórmula que en buena parte del Tercer Mundo ha demostrado su ineficacia, porque la primera democracia es la del pan.

Mantener el *statu quo* sería quizás peor: desde el desplome económico, que colocó al gobierno cubano entre la espada y la pared, es decir, entre el embargo y su propia ineficiencia, más que gobernar, han ejercido el equilibrio sobre la cuerda floja del descalabro. Evitando introducir profundas transformaciones económicas (que pondrían en peligro el monopolio del poder político), han optado por vender en porciones la Isla (capitalismo para extranjeros que subvencione el socialismo para cubanos) y paliar la miseria mediante tímidas aperturas. Pero sin un plan coherente y a largo plazo. ¿Pruebas? En apenas cinco años, el gobierno ha contradicho reiteradamente su propio discurso: desde la negativa rotunda al Mercado Libre Campesino, hasta su reapertura; desde “el capital extranjero sólo operará mediante empresas mixtas en cooperación con el estado” hasta empresas 100% extranjeras; desde las condenas a prisión por tenencia de dólares hasta su despenalización; desde la caza de jineteras hasta la admisión de que son “*las más cultas del mundo*” (F.C., *dixit*); desde la prohibición de la pequeña empresa privada, hasta la proliferación del timbiriche –aunque acosado hasta la asfixia por restricciones e impuestos; no así el inversionista extranjero, de quien depende que los niveles de miseria no alcancen el punto crítico de la desesperación–. Puras medidas de supervivencia cuya única lógica es la perpetuación del poder. Así se incumple una verdad universal postulada por José Martí hace cien años: “Gobernar es preveer”. El terror a la aparición de una burguesía nacional, sumado a la acelerada venta del país al capital foráneo, es la mejor combinación para que un día los cubanos heredemos un país que no nos pertenezca. La negativa a cualquier fórmula democrática (por tímida y paulatina que sea), incluso al diálogo con la oposición más amable, sumado a un vago proyecto de sucesión dinástica que ya nadie cree viable, pueden producir, por un error de cálculo o tras la muerte del líder, un vacío de poder en el que todo sea posible: desde un neoestalinismo tropical hasta la rebatiña entre facciones, el

reparto del pastel en la piñata de la burocracia, la entrega incondicional al mejor postor, o la peor y menos probable: la confrontación civil. De modo que la perpetuación del *statu quo* resulta óptima para el cumplimiento del axioma: “Después de mi, el caos”. ¿Cuál sería entonces el camino menos doloroso...?

Una transición ordenada y rápida, bajo la égida de Fidel Castro, me resulta pura ciencia-ficción: salvo raras excepciones, ninguna autocracia se suicida. Tampoco hay indicios de que las tímidas reformas transgredan lo indispensable para mantenerse en la silla “hasta que la muerte nos separe”, y evitar otro agosto del 94, más peligroso mientras menos posibilidades tenga de abrir la balsa, perdón, la válvula de escape. ¿Queda alguna opción? Quizás la única:

Aunque el riesgo de desnacionalizar la Isla deje de ser mera hipótesis, no quedaría otro camino que la inversión masiva de capital, precisamente lo que la nueva ley pretende evitar. La solución Breckenridge-Helms-Burton o la pasiva espera a una transición dictada por la necrología, me resultan soluciones infinitamente más penosas. ¿Y esas inversiones no apuntalarían al gobierno actual? A corto plazo, sí. Pero también aliviarían la hoy dramática supervivencia de los cubanos que viven en la Isla, cuyo sufrimiento no puede ser la moneda con que se compre una presunta “transición democrática”. Y a mediano plazo, cada empresa que se deslice a otro tipo de gestión demostrará la ineficacia de la economía estatal ultracentralizada al uso, debilitará los instrumentos de control del individuo por parte del estado. La descentralización de la economía desverticalizará paulatinamente la sociedad, abrirá nuevos márgenes de libertad y concederá al pueblo cubano una percepción más universal, más abierta, y de ahí una mayor noción de sus propios derechos, o de su falta de derechos, en contraste con los que se otorgan al extranjero en su propia tierra, desmitificando el camino trazado desde arriba como el único posible. Amén de que la dinámica del capital exigirá nuevos espacios, nuevas aperturas.

Y a esta reflexión no es ajeno el gobierno cubano, de ahí que le infunda más pánico la inversión (descentralizadora) que el embargo (aglutinador) y sólo muy cautelosamente la vaya permitiendo. Aunque más teme toda iniciativa privada de los cubanos, porque el dueño de una paladar contrae, con su independencia económica, el germen de su independencia política.

Cuando a fines de los setenta, los cubanos de Miami recién llegados a La Habana abrieron sus maletas cargadas de bisutería, demolieron veinte años de propaganda. Hoy los turistas y los empresarios extranjeros corroen más que cualquier embargo las doctrinarias exhortaciones al sacrificio. Muchos empiezan a sospechar que el porvenir no queda hacia delante, por la línea trazada que se pierde más allá del horizonte y cuyo destino es por tanto invisible, sino hacia el lado. Más al alcance de la mano.

En La Habana, ciudad que por falta de mantenimiento constructivo e inversión inmobiliaria puede ser declarada inhabitable en un 50% a fin de siglo, se invierte el cemento en una red de refugios antiaéreos (ahí viene el lobo, de nuevo). Pero el gobierno sabe que no hay refugio posible si el bombardeo es con dólares. Helms y Burton todavía no se han enterado.

Desde La Habana

ESCRIBIR HOY EN CUBA COMO PERIODISTA INDEPENDIENTE ES como parir, con la diferencia de que una embarazada dispone de nueve meses para prepararse y nosotros estamos siempre contrarreloj.

Aquellos que nos elogian por nuestro empeño en dar a conocer la realidad de una nación en decadencia, no pueden ni imaginar las vicisitudes con que cada semana escribimos. Vivimos y latimos al mismo ritmo de la población: comemos lo mismo, caminamos por las mismas calles, hacemos las mismas colas y montamos las mismas guaguas. Sólo que nuestra visión tiene otra graduación y percibimos como si fuéramos parapsicólogos. Y de este relacionamiento diario con la gente nacen estas crónicas cotidianas, objetivas y amenas.

No importa que por luz tengamos un mechón, que por asiento el quicio de una acera y por papel el reverso de viejos modelos oficiales tirados a la basura. No nos alcanzan los bolígrafos; las cintas de las obsoletas máquinas donde mecanografiamos están supergastadas y la tranquilidad para escribir apenas existe. No obstante, cada semana aquí estamos, reportando desde La Habana. Ninguno de nosotros es un superhombre o una supermujer, estamos tan lejos de la heroicidad como del Amazonas, pero padecemos de una enfermedad: la de escribir verdades.

Pa'la Shopping

“Voy a La Habana”, decían los habaneros antes de 1959 y ya se sabía que iban de compras, porque las principales tiendas radicaban en las calles Galiano, San Rafael, Neptuno, Reina, Belascoaín, Monte, Muralla, Obispo, perteneciente a lo que ahora se conoce como los municipios de Centro Habana y Habana Vieja. Había edificios completos dedicados al comercio minorista y también pequeñas tiendecitas, propiedad de polacos, alemanes y otros europeos que en los años de la Segunda Guerra Mundial hicieron de Cuba su segunda patria.

Tania Quintero

Después del 59, en las tiendas, a nivel nacional, las mercancías comenzaron a desaparecer de las vitrinas, pero por mucho tiempo todavía en la capital decir “ir a La Habana” era sinónimo de compras, a pesar de las limitaciones del racionamiento impuesto a partir de 1962 y que no sólo abarca los alimentos, sino los denominados *productos industriales*. Desde un carretel de hilo hasta un par de zapatos: todo comenzó a ser normado. Uno por persona o por núcleo familiar una vez al año.

Cuando en 1990 se decretó el *periodo especial*, ya hacía tiempo que la expresión “ir a La Habana” había caído en desuso, pues cada vez era menos lo que el buenagente del Estado nos podía ofrecer por la libreta. Aunque hubo una época en que floreció la actividad comercial con la creación del *Mercado Paralelo*, donde a precios más altos se podía comprar por la libre, sin necesidad de la libreta de racionamiento. Ese período coincidió con una política económica inspirada y subvencionada por los países del desaparecido CAME, fundamentalmente de la ex-Unión Soviética.

Hoy la etapa del *Mercado Paralelo* es recordada con nostalgia, pues fueron tiempos de poder comprar un cake de chocolate por diez pesos y por menos de dos pesos toda clase de jugos, conservas, sardinas, etcétera, etc., provenientes de Bulgaria, Albania y la URSS, entre otros países del campo socialista, que en paz descansen junto con todos los burócratas cubanos —muchos de ellos hoy gerentes de firmas extranjeras— que durante décadas les dieron cuerda al revés al reloj y, consciente o inconscientemente nos trataron de inculcar una filosofía cuya premisa básica era “hacer difícil lo que es fácil”—el ejemplo más palpable eran los pomos de compota rusa de manzana o de ciruela, de excelente calidad y sabor, pero que para abrirlos había que pasar un mínimo-técnico.

A partir de 1993, con la despenalización del dólar, ir de compras se convirtió en un deporte nacional casi tan popular como la pelota. El afán consumista en una nación que condena “la podrida y decadente sociedad de consumo norteamericana” sólo puede creerse si se vive actualmente en Cuba: no hay cubano que no sueñe diariamente con los benditos “fulas” para resolver desde el jabón para bañarse hasta los zapatos para su hijo poder ir a la escuela. Por cierto, a las tiendas ya no se les llama así: ahora son las *shoppings*. Por obra y milagro del dólar, la moneda del enemigo imperialista, ya los habaneros no dicen “voy a La Habana”, sino VOY PA’ LA SHOPPING.

Antaño, la más modesta tienda de cualquier capital de provincia no tenía nada que envidiarle a la más exclusiva *shopping* de ahora, porque los tenderos eran personas serviciales que si creían o no en el eslogan “El cliente siempre tiene la razón” no lo aparentaban y le atendían a uno con eficiencia y sin perder la sonrisa.

A diferencia de aquellos comercios con tenderos amables, los *compañeros* que trabajan en las *shoppings*, a pesar de tener la inmensa mayoría con qué desayunar y hasta transporte para que los lleven y los traigan, parece que fueron seleccionados no sólo por su militancia y su incondicionalidad, sino también por su mal funcionamiento hepático. Salvo excepciones, la consigna revolucionaria “Mi trabajo es usted” a ellos les resbala por los vistosos uniformes que usan.

La gente qué va a hacer, si no le queda otro remedio que ir a carenar allí para hacer más llevadero el calvario del “periodo especial en tiempos de paz”. Las *shoppings* deben tener las plantillas infladas, porque a pesar de su mal trato y demora, tienen montones de empleados vigilando, para junto con las alarmas y las cámaras ocultas de TV tratar de impedir los robos. Algunos ocurren entre la propia empleomanía y otros parecen copiados de una película del sábado, como el sucedido no hace mucho en *La Sirena*, una *shopping* ubicada en la Avenida 51, en la problemática barriada de Marianao. Fue cometido por mujeres que llegaron metiendo guapería a la cola: el portero las dejó pasar y ya adentro se adueñaron de dólares de una de las cajas, ante la sorpresa de empleados y público. La operación les falló y fueron detenidas. En otro barrio, en La Víbora, en un momento de descuido en uno de los departamentos de la *shopping* *Brimart* se llevaron cerca de tres decenas de aretes. Pero lo que más abundan son los ladrones solitarios, que se apropian lo mismo de un paquete de café Cubita que de una lata de jamón Tulip.

Este acápite de los robos ya fue previsto por las distintas cadenas de *shoppings* (Cubalse, Tiendas Panamericanas, TRD Caribe, Caracol). Están catalogados como *faltantes planificados* y es consecuencia de una práctica corrupta surgida al calor del comercio socialista racionado, que en el 96 cumple 34 años.

Si en lo que es atención al consumidor las *shoppings* dejan mucho que desear, en materia de precios es el caos andante. Todas, al fin y al cabo, son propiedad del Estado, pero en unas un mismo producto tiene un precio y en otras, otro. El mismo desorden reina en la organización interna, con las mercancías no siempre visibles ni debidamente acotejadas.

“Pero lo más triste del caso –me decía una amiga brasileña– es que ustedes pagan como si en vez de artículos de primera necesidad estuvieran comprando oro. En Brasil, por ejemplo, con los cinco dólares que ustedes gastan en un paquete de medio kilo de carne molida de segunda, uno se puede comprar un buen pedazo de carne de res de primera”.

Según esta brasileña, con lo que aquí se gasta en comprar alimentos para una semana, en su país alcanza para la factura de todo un mes. Ella ni muchos visitantes lo entienden. Nosotros tampoco, pero lo importante es que con bloqueo o sin bloqueo, nosotros seguimos yendo PA’LA SHOPPING, donde no faltan productos *made in USA*, como el pomo de salsa para espaguetis que una vecina compró, fabricado por *The Red Wing Company of New York*.

Por la Avenida del Puerto

No hacía ni una hora que había llegado a la parada final de la ruta 15, en Cuba y Desamparados, en La Habana Vieja, cuando avisan que las guaguas están desviadas. En la zona del antiguo muelle de caballería han cerrado la calle por la filmación de una película. Son las ocho y media de la noche. No queda más remedio que caminar.

El espectáculo comienza a partir del muelle por donde salen las lanchas



Rolando López Dirube. *Figuras sentadas* (1951).

para Regla y Casablanca, con dúos y tríos de *jineteras* yendo y viniendo por la Avenida del Puerto. En la bahía no hay muchos barcos anclados, pero ellas se han vestido y perfumado como si fueran a conquistar a Imanol Arias, el actor español protagonista de la película que están rodando esta noche. En el bar *Two Brothers*, recientemente remozado, una decena de muchachas aguarda. Sólo una, al parecer, ha tenido suerte: está en una mesa bebiendo con un cliente mientras tres se contonean al ritmo del *Toca Toca*, la canción con la cual Adalberto y su Son hacen bailar a la juventud en este insípido fin de año.

Sigo caminando y comienzo a recordar. Por aquí a veces anda Milena, la mulata achinada, madre de una niña de ocho años. Ella prefiere El Vedado o Miramar, porque por esos barrios los “fulas” (dólares) se consiguen más rápido. Milena, como Yadira, salen a la calle a “buscar el pan” solamente cuando lo necesitan sus hijos o su familia. “Hay demasiadas enfermedades y maldades y la alimentación está muy mala para estar en esto todos los días”, alegan.

A un lado y otro de la Avenida del Puerto hay suficientes servicios gastronómicos por dólares. Casi todos están semivacíos. Quizá porque es muy temprano o porque es miércoles o porque los marineros han preferido quedarse en sus camarotes. Lo cierto es que como me dijo un dependiente de uno de esos *snack-bar* abiertos las veinticuatro horas: “Si no fuera por los *jineteros* tendríamos que cerrar”.

Ellos, como los *gusanos* (exiliados), están contribuyendo a la reanimación económica del país. ¡Quién lo iba a imaginar!

Un gentío se arremolina alrededor de la filmación, que no es otra que *Ilona llega con la lluvia*, una coproducción cubano-colombiano-española. La policía está ocupada controlando el escaso tráfico y los ciclistas, como abeja tras el panal, se mueven constantemente de un lado para otro. Suena el cañonazo de

las nueve de la noche. Minutos después zarpa *El Galeón* con su carga de turistas torpes intentando bailar la salsa cubana. En la acera opuesta reina la oscuridad. Es una zona de árboles que se extiende más allá del Anfiteatro. Cerca está el Arzobispado de La Habana, el Palacio de la Artesanía y el bar-restaurant Cabañas. En los bancos diviso parejas de cubanos con extranjeros y hasta unos *gays* cuya nacionalidad no puedo ni adivinar.

Nada de eso me sorprende, lo que me molesta es que se trate de tapar el sol con un dedo en este asunto de la prostitución. Porque de que la hay, la hay. Y va en aumento. No sólo hay mujeres: hay hombres también; hay homosexuales y hasta niños que practican el sexo oral por un dólar. Hay estudiantes como Vicky y Roxana, que celebraron sus quince años en un hotel capitalino de la mano de sus cincuentones novios italianos, con el visto bueno familiar. Hay jóvenes menos afortunadas, como Fanny, que sólo pudo resolver tres dólares la primera vez. Ese dinero al día siguiente lo vendió en el mercado negro y con los 75 pesos que le dieron se fue a comprarle comida a su hija de dos años.

Más triste es el caso de una joven que dejó con una hermana a su bebito de tres meses y cuando se disponía a desvestirse notó como de los pechos brotaba incontenible la leche. Se echó a llorar, pero él era de los turistas buenos. La abrazó y le dio 50 dólares. A un abogado madrileño le fue menos dura la escena: la mujer, de unos 30 años comenzó a contarle el martirio de nuestra vida diaria. Y de la piscina del hotel no pasaron. Después de invitarla a cenar le regaló cien dólares.

Un poco más allá de donde termina la Avenida del Puerto, por el Paseo del Prado, suele moverse Sandra, una escultural negra con un título universitario en la gaveta de su cómoda. Ella hace lo indecible por no parecer *jinetera* y muchos menos prostituta. A sus turistas les habla de arte y de historia; domina dos idiomas y hace dieta para no engordar. Su dilema es otro: disponer cada día de no menos de 20 dólares para “pagar” a porteros y carpeteros el derecho a esperar en el lobby del hotel. Ahí no terminan sus problemas: tres veces han intentado asaltarla al entrar en su casa. La solución es regresar en turistaxi y y pedirle al chofer que aguarde a que ella entre y pase el cerrojo. Eso le cuesta de uno a tres dólares de propina para el chofer.

Sin darme cuenta llego a la salida del Túnel. Me siento en un quicio a esperar. Hace más de una hora no pasa una 15. Un grupo de turistas llama la atención de los que estamos en la misma desesperada situación. Alguien dice: “Coño, pero si son *bolos*”. Miro. Efectivamente, parecen rusos, por la forma de vestir y caminar. Van callados y en fila como si fueran a una reunión del partido. Alguien hace un chiste. La gente se ríe. Yo no tengo deseos de reír. No por la demora de la guagua, sino porque pienso que despatarramos a la burguesía nacional para ahora abrirle las piernas al capital extranjero. Y eso, más el turismo, deja sus secuelas. La prostitución es una de ellas. Es la punta visible del *iceberg*. Las otras lentamente saldrán a flote.

Cuba: perspectivas económicas

Carlos Solchaga

PARECE QUE LA ECONOMÍA CUBANA NO PODRÁ CRECER EN 1997 tanto como en 1996. Al menos, las autoridades del país han venido advirtiendo a sus ciudadanos sobre tal posibilidad. La zafra será peor y los pocos sectores de economía creciente (turismo, construcción y otros) no serán capaces de compensar la caída de algunas producciones tradicionales.

Hace tan sólo dos años (a fines de 1994) en La Habana —no me atrevo a decir en toda la isla— se respiraba un ambiente más esperanzador. En aquel año, por primera vez desde 1989, la contracción de la producción cubana se había detenido —tras una caída difícil de medir, pero no inferior seguramente al 40 por ciento del nivel que registraba al final de la década de los ochenta—, y se habían puesto las bases para ir resolviendo lenta y penosamente el desajuste macroeconómico del país.

El diagnóstico de este desajuste no era en absoluto complicado. Carente el país del apoyo exterior de la antigua Unión Soviética e imposibilitado de acudir a los mercados financieros internacionales por los problemas irresueltos de su deuda acumulada con el Club de París, el nivel de las importaciones de bienes de producción y de consumo necesarios para mantener el funcionamiento de la economía cubana se había reducido en tres cuartas partes. A partir de 1989 muchas líneas de producción tuvieron que reducirse, multitud de factorías carentes de materias primas o de recursos energéticos tuvieron que parar su actividad y con el paso del tiempo, incluso cerraron sus puertas. La propia producción de energía eléctrica cayó estrepitosamente y ni empresas, ni familias ni ciudades (para su alumbrado) disponían del suministro suficiente. Los combustibles y carburantes se redujeron drásticamente. La ausencia de fertilizantes, semillas, y de otros factores de producción para la agricultura redujeron las cosechas tanto de productos de exportación (azúcar) como de productos para el consumo interno (todo tipo de alimentos).

La tecnología industrial cubana de origen soviético y de otros países del COMECON se mostró absolutamente obsoleta tan pronto como los mercados para sus productos dejaron de ser los de estos países y tuvieron que ser sustituidos por los mercados internacionales. Todo el esfuerzo de industrialización de tres décadas entró en tela de juicio, primero, para desembocar en la bancarrota, después. El país no tenía dinero para pagar la reparación y el mantenimiento del equipo de sus plantas industriales. Pero, si lo hubiera tenido, le hubiera servido de poco, porque sus antiguos suministradores en China y los países de Europa Central y Oriental o en la antigua Unión Soviética estaban cambiando sus tecnologías y ya no podrían en el futuro suministrar partes y piezas de sus antiguas maquinarias. La mayor parte del aparato productivo industrial ha quedado tan sólo para chatarra; de ahí la importancia crucial, en este momento, de la inversión internacional como introductora de nuevas tecnologías que el país por sí mismo no es capaz de adquirir en proporción suficiente como para recrear una auténtica industria.

Las autoridades cubanas respondieron a este enorme proceso de recesión económica y de contracción de la producción y el empleo atendiendo a consideraciones de solidaridad –siempre estimables– pero con escaso sentido práctico. En principio, el cinturón se ajustó para todos. Los sueldos se congelaron, los gastos de la administración pública bajaron y el racionamiento de bienes de consumo fue adelgazándose con el transcurso del tiempo hasta llegar a límites próximos a la mera subsistencia. En la estrategia gubernamental se impusieron los criterios de reparto de la pobreza sobre los que aconsejaban cómo había que actuar para, con sacrificios, desde luego, tratar de erradicarla.

Los trabajadores, trabajaran o no –lo que no dependía de su voluntad, sino de la existencia de materias primas, energía, medios de transporte– seguían cobrando un salario, en un alarde de generosidad. Desgraciadamente, como este era un ingreso sin una contraprestación en forma de aportación social a la producción, poco podían hacer con el dinero ya que no existían bienes y servicios en que gastarlo. La aparición de mercados negros –muy insuficientes– con precios astronómicos en comparación con los que teóricamente se aplicaban en el sistema de racionamiento, trajo consigo la reaparición del fantasma de la inflación larvada y las amenazas de otra de mayor alcance, conforme los ciudadanos cubanos iban aumentando sus disponibilidades líquidas en forma de incremento del circulante. La oferta monetaria seguía creciendo, mientras la producción nacional y las importaciones menguaban.

Las autoridades cubanas no tardaron en entender que si querían eliminar este espectro inflacionista precisaban reducir el motor que lo alimentaba y que no era otro que el déficit público generado por los números rojos de las empresas productivas. Éstas no podían seguir pagando salarios a una mano de obra que quedaba improductiva. Era, pues, absolutamente necesario aceptar con realismo que la salida “solidaria” a la crisis no podía seguir funcionando en los mismos términos en los que se había establecido. Era un gigantesco espejismo hacer como que se pagaba con un dinero que no valía nada a alguien

que hacía como que trabajaba porque, en realidad, no se daban las condiciones necesarias –los otros factores de producción– para emplearlo.

Decía Joan Robinson que uno quizá podía tener graves dificultades para definir un elefante, pero que seguramente reconocería uno tan pronto como lo viera. Del mismo modo, los trabajadores cubanos podían tener dificultades para entender la etiología y las características de la crisis económica de su país, pero no para darse cuenta de que la resolución de sus problemas de subsistencia no podía confiarse a las empresas públicas que no podían emplearlos productivamente. En el margen de la legalidad aparecieron nuevas y, a veces, sorprendentes actividades productivas que las autoridades tenían que tolerar parcialmente. Cuando, en julio de 1993, se legalizó la tenencia de dólares procedentes de las transferencias (imposibles de distinguir de aquéllos que procedían de otras actividades y distintas fuentes) este mundo de actividad marginal se multiplicó, sobre todo en La Habana. Profesionales desocupados o subocupados se convirtieron en artesanos, horticultores (después de la legalización de los nuevos mercados agropecuarios), intermediarios en servicios turísticos y de hostelería, buscadores de oportunidades, ofiantes de servicios domésticos, comerciantes clandestinos y otras cosas menos presentables socialmente. La gente tenía que “resolver” su propia subsistencia cada día.

Entre tanto, las autoridades se aplicaron a resolver el problema del déficit público, aumentando ingresos a través de impuestos indirectos (tabaco, combustible, alcoholes...) y racionalizando el gasto en la administración y en las empresas públicas. Al hacerlo, fueron disminuyendo parte del excedente monetario, equilibrando las cuentas públicas, frenando la caída de la producción –al asignar más racionalmente los escasos recursos productivos disponibles entre dichas empresas públicas– y deteniendo, aunque a un nivel muy bajo, la caída del consumo de las familias. Pero, al mismo tiempo, y de manera inevitable fueron creando enormes bolsas de desempleo en el sector público (que ronda el 95 por ciento de la mano de obra del país) que ahora ya no se podían disimular. Hubo que crear un subsidio de desempleo que representara un coste inferior al de los salarios, abrir la mano en las posibilidades de autoempleo de los trabajadores excedentes, ser más comprensivos con las necesidades de los inversores extranjeros, poner al ejército a producir bienes agroalimentarios e industriales en vez de gastar recursos insuficientes, reducir burocracia administrativa y, lo que era más duro, reconocer –eso sí, nunca claramente– que un número entre medio millón y un millón de trabajadores cubanos excedentes en las empresas públicas no podrían ser ocupados en la actualidad ni previsiblemente en un plazo medio.

Con todo y con eso, al acabar 1994 el ambiente en La Habana era menos ominoso que en los años anteriores. Nuevas financiaciones para la zafra o la cosecha de tabaco y unas condiciones meteorológicas menos inclementes auguraban un aumento del producto social en 1995. El ajuste fiscal había dejado a muchos sin empleo (sin trabajo ya estaban antes) y las subidas de impuestos habían absorbido el ahorro, nominal que no real, de las familias más modestas. Las perspectivas de consumo estaban extraordinariamente limitadas, pero

el aumento de la oferta de alimentos con la legalización de los mercados agropecuarios y la mejora del cambio del peso en los mercados libres arrojaban una luz tenue de esperanza sobre este asunto. *Happy days were not here again* pero, lo peor podía haber pasado. A pesar de las duras pruebas experimentadas, la sociedad no se había “desvertebrado” y el sentido ciudadano y solidario seguía siendo un valor predominante en Cuba. Las críticas al sistema eran mayores y la moral social, como luego veremos, se había resentido en la nueva situación. Se habían producido incluso llamaradas de conflicto social que, luego, habían sido apaciguadas, no sin dejar algún rescoldo.

Y en efecto, en 1995 creció, por primera vez después de muchos años, la producción cubana. Tasas del 4 o el 5 por ciento de crecimiento parecían al alcance de la mano. Las autoridades económicas daban la impresión de ir disponiendo, poco a poco, de las palancas de control de la situación. En noviembre de ese año hice mi último viaje a Cuba. El motivo era una reunión bilateral de periodistas y representantes cubanos en torno a unas “Jornadas sobre Cuba y la Unión Europea”¹, en las que expuse una ponencia sobre las perspectivas de la economía cubana. Los oyentes y participantes en el coloquio eran fundamentalmente periodistas españoles y cubanos, hombres de empresa de España y miembros de la Asamblea Nacional y de la Administración cubana, además de algunos cuadros del Partido Comunista de Cuba. La discusión fue, en general, franca, aunque menos espontánea por parte de los participantes cubanos –o eso me pareció a mí– de lo que hubiera sido deseable. En ella defendí la tesis de que tasas de crecimiento del 4 o el 5 por ciento –o entre el 7 y el 8 por ciento como la que parece haberse registrado en 1996– difícilmente resolverían el problema económico cubano, tal y como yo lo entendía.

Como en aquel momento mi mayor interés era argumentar en términos de estrategia política, mis consideraciones se centraron en los aspectos temporales de una estrategia de crecimiento como la prevista y en los riesgos políticos que entrañaba. En el fondo, mi principal interés era llamar la atención de mi audiencia sobre los riesgos de un proceso demasiado premioso de transformación sistémica, y poner en sus justos términos –o en lo que a mí me parecía que eran sus justos términos– los riesgos de carácter objetivo, no temporal, inherentes a dicha transformación.

No discutí en aquella ocasión la viabilidad de dicha estrategia, no tanto porque diera ésta por garantizada, como por mi deseo de demostrar que aunque fuera factible técnicamente tenía pocos visos de realizarse políticamente. En este artículo me gustaría extenderme en un análisis global de lo que parece ser la estrategia de política económica del gobierno cubano tal y como yo la entiendo, tratando de explicar por qué me parece no factible desde el punto de vista económico e inviable desde el punto de vista político.

Las autoridades cubanas parecen convencidas de dos hechos: en primer lugar, que la contracción económica ha tocado fondo y la economía sólo puede

¹ Ver *Cuba despierta* en la sección LIBROS RECIBIDOS, p.

crecer después de tal acontecimiento; en segundo lugar, que la mayor parte del ajuste macroeconómico (déficit fiscal excesivo y sobreabundancia de liquidez en el país) está ya realizado y bastará con una cierta vigilancia sobre las variables presupuestarias para evitar que se ponga en marcha un nuevo desajuste. Con estas dos premisas garantizadas, las autoridades cubanas apuestan por una estrategia de vuelta a la normalidad; es decir, al modo de vida modesto, pero aceptable, de la segunda mitad de los años ochenta.

La mayor parte de las concesiones políticas a la liberalización económica (libre tenencia de dólares, mercados agroalimentarios, cierto nivel de autoempleo, modesta apertura del país a las inversiones internacionales) se consideran pasos irreversibles mientras dure el proceso de “vuelta a la normalidad”. Obviamente, producirán un sinnúmero de “contradicciones internas” (diferencias sociales según en qué sector se trabaje y en qué moneda se perciban los emolumentos, diferencias de renta y de riqueza, desarrollo de actividades ilegales en fuerte contradicción con la moral política del régimen, deterioro significativo de los incentivos al estudio y al trabajo a la vista de la arbitrariedad de la retribución del esfuerzo y del capital humano invertido en la formación profesional) pero las autoridades parecen confiadas en poder controlar los efectos políticos que se derivan de dichas concesiones sin que corra riesgos la estabilidad del régimen, a la vista de la experiencia del último quinquenio (1992-1996).

No hace falta decir que ésta es una hipótesis basada más en el *wishful thinking* que en la aplicación del sentido común a la observación de los hechos. Por esta misma razón la hipótesis es más formal que real. Sin embargo, para el gobierno cubano, reconocerlo sería poner en grave riesgo sus propias posibilidades de cumplimiento.

En este proceso de recuperación de la normalidad seguirán adelante determinadas reformas administrativas, como la implantación de un nuevo aunque primitivo sistema tributario, y alguna modernización del sistema monetario y bancario, que ya se han iniciado. Pero prácticamente, nada más. En el mejor de los casos, si resulta absolutamente indispensable, puede que se lleve a cabo alguna regulación, seguramente insuficiente y recelosa, sobre creación de pequeñas empresas y cooperativas privadas de trabajadores.

Con estos mimbres se propone armar una estrategia según la cual el crecimiento económico, en un período no muy largo, permitirá alcanzar niveles de producción y de renta por habitante semejantes a los que se disfrutaban al final de los años ochenta –lo que después de la penuria de los noventa sería juzgado muy favorablemente por la población. Y este objetivo que se habría conseguido sin desvirtuar el sistema económico y social en lo fundamental, asegurando, además, la estabilidad política.

Para comprender el valor de esta estrategia no hay que ponerla en comparación con la que llevarían a cabo otros dirigentes con otras ideas políticas, ni tampoco confrontarla con otras estrategias de crecimiento en países que no parten de regímenes comunistas. Lo que los dirigentes cubanos tienen en la cabeza al tratar de poner en pie esta estrategia –dejando a un lado la defensa cerrada de

su visión del mundo y de la sociedad cubana— es instrumentar una estrategia alternativa a la de los países de Europa Central y Oriental, y particularmente a la de la antigua Unión Soviética, que han pasado por la inestabilidad política, la transformación sistémica y el caos social y cuyos resultados en materia de bienestar económico y social, sobre todo en Rusia, están todavía por verse.

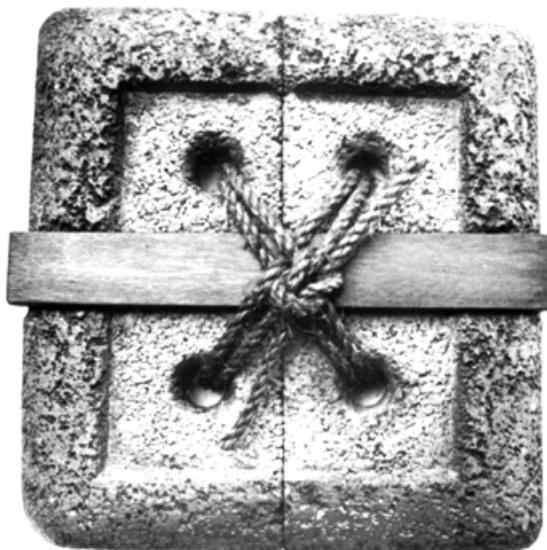
Estoy tratando, como verá el lector, de juzgar la estrategia que atribuyo al gobierno cubano en sus propios términos y desde sus propias perspectivas, absteniéndome de introducir en el discurso juicios de valor o consideraciones políticas de autor.

Pues bien, lo primero que hay que decir acerca de esta estrategia es que económicamente no es factible en un horizonte temporal razonable (en un tiempo políticamente útil). Y no lo es sencillamente porque la economía cubana, para alcanzar los niveles de producción y de renta por habitante de los años ochenta, necesitaría un nivel de importaciones superior al de aquellos años y no tiene cómo financiarlo mientras no cambien las reglas del juego económico.

Que el nivel de las importaciones tiene que ser igual o superior al de entonces se deriva del hecho de que las importaciones que se precisan no son bienes superfluos, sino petróleo, materias primas, alimentos y otros bienes de consumo de primera necesidad para que el sistema funcione de acuerdo con los parámetros de 1985-1989. A esto, sin embargo, hay que añadir los bienes de equipo que por obsolescencia o por no reposición han quedado amortizados en los años noventa y sin los cuales la producción no se podría reiniciar, y mucho menos alcanzar las cotas de aquellos años. La industria energética y la química (incluidos los fertilizantes), la industria azucarera, los transportes y otros muchos sectores están prácticamente descapitalizados.

Es posible que la aplicación de nuevas tecnologías, o una fuerte reasignación de recursos desde antiguas actividades productivas a nuevas líneas de producción, pudiera, aunque es dudoso, reducir en alguna proporción la relación importaciones/producción. El turismo, por ejemplo, que es una actividad de futuro a la que se están transfiriendo recursos desde otras actividades tradicionales, tiene una elevada proporción de importaciones, aunque su saldo neto en términos de divisas sea claramente positivo. Pero, en todo caso, para que este proceso de reasignación de recursos e introducción de nuevas tecnologías tuviera un efecto significativo, sería preciso que el ahorro interno y el trabajo se asignaran libremente en la isla —lo que no es el caso en esta estrategia— o que las inversiones extranjeras fueran masivas, lo que tampoco es el propósito del gobierno cubano, cuya ley de Inversión Extranjera ha quedado muy por debajo de las expectativas que levantó. Tampoco es seguro que, aunque éste fuera su propósito, pudiera cumplirlo sin una economía mucho más libre y un desarrollo más enérgico de su consumo interno; como es sabido, invertir en un país utilizándolo sólo como plataforma de exportación tiene el alcance limitado ya demostrado por el fenómeno de las zonas francas.

Tomando todo lo anterior en consideración, creo que puede mantenerse mi afirmación de que la vuelta a la normalidad pasa por financiar niveles de importaciones no inferiores a los que se registraban en los años ochenta.



Rolando López Dirube. *Armadura I* (1972). Concreto, madera y sogas sobre panel laminado plástico.

¿Cómo financiar este nivel de importaciones? Existen tres procedimientos para hacerlo: exportar más, tomar préstamos de los mercados internacionales y captar inversiones extranjeras; todos tienen, sin embargo, fuertes limitaciones en la situación actual de Cuba y dentro de la estrategia establecida.

La exportación de productos tradicionales (sobre todo azúcar) encuentra dificultades en la financiación de las cosechas, en la escasez de fertilizantes y en el deterioro de los ingenios en general. Otras exportaciones agrícolas, sobre todo cítricos, tienen una potencialidad de crecimiento extraordinariamente limitada. Con la escasez de energía en la isla no es previsible el aumento de las exportaciones industriales. Sólo hay dos sectores con perspectivas de crecimiento: la industria minera y el turismo. Ambos, sin embargo, requieren de inversiones extranjeras masivas para dar frutos.

Los nuevos productos de tecnología avanzada están prácticamente limitados a la industria farmacéutica y a la biotecnología. Aunque su potencial no es despreciable, los escasos recursos que quedan para la investigación y las dificultades de introducirse en los mercados internacionales hacen que el desarrollo de sus exportaciones sea extraordinariamente trabajoso y lento.

Creciendo a una tasa del diez por ciento anual en valor, las actuales exportaciones cubanas alcanzarían el nivel de 5.000 millones de dólares dentro de diez años, en el 2007. Esta cifra todavía sería inferior a los 7.000 u 8.000 millones de dólares que representaba la importación de los años ochenta y que, con una previsión de inflación moderada, debería elevarse en valor a una cantidad entre 15.000 y 20.000 millones de dólares, para representar las mismas cantidades de productos importados en términos reales.

La segunda vía, la financiación internacional mediante empréstitos del gobierno de Cuba o de las empresas cubanas, debe considerarse prácticamente

descartada. Con el problema existente sobre los impagos de la deuda cubana, y lejos de alcanzarse un acuerdo sobre este tema en el Club de París, ningún país desarrollado aseguraría nuevos créditos para Cuba.

Queda finalmente la tercera vía: la atracción masiva de inversiones (de ahí la importancia estratégica que tenía la nueva y malograda legislación sobre inversiones extranjeras). Sin embargo, preciso es reconocerlo, en la estrategia diseñada de las mínimas transformaciones posibles, su potencialidad resulta igualmente muy limitada. Sólo con libertad creciente de empleo por cuenta ajena en el sector no socializado de la economía y con la aceptación sin trabas del principio de propiedad privada (o su traducción en autorizaciones a empresas con el cien por cien del capital en manos de no residentes) es posible prever un desembarco masivo de inversiones extranjeras que trajeran consigo no sólo los fondos en divisas para financiar mayores importaciones, sino también y, sobre todo, modernas tecnologías y desarrollo de nuevas líneas de producción internacionalmente competitivas, y nuevos puestos de trabajo para emplear productivamente el gigantesco excedente de trabajadores en las empresas públicas.

Pero ciertamente esto no es compatible con el mínimo de transformación sistémica, sino con la aceptación de dicha transformación aunque sea en el contexto de un proceso gradual relativamente ordenado. Aceptación sin restricciones, porque es imposible admitir la propiedad privada de medios de producción para los no residentes y negársela a los cubanos, o aceptar que existan empleadores privados extranjeros y prohibir la existencia de los cubanos. Gradual, porque se podrían diseñar fases de transición hacia una nueva situación que permitieran un cambio suave en la ordenación de la economía, reservando la existencia de un fuerte sector público en el campo de las conquistas sociales (educación, sanidad, seguridad social) que si no encuentra bases financieras en el incremento de la riqueza de la economía cubana, perecerá por extinción, aunque, eso sí, sin mácula de capitalismo.

El segundo punto de mi argumentación es que, aun suponiendo que por procedimientos milagrosos en algún punto relativamente alejado en el tiempo se recuperaran las condiciones de normalidad, el proceso sería con toda probabilidad políticamente inviable. Desde luego, no parece un proyecto histórico sugestivo para la ciudadanía alcanzar al final de la próxima década, después de medio siglo de revolución, el nivel de bienestar de treinta años antes. Es verdad que mejoras continuadas en el nivel de vida resultan siempre un elemento de cohesión política y social (si es que fueran posibles, que como he dicho antes, es más que dudoso por la restricción que impone un nivel insuficiente de importaciones). Pero también es cierto que un tan largo proceso de recuperación de la normalidad representa lustros de carencias de todo tipo y, por tanto, de insatisfacción social y potencial inestabilidad política.

La sociedad cubana es una sociedad moderna. No es una sociedad tradicional acostumbrada a una reproducción mecánica de los modos de vida, generación tras generación, que pueda contemplar con resignación la entrada en el círculo vicioso de la pobreza con expectativas tan difusas y alejadas en el tiempo de salir de él. El cubano es un pueblo que conoce su historia y está

orgullosa de muchas de sus realizaciones; que ha creído que tenía ante sí un proyecto revolucionario de vida en común –y que probablemente lo sigue creyendo en grandes proporciones– y que cree hondamente en el progreso, es decir, en un proceso histórico que permita a los ciudadanos alcanzar cotas cada vez más elevadas de bienestar material y moral. Es extremadamente difícil convencer a un pueblo de estas características de que tiene objeto vivir una depresión económica de treinta años de duración para, al final, no avanzar, sino quedarse donde estaba. Particularmente porque sabe que éste no es un proceso histórico necesario o inevitable e intuye que hay alternativas.

Pero, dejando a un lado el hecho de que el proyecto como está diseñado no parece capaz de atraer el entusiasmo del pueblo cubano, la cuestión es que, en sí mismo, encierra contradicciones económicas y políticas tan graves que ni con la mayor de las voluntades políticas podría hacer otra cosa que ir perdiendo respaldo social mientras se fuera desarrollando.

El ajuste macroeconómico realizado se ha basado en tres pilares: a) reducción de los números rojos de las empresas públicas provocando un aumento muy significativo del desempleo manifiesto y oculto; b) incremento de los ingresos públicos mediante la subida de algunos impuestos indirectos; c) reducción en cerca de 10 puntos del PIB de los recursos dedicados al presupuesto de defensa, que ha pasado de representar el 14 por ciento del PIB a representar algo como el 5 por ciento. Si las autoridades cubanas no desean añadir el caos monetario a la difícil crisis económica, esta situación tendrá que seguirse manteniendo mucho tiempo, tanto más cuanto más difícil sea, por la restricción de las importaciones, volver a ocupar productivamente a los desempleados.

Este ejército de desempleados se ve obligado a actuar en el margen de la legalidad. En la mayoría de los casos, no pueden autoemplearse porque las autoridades tienen una actitud recelosa hacia el crecimiento del autoempleo (de hecho, el número de autoempleados se ha reducido en el último año). No existen empresas privadas cubanas que pudieran emplearlos, y la prestación de sus servicios de trabajo por cuenta ajena está prohibida. Las pocas empresas que el raquítico desarrollo de la inversión extranjera va creando, tan sólo son capaces de cubrir parte del crecimiento anual de la población activa. Para este amplio colectivo, la única manera de obtener algún recurso consiste en prestar servicios ilegales en el mercado del dólar, en los límites externos del turismo, o a algunos ciudadanos cubanos que han venido acumulando algún capital proveniente de la venta de alimentos y del reparto, a través de los pocos intercambios que se producen, de las transferencias de dólares provenientes de los familiares exiliados fuera de Cuba.

La subida de los impuestos indirectos ha venido reduciendo sus saldos monetarios, que también se van agotando conforme tienen que complementar sus magras cartillas de racionamiento con las pocas compras que pueden permitirse en los mercados agroalimentarios. Cada día que pasa es más difícil resolver el problema de la supervivencia.

Desgraciadamente, sin embargo, no cabe suponer que los ingresos impositivos crezcan demasiado en los próximos años. De manera que seguirá existiendo

una fuerte presión financiera para que el número de los trabajadores en las empresas públicas disminuya, si se quiere mantener el ajuste macroeconómico. Por la misma razón, los salarios reales van a seguir decreciendo en los próximos años para aquellos que logren conservar el empleo.

En mi opinión, es sencillamente inimaginable mantener una situación como la descrita por un período de tiempo prolongado, a menos que se produzca un deterioro gigantesco de la actitud de los ciudadanos hacia el trabajo como fuente de legitimación social y sostén de la autoestima. Porque no estamos hablando de unos pocos ciudadanos sino de más de un millón de trabajadores que no podrían trabajar aunque desearan autoemplearse en cualquier tipo de tareas. El Estado mantendría en la actual legalidad un monopolio práctico del empleo, pero no podría dar trabajo al que lo necesitara.

Por otro lado, estos trabajadores sin empleo (fueran siempre los mismos o se turnaran entre ellos en el primer experimento macroeconómico de “reparto del trabajo”) y quienes estuvieran ganando salarios reales cada vez más bajos, no podrían sino contemplar con escándalo cómo les iba la vida mucho mejor a aquellos cubanos próximos a la economía legal e ilegal del dólar. Algunos ciudadanos en Cuba “resuelven” su vida mejor que otros. No precisamente porque sea mayor su aportación al producto social o realicen mayores esfuerzos o reúnan más méritos, sino, simplemente, porque aprovechan “rentas de situación” en una economía que no tiene reglas claras y uniformes.

Tal percepción es una fuente de inestabilidad política profunda. La discusión no está en si la sociedad cubana en su planteamiento actual puede o no admitir diferencias significativas y observables en la distribución de la renta. Esto ya lo ha hecho mediante la legalización de la tenencia de dólares, la división del aparato económico entre el que liquida las transacciones en dólares y el que lo hace en pesos, y la admisión del autoempleo. La discusión se centra entre si las diferencias de renta surgen como consecuencia del trabajo, del esfuerzo y de la apreciación que los demás ciudadanos hacen de los servicios de trabajo y profesionales que los otros prestan, o nacen de “rentas de situación”, difíciles de racionalizar y, por tanto, de legitimar.

Ahora bien, ¿podría el gobierno cubano, en la actual situación de escasez dramática de divisas, dar marcha atrás y prohibir de nuevo la tenencia de dólares, restringir las escasas inversiones extranjeras o acabar con la competitividad del sector turístico con nuevos controles de cambios? La circulación creciente del dólar como medio de pago a lo largo de la isla es la única espita de renovación de aire que ahora existe. Si se pretendiera restringir o cerrar, la economía cubana se derrumbaría. Hasta que no se alcancen cotas próximas a la “normalidad” no hay otra alternativa que vivir con las contradicciones que surgen de este doble ordenamiento del sistema económico y del sistema de pagos.

Si lo anterior es verdad –y así lo creo– la única salida a esta contradictoria situación no es precisamente restringir los escasos grados de libertad del sistema, como parece que ha ocurrido a lo largo de 1996 (subidas de impuestos a los trabajadores autónomos, reducción del número de los mismos, no liberalización de las inversiones extranjeras, a lo que hay que añadir los efectos de la

ley Helms-Burton), sino ampliarlos rápidamente. Permitir la colocación por cuenta ajena y la creación de empresas reguladas legalmente, cooperativizar una parte importante del aparato de producción estatal, admitir la aparición de mercados de consumo e interempresariales, alentar la inversión extranjera y liberalizar fundamentalmente la relacionada con el turismo, cuya capacidad de crecimiento es prácticamente ilimitada en los niveles actuales.

Con estas medidas la captación de divisas sería mucho mayor y las posibilidades de importar –y, por tanto, la tasa de crecimiento económico de Cuba– se incrementarían extraordinariamente en un par de años. Aunque con dificultades y con salarios relativamente bajos –pero superiores a lo que son sus ingresos actuales– mucha de la mano de obra redundante en el sector empresarial público encontraría empleo y la tasa de cambio del dólar respecto del peso bajaría, eliminando muchas de las rentas de situación de la economía del dólar (como, de hecho, ya pasó con la creación de los mercados agropecuarios y la reducción del exceso de liquidez a lo largo del último bienio).

Por supuesto que seguirían existiendo diferencias en la distribución de la renta y se aceleraría el ritmo al cual ya se están acumulando, de manera solapada patrimonios privados. Sin embargo, la creación de un sistema fiscal de imposición directa podría, en términos macroeconómicos, limitar mucho más que en cualquier otro país las diferencias de la distribución de la renta (ya que en el caso de Cuba no se parte de una distribución desigual del patrimonio, como en otros lugares). Sin embargo, estas diferencias no nacerían de rentas de situación, sino del éxito en la dedicación y el esfuerzo, en la iniciativa y en el trabajo.

El proceso, por otro lado, aunque transformaría significativamente la estructura cubana, sería un fenómeno gradual, que amortiguaría la inestabilidad política más que agudizarla, y requeriría de cambios progresivos en el sistema legal cubano. Sobre esto no hay que hacerse ilusiones: con la estructura legal actual es imposible dar pasos significativos en la dirección propuesta (aunque, a cambio, también resulta prácticamente irrealizable, desde el punto de vista político, dar marcha atrás a los cambios introducidos). Dichos cambios en el camino de la liberalización económica tendrían sin duda su trasunto en crecientes libertades políticas de asociación y expresión –entre otras– y su reflejo en la representación ciudadana y en las leyes electorales. Pero estos surgirían como consecuencia de un proceso ordenado de cambio en la base de la sociedad y no como una concesión desde arriba sobre una sociedad sin ordenamiento de su sistema económico, como alternativamente podría ocurrir si no se controlan las actuales fuentes de inestabilidad política.

Esto es precisamente lo que ocurrió en la antigua Unión Soviética y en otros países de Europa Oriental. Resultaría paradójico que el mal que el gobierno cubano quiere evitar a su país –el desorden económico y la regresión social que han supuesto en los primeros años los procesos de transformación sistémica en estos países– y que argumenta para justificar el recelo con el que se ha embarcado en el proceso de liberalización económica, acabara produciéndolo por no decidirse a salir de una situación como la actual, totalmente enquistada.

¿Recuperación económica en Cuba?

EL DÍA DE NOCHEBUENA DE 1996, EL MINISTRO DE ECONOMÍA de Cuba, José Luis Rodríguez, informó a la Asamblea Nacional que la economía había crecido un 7,8% en el año que concluía. Después de una caída estimada, según diversos cálculos internos, entre 35% y 48% en 1989-93, parecía que la Isla se encaminaba hacia una fuerte recuperación. Esto aparentemente se confirmó por la CEPAL, la cual reportó en su informe preliminar para América Latina en 1996, que la tasa de Cuba era la segunda más alta de toda la región (la primera, basada en el producto por cabeza). En 1995 la cifra oficial de crecimiento fue de 2,5% y la famosa revista *The Economist* publicó un cuadro en que el producto cubano parecía haber recobrado el nivel que tenía en 1988. A mediados de enero de 1997, un reportero del canal TV CNN me llamó, muy excitado, para preguntarme si el *boom* económico cubano iba a dejar “fuera de juego” a las empresas norteamericanas (impedidas de entrar en la Isla por el embargo y la Ley Burton-Helms). ¿Es cierto que Cuba socialista ha conseguido un milagro económico que la sitúa en competencia con el milagro neo-liberal chileno?

LA VERACIDAD DE LAS ESTADÍSTICAS OFICIALES

En primer lugar, si la economía en verdad creció 7,8% en 1996 y lograra mantener una tasa promedio menos espectacular, pero aún muy alta, de 5% en el futuro, se requerirían 9 años para recuperar el nivel alcanzado en 1985. Ahora bien, en este año, el producto (PIB) promedio por habitante anual fue de 2.006 pesos, equivalente a dólares si usamos la irreal tasa de cambio oficial. Pero en el mercado negro se cambió el dólar a 6 pesos y, basado en esa tasa más realista, arribamos a \$334 por cabeza lo cual colocaba a Cuba al nivel de Haití en 1985. El PIB por habitante en 1996 (basado en la reportada tasa de crecimiento de 7,8%) fue de 1.282 pesos equivalentes a 67 dólares (usando la tasa promedio anual de las casas de cambio de 19 pesos por un dólar), o

Carmelo Mesa-Lago

sea, la más baja en todo el mundo (las comparaciones internacionales están basadas en cifras del Banco Mundial).

En segundo lugar hay serias dudas sobre la milagrosa tasa del 7,8% y todo el sistema de cuentas nacionales cubanas. Esto requiere una explicación. De 1962 a 1989 Cuba publicó una serie de crecimiento basada en el sistema del “producto material” practicado por los países del antiguo bloque soviético, el cual es diferente al sistema de “cuentas nacionales” usado en el resto del mundo. En el decenio de los 90, debido al colapso del socialismo “real” y a la tímida reforma de mercado en Cuba, ésta decidió cambiar para el sistema de cuentas nacionales, ahora virtualmente universal. Pero la nueva serie del PIB cubano, que se remonta a 1985, no da información alguna sobre cómo se hizo la conversión. La veracidad de la antigua serie fue objeto de un fuerte debate académico internacional en el decenio pasado y éste se agudiza en los 90 debido a la dificultad de calcular el producto creado en el creciente sector no estatal (el trabajo por cuenta propia, las cooperativas agrícolas, el mercado libre campesino, el mercado negro). Además, está el problema del ajuste del PIB, pues desde 1988 Cuba no ha publicado cifras sobre inflación (y mucho menos el método empleado para calcularla), por lo que no se puede evaluar tampoco la serie oficial del PIB “deflacionado”. Por último, está la cuestión ya mencionada de qué tasa de cambio utilizar para convertir al peso en dólar.

En tercer lugar, las diversas y contradictorias cifras publicadas por Cuba crean dudas sobre su seriedad. Se recordará que la caída de 1989-1993 se estimó entre 35% y 48%, o sea, ¡una bicoca de 13 puntos de diferencia! En cuanto a 1996, a principio de año Cuba pronosticó una tasa anual del 5%, pero, en junio, anunció que la economía había crecido 7% en el primer semestre. Sorprendentemente, en julio, se aumentó esa tasa al 9,6% (2,6 puntos más en menos de un mes), no obstante, se aclaró que el salto se debía a que el valor de la zafra azucarera se había contabilizado en la primera mitad del año y que la tasa anual seguiría siendo del 5% (lo cual implicaba que el crecimiento en el segundo semestre sería de sólo 0,4%). La caída pronosticada para el segundo semestre podía explicarse no sólo porque prácticamente no se contabilizaría en ella la producción azucarera sino, además, porque las importaciones se reducirían debido a que Cuba tendría que pagar un préstamo de 300 millones de dólares (más 50 millones de interés) tomado para financiar la zafra azucarera.

Las posibilidades de crecimiento en el segundo semestre se hicieron aún más sombrías en octubre cuando el terrible huracán *Lili* azotó a la Isla. De acuerdo con la información oficial, los daños en las provincias occidentales (donde se concentra casi la mitad de la producción agrícola) fueron devastadores, por ejemplo, se perdieron 254.000 toneladas de cítricos, 22.000 de café y otro tanto de bananas, y 17.229 de arroz. Además, se reportaron daños cuantiosos en las cosechas de azúcar, tabaco, tubérculos, hortalizas y frijoles, mientras que miles de toneladas de pescado y mariscos congelados, así como tubérculos, fueron afectados por la prolongada interrupción del fluido eléctrico. Para remate, el precio del petróleo aumentó en el último trimestre del año (un 35% entre noviembre de 1995 y noviembre de 1996), reduciendo las

posibilidades de importación de ese producto esencial (que absorbe el 42% del total de las importaciones de la Isla).

Por todo lo anterior, causó perplejidad el anuncio del presidente Castro, en Santiago de Chile, durante la Cumbre Iberoamericana de noviembre de 1996, que Cuba crecería un 7% en el año; a los pocos días el vicepresidente Lage subió el pronóstico a “entre 7% y 8%”; por último, en diciembre, el ministro Rodríguez dio la cifra de 7,8%. Si el crecimiento en el primer semestre fue de 7%, el del segundo semestre fue entonces de 8,6% o fue de 6% si la tasa del primer semestre fue de 9,6%. ¿Cómo puede justificarse un crecimiento de 6% u 8,6% en la segunda mitad del año, cuando en julio se había indicado sólo un 0,4%, y, además, el huracán causó daños considerables y ocurrieron otros percances graves?

UNA RECONSTRUCCIÓN DE LA SERIE DE PRODUCCIÓN DE 1989-1996

El último *Anuario Estadístico de Cuba* es el de 1989 y, a partir de entonces hasta 1995, sólo se ofrecieron cifras aisladas sobre producción, generalmente en discursos de Castro o en breves informes de los dirigentes de la economía. (Algunas publicaciones académicas que aparecieron en 1995-96 ofrecieron algunos datos adicionales). En agosto de 1995, el Banco Nacional de Cuba publicó el primer informe económico global en seis años, sin embargo, éste incluye poquísimas cifras absolutas de producción y recurre a dar los cambios en porcentajes sobre el año anterior. Como no se dispone de una serie para 1990-95, no es posible evaluar el desempeño de la producción a mediano plazo.

A los efectos de llenar ese vacío, el autor (en un trabajo más extenso y técnico presentado a principios de 1997 en la Reunión de la *American Economic Association*) conectó las cifras absolutas de 1989 con todas aquellas publicadas en los años siguientes a fin de construir una serie para 1989-95. Aunque hay vacíos importantes y es imposible evaluar la veracidad de las cifras, la serie demuestra que hubo una caída desastrosa en prácticamente todos los productos entre 1986-89 y 1993-94 y una subida en 1994-96 pero aun quedando entre 40% y 67% por debajo del “pico” productivo alcanzado en los 80. Algunos ejemplos ilustrativos se ofrecen a continuación (todas las cifras se dan en miles de toneladas métricas).

PRODUCTO	PICO	CAÍDA	SUBIDA	DIFERENCIA(%)
Azúcar	8.121	3.300	4.445	- 45
Cítricos	1.017	535	574	- 44
Tabaco	42	16	25	- 40
Pesca	192	94	106	- 44
Fertilizantes	1.261	170	410	- 67
Cemento	3.759	1.061	1.400	- 63

En algún caso la producción ha disminuido sin parar, por ejemplo, la de arroz cayó un 83%, de 532 en 1989 a 90 en 1995. Y en un par de casos ha

ocurrido un descenso y el aumento posterior ha sobrepasado el pico de producción anterior, como resultado de una considerable inversión extranjera: el níquel cayó de 47 en 1989 a 27 en 1995 pero aumentó a 55 en 1996, sobrepasando el pico en un 17%; y el petróleo descendió de 930 en 1986 a 527 en 1991 y subió a 1.470 en 1995, con un aumento del 58%.

El turismo es el único sector que continuó creciendo a pesar de la crisis, debido a la inversión extranjera. Así, el ingreso “bruto” del turismo saltó de \$168 a \$1.000 millones en 1989-96; sin embargo, el ingreso “neto” o ganancia real (descontado todos los insumos) fue muy inferior: creció de \$101 a \$330 millones en el mismo período.

EL LIMITANTE CRUCIAL DE LA ECONOMÍA: EL SECTOR EXTERNO

La barrera más colosal que enfrenta la economía cubana en el decenio en curso es la drástica reducción del volumen de comercio, crédito, ayuda y suministro de combustible externos, principalmente como resultado de la desaparición del bloque soviético, pero también debido a tres decenios sucesivos de desastrosa administración económica y al reforzamiento del embargo de los Estados Unidos. Los más altos dirigentes de la economía han reconocido que éste es el problema más complejo y de difícil solución, y que la situación no ha mejorado a pesar de la “recuperación”.

En 1987, el 72% del comercio exterior de Cuba era con la URSS y el 87% con el CAME (antiguo bloque de comercio de la URSS y Europa Oriental, al que también pertenecía Cuba); un 3% adicional era con China y sólo un 10% con economías de mercado. La desaparición de la URSS y el CAME, así como el colapso socialista en Europa Oriental, provocaron un corte del 96% del comercio de Cuba con Rusia y prácticamente del 100% con Europa Oriental. La pequeña proporción del comercio con los países de mercado, la pobre diversificación y baja competitividad de las exportaciones cubanas, y la falta de crédito externo ha hecho extremadamente difícil la reintegración de la isla en el mercado mundial.

Agravando los problemas explicados está la caída dramática en la producción de las principales exportaciones: azúcar, cítricos, tabaco, pescado y mariscos (sólo el níquel ha logrado aumentar la producción y exportación, pero después de una caída del 42%). Las exportaciones disminuyeron un 72% en 1989-95, lo cual forzó el corte de las importaciones en un 65% y esto, a su vez, afectó negativamente a la producción doméstica. Aunque en 1989-94 se logró reducir en un 78% el déficit en la balanza comercial, éste volvió a crecer y en 1996 ascendió a \$2.200 millones, casi igual al récord de 1989 (cuando todavía se contaba con el abundante y casi gratuito crédito soviético). De forma que Cuba enfrenta un círculo vicioso y la recuperación económica está estrechamente vinculada con el incremento de las exportaciones (a fin de aumentar el poder adquisitivo en divisas y las importaciones, y reducir considerablemente el déficit comercial), pero ya hemos visto que ha habido poquísima mejoría en este frente.

En 1989 Cuba recibió aproximadamente \$6.000 millones en ayuda soviética, la mitad en subsidios de precios (no repagables) y la otra mitad en préstamos bajo condiciones excesivamente generosas. Cuba sólo ha pagado a la URSS

un 2% de aproximadamente \$25.000 millones recibidos en 1960-90, lo cual es motivo de irritación con los rusos que sólo han prestado unos \$300 millones en 1991-96. Además, la Isla recibió \$5.000 millones en divisas mediante préstamos otorgados por economías de mercado en 1981-86; pero en el último año Cuba suspendió pagos y ha fracasado en sus intentos de renegociar la deuda con el Club de París, por lo que la acumulación de intereses había aumentado dicha deuda a cerca de \$10.000 millones en 1996 (equivalente a cerca de la mitad del PIB y más de 5 veces el valor de las exportaciones).

La desesperación para obtener las cruciales divisas forzó a los dirigentes cubanos, en 1995, a modificar la ley de inversiones de 1982, que había sido incapaz de atraer capital extranjero. En 1990-95 se informó oficialmente que el total acumulado en “compromisos de inversión extranjera” era de \$2.100 millones, pero se estima que sólo una tercera parte de esa suma se ha materializado en dinero fresco (parte es deuda trocada en patrimonio y otra parte no se ha desembolsado). Pero el capital y la tecnología extranjeros han logrado recuperar y sobrepasar la producción en renglones importantes, como el petróleo y el níquel, y han aumentado los ingresos turísticos. La Ley Helms-Burton parece, al menos, haber provocado un efecto de intimidación sobre nuevas inversiones. Por otra parte, la despenalización de la tenencia y circulación de divisas en 1993 ha generado unos \$400 millones anuales (con alzas y bajas) en remesas enviadas a familiares cubanos por exiliados que residen principalmente en los Estados Unidos.

Si se combinan todas las divisas que Cuba recibió en 1989 (por la ayuda soviética, exportaciones y turismo) se arriba a la suma de \$11.500 millones. Esta cayó a \$2.700 en 1995 (procedentes de exportaciones, turismo, inversión foránea y remesas), o sea, en un 77%. Mientras no se aumente notablemente este flujo, no habrá una recuperación fuerte en Cuba.

EL DETERIORO DE LAS CONDICIONES SOCIALES

Bajo la Revolución, Cuba alcanzó niveles en pleno empleo, salud, educación, seguridad social e igualdad en la distribución (aunque no en vivienda) que se ordenaban a la cabeza del mundo socialista y de Latinoamérica. La crisis económica y el ajuste de los 90 han revertido esos logros provocando desempleo, deterioro de los servicios sociales y considerable desigualdad. La dirigencia cubana ha reiterado que la “recuperación” no ha logrado mejorar las condiciones de vida de la población, la cual continuará sometida a esta difícil situación por un tiempo.

Según estadísticas oficiales, el desempleo aumentó del 6% en 1988 al 8% en 1995, pero esas cifras distorsionan la situación real. La crisis provocó el cierre del 70% de la planta industrial, del mayor complejo del níquel, del 90% del transporte en La Habana y otras ciudades, etc. Mientras se reducían drásticamente las oportunidades de empleo, aumentaba la oferta de mano de obra debido al regreso de miles de tropas cubanas estacionadas en África y otras partes, así como de miles de trabajadores internacionalistas; de ahí que el desempleo aumentó considerablemente. En un intento de aplacar el problema, el gobierno introdujo un programa de “racionalización” para reubicar

trabajadores excedentes, combinado con una compensación por desempleo. Como resultado, en 1992 entre el 10% y el 18% de la fuerza de trabajo estaba o bien desempleada o afectada por la racionalización. En 1995 el gobierno anunció que el proceso de ajuste requería eliminar el subsidio fiscal a las empresas públicas y, por tanto, había que despedir entre 500.000 y 800.000 trabajadores innecesarios en el sector estatal. Estos despidos aumentarían la tasa de desempleo a 19%-28%. La autorización del trabajo por cuenta propia no ha creado suficientes puestos para absorber el desempleo: en junio de 1996 había 208.500 de estos trabajadores registrados o sea, menos del 5% de la fuerza de trabajo. La inversión extranjera empleó sólo 55.000 trabajadores y las nuevas cooperativas agrícolas (UBPC) no han creado empleo pues simplemente absorbieron a los trabajadores de las antiguas granjas estatales. En resumen, la reforma ha generado empleos para sólo un 6% de la fuerza laboral pero los trabajadores excedentes del estado representan entre un 11% y un 20%. Una forma de resolver el problema sería autorizar a los cubanos a ser dueños de empresas pequeñas y medianas (en la industria, comercio, transporte y servicios fuera de los autorizados por cuenta propia) pero, aunque esto sería justo en vista de la autorización a los inversionistas extranjeros, el presidente Castro y el grupo más ortodoxo se resisten a la idea, pues temen perder aún más control económico. Por ello los despidos masivos no han ocurrido, al menos hasta principios de 1997.

La crisis ha traído como resultado la carencia de 300 medicinas, vacunas, material quirúrgico y piezas de repuesto para equipo sanitario. La red de agua potable y el alcantarillado se han deteriorado gravemente por falta de mantenimiento, dando lugar a contaminación. La caída en la producción agrícola doméstica (36% en 1989-94, de acuerdo con la FAO) y el recorte de las importaciones de alimentos, han reducido notablemente el consumo de la población. Una tercera parte de ésta tiene dólares y puede comprar en las tiendas de divisas o comer en los restaurantes privados, pero las dos terceras partes restantes no tienen acceso a esas fuentes suplementarias y dependen sólo del racionamiento, el cual se ha reducido notablemente (de acuerdo con cifras oficiales, el insumo de calorías por habitante disminuyó de 2.845 a 1.670 en 1989-94). Aunque el gobierno afirma que la mortalidad infantil ha continuado decreciendo (de 11.1 a 9.4 por 1.000 en 1989-95), hay numerosos indicadores que muestran un deterioro en los niveles de salud: la tasa de mortalidad entre las personas mayores de 60 años aumentó de 48 a 53 en 1989-93; los casos de tuberculosis por 100.000 subieron de 6 a 12 y los de sífilis de 82 a 105; las muertes por diarrea aguda se han incrementado peligrosamente; y en 1993 una epidemia de neuritis óptica, causada por desnutrición y deficiencia vitamínica afectó a 45.584 personas.

Según el gobierno no se ha cerrado ninguna escuela, pero éstas sufren por la severa escasez de papel, lápices, libros y otros materiales. Las comidas escolares se han reducido notablemente. El registro en la escuela secundaria decreció de 1.073.000 en 1989 a 820.000 en 1992, mientras que el registro universitario cayó de 250.000 a 150.000 en 1989-94. El vicepresidente Raúl Castro dijo, en marzo de 1996, que la falta de oportunidades de empleo ha creado desincentivos para seguir una carrera universitaria.

La vivienda es uno de los bienes más escasos en Cuba. La edificación insuficiente de viviendas durante casi toda la revolución y la falta de materiales para mantener las existentes (con su consiguiente destrucción), ha provocado una expansión sistemática del déficit habitacional; éste se ha agravado en los 90 hasta llegar a 1.1 millones de unidades. Raúl Castro también ha reconocido este problema, achacándolo a una paralización abrupta de la inversión en vivienda durante la crisis.

A finales de los 80, la relación entre el salario más bajo y el más alto era sólo de 5 a 1 en Cuba, pero las reformas de los 90 han generado importantes desigualdades. En 1996, las cuotas de racionamiento a duras penas cubrían las necesidades mínimas alimentarias de la mitad del mes, y la otra mitad había que satisfacerla comprando en las tiendas de divisas, los mercados agropecuarios libres o el mercado negro. En 1995, el salario mensual medio era de 193 pesos, equivalente a \$6.40 según la tasa de cambio del mercado negro o de las casas de cambio oficiales. Con dicho salario podía comprarse poca cosa en las tiendas de divisas, por ejemplo, 1/4 de libra de carne vacuna o de café, o 2 libras de carne de cerdo o un litro de aceite. El autor ha desarrollado un cuadro para medir las desigualdades del ingreso en 1995: un dueño de un pequeño restaurante (“paladar”) ganaba 1.000 veces el salario mensual medio, o 550 veces lo percibido por un cirujano, ingeniero de categoría o profesor universitario. Los ingresos de una prostituta equivalían a 60 veces el salario medio y los de un conductor de coche de caballos para turistas era de unas 20 veces. El 82% del valor combinado de las cuentas bancarias estaba controlado por sólo el 13% de los depositantes. Las remesas extranjeras de divisas van en su inmensa mayoría a los blancos pues sólo el 3% de los exiliados en los Estados Unidos son negros o mulatos, mientras que aproximadamente la mitad de la población de la Isla es de esa raza.

PERSPECTIVAS A CORTO Y MEDIANO PLAZO

Todo parece indicar que la reforma económica está paralizada desde 1995: se ha pospuesto la despedida de los trabajadores excedentes, no se han eliminado los subsidios fiscales a las empresas estatales que no son rentables, se ha postergado la implantación de impuestos sobre salarios y aportes de los trabajadores a la seguridad social, el excedente monetario en circulación –después de una reducción notable en 1994– parece haber crecido en 1996, no se autorizó –como se esperaba– a los graduados universitarios para ejercer su oficio por cuenta propia, la nueva ley de inversiones prohíbe a los inversionistas extranjeros contratar y pagar directamente a su personal, no se ha permitido a los cubanos operar negocios pequeños y medianos, no se ha aprobado la esperada ley de reforma bancaria, y se ha declarado que la convertibilidad del peso será pospuesta hasta que se consolide la recuperación y se acumule una reserva adecuada de divisas. El 23 de marzo de 1996, Raúl Castro pronunció un discurso¹ en el que criticó duramente los efectos nocivos de todas las reformas

¹ Ver *Encuentro...* nº1, pp. 18-24.

económicas implantadas desde 1993; además atacó a académicos relativamente independientes que proponían una mayor celeridad y profundidad en la reforma económica. La fuerte presión internacional para que la dirigencia cubana comience un proceso de apertura política y acelere la económica esta siendo categóricamente rechazada.

El vicepresidente Lage y el ministro de Economía Rodríguez concurren en que el crecimiento en 1997 será considerablemente menor que en 1996 (el segundo ha pronosticado una tasa del 4% al 5%). Han añadido que este año será “complicado y difícil”, lo que provocará “mucho tensión”. La zafra azucarera no será mucho mayor que la de 1996 y los precios de ese producto en el mercado mundial continúan bajos. Por lo contrario, el precio del combustible (que absorbe el 42% de las importaciones cubanas) continúa siendo alto. Una tarea “inevitable, imprescindible, inaplazable” (dicen los dirigentes económicos) es reducir el déficit en la balanza comercial, pero es difícil visualizar cómo se alcanzará esto con una zafra estancada y altos precios del combustible. Los dos únicos instrumentos serían el turismo y el níquel, pero ambos combinados (si se toma en cuenta sólo el ingreso neto del turismo) son insuficientes. El gobierno anuncia que tratará de reducir el déficit externo y el doméstico controlando más a las empresas que operan en divisas (las que no sean rentables serán cerradas) y “racionalizando” la inversión. Pero estas medidas provocarán caídas de producción, así como más desempleo o excedentes de mano de obra. La posibilidad del levantamiento del embargo es casi nula: aunque el presidente Clinton ha suspendido por otros seis meses la cláusula de la Ley Helms-Burton que permite a los ciudadanos norteamericanos expropiados demandar a los inversionistas que han “traficado” con sus propiedades, la referida Ley impide efectivamente al Presidente suspender el embargo.

La conducta del presidente Castro y el grupo ortodoxo ha sido curiosa: cuando la reforma económica comenzó a dar resultados, si bien modestos, paralizaron el proceso y postergaron la implantación de medidas clave. Aunque esto no es racional desde un punto de vista económico sí lo es desde el ángulo político del gobierno. Fidel es un *minimizador*: ha tratado de reducir a un mínimo la reforma hacia el mercado a fin de mantener el régimen, pero se niega a avanzar más allá de su “punto óptimo”, pues teme la pérdida del poder económico que podría implicar un debilitamiento político. Una apertura económica más fuerte podría desencadenar fuerzas difíciles de controlar y claro está que una apertura política sería aún más riesgosa. Una recesión severa este año y el empeoramiento del consumo (y el consiguiente descontento popular) quizás añadirían presión para que el gobierno diese otro pequeño empujón a la reforma y ganase tiempo. Pero a la larga, una recuperación vigorosa requerirá una reforma estructural y ayuda masiva del extranjero, y éstas no ocurrirán mientras la actual dirigencia se mantenga en el poder o, al menos, no cambie radicalmente su posición actual.

Martí, una ansiedad

EN MIS CARPETAS YACEN ACUMULADOS ALGO MÁS DE 3.000 poemas escritos consecutiva y machaconamente en los últimos veinticinco años.

Sólo recientemente, me he visto obligado a preguntarme por qué, entre tanto lenguaje y tanta palabra, y tal vez entre tanta palabrería, entre todos esos versos llenos de recuerdos, detalles, invención y falseamiento, búsqueda de oxígeno y ahogo continuo entre las miasmas del fracaso ulterior de toda expresión, que por feliz que sea, jamás alcanza su sueño y cometido, por qué, repito, rara vez, y en verdad rarísima vez, aparece el nombre de José Martí, incluso su velada y amantísima presencia.

Sólo recuerdo, entre tantos poemas, su mención en uno de los primeros textos por mí publicado en la sección titulada “Por la libre”, que forma parte de mi penoso segundo libro de poemas, que compartí con otro poeta, y que lleva como título *De Chepén a La Habana*. Hay un verso del primer poema de la sección que en dicho libro me corresponde, que dice: “Tú y yo tan rara vez hablamos de Martí”. El “tú” está referido a mi hermana Sylvia, vuelta, pobrecita, sujeto poético. En una antología de mi trabajo que publicara FCE en 1983 con el título de *Bajo este cien* (contiene cien poemas), hay un poema al final de la sección titulada “Álbum de familia”, cuyo título, el del poema, es “1940: final”. En ese texto hay un verso en que se alude de la forma más velada y alejada que se pueda imaginar, por segunda y última vez, que yo recuerde, a la figura de Martí. El verso dice: “como un abuelo que conversa detenidamente con los tres héroes grandes fin de siglo que dio la patria”. Cualquiera cubano reconocerá al instante a esos tres héroes: Martí, Maceo, Calixto García; cualquier cubano sonreirá maliciosamente al leer la expresión “fin de siglo” pues le recordará, más que otra cosa, una famosa tienda por departamentos de La Habana de los años 40 y 50.

Más de 3.000 poemas, miles y miles de versos, cientos de miles de palabras, y sólo dos menciones, una de ellas veladísima, a Martí. Obligado a plantearme esta situación he tenido que llegar a la extraña conclusión de que *me he*

José Kozér

pasado toda la vida evitando a Martí. ¿Por qué? ¿Por qué soslayo y esquivo a una presencia viva, amada, señora, inigualable, que signa y marca, casi como una utopía, y a la vez, como paradigma humano y palpable, la historia de mi país?

Hay razones superficiales, creo. Ahí están los tediosos e insoportables actos cívicos de los viernes por la mañana en el colegio; había que empujarse durante más de una hora, en fila india, hileras e hileras de estudiantes vestidos con uniforme blanco de gala, los discursos en homenaje a Martí el Apóstol, encendidos discursos de abominable retórica, cuya función verdadera no era hacernos conocer ni amar a Martí, sino obligarnos a reconocer la magnífica facilidad de palabra del orador de turno, y la extraordinaria verba, pura verborrea, de quien todos los viernes se exaltaba discurséndonos y martillando nuestras cabezas jóvenes con salivazos y palabras de no menos de siete sílabas cada una: a este sempiterno orador que durante años, todos los viernes intentó aleccionarnos y conmovernos hablando del Apóstol José Martí, nosotros apodábamos TOMATÓN.

La descarga duraba veinte interminables minutos en que había que aguantar las ganas de estallar en carcajadas, mearse de risa. Luego venía el desfile de banderas, la recitación de versos sencillos, la entrega de flores blancas ante el busto del Apóstol, situado al fondo del patio del colegio: luego, por fin, llegaba el rompan filas, la subida a los salones de clase, la libertad de sentarnos, desembarazándonos los tímpanos de aquel fárrago pomposo, desequilibrado y atormentante de palabras.

Éramos libres, y el pobre Martí descansaba de nosotros, asimismo liberado.

Esta escena que describo, si se quiere a modo de emblema de una situación nacional, en un país que adolece del mal de la palabra pública, y en un país que, en mi opinión, desfallece abrumado de palabras, y que, dicho en pocas palabras, *tiene un verdadero problema de palabras*, explica sólo superficialmente mi esquivia relación con Martí.

Creo que hay algo más profundo que me ha hecho evitar su nombre y su figura a través de una escritura de años. Intentaré, ahora, hurgar un poco en esa razón menos episódica y más profunda. Para ello, debo retrotraerme a mi infancia. Hay un punto de esa infancia en que leo. El *tolle lege*, la entrega del libro al niño, en mi caso, procede de mi madre. Un día recibo la tierna y sabrosa imposición de leer de parte de mi madre, que me regala, en una tarde del verano habanero, tres libros: *Robinson Crusoe*, *Los cazadores de ballenas*, la *Obra Poética* de José Martí. El *Robinson Crusoe* me lo leo de cabo a rabo de un tirón y, cosa curiosa, al terminar su lectura, vuelvo a la primera página del libro y lo releo, en segundas. Acto seguido, embalado, me disparo a la ligera el libro de aventuras titulado *Los cazadores de ballenas*, con sus barcos balleneros, témpanos de hielo, caza y aprovechamiento de los cetáceos capturados; fríos y polo norte, peligros y victorias. Nada del otro mundo, y todo en un lenguaje convencional.

Y luego, Martí. Leo, me imagino leyéndolo, echado en la cama del cuarto de dormir de una casa de la calle Estrada Palma, de pronto leyéndolo en voz alta. Tal vez declamándolo un poco, los ojos aguándoseme, las palabras y la pasión ética intuida e implícita en aquellas palabras, resonando por la habitación.

Son las tres de la tarde, las persianas dejan filtrar un poco de luz y calor, en sombra leo: “No es la vida / Capa de mago que el capricho torna / En hiel para los míseros, y en férvido / Tokay para el feliz”. ¿La vida, capa de mago? ¿Capricho es hiel? ¿Férvido? ¿Y qué es eso de Tokay?

Mi mundo ha cambiado, mi mundo ha dado un giro de 180 grados. José, mi tocayo. Martí, un apellido de origen judío, sefardita (eso, por supuesto, lo descubriré después), un apellido diferente, como el mío, judío también, sólo que ashkenazi, apellido donde falta el acento que mi padre, pobre, judío polaco emigrante con veinte años a Cuba, no supo poner, y que hace de mí, indistintamente, un Kózer o un Kozer. Me he identificado con mi tocayo José Martí, eso es seguro. La identificación, esa conspiración de dos, ese guiño de ojo entre los dos del mismo nombre y misma bíblica resonancia, de ahora en adelante me obliga. Me obliga a querer ser como él, ser en última instancia él, yo quiero ser José Martí, y para serlo hacen falta dos cosas: el lenguaje total, como conocimiento total y total vivencia, y un sentido ético de la vida cuyo carácter cotidiano es absoluto y espiritual a un grado máximo. “El arte (dirá Martí) es una forma de respeto; pero cuando se le exagera, es una falta de respeto”.

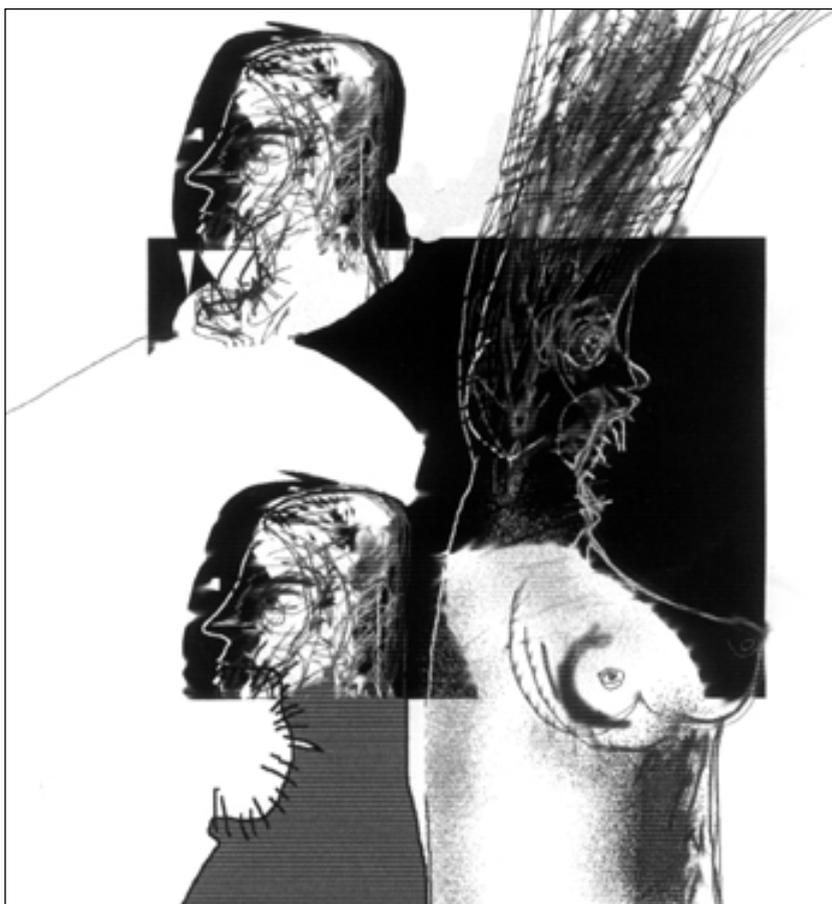
Esto, lo intuyo de muchacho, lo reconozco ahora, es demasiado alto. Es imposible vivir con el lenguaje y la pureza ética del Apóstol. No es posible ser apóstol, el apóstol número trece o quizás el número uno, el que se sienta a la diestra del Señor, en nuestro país. El muchacho que fui, el muchacho que entonces leyó a Martí, y sintió en su interior el fulgor y deslumbramiento de su preciso e inefable verso, su ritmo y pasión poéticos, y que sintió la ética álgida de su pensamiento, se asustó. Se sintió abrumado. Sintió ansiedad, la ansiedad de no poder subir tan alto, emular tal prócer perfección, tal enseñanza. Lo que fuera Milton para Coleridge, Shakespeare y William Hazlitt para Keats, Anatole France para Proust, Joyce para Beckett, Góngora para Lezama o Wallace Stevens para John Ashbery, tiene que haber sido en mí más tierna adolescencia José Martí para mí.

Imposible vivir a tal altura. Imposible alcanzar ese lenguaje, burilado y justo, salvaje y quieto, todo un Señor lenguaje. Mi habla cubanea, cambalacheando giros y sustituyendo mi carencia de palabras con palabras comodín y muletillas de palabras como lo son en mi país la palabra tareco, que se usa para todo, o la costumbre de decir “el eso” como en “pásame el eso”, refiriéndose, pongamos, al salero que está sobre la mesa, donde “el eso” sustituye el desconocimiento de la palabra salero, o se emplea por pura haraganería. Sin duda, repito, *Cuba tiene un problema de palabras*.

Y lo tuve y tengo yo, porque ahí está Martí, con su profundo sentir ético de la vida, y su profundo amor y respeto por el arte y la creación, que le hacen llamar a las cosas por su nombre, y combinar palabras de rara y curiosa forma, con el fin último, íntimo, intuitivo, de revelarse y revelar, revelarnos la verdad del mundo: una verdad, como sus versos, realmente sencilla. Y es que debemos ser buenos, martiana y machadianamente buenos (me refiero a Antonio Machado y no a ningún otro Machado): esta verdad sencilla, atributo y legado de Martí a mi país, legado y atributo revelado por palabras, es algo que yo no

pude asumir: yo lo esquivé, yo lo escurrí, yo lo evité. En algo más de tres mil poemas no he escrito apenas, ni apenas he invocado el nombre de Martí. No lo hice, creo, porque evitaba caer en una fácil retórica, esa misma retórica que hace que cualquier poeta evite emplear palabras demasiado altisonantes, usadas y abusadas, como pueden ser amor, muerte, tiempo, eternidad (buena para boleros), orbe, Dios. Pero tampoco invoqué su nombre, porque ese nombre contenía y contiene una tal enrarecida altura de amor y verdad que lo mejor es callarlo hacia afuera y recordarlo constantemente, como a un Cristo, a un Buda o a un Gandhi, hacia adentro.

Es lo mejor, evitarlo. Lo mejor es seguir viviendo esta ansiedad; esta ansiedad de su influencia y martirologio, la del Martí, mártir: lo mejor es dejar a Martí quieto, vivo como una interioridad personal, quieta y tranquila, y no como un objeto de poesía, un objeto de retórica, un fácil y socorrido recurso retórico que lo único que produce son malos poemas, malos discursos, mala oratoria, y pésimas y empobrecedoras consignas.



Lázaro Jordana. *Info dibujo* (1996).

Palabra de noche sobre Nicolás Guillén

*Los que quieran tratar separadamente
la política y la moral no entenderán
nunca nada de ninguna de las dos.*

JEAN-JACQUES ROUSSEAU

VI POR PRIMERA VEZ A NICOLÁS GUILLÉN EN 1942. YO ERA entonces un alumno de tercero en el liceo Pétiou de Port-au-Prince: el gran poeta cubano estaba de visita en Haití, como huésped del escritor Jacques Roumain y de la intelectualidad haitiana. Literalmente fascinó a la clase. Fue una fiesta conocerlo y oírlo recitar algunos de sus poemas. Tal vez nadie en este siglo ha interpretado poemas –los suyos y los de otros poetas– con tanta gracia y vigor viril. Desde esa mañana, ya no abandonaré la poesía de Guillén. Me entregué a su disfrute con la misma intensidad con que lo hice con la poesía de Jacques Roumain, Aimé Césaire, Langston Hughes, Apollinaire, Vallejo, Neruda, Cendrars, Pavese, etc. En los años siguientes, tuve el privilegio de convertirme en un amigo muy cercano a Nicolás. Esta fuerte amistad se mantuvo mucho tiempo itinerante, a causa del nomadismo político del uno y del otro, antes de arraigarse en La Habana, durante los locos años en los que el mismo Nicolás me hacía el honor de ver en mí a “un cubano más” en la revolución... Pude así conocer al poeta en su tierra natal, entre su gente, en su cultura, en la historia extraordinaria del pueblo cubano. Nos hicimos íntimos amigos enseguida. Nos telefoneábamos a menudo, intercambiábamos “confidencias” de la vida cotidiana, hacíamos paseos amistosos en algunas veladas de la hermosa ciudad de La Habana. En los años 50, había tenido la dicha de deambular junto a Nicolás en París, Praga, Moscú, Berlín, Santiago de Chile, Viena, Buenos Aires.

René Depestre

Aprendí a comprender mejor la importancia de su poesía, su extrema originalidad de artista, su complejidad de hombre y de ciudadano. Hombre muy cultivado, había leído a los clásicos españoles e hispanoamericanos. Se expresaba en un español de gran belleza que refrescaba sin cesar la prodigiosa corriente de criollismo a la cubana que habitaba su palabra de noche y de día. Supo escapar muy pronto a la influencia del modernismo hispanoamericano, cargado de lugares comunes de los blancos criollos. Inventó su propia estética: logró trascender los clichés del *negrismo* latinoamericano. A partir del *son*, y de su propio fondo negro creó una nueva poesía, un lirismo nunca visto antes de él, dotado de una frescura sin precedentes en la ironía y la belleza de su expresión castellana. Con Guillén ya no era posible hablar de poesía *negra*, ni de poesía *blanca*, ni de poesía *mestiza*. Su genio de poeta lírico, que fundaba su capacidad de mestizar, dotó a la lengua española de una corriente original, cubana y universal, profundamente sensible a las angustias y a las sublevaciones del siglo XX. Tuve la oportunidad durante mis años cubanos (1959-1978), de vivir en intimidad con los dos hombres más representativos de las letras cubanas en este siglo: Guillén y Alejo Carpentier, tan gran poeta el uno como prosista de primer orden el otro en la historia de la literatura mundial. Puedo evocar intensamente, con mi ternura admirativa, tanto al poeta como al novelista, y hablar también de los lazos de amistad que los unían desde los días trágicos de España en llamas. Lloré como un niño inconsolable la muerte de Alejo en París, en 1983. Asistí a los funerales “nacionales” en Cuba, como enviado de la UNESCO. Estaba ausente de La Habana cuando la muerte de Nicolás, en 1989. En 1978 dejé Cuba, después de mi ruptura con la revolución castrófidelista. Al mismo tiempo tuve que romper también con Nicolás Guillén. Nuestra vieja amistad no sobrevivió a la crisis de identidad que la Seguridad del Estado cubano, convertida en policía de los sueños al estilo de la KGB, había abierto en mi vida dadas mis dificultades en hablar una lengua torpe y en ahogar bajo un pensamiento torpe (o, peor aún, plano y sin resquicios) mi libre jurisdicción de poeta y de ciudadano. En esos días Nicolás Guillén me llamó a su despacho de presidente de la UNEAC (la Unión de Escritores cubanos) para devorarme como un padre furioso. Me comunicó sin humor que alguien que no había luchado junto a Fidel —ni cuando el ataque al cuartel Moncada (1953) ni en el momento del desembarco de los rebeldes del *Granma* (1957)— no tenía derecho a emitir ningún juicio crítico sobre la conducta política de los funcionarios de la revolución cubana. Yo debía cerrar el pico y se acabó. Me recordó también mi origen *extranjero*. El “*un cubano más*” se hizo humo a través de su ventana.

Me dijo que no podía ayudarme a salir del atolladero en el que me había metido. Convertido en una importante figura pública, instalado en uno de los pisos más lujosos de La Habana (en la planta 23ª del famoso edificio Someillan), con el golfo de México ante sus ojos, un Cadillac de funcionario (presidente de la UNEAC), con chófer y con la habilidad de reunirse, cuando lo quisiera, con uno u otro de los hermanos Castro, etc., nunca habría corrido el absurdo riesgo de caer en desgracia. Yo no daba crédito a mis oídos. Como, en el fondo sentía afecto por mí, después de tantos años de compartir nues-

tras más íntimas aristas, estaba sinceramente enfurecido y desconcertado: consideraba mi conducta como una falta de habilidad política. Esperaba de mí mayor prudencia y fineza en el análisis de la situación. Claro que –admitía– los métodos de la URSS habían influido en la revolución cubana; claro que era una infamia lo que había tramado la policía política contra el poeta Heberto Padilla; claro que todos estos comandantes incultos de la camarilla de Castro son un incordio, pero ellos, a diferencia de los poetas, habían estado en el Moncada en el 53, y en el *Granma* en el 57, jugándose su pellejo por Cuba. Eran ellos el poder de la revolución, ellos la conciencia crítica del proceso revolucionario, y no los Padilla, Arenas, Lezama Lima, Virgilio Piñera y otros *hijos de la gran puta*. Se sentía afligido al tener que mezclarme con aquellos que el “*poder revolucionario*” tenía razones para apartar como nocivos. Yo estaba consternado por descubrir semejante torpeza en un gran poeta tan celoso del buen uso que hacía, por otra parte, de la lengua de Machado y de Lorca. Me fui sin decir una palabra, contrariado profundamente por haberlo sorprendido en un día tan mediocre, y oportunista hasta la más flagrante cobardía. Había dos Nicolás: el autor de *Sóngoro Cosongo*, *West Indies Ltd*, *El son entero*, etc., y el poeta cortesano en el que se había convertido para preservar los privilegios que le brotaban por todos los poros de su arrogancia y fatuidad. Para mí fue una verdadera desgracia perder su amistad. En ningún momento tuve la idea de pedirle que intercediese por mí ante sus poderosos amigos del PC cubano. Habiéndosele informado a un alto cargo de mi “mala conducta”, y de los comentarios críticos que yo hacía libremente a mi alrededor, se dio prisa en tomar distancias y en soltar prenda a mis espaldas ante unos amos... a los que despreciaba tal vez aún más que yo, teniendo más a menudo la ocasión de co-dearse con ellos en los dorados bastidores del poder. Después de este encuentro, ya no habría posible entendimiento entre nosotros. Lamentablemente, se podía ser un poeta formidable, un artista cabal, y un cortesano consumado.

La *complejidad* de Nicolás Guillén no se me había escapado, sin embargo, mucho antes de haber tenido esa amarga experiencia. Unos años antes, uno de sus más viejos amigos, el excelente cuentista cubano Enrique Labrador Ruiz, testigo del “idilio” amistoso entre Nicolás y yo, me había puesto sobre aviso... Él acababa de ser víctima de una “infamia” de su viejo compañero de siempre. En el autor de las hermosas elegías a la cubana podía despertarse un tigre. Su marxismo era un barniz. Una sola cosa contaba ante sus temibles ojos: su gloria de poeta mundialmente conocido y las ventajas materiales que obtenía por ello desde los años 30. Estaba situado muy por encima de todos los demás poetas latinoamericanos de su generación, incluidos César Vallejo y Pablo Neruda. Las confidencias de Labrador Ruiz me habían conmovido. Los mismos rumores me llegaban de personas menos importantes que este escritor. El éxito de Nicolás Guillén había provocado celos en las generaciones que venían tras él. La sombra que su reputación proyectaba llenaría una catedral literaria, sembrando el pánico entre los creyentes ansiosos porque se hablara de su talento. Había que estar, pues, en alerta continua, sin hablar del anticomunismo con respecto a un poeta que, desde la guerra civil española, se había adherido

al *Partido Socialista Popular*, nombre del PC cubano. Su compromiso de tomo y lomo había incluso limitado la amplitud de su renombre, hasta tal punto sus obras llegaban a una vasta audiencia entre el público de lengua española. Este triunfo –y la secreta frustración de ver cómo su horizonte se constreñía por límites ideológicos– había modelado, a través de los años, un Guillén modesto en apariencia, abierto, cálido, un verdadero cubano de la calle, que ocultaba a un individuo suspicaz, vengativo, altamente consciente de sus méritos de poeta y vigilante de un territorio inmenso de la poesía que desbordaba los contornos insulares de Cuba. Pablo Neruda acabó un día sintiéndose celoso por ello, de ahí que en sus memorias, *Confieso que he vivido*, lance el implacable golpe de estilete: “Guillén, el español, el bueno”, haciendo alusión a Jorge Guillén. Cuando Nicolás supo de este apunte de su viejo “amigo” Pablo, estalló ante mí con una furia desmesurada, que lo llevó a tratar al autor de *Residencia en la tierra* de “hijo de la gran puta, pequeño poeta sin porvenir, ni en los cojones, ni en la imaginación”. Al mismo tiempo, era presa del pánico ante la idea de que Neruda tuviese ante sí un porvenir de clásico de las letras chilenas e hispánicas, lo que volvía aleatoria la caída de sus obras en el olvido: su pérfido juicio corría el riesgo de atravesar los siglos. “Tu amigo es un cabrón, un charlatán, un chulo de la literatura, un borracho de la peor especie. Debería haber titulado sus memorias *Confieso que he vivido bebiendo* (sic)”. En su fuero interno Nicolás Guillén, inteligente como era, debía repetirse, en medio del dolor y de la consternación, que no era a un borracho consuetudinario a quien la Academia sueca había otorgado la envidiable distinción del premio Nobel de literatura.

La poesía de Guillén era sin duda la cara visible de su vida de hombre. La cara oculta era la incapacidad del poeta para “soportar” a su vera el talento de los demás. Nunca escuché de su boca elogio alguno de los numerosos poetas, muy valiosos, que era posible frecuentar en Cuba en los años 60: Eliseo Diego, Fayad Jamis, J. A. Baragaño, Heberto Padilla, Miguel Barnet, C. Vitier, Pablo Armando Fernández, R. F. Retamar, José Lezama Lima, entre otros. Cuando le hacía una pregunta sobre cualquiera de ellos, guardaba un silencio de muerte que era un veredicto sin remisión, o se irritaba con igual ferocidad. Yo me pregunté, durante años, qué pensaría de mis poemas. Durante mucho tiempo evité hablarme de ellos, así como tampoco me daba su opinión sobre la poesía de Jacques Roumain, A Césaire, L. S. Senghor o León Damas. Admiraba, sin embargo, a Langston Hughes, y como prosista a Roumain, el autor de *Gobernadores del rocío*, novela que colocaba muy por encima de las mejores ficciones de su compatriota Alejo Carpentier. Si reconocía de buena gana el gran valor literario del narrador Alejo Carpentier, era sumamente severo sobre el hombre, a quien juzgaba tacaño, mezquino y con una tendencia bastante avara en sus efusiones de corazón... La erudición encantada que Alejo prodigaba con generosidad en su conversación más familiar irritaba en grado sumo a Nicolás. “Lleva consigo a todas partes”, decía de Carpentier, “la cátedra del Collège de France que los franceses le negaron. Se desquita con los analfabetos que nosotros, los cubanos, somos a sus ojos de señor franco-castellano”. Lo que no le impedía evocar, con una alegría comunicativa, la historia

de su amistad con Alejo, que se remontaba a los años 30, especialmente con ocasión de su encuentro en Madrid, en plena guerra civil, encuentro que vivificaba la presencia de Rafael Alberti, Pablo Neruda, ensombrecida por un conflicto dramático en el que desaparecería Federico García Lorca, asesinado muy pronto por los esbirros de Franco. Con respecto a Lorca, él se mostraba más bien “generoso” en cuanto a su género lírico, aunque expresando reservas sobre la homosexualidad del poeta, que era un límite, de todos modos, al resplandor de su poesía... Había conocido al “pobre Federico” con ocasión de su larga estancia en La Habana, en los años 30. Lo había seducido el encanto andaluz que su personalidad irradiaba, gracias a su sentido contagioso de su camaradería, que hacía olvidar “su gusto por los guapos jóvenes nacidos en Cuba”. Una real tristeza se apoderaba de él cuando hablaba de las circunstancias que rodearon la ejecución del gran poeta español.

En lo que concierne a mi humilde persona de poeta, acabé sabiendo un día el sentimiento que le inspiraba a Nicolás. Fue después de la publicación en Cuba de mi libro *Un arc-en-ciel pour l' Occident chrétien (Un arco iris para el Occidente cristiano)*. Estos poemas, traducidos por Heberto Padilla, fueron bien recibidos por la crítica y los lectores. Presentado al concurso anual de la Casa de las Américas, mi libro dio lugar, después de las deliberaciones de un prestigioso jurado, a un verdadero “suspense” en la opinión. Tenía frente a él al poemario del poeta español Félix Grande, *Blanco-spirituals*. Fue difícil desempatar los votos, tan cerrada era la discusión entre Eliseo Diego, Thiago de Melo, César Fernández Moreno, Idea Vilariño, y otro miembro del jurado, un antiguo ministro checo de cultura, muy cercano a Guillén. El voto de este último debía decidir el escrutinio. Durante cuarenta y ocho horas, vaciló entre mi libro y el de Grande. Bajo la presión amistosa de mi amigo Nicolás, decidió finalmente votar por *Blanco-spirituals*. Esta historia corrió por toda La Habana. Thiago de Melo, un excelente poeta de la Amazonia brasileña, hizo una declaración indignada donde reafirmó su admiración por mis poemas, y se asombró públicamente de la elección de quienes habían preferido el talento de mi “adversario”. Me enteré más tarde por C. F. Moreno, convertido en uno de mis mejores amigos en París, del papel eficaz cumplido por Nicolás en este asunto como presidente de la Unión de los Escritores cubanos (UNEAC). Quiso a toda costa evitar que se premiase un libro que podría, de llegar a la notoriedad, empañar su papel hegemónico en el mundo de la poesía. “Es la obra de un poeta mulato que ha intentado mezclar el sortilegio y la fuerza de expresión con una auténtica integración de las desdichas de Haití y de África en su aventura personal de poeta visionario”, como expresara poco después Thiago de Melo para justificar el voto que me había asignado. Hay que decir que las aprensiones de Nicolás no tenían ningún fundamento. Yo no cazaba en sus tierras. No podría descubrirse ningún rasgo de su influencia en mi lirismo, que pertenecía a la tradición de la “negritud” y del mundo francófono. Y si había que hablar de mi “originalidad” en este poema dramático, no era para nada comparable a la de las obras poéticas de Guillén, que siguen siendo inimitables, y colocan al autor a la altura de los maestros de la poesía del siglo xx, junto a

sus pares: Alberti, Lorca, Langston Hughes, Nazim Hikmet, Vallejo. En esta escala domina sin duda el destello a la vez íntimo y épico del genio nerudiano. El registro del bardo chileno lo emparenta con Hugo, Whitman, Baudelaire, Puchskin, Rubén Darío, Rimbaud, Aimé Césaire, R. Tagore, Aragón, Saint-John Perse, es decir, con la corriente más *soberana* de la poesía mundial. En este dominio, por otra parte, es inútil establecer un palmarés. Nicolás Guillén es un gran poeta, y mi “clasificación” sólo tiene real sentido con respecto a la falta de confianza en sí mismo que él manifestaba cuando medía sus dones inmensos con el rasero de los otros logros de la poesía en el siglo.

Poco tiempo después del episodio del Premio Casa de las Américas, Guillén me invitó a comer en un lugar de ensueño, fuera de La Habana. Durante esta comida, frente a frente, me pidió que le recordase mi edad. Estábamos en 1967, yo tenía 41 años. “A esa edad”, me recordó, “yo era un poeta célebre. Tienes que darte prisa. No estaba mal tu *Arco iris para el occidente cristiano*, que estuvo a punto de obtener el Premio Casa, pero tú nos debes un libro revelación, la obra de un verdadero poeta de Haití. Ponte a trabajar seriamente. No dejes que el periodismo agote tu savia poética. Estás en buen camino...”. Yo respondí saliéndome por la tangente, llevando la conversación a un tema extraño a mi porvenir de poeta. Ese mediodía, si yo no hubiese tenido ya mi jurisdicción personal, indiferente al elogio y a la censura, la confianza que tengo en mis modestos medios se habría derrumbado: sin ser una obra maestra, *Un arco iris para el occidente cristiano* era algo más que una promesa. Hoy, a treinta años de su publicación, no le han salido esas arrugas que condenan a un libro a un abismo sin nombre. Merecía en 1967 el aliento de mi hermano Nicolás Guillén. Tomé entonces su juicio como preocupación fraternal de su parte por hacer crecer mi prestigio... El incidente del 67, por otra parte, no tuvo ningún efecto sobre el fervor de nuestros encuentros. Continuamos viéndonos bastante a menudo, compartiendo nuestra alegría de vivir, hablando de las mujeres con el entusiasmo de los veinte años. He conocido muy pocos hombres tan extraordinariamente dotados como Guillén para la vida sexual. La disfrutaba con todo su cuerpo. Si lo hubiese deseado se habría convertido, sin dejar de ser un poeta revolucionario, en uno de los mejores escritores eróticos de todos los tiempos: sabía agradecer enfáticamente con las palabras a las mujeres que lo habían hecho vivir más intensamente. Habría que remontarse a la literatura china antigua para encontrar un erotismo tan libre de todo asomo de culpabilidad o pecado. Guillén sabía dar las gracias a cada mujer que había poseído por sus senos, sus nalgas, su sexo, sus muslos, su lengua, sus caricias, sus movimientos de cintura, su fuego giratorio en medio de los prodigios del coito. Esta fuerza erótica, sin embargo no aparece en su vena poética. No es un poeta del amor físico o sublime. Celebró discretamente a la mujer en sus poemas, él que navegaba como un corsario en las grandes aguas marinas de las mujeres. Yo suponía que amaba sobre todo en ellas el lado *hembra*, la feliz animalidad que algunas mujeres saben poner de mil maravillas en el acto del amor. A este respecto, tuve derecho a las confidencias épicas de Nicolás. Su verbo era inagotable sobre este maravilloso capítulo. Su autobiografía

erótica habría hecho palidecer las memorias de Casanova o los escritos de Aretino o los de los clásicos del erotismo exuberante. “Debes contar la historia de tus experiencias de cama”, le decía yo. “Tu conocimiento de la mujer es enciclopédico. La rosa de los vientos es tu alcoba, el erotismo tu único domicilio fijo, el coño de la mujer tu propia casa en cualquier parte del mundo, sus nalgas tu lista de correos, ¡su vientre tu romántica *otra parte* de poeta!”. Nicolás se echaba a reír con una risa de rey merovingio, me daba un abrazo generoso y de reconocimiento, y me decía siempre lo mismo: “¡Estás loco, no habrá una sola línea sobre todo esta formidable vuelta al mundo femenino! Quieres perderme ante los ojos de nuestros camaradas del Partido. Todos conocen, sin duda, mi inclinación por el bello sexo. Ven en mí un auténtico “macho” cubano, el absoluto opuesto del “maricón” criollo, pero ¡ignoran la extensión del imperio que me he construido a la medida de las “hembras” de todos los países, abriendo paso a la unión de los proletarios! Nuestros comisarios me echarían del Partido si descubrieran el pastel de toda mi vida. Por ello soy tan avaro en mensajes tiernos, cartas de amor y poemas a los que son tan aficionadas las mujeres. En amor, más que en cualquier otro dominio, sólo los *actos* sirven para comunicar, es decir, ¡los cojones, chico! ¡Nunca se sabrá la aventura prodigiosa de los *cojones* del autor de *Sóngoro cosongo!*”. Y yo sufría por ser el único en disfrutar de la *oralidad* erótica que Nicolás juraba que nunca confiaría en sus memorias, con el fin de proteger la buena reputación de “macho” que ocultaba al condestable del libertinaje que él era. Lamentaba no ver a Nicolás poniendo sus dotes poéticas excepcionales al servicio de una libido que encontraba acentos líricos y épicos al narrar sus proezas en la cama. Creo que por la autocensura que Guillén impuso a toda una vertiente creadora de su sensibilidad, se negó de plano a comprometer las fuerzas profundas de su ser en la experiencia de la poesía. La ascesis por la cual se forjó precozmente la personalidad de un poeta soberano quedó inacabada porque el autor de *El son entero* había quedado sujeto a las consignas partidarias sobre los poemas que se esperaban de un “poeta nacional”. Él sacrificó deliberadamente una zona voluptuosa de su arte a la estética del “realismo socialista”, mientras la vena “social” de su poesía, en *West Indies Ltd.* y sus libros posteriores, no había logrado ahogar su fuerza inigualada de fantasía y de deslumbramiento. En el ejercicio de la función literaria, Nicolás Guillén no estaría, de acuerdo con los datos viscerales de su biografía, a la altura de la alborada de la creación que, sin embargo, estaba al alcance de sus dotes. Prefirió abandonarlos, mientras que el movimiento comunista internacional –cuyas críticas fulminantes temía– desviaba hacia el desierto trágico del totalitarismo el ideal de civismo mundial y de solidaridad en todos los sentidos que debía iluminar la energía creativa de numerosos poetas notables del siglo xx. Piénsese en Maiakovski, B. Brecht, Neruda, Aragón, Paul Eluard, Yannis Ritsos, sin hablar de César Vallejo, Aimé Césaire, Nazim Hikmet, Alberti, Cesare Pavese, Robert Desnos, Miguel Hernández, entre tantas otras víctimas que esta colosal desviación del sueño acumuló en las filas de los poetas y de los escritores del siglo. Como muchos otros artistas, Nicolás Guillén, al contrario de un Picasso o de un Jorge Amado, dudó

de la magia que pertenecía al rostro desconocido de su temperamento, a la buena, llena y poderosa luna de la libido, que su genio era capaz de tornar, para millones de lectores, en suprema salud del arte y de la poesía. Su experiencia del amor solar era una materia ignífuga que podía llegar en la escritura poética a una incandescencia y una fuerza de combustión estética aún más hermosas que las llamas en la que se consumió su carnaval de sueño clandestino con las mujeres. El director de orquesta prefirió arrojar al fuego del olvido su fabuloso cuaderno íntimo de música, en lugar de *añadirlo* a sus otras cosechas de la vida, y de poner así a disposición de otros su fuerza contagiosa de celebración de la mujer y del acto de amor. ¿Estoy echando arbitrariamente sombras sobre el retrato de un hombre que, al fin y al cabo, nos ha dejado una obra poética de primer orden? No lo creo. Al contrario, querría mostrar, en este esbozo, cómo la influencia política arbitraria de un Partido sobre la imaginación creadora puede estrechar el horizonte de un gran artista hasta el punto de impedirle integrar en su aventura estética el conjunto de las adquisiciones psicológicas y eróticas de su recorrido autobiográfico. Ya no es el “ser entero” de Nicolás Guillén lo que sus destacables escritos dejan ver, sino el poeta que una revolución falsificó disipando en deshonoroso humo el mejor combustible de su creación. Todos los PC del planeta, sometidos al vibrión del mismo determinismo sin mañana, invitaron a los artistas que se habían adherido a su programa, a desprenderse de la complejidad de su vida interior de individuos libres, para llevar al oprobio la carga “histórica” de una lucha de clases regida por el desprecio de las reglas más elementales de la democracia. El *compromiso* ciego que los PC reclamaban de sus miembros bien dotados para el arte y la poesía ha afectado gravemente el ejercicio por el cual el individuo creador asimila sus recuerdos, transforma las pruebas de su biografía y los dolores del mundo, al mismo tiempo que construye libremente su obra y su personalidad. El movimiento comunista, a causa de su dogmatismo sin fe ni ley, ha sido, en la vida de los escritores, un obstáculo sumamente peligroso en ese esfuerzo obstinado de integración de todos los datos existenciales (entre los cuales el amor ocupa el primer plano) que el *yo* de cada artista necesita imperativamente para realizar una obra capaz de inundar con una felicidad igual todas las riberas de la condición humana.

Durante mis “años cubanos”, pude observar bastante a menudo cómo se comportaba Guillén en presencia de Castro o de los dignatarios del Partido, del gobierno o de las fuerzas armadas. En todo momento, yo descubriría la obsequiosidad de su cortesía ante los jefes. Él exageraba las muestras de respeto y de amabilidad. Tenía la sonrisa y los modales de un cortesano más que la noble y cordial prestancia de un hombre cuya cultura superaba sobremedida el torpe pensamiento que prosperaba alrededor de nosotros. Conocía a los viejos dirigentes del antiguo PSP (Partido Socialista Popular) desde los años 40. Había sido el “militante” más prestigioso de la extrema izquierda cubana, junto a Juan Marinello. Los jóvenes comandantes que habían bajado de la Sierra Maestra, Fidel Castro, su hermano Raúl, el Che Guevara, Camilo Cienfuegos, lejos de querer intimidarlo, lo trataban con una deferencia afectuosamente

relajada, dispuestos como estaban a escuchar su palabra de “poeta nacional”. Habría podido, con una idea más elevada de su responsabilidad de “intelectual orgánico de la revolución”, ayudar a Castro a poner a Cuba a salvo de la “política cultural” al modo soviético. Al contrario, mantuvo voluntariamente una actitud reservada en las discusiones que, desde 1959, dividieron a la nueva inteligencia que entraba en escena en defensa de la revolución castrofidelista. Él se alineó junto a los “viejos comunistas”, formados en la absurda tradición del “dzanovismo estético”, cuando escritores jóvenes y poetas, agrupados en torno a Guillermo Cabrera Infante en el semanario *Lunes de Revolución*, intentaron con talento sacar a la creación artística de los senderos trillados. También se quedó de brazos cruzados cuando centenares de jóvenes homosexuales, víctimas de una odiosa caza de brujas, fueron encerrados en una colonia penitenciaria de la provincia de Camagüey (conocida con el nombre de campo de la UMAP). Negó igualmente su apoyo al gran poeta y escritor José Lezama Lima (el autor de *Paradiso*), perseguido tanto por su homosexualidad como por la fuerte originalidad de sus gustos estéticos. Con ocasión del famoso “caso Padilla”, cuando se vio cómo los Servicios de la Seguridad del Estado acorralaban a este excelente poeta obligándolo a una “confesión” pública en la sede de la UNEAC, ante una asamblea infectada de vergüenza y de cólera contenida, Guillén actuó como Pilatos: la enfermedad de un pariente cercano lo retenía, esa noche, lejos de los antros de la infamia policial, en Santiago de Cuba... Fue su compañero José Antonio Portuondo quien desempeñó —con un celo digno de los procesos de Moscú— la función de juez de la antipoesía.

Hay que decir que la función oficial de Presidente de la Unión de Escritores agobiaba a Guillén como un terrible tributo. No se equivocaba: en ese papel, colmado de honores y de privilegios, era en realidad uno de los principales comisarios de la policía general de las ideas y de los sueños. Fue el desgarramiento íntimo que se infligió a un auténtico “gobernador del rocío” que, desde sus poemas de 1928, había puesto el derecho a soñar libremente al alcance de los cubanos de “uno y otro color de piel”. Pero, así como en la época en la que cantaba la esperanza de los ofendidos y de los humillados de su isla, Nicolás Guillén se había revelado capaz de mostrar toda su estatura de hombre rebelde y de soñador incomparable, del mismo modo, llegado al poder, hizo poco caso de la aptitud legendaria de los poetas para la rebelión y el sueño. Se dedicó sobre todo a “administrar” su elevada posición, sin contrariar nunca a las autoridades en el poder, conforme en todo a los prejuicios, a lo arbitrario, a los usos irracionales del PC cubano y del poder absoluto de Fidel Castro. En favor de Nicolás, hay que aclarar que nunca se presentó como un “teórico marxista-leninista”, ni tampoco como “intelectual orgánico”. Ya en 1938 mi compatriota “capital”, Jacques Roumain, confiaba en París al poeta Félix Pita Rodríguez que su amigo Nicolás “no tenía cabeza metafísica”. Era lo contrario de un pensador o de un “apparatchik de nomenklatura” o incluso de un comisario político. Pude más de una vez burlarme afectuosamente de él al respecto de su “ignorancia enciclopédica” de la filosofía y de la economía política marxistas, como de su indiferencia a toda forma de abstracción y

de conceptualismo a la francesa. El materialismo, dialéctico o histórico, no era su taza de café bien cargado. Se reía de ello a carcajadas. Él me reprochaba, a cambio, que perdiese mi tiempo leyendo a György Lukács, Antonio Gramsci, Henri Lefebvre, Althusser, Régis Debray o Jean-Paul Sartre. Había formado su espíritu en la frecuentación de los maestros españoles y latinoamericanos y de los mejores clásicos europeos. Conocía todos los secretos de la lengua española. Escribía en la prensa del Partido crónicas que acentuaban, por contraste, la indignancia moral e intelectual de los profesionales de la media lengua. Manejaba como un virtuoso la ironía y el sarcasmo. En su conversación, el célebre *choteo*, forma de humor popular propia de los cubanos, perdía toda sombra de grosería y llenaba de belleza el oxígeno de la poesía. Desde el 8 de junio de 1942, Miguel de Unamuno, en la carta que le dirigió desde Madrid al joven poeta Nicolás Guillén, quien le había enviado *Sóngoro Cosongo*, había subrayado lo esencial de su arte: “Hace ya un tiempo, estimado señor y compañero, desde que recibí y leí –apenas recibido– su *Sóngoro Cosongo* que pensaba escribirle. Después lo releí –y se lo hice leer a unos amigos– y oí a García Lorca hablar de usted. No debo ocultarle la profunda impresión que me produjo su libro, sobre todo *Rumba*, *Velada fúnebre de Papá Montero* y los *Motivos de son*. Me conmovieron como poeta y como lingüista. La lengua es poesía. Y mucho más porque sigo de muy cerca el sentido del ritmo, de la música verbal de los negros y de los mulatos. No solamente entre los poetas negros norteamericanos, de los que disfruto intensamente, sino también de los que cantan en “papiamento”, lengua, como usted sabe, de los habitantes de Curazao, que he aprendido. Es el espíritu de la carne, el sentimiento de la vida directa, inmediata, terrestre. Es, en el fondo, toda una filosofía y toda una religión. Habla usted, al final del prólogo, de “color cubano”. Llegaremos al color humano, universal e integral. La raza espiritual humana está siempre a punto de hacerse. Sobre ella fermenta la poesía. Y como usted dice: “Nuestra risa asomará en las riberas y los pájaros”, quiero enviarle un pequeño texto que escribí el 5 de enero del año pasado, cuando no conocía su libro... Nada más por el momento. Estoy a su disposición, ahora en Madrid, en este Parlamento, y regularmente en mi Salamanca. Le doy la mano como a un compañero de sueños”.

Está todo dicho en esta carta de Unamuno. Guillén era poesía. Y es toda la poesía que ellos profanaron, los que cortaron a su medida un uniforme verde oliva de “comisario de los sueños” o de guerrillero al servicio de las ignominias de la razón de Estado y de la realpolitik “socialista”. En Cuba, hay un hecho Guillén, que sobrevivirá a las desdichas de la revolución. Es el hecho, eminentemente “poético”, únicamente poético y criollo, de un artista que se elevó en la historia cultural de su país como un “estremecimiento nuevo”, para decir a voz en cuello la respuesta de los negros y de los mestizos de Cuba al racismo de los blancos. El alcance histórico de este *hecho poético* es que logró de golpe trascender toda concesión al *negrismo* y al “racismo antirracista”.

La historia de Nicolás Guillén es la de un poeta que con toda la fuerza de su fidelidad a las pulsaciones de la vida se ha arraigado en un terreno cubano que no es negro ni blanco, hasta tal punto escapa a los prejuicios de la “raza”

y alberga bajo su propia ley la experiencia vivida del mestizaje de España y de África. Poeta creador de su lenguaje, Guillén ha restituido a los cubanos los fermentos de unidad que están latentes en la doble herencia cultural que fertiliza su deslumbrante y trágica aventura histórica. En una obra, a la vez denunciadora y encantada, ha hecho danzar a la manera cubana formas y colores, sonido y luz, tinieblas y esperanza, más allá de los mitos raciales que dividen y envilecen la conciencia de los hombres. Un lenguaje poético, hecho de civismo y de solidaridad, ha nacido admirablemente de este “espíritu de la carne” del que habló Miguel de Unamuno. La energía sensual de Guillén, energía de origen africano y español, se transforma en sus poemas en vocación maravillada de la vida terrestre, sinergia feliz del lirismo y de la verdad. Toda una poética del único “color humano” alcanza en la perfección verbal la reconciliación de las diversas humanidades del planeta.

Esta poesía, plenaria en su belleza, orgánica en su aliento y su sentido de la justicia, criolla en sus componentes, rebelde en su ontología, continúa fascinándome más allá de mi ruptura con el poder intolerante y brutal que tendió una trampa al recorrido cívico de Guillén. Desde el punto de vista de la amistad, debo a este poeta cubano las horas inolvidables de conversación que nos condujeron a los bordes de los grandes espacios libres de la imaginación que París, Viena, Praga, La Habana, abrían a nuestros pasos vacilantes de exiliados. La revolución cubana habrá sido en mi vida el más doloroso de mis exilios. Tal vez lo era también para su poeta, detrás de la máscara satisfecha de “presidente” que le hicieron llevar con sus riesgos y peligros, y más a menudo para lo peor que para lo mejor de la vida en sociedad.

No olvido la visión que Nicolás Guillén me dio de la muerte, una tarde de primavera soleada en el jardín de Luxemburgo. Sabía cubrir con sus palabras el tiempo de los vivos y de los muertos, y las aguas subterráneas del amor, y lo real maravilloso de las mujeres donde se alimenta la esperanza del mundo. Más vasta y más poblada que la isla de Cuba, la palabra amiga de Nicolás Guillén podía, en ciertas ocasiones, ser una tierra de imperio en la que la poesía, camino de compasión y de justicia, poder secreto de la inocencia, sabía sobre la historia humana más cosas que las revoluciones que destruyen a hachazos los lazos de amistad entre los poetas.

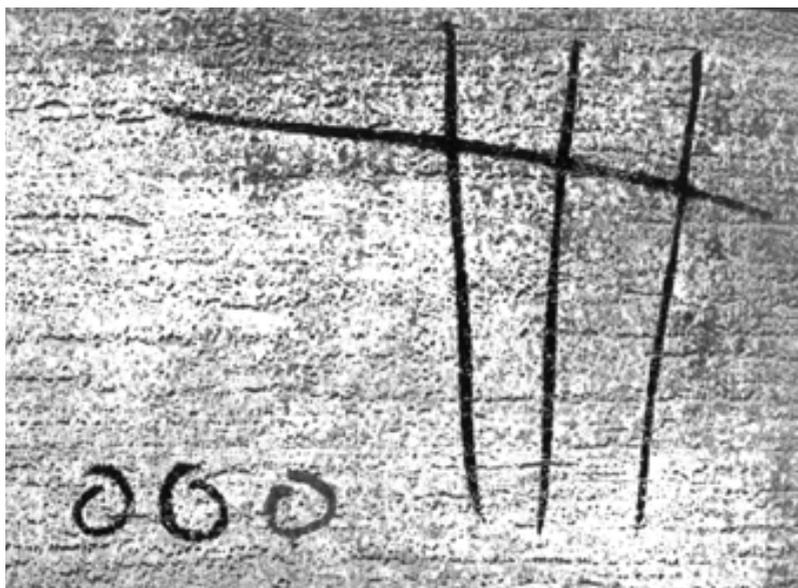
Traducción de Mario Merlino

Una riqueza visionaria

Álvaro Mutis

Hay en la poesía de Baquero un sentido profundo del destino histórico de quienes nacimos en estas tierras, relacionando, con una riqueza visionaria, el destino del hombre en el mundo y su relación evidente con las presencias que lo trascienden y explican desde lo alto el por qué y cómo estamos aquí. Esta calidad visionaria de la poesía de Baquero le da esa condición esencial tan poco frecuente en la poesía de nuestra América. La lección de Baquero quedará para siempre como una de las que ha sabido ir más lejos y con mayor riqueza en el arduo camino que nos ha tocado vivir pasando por encrucijadas que sólo hemos podido salvar gracias a voces como la suya, bastante infrecuentes, repito, entre nosotros.

Les envío toda mi solidaria simpatía por su iniciativa, hoy más necesaria que nunca en la hueca orfandad que nos consume, al parecer sin remedio, si no fuera por conciencias como la de Gastón Baquero.



Rolando López Dirube. (1971). *El muro I*. Grabado en madera en seis tacos.

La cuestión del negro en tres momentos del nacionalismo literario cubano

ESTE TEXTO, MÁS QUE UN ARTÍCULO, ES UNA PROPUESTA DE investigación cuyo objeto sería examinar la tendencia binaria y cíclicamente violenta que a vuelo de pájaro observo en el discurso nacional de Cuba, sobre todo en lo que toca al azúcar y al negro. Aquí, no obstante, sólo veremos velozmente el periodo de organización de este discurso y tres momentos de su despliegue, según éste se manifiesta en el tratamiento literario del negro.

En su momento de organización, que sitúo entre 1792 y 1812, el discurso nacional nace escindido claramente en dos ramales, poder y resistencia, en torno a la cuestión del azúcar y de la esclavitud, es decir, en torno a la plantación.¹ El discurso de poder se forma sobre la base de un programa criollo respaldado por la Corona Española –cuyo texto fundamental es el *Discurso sobre la agricultura de La Habana* (1792) de Francisco de Arango y Parreño– que contempla como metas el desarrollo a ultranza de la manufactura azucarera, la libre importación de esclavos, la creación de una trata controlada localmente, la hegemonía de La Habana y la implementación de ciertas ideas moderadas de la Ilustración. Los detalles de tal proyecto nacional han sido examinados en numerosísimas obras, y aquí debe bastar esta somera enumeración. Simultáneamente, se organiza un discurso nacional de resistencia al poder azucarero-esclavista, el cual también ha sido analizado, cuyos textos protestan

¹ Ver BENÍTEZ ROJO, ANTONIO: “Azúcar / Poder / Literatura”. *Los negros en América*, ed. Pedro Laín Entralgo, Luis Rosales, José Antonio Maravall, *Cuadernos Hispanoamericanos* 451-52 (1988).

la hegemonía de La Habana, los privilegios que disfruta el azúcar, la trata de esclavos y la negación de los derechos al negro libre; hacia el final del período la parte más radical de este discurso aspira a lograr la independencia por vía de una rebelión general de esclavos al modo de Haití. Cierro este momento fundacional con la violencia desatada contra los conspiradores negros: los milicianos de la Conspiración de Román de la Luz fueron castigados con 200 azotes públicos –cien por las calles de La Habana y cien en la picota– y diez años de prisión forzada, y los participantes en la Conspiración de Aponte fueron torturados y ahorcados; la cabeza de Aponte, como se sabe, fue exhibida públicamente en una jaula a guisa de escarmiento.

Como se ve, desde el mismo momento de su emergencia lo cubano aparece antagonizado en lo político, en lo económico y en lo social en torno al modelo de plantación esclavista. De un lado el poder azucarero, que aspiraba a la continuidad del ingenio, la esclavitud, la represión racial y la alianza de la emergente burguesía criolla con los intereses españoles; del otro, el deseo de los subyugados, en primer lugar de los esclavos, el cual suponía la liberación por la violencia, desde la revuelta espontánea hasta la rebelión organizada que pusiera término a la esclavitud y diera al negro acceso al poder. Así, en mi opinión, este momento formativo terminó de la única manera que podía terminar en las condiciones de la Cuba de entonces: con la conspiración de Aponte y con la cruel represalia que, al sentirse amenazado, urdió el poder azucarero-esclavista.

En el siguiente momento, que ubico entre 1813 y 1844, la masa de textos que se escriben sobre la plantación esclavista es descomunal. Entre sus varios archivos se encuentra el del *azúcar*, con información técnica, comercial, administrativa y jurídica sobre el ingenio y la caña de azúcar, y que en general refleja el proceso de construcción de la nación azucarera. Pero el archivo que más nos interesa aquí es el que se refiere al *negro*, con protocolos específicos sobre la esclavitud, la trata, el cimarronaje, las rebeliones, el negro libre, etc., y que abarcaría textos relacionados con los tratados de 1817 y 1835 entre Inglaterra y España, la Comisión mixta y las introducciones ilegales, los proyectos abolicionistas de la trata y/o la esclavitud (en particular, las gestiones de Félix Varela, José María Heredia, José Antonio Saco, Richard Madden, Domingo Delmonte y su círculo, David Turnbull, etc.); también textos sobre cimarrones y rebeliones, en primer término el bárbaro terror blanco desatado durante la Conspiración de la Escalera (1844).

En el período también surgen distintos discursos nacionales de orden disciplinario, entre ellos los de las artes y las letras nacionales. Aquí se hace notar el círculo intelectual de Domingo Delmonte, cuyas ideas reformistas incluyen la supresión de la trata– ya clandestina según el tratado de 1817 –y la inclusión del negro dentro de la Nación Cubana. Sobre esto se ha escrito bastante, pero no nos queda otro remedio que recordar una vez más la escalada que se produce con los destierros de Varela, Heredia y Saco, con la clausura de la *Revista Bimestre Cubana* y la Academia Cubana de Literatura, con las actividades abolicionistas de Madden y de Turnbull, con las rebeliones de esclavos

en Matanzas y Cárdenas, y finalmente con los sangrientos eventos de la Escalera, donde numerosos esclavos, gente libre de color y criollos reformistas son ejecutados, torturados, encarcelados, extrañados o procesados, al sentirse amenazado el sistema de la plantación².

Ampliando algo la cuestión literaria, habría que recordar que las letras nacionales, iniciadas por Heredia, se desarrollan mayormente en el círculo de Delmonte, siendo la excepción más notable la novela *Sab* de Gertrudis Gómez de Avellaneda. En la mayoría de ellas –hablo sobre todo de las obras de Juan Francisco Manzano, Cirilo Villaverde, Félix Tanco, Ramón de Palma, Anselmo Suárez, José Morillas, José María de Cárdenas y la Avellaneda– se critica el statu quo de la sociedad de plantación, bien censurando las costumbres de la clase plantadora (Palma, Cárdenas), o mirando con simpatía al negro esclavo o libre (Villaverde), o criticando abiertamente la esclavitud (Manzano, Tanco, Suárez, Morillas, Avellaneda).³ Tal vez lo más importante de las obras producidas por estos autores es que el negro, cualquiera que sea su condición, aparece en mayor o menor grado incluido dentro de la nacionalidad. Ciertamente, aparece como un súbdito de segunda clase y dentro de un discurso racista, pero aparece como cubano, y eso probará ser crucial: dado el carácter fundador de estas obras, en lo adelante la literatura cubana hablará de la problemática sociocultural que configura la coexistencia del negro y el blanco, en una sociedad dominada por el poder azucarero y la violencia racista, como la de mayor magnitud dentro de la nación.

El segundo momento que examinaré ocurre entre 1880 y 1898, que comienza en medio de la devastación dejada por la Guerra de los Diez Años y la Guerra Chiquita, y termina con la superposición de la Guerra de Independencia y la Guerra Hispanoamericana y su secuela: la ocupación militar de la isla por los Estados Unidos. No hay espacio aquí para hablar de esta guerra, ni de las extremas medidas de tierra arrasada que tomaron tanto las tropas revolucionarias como las españolas, ni de la posible viabilidad política del autonomismo, ni de la oportunista intervención norteamericana. Sólo me interesa comentar brevemente lo que ocurrió con relación a la población negra, ya libre de la esclavitud en la década de 1880, aunque aún sujeta al cañaveral y a la más desesperante pobreza y marginalidad social.⁴ En primer lugar, habría que señalar el importantísimo rol desempeñado por los negros y mulatos en la guerra, el cual ya había empezado a tomar gran relieve durante la Guerra Chiquita (1879-80).⁵ Basta decir que cerca de la mitad de los mandos militares

² Ver PAQUETTE, ROBERT L.: *Sugar Is Made with Blood: The Conspiracy of La Escalera and the conflict between Empires over Slavery in Cuba* (Meddletown, CT: Wesleyan, University Press, 1988).

³ Ver LUIS, WILLIAM: *Literary Bondage: Slavery in Cuban Narrative* (Austin: University of Texas Press, 1990).

⁴ Ver SCOTT, REBECCA: *Slave Emancipation in Cuba: The Transition to Free Labor, 1869-1899* (Princeton, NJ, Princeton University Press, 1985).

⁵ Ver FERRO, ADA: "Social Aspects of Cuban Nationalism: Race, Slavery, and the Guerra Chiquita, 1879-1880", ed. Louis A. Pérez Jr., *Cuban Studies* 21 (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1991).

y políticos, y una evidente mayoría entre el total de combatientes, eran negros o mulatos que combatían movidos por la esperanza de fundar una nueva nación donde tendrían un lugar digno.⁶ En segundo lugar, habría que recordar que nada de esto último ocurrió. Desde el mismo momento de la intervención norteamericana y de la firma de la paz, ya se hizo evidente que los españoles residentes en la isla, enemigos hasta unas semanas atrás, iban a ser los mayores beneficiarios del periodo posbélico mientras que la población de color, incluyendo a los veteranos, continuaría siendo marginada, tanto política como socialmente.⁷ En resumen, la emergente Nación Cubana seguiría dividida entre blancos y negros del mismo modo injusto de antes.

En lo que toca al tratamiento literario de la gente de color, sólo me referiré a una novela, tal vez la más importante de la literatura cubana: *Cecilia Valdés*, de Cirilo Villaverde.⁸ Reparo sobre todo en su carácter profético, pues si bien la acción principal ocurre al final del gobierno de Vives, hay un capítulo anacrónico que refiere su discurso narrativo al futuro. Hablo del capítulo XVII de la segunda parte, donde se reúnen en una fiesta varios miembros de la pequeña burguesía de color que empezaba a formarse al margen de la plantación, entre ellos el músico y maestro de baile Brindis de Salas, los poetas Manzano y Plácido, el compositor Vuelta y Flores, el carpintero Vargas, el barbero Dodge, el sastrero Uribe. Varios de estos hombres habrían de morir en los sucesos de la Escalera en 1844, observación que hace Villaverde desde su voz de narrador omnisciente, rompiendo así con el marco temporal de la acción de la novela, que concluye en 1832. Si a esta marca en el texto agregamos el mensaje más obvio de la obra, esto es, el racismo hace imposible la reconciliación de lo Cubano, se comprende mejor el carácter profético que Villaverde quiso dar a su *Cecilia Valdés*. Más aún, pienso que Villaverde, además de referirse a la cuestión racial, lo hizo también a la cuestión cultural. Y esto no sólo porque las diferentes costumbres de blancos, negros y mulatos son detalladas en la obra, sino sobre todo porque el subtítulo de la novela es *La Loma del Ángel*, y el territorio de Cecilia es el barrio del Ángel, y la muerte de Leonardo ocurre en la Iglesia del Ángel. Esto no puede ser una coincidencia, como tampoco la es que Villaverde haya dado sus iniciales y fecha de nacimiento a su Cecilia Valdés, ni que un esclavo de la novela se llame Aponte. Entonces, ¿qué importancia tiene la Loma del Ángel, coronada por la Iglesia del Ángel, dentro de los códigos de Villaverde? Según documentos transcritos por Leví Marrero,

[La] disposición de los esclavos a establecer sus propios vínculos sociales, al margen de su régimen de servidumbre, los condujo a fomentar en los años fi-

⁶ Ver PÉREZ JR., LOUIS A.: *Cuban between Reform and Revolution* (New York, Oxford: Oxford University Press, 1988).

⁷ Ver HELG, ALINE: "Afro-Cuban Protest: The Partido Independiente de Color, 1908-1912", *Cuban Studies* 21.

⁸ VILLAVERDE, CIRILO: *Cecilia Valdés* (New York: El Espejo, 1882).

nales del siglo [XVII] un área de reunión “en el paraje de la Peña Pobre, barrio de Cayaguayo, que está dentro de las Murallas [donde] muy frecuentemente asistían muchos negros y negras esclavos de los vecinos [...] así de día como de noche y [...] para este efecto tenían *buxios* de paja[...] de poca estimación [...] Desta junta y congregación resultaban muchas ofensas a Dios”. Durante la visita del obispo Compostela “algunas personas celosas y temerosas de su conciencia” denunciaron las reuniones “de aquella gente baja y recién convertida”. El gobernador ordenó se demolieran los bohíos, conservando “el que pareció más a propósito y decente” en el que el obispo ordenó “se levantase un altar en el cual se colocase la imagen del Santo Ángel Custodio”, donde se celebraría misa diariamente. Con ello “se logró desterrar la congregación y junta [...] de negros y negras y tan innumerables culpas y pecados que acarreaban”. El nuevo centro religioso acogió pronto a todos los vecinos de Cayaguayo [...] Así nació lo que es hoy la Iglesia del Ángel.⁹

Por otras informaciones sabemos que los tales bohíos eran cabildos de negros minas y carabalíes, donde estos elegían sus “reyes” y celebraban sus fiestas y rituales.¹⁰ De modo que la cuchillada con que Pimienta mata en la Iglesia del Ángel a su rival blanco, Leonardo Gamboa, cobra dentro de este contexto un significado que va más allá del rencor y los celos; ciertamente, el de una venganza, pero una venganza que tiene mucho de voto sagrado, de signo cultural. Si bien la novela fue publicada en 1882, Villaverde nos anticipa que la sangre que se ha de derramar por la libertad de Cuba no reunirá democráticamente a blancos y a negros, y que la nación continuará dominada por el azúcar y el blanco.

Téngase presente que en el momento que sigue a continuación, que no comentaré, concluye en 1912 con la llamada Guerra de las Razas, cuyo saldo es, de un lado, varios centenares de negros masacrados por la aspiración a organizarse políticamente, y del otro, la continuidad del poder azucarero y racista.¹¹ Tal continuidad, como es sabido, se mantuvo constante tanto en el período que precedió a la llamada Revolución del 30 como en el que le siguió a ésta.¹²

El tercer momento que tomo es el período 1959 en lo adelante, que se inicia luego de la guerra victoriosa contra la dictadura de Batista y que, en caso de seguir el patrón que hemos visto, correría el peligro de terminar en un suceso de violencia racial. Considerando que la revolución cubana es un fenómeno

⁹ MARRERO, LEVÍ: *Cuba: economía y sociedad*, v (Madrid: Playor, 1976), pp. 39-40.

¹⁰ MARRERO, LEVÍ: *op. cit.*, VIII, p. 160.

¹¹ Ver PÉREZ JR., LOUIS A.: “Politics, Peasants, and People of Color: The 1912 ‘Race War’ in Cuba Reconsidered”, *Hispanic American Historical Review* 66 (1986).

¹² Ver FERNÁNDEZ ROBAINA, TOMÁS: *El negro en Cuba, 1902-1958. Apuntes para historia de la lucha contra la discriminación racial en la neocolonia* (La Habana: Ciencias Sociales, 1990).

del dominio público, me limitaré a opinar lo siguiente: millones de negros y mulatos, más que nada por ocupar el escalón más bajo de la estructura social, mejoraron a corto y a mediano plazo sus condiciones laborales, sociales, educacionales al precio de no agruparse públicamente como negros, de no exhibir públicamente sus creencias y de no aspirar seriamente al poder político, debiéndose contentar con una débil representación en el Comité Central del Partido, en el Consejo de Estado, en el Buró Político, etc.¹³ Esto, a pesar de su masiva participación en las tropas expedicionarias que fueron al Congo, Guinea Bissau, Etiopía, Granada, y Angola. En lo que se refiere a la literatura, hubo obras que, por apoyar la política oficial hacia el negro, fueron celebradas por el aparato cultural del estado. Entre ellas, figuran las novelas *La última mujer y el próximo combate* (1970) y *Cuando la sangre se parece al fuego* (1977), ambas de Manuel Cofiño López, un escritor



Walker Evans. (Havana 1933). *Havana Citizen*.

blanco, que inscribe la santería en la contrarrevolución y narra con gran entusiasmo la conversión al comunismo de un negro abakuá.¹⁴ También hay obras de autores negros, exaltando los valores culturales del negro cubano —entre ellas la olvidada novela *Adire y el tiempo roto* (1967), de Manuel Granados, que fueron censuradas después de su publicación.¹⁵

¹³ Ver MOORE, CARLOS: “¿Congo o Carabalí? Race Relations in Socialist Cuba”, *Caribbean Review* 15, 2 (1986): 12-15, 43.

¹⁴ COFIÑO LÓPEZ, MANUEL: *La última mujer y el próximo combate* (La Habana: Casa de las Américas, 1970); *Cuando la sangre se parece al fuego* (La Habana: Arte y Literatura, 1977).

¹⁵ GRANADOS, MANUEL: *Adire y el tiempo roto* (La Habana: Casa de las Américas, 1967). Las mejores letras cubanas siempre han mirado al negro positivamente. Julia Cuervo Hewitt, en su libro *Aché, presencia africana: tradiciones yoruba-lucumí en la narrativa cubana* (New York: Peter Lang, 1988),

Ahora bien, al irrumpir en los 90 el período de crisis general, resulta que cualquier beneficio que el negro hubiera recibido en las décadas anteriores, lo está perdiendo rápidamente. Es cierto que, después de más de dos décadas de represión oficial, las creencias afrocubanas ya son toleradas, siempre y cuando no vayan contra los intereses del régimen. Pero la situación actual del negro en Cuba dista considerablemente de ser la misma que la del blanco, a pesar de que la mayoría de la población es negra y mulata. Téngase presente en primer lugar, que dada la presencia de prejuicios raciales en los Estados Unidos y otros países, relativamente pocos negros han emigrado de Cuba. Así, hoy, cuando se permite la circulación del dólar y todo se compra en dólares, son escasos los negros que tienen parientes y amigos en el extranjero que les envíen dinero y medicinas, o que los vengán a visitar con regalos de toda suerte, o que los inviten a pasarse tres meses en Miami o en Madrid. En segundo lugar, si bien el proceso de integración social del negro ha aumentado a lo largo del período, éste aún está lejos de haberse cumplido totalmente.¹⁶ Basta ver la película *Fresa y chocolate* (1993), celebrada por su crítica a la intolerancia sexual y cultural, para comprobar que en Cuba el prejuicio racial no ha sido erradicado.

Aunque no hay estadísticas al respecto y no es posible cuantificar el prejuicio racial existente, los juicios que siguen son productos de una encuesta personal que, si bien no reclama un valor científico, ha contribuido a que me forme una opinión de la situación del negro en la Cuba de los 90.¹⁷ Mis informantes han sido cubanos que han viajado a los Estados Unidos en calidad de visitantes, algunos de ellos familiares y amigos que me ofrecen toda confianza. Dichas personas, blancas en la mayoría de los casos, piensan que en la economía del turismo, ahora en auge, los trabajos de mayor contacto con el turista, que son los más susceptibles a recibir propinas en dólares, son distribuidos mayormente entre blancos y blancas, más aún, entre abogados, historiadores, economistas y aun ingenieros. En lo que toca a la ola de prostitución que la mala situación económica ha desatado, la mujer mejor pagada no sólo es la blanca o la “casi blanca”, sino la mujer profesional, la mujer culta, la que

menciona a los siguientes narradores: Dora Alonso, Emilio Ballagas, Miguel Barnet, Antonio Benítez Rojo, Guillermo Cabrera Infante, Lidia Cabrera, Alejo Carpentier, Gerardo del Valle, Ramón Guirao, Rómulo Lachatañeré, César Leante, José Lezama Lima, Carlos Montenegro, Martín Morúa Delgado, Lino Novás Calvo, José Antonio Ramos, Luis M. Sáez, Severo Sarduy, Pablo de la Torriente Brau, Mirta Yáñez. Entre los poetas, entre otros, aparecen: Reinaldo Arenas, Vicente Gómez Kemp, Nicolás Guillén, Ramón Guirao, Nancy Morejón, Pedro Pérez Sarduy, Felipe Pichardo Moya, José Manuel Poveda, José Zacarías Tallet. Entre los ensayistas figuran en primer término Lidia Cabrera y Fernando Ortiz.

¹⁶ Ver MASFERRER, MARIANNE y MESA-LAGO, CARMELO: “The Gradual Integration of the Black in Cuba: Under the Colony, the Republic, and the Revolution”, *Slavery and Race Relations in Latin America*, ed. Robert B. Toplin (Westport, CT: Greenwood Press, 1974).

¹⁷ He pensado que aunque estas opiniones podrían ser leídas como arbitrarias –ya que no son producto de un riguroso estudio estadístico– es siempre preferible abrirse uno a los riesgos del debate que callar, sobre todo tratándose de una situación lamentable de discriminación y violencia racial de la cual Cuba parece no poder salir.

puede hablar de Mozart, de Proust y del arte abstracto. Bien, lo que sigue tampoco está apoyado por estadísticas, aunque sí por mi memoria: hace cincuenta años el precio del placer sexual en el burdel más caro de La Habana, la casa de Marina, era de cinco dólares, y las prostitutas que allí trabajaban eran blancas y más o menos rubias; sin embargo, en los burdeles más baratos de las barrios bajos el precio era de cincuenta centavos, es decir diez veces menos, y allí la mujer era casi invariablemente negra. Esto es, una situación semejante a la que ocurre ahora. Así, a lo largo de toda la cadena ocupacional, desde las posiciones políticas más altas hasta la prostitución, el negro y la negra, que constituyen la mayoría demográfica, ocupan las posiciones más bajas.

Finalmente, quiero llamar la atención de que en Cuba la esfera de poder por lo general no se refiere directamente a los negros; allí todos son cubanos supuestamente iguales. También quiero llamar la atención de algo que realmente me inquieta: no conozco de algún grupo o asociación en el exilio, de amigos del diálogo o enemigos del diálogo, de amigos o enemigos del embargo, de defensores y defensoras de los derechos humanos, que se hayan dirigido a la población cubana en tanto población mayoritariamente negra y mulata, ni que le hayan asegurado a ésta seriamente, con la insistencia y la especificidad que la cuestión se merece, que en la Cuba del futuro dichas organizaciones serán las primeras en trabajar por una sociedad donde negros y blancos tengan las mismas oportunidades laborales y sociales.

Termino con una cita de *Adire y el tiempo roto*, que habla del orgullo nacional del negro cubano: “En cuatro siglos, sólo ha cambiado mi nombre [...] Me llamo Juan José, Juan de Dios, Juan Pérez [...] tengo dominio absoluto de la noche. Soy rey de Oyó, de los lucumíes, de los arará, de los bantúes. Rey de África, de Cuba, Rey del Mundo —dijo delirante; bajando la cabeza movió el cuerpo con lujuria y se acarició el falo”.

Quiero señalar con esta cita, que de la misma manera que en los disturbios de agosto de 1994 la participación de los negros de La Habana fue masiva, en el futuro podría ocurrir una guerra racial en Cuba. La historia tiende a repetirse cuando las condiciones materiales de los oprimidos son más o menos las mismas. Y no podemos olvidar la llamada Guerra de las Razas ocurrida en 1912, donde millares de negros fueron masacrados. En resumen, pienso que ha llegado el momento para que el forum internacional que se ocupa de Cuba tenga en cuenta en su agenda la cuestión del negro, es decir, se les dé a los negros seguridades de que, cualquiera que sea el futuro político y económico de Cuba, no se repetirán los errores del pasado.

Lino Novás Calvo

PARA CEÑIRME A LAS CONDICIONES PREVISTAS –BREVEDAD, concisión e integralidad– todas ellas difíciles en tan exiguo espacio, especialmente en lo que respecta a Lino Novás Calvo, es preciso que mi intervención discurra en un ámbito de generalidades capaz de incorporar todos aquellos tópicos que es de rigor analizar. La figura de Novás tiene, en principio, un doble atractivo para nosotros porque, si bien es una de las piedras angulares de la consolidación del cuento en Cuba, y asimismo de la prosa de ficción vista como totalidad, es también un hombre de relieve para las letras españolas de este siglo. Hay que recordar que nació en España, en 1905, en un humilde lugar de Galicia llamado Granas de Sor. Buena parte de su producción la desarrolló en tierra española y desde una óptica que yo juzgaría privilegiada, pues (y en este punto quisiera aventurar una idea conclusiva) el hecho de ser un hombre sumergido en dos contextos, le permitió acceder a una lengua unitiva, a un estilo de excepción. Alguien ha dicho que Novás Calvo fue un español en Cuba, un cubano en España, y un *él solo* (un híbrido desgajado) en Norteamérica. Yo diría que en sí mismo, a causa de esa asombrosa capacidad suya para sorber las experiencias vitales e integrarlas en un sedimento común, hubo una suerte de crisol alquímico vivísimo, el crisol de donde proviene, en lo concerniente a su lenguaje, una literatura fundacional, proléptica, de anunciación. Novás Calvo fue, en mi opinión (y me expreso ahora con cierta reserva, pues no soy lo que se denomina un experto en los detalles del proceso narrativo en el Nuevo Mundo), el punto de giro en la prosa hispanoamericana contemporánea, y, en cualquier caso, lo fue para las que han sido sus poéticas de mayor impacto y riqueza de nuestro siglo, especialmente a partir del segundo lustro de la década del cuarenta: lo real maravilloso y el realismo mágico.

Cuando Antonio Marichalar le sugiere a Novás escribir la biografía de Pedro Blanco Fernández de Trava, el famoso capitán negrero, ni el propio Marichalar ni el entonces muy joven Novás tenían idea de lo que iba a producirse,

Alberto Garrandés

no ya en 1933, cuando aparece el texto *–Pedro Blanco, el negrero–* sino antes, precisamente mientras era escrito irrefrenablemente, en tres meses de pasmo, sobre la base de una investigación que pretendía recrear la historia de la piratería. Me detengo en estos detalles no tanto por el hecho de que *Pedro Blanco, el negrero* mereció el elogio de hombres como Don Miguel de Unamuno, por ejemplo, sino sobre todo porque la escritura de ese libro mágico e inseminador constituyó, creo, una especie de entrenamiento para el Novás cuentista, el que por entonces ya había escrito textos de impresionante madurez como “Aquella noche salieron los muertos”, “En el cayo”, y “La luna de los ñañigos” (todos en 1932 y aparecidos en la *Revista de Occidente*), pero que aún no había dado a conocer “Long Island”, “Aliados y Alemanes”, “La noche de Ramón Yendía” (que gravita tutelarmente, por cierto, sobre la noveleta *El acoso*, de Alejo Carpentier) y “La visión de Tamaría”, entre otros que son, sin duda, obras maestras del relato breve. Hago estas distinciones porque, para decir lo que significa la cuentística de Novás Calvo dentro de la literatura cubana del siglo, es necesario colocar en nuestro ángulo de visión los aportes de esa novela-embrión, ese texto protoplasmático que es *Pedro Blanco, el negrero*. Obra de inicios, esta especie de sinfonía cosmopolita, de estructura a veces torpe y brillante, de resolución parca y locuaz, ilumina los cuentos, ejerce sobre ellos un padrino lingüístico sustantivo, los deja emerger del mismo modo en que una materia de índole primaria, tributaria de un órbe caótico y aún crudo, engendra materia secundaria, de pulimentación evidente y que hace del relato digamos “clásico” un orden artístico al servicio de la comunicación de vivencias extremas en torno a la naturaleza humana.

Los elementos conformadores de la cuentística de Novás son los de la vida común y los que tipifican ciertas parcelas de la realidad que le atrajo más: el mundo semi-marginal, semi-exclusivo por ignoto, de la Cuba prerevolucionaria durante el lapso que va de los años treinta a los cincuenta. Esto que acabo de decir tal vez sea inexacto, y para evitar los equívocos alrededor de esa idea diré que, independientemente de otras exploraciones similares, realizadas por cuentistas dispares en cuanto a intereses, preocupaciones y soluciones formales, preocupaciones y soluciones formales –cuentistas también inmersos en esa Cuba de la llamada República, en esos años– las regiones a que Novás accede hallan expresión, concreción y peculiaridad en un estilo que, en tanto instrumento develador, sí convierte a lo cotidiano en algo *todavía* sujeto a la revelación, porque no por haber sido sucesivamente asediada la vida deja de ser ignota y misteriosa, en especial si hay un asedio que se constituye en interrogación persistente y que pone en entredicho la noción de “agotamiento” de lo real. Ahora bien, cabe preguntar en virtud de qué ese poner en entredicho el conocimiento de un mundo es algo comprobable y hasta plausible. Me parece que esto ocurre en virtud de un estilo u otro.

El estilo de Novás Calvo –y hablaré ahora no de una posible evolución de formas en ese estilo, sino más bien de un cuerpo de distintivos generales y, sobre todo, constantes– admitió influjos diversos: los de carácter literario y los otros, aquellos que se originan en la observación directa de varios entornos.

En principio, es necesario asentir ante la evidencia de que ese estilo es, por una parte, hijo de la experiencia personal, pero además que se afinca, por otra parte, en una dislocación ventajosa de eso que llamamos testimonio, en favor de una mirada recreativa y cuyo sostén es lo ficticio. Es imprescindible tener en cuenta, aquí, que ese tránsito de la vivencia probable (la personal y la de los demás) hacia la vivencia ficcional constituye en Novás una operación llena de cuidadosos deslindes. Él, que cultiva el matiz y la grave y significativa levedad, llega a la ficción, y a los hechos ficticios, no por medio de la añadidura o la tergiversación, sino a través de la descomposición analítica de los hechos, proceso este que revela, en sus relatos, varias formas de reacomodar un conjunto de vivencias, presentadas al final desde una perspectiva *extraña*. Esta extrañeza halla su explicación, creo, en la presencia de una microfísica de la gestualidad y los instintos humanos, en un territorio que nos confina al convertirnos en lectores en suspenso, tantalizados entre lo visible, lo invisible y sus imágenes a veces fantásticas, u oníricas. Acaso por ello en los cuentos de Novás Calvo creo advertir un discurso expresionista –para usar un término quizás hartó inconveniente, pero desde el cual puedo remitirme a la invisibilidad de esos discursos alternos que brotan en la imaginación del lector *despierto*, el lector poseído por palabras blancas, no dichas, que van y vienen como un rumor acuciante– un discurso expresionista, decía, desentendido en lo esencial, sin embargo, de la aventura vanguardista a flor de piel, incorporada (eso sí) después de una decantación que se apoya en una narrativa “tradicional”. Se trata, dicho sea con mayor exactitud, de un expresionismo *a posteriori*, revelado en nosotros después que la lectura se hace cuerpo de imágenes en un retablo que tiende a mostrar los desasosiegos humanos, la desesperanza, el desamor, la violencia, en fin, lo que es la parte oscura del sujeto, esa que resulta congruente, en términos artísticos, con una *Weltanschauung* de lo trágico.

Repasando para esta ocasión los cuentos de Novás Calvo, he visto otra vez esa terca (por cerrada y bien machihembrada) trabazón de los personajes habituales en su prosa con las alegorías y los símbolos también habituales en ella. De un lado, respectivamente, están la prostituta, el chino, el botero (chofer de alquiler por cuenta propia, diríamos hoy), el negro, el carbonero, el campesino, el hombre marginal de la ciudad, el niño circunstante, el exiliado. Del otro lado se encuentran el machete (un machete falocéntrico y levantisco), la manigua (que nada tiene de “sentimental”, como diría el ilustre Jesús Castellanos, porque es manigua hostigadoramente arquetípica), la luna (interlocutora mágica, ojo del presagio), el ron (violento, peleón), el automóvil, la fogata (con empaque apocalíptico y como manifestación de lo postrero), el tambor (presagioso también, y voz metamorfoseada en solicitud), el viento, la ciudad, el mar, el recuerdo, el solar. El solar, o el espacio para el hacinamiento (de hombres, instintos, anhelos y sueños), es un contexto para la puesta en escena de muchas de las cuestiones que ya he mencionado. Es la célebre “cámara de ecos” que pasa por el lenguaje. El solar es una pieza de la identidad cubana hasta nuestros días.

Ya que arriesgo esa traída y llevada noción: identidad (pero identidad a

secas, pues decir identidad cultural es casi como cometer una tautología), es importante que me refiera a un hecho definidor de la prosa de Novás y de sus cuentos en particular. El estilo que forjó, cautelosa y rápidamente, es un correlato mediato del proceso identitario cubano, y se constituye, además, en un reflejo (en el nivel del idioma, una variante incoativa, embrionaria, del español en el que se iban a escribir obras maestras de la literatura de ficción en Iberoamérica) de los intercambios, las mezclas, las intersecciones y los cruza-mientos ocurridos para llegar a lo que hoy conocemos como cultura hispanoamericana, o más justa y exactamente cultura de nuestra lengua. En este sentido, el saldo que arrojan los cuentos de Novás Calvo, más la emanación desprendida de su novela, conforman una experiencia única –me atrevería a decir que sin precedentes en nuestro siglo– del empleo radical del lenguaje, un lenguaje fronterizo y central al mismo tiempo, un lenguaje de las periferias culturales y que, al par, se nutre (sin desgarrarse) de los llamados “centros” de la cultura, sus “núcleos rectores”, por denominarlos así. La vivencia española, gallega por más señas, es una capa sobre la que se extiende la percepción, extasiada y plural en Novás, del fenómeno del negro, observado desde la historia (una historia que es factografía de lo maravilloso, compendio de lo exótico, recuento de lo mágico y enumeración de lo sobrenatural) y desde un presente signado por la cubanidad integrativa, anómala, inestable. El resultado de este aprendizaje, sobre todo en lo referido a su cuentística, se aprecia en una soterrada y a veces pública multilexicalidad que obliga a Novás a acomodar las palabras en una sintaxis como de serpiente inquieta, cuya eufonía está llena de contrastes que producen “un ritmo [...], una música de la palabra que le permitió expresarse en un lenguaje a la vez vernáculo y universal, resolviendo así el problema más importante de la literatura latinoamericana de su época”.¹

A propósito de estos mismos asuntos, resulta imprescindible que me detenga ahora, ya no en esa necesidad que manifestó Novás de presentar situaciones límite, extremas, en su exploración del sujeto común, ese que lleva dentro absolutos y arquetipos de la naturaleza humana, y que es protagonista de combates disímiles: contra los propios hombres, contra el miedo, contra el paisaje antropomórfico, contra la idea de la muerte, contra la incertidumbre, contra el olvido. Estas cuestiones, indudablemente de primer orden, encuentran sin embargo *su* rostro, se singularizan y especifican (porque son cuestiones muy generales y forman parte del grueso de las inquietudes de la cuentística cubana del siglo) en *una* forma de narrar, en una poética que se podría reificar mediante un texto prototípico y por demás invisible, aunque no por ello inexistente. Ese texto conjetural no podemos leerlo porque no se escribe, ningún escritor lo fabrica. Son la historia de la sensibilidad, los sedimentos de las lecturas y la voluntad mítica de la interpretación literaria los agentes de su

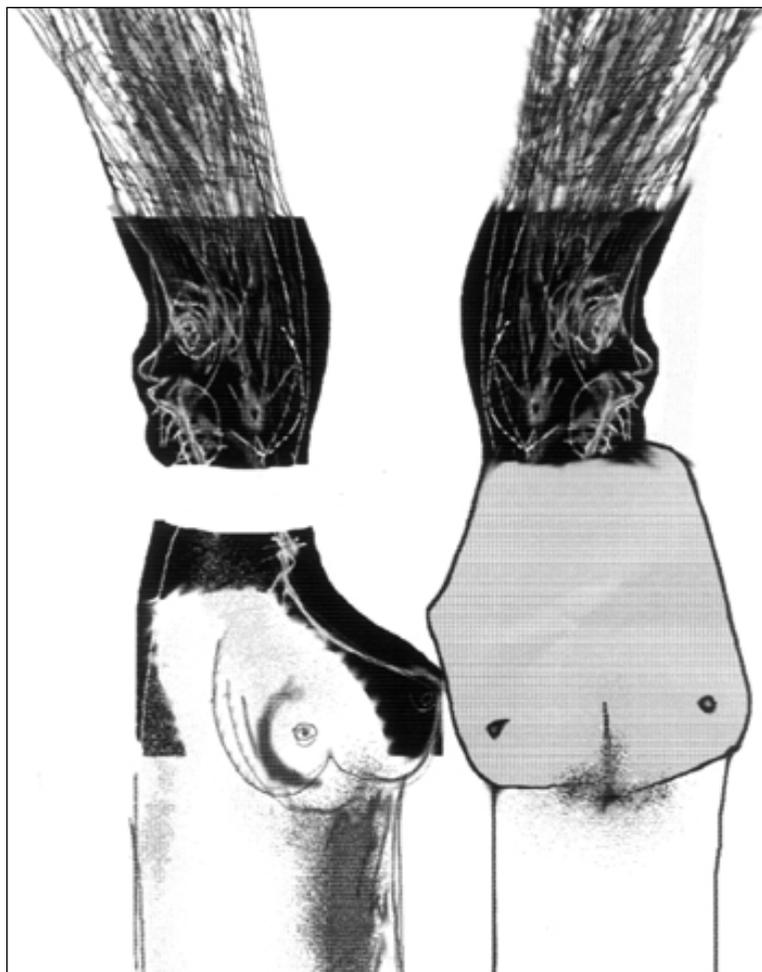
¹ NOVÁS CALVO, L. (1990): *Obra narrativa*. Prólogo de Jesús Díaz. Editorial Letras Cubanas, Ciudad de La Habana.

materialización. El texto al que me refiero está comprendido, sin embargo, en mis intuiciones de narrador novel o novísimo –para seguir la nominación de Salvador Redonet– y como he aludido ya a algunos de sus ingredientes (que son, desde luego, tópicos invariantes), me concentraré en uno de ellos que merece comentarse: ese barroco *interior* que, paradójicamente, nace en una prosa a la larga desnuda, magra, desalada.

Lo barroco es, en los cuentos de Novás Calvo, el resultado de esa mirada estupefacta y curiosa con que emprende el registro de un acontecer capaz de seducir el pensamiento porque allí, en los hechos posibles, e incluso en ese ambiguo grado de probabilidad que brota entre lo real y lo mágico, existe una sobredosis de palabras, un esparcimiento a presión de los sentidos que el suceder admite. Lo barroco es aquí un efecto ocasionado en el lector por un estilo lingüístico cuya formulación se basa en la alternancia de frases breves y largas, así como en un uso casi sinusoidal de la adjetivación. Por otra parte, hay que advertir que ese *efecto barroco* tiene también su origen en una, por así calificarla, violenta estratificación del relato, proceso este que determina el surgimiento (por sugerencia, insinuación alusiva y analogía) de muchísimos detalles referidos a los contextos de la identidad. Si a esto agregamos los dones de un realismo en cuya enorme penetración psicológica se sustenta una imagen de la realidad próxima a lo *fantasmagórico* (utilizado el término en una muy relativa ponderación), me parece que tendrán ustedes una idea de lo que deseo manifestar.

He regresado, como dije antes, a los cuentos de Novás Calvo, repasándolos de manera retrospectiva: de *Maneras de contar*, el heterogéneo volumen que dio a conocer después de su radicación en Norteamérica y que contiene textos de épocas distintas (textos donde se aprecia la depuración formal y estructuras heredadas de su quehacer como creador de historias de crímenes, junto a textos marcados por el sello de lo legendario: sus textos-insignias), hasta los iniciales: “La luna nona”, “Hombre malo”, y, más tarde, “No lo sé desil”, la impresionante noveleta *En los traspatios* y algunas otras narraciones que ya cité. Después de estas relecturas ha vuelto a asaltarme una sospecha a veces disfrazada de certidumbre: en su afán de objetividad, de deseo implacable tanto de lo material como de lo inmaterial, Novás trascendió la determinabilidad de los hechos (los externos y los de la conciencia: *mimesis praxeos*, *mimesis logou*) para situarse en un territorio donde la amplificación de lo real deviene indeterminación por exceso, *subjetividad objetiva*. Esta idea requiere explicaciones que rebasan el espacio del que dispongo. No obstante, quiero señalar tan sólo que dicha idea me retrotrae a las palabras pronunciadas por el narrador cuando el mítico Pedro Blanco quiso saber con exactitud, con precisión, quién era Napoleón y cuáles habían sido sus hechos. En ese instante el narrador dice del personaje: “Lo que él buscaba era la narración objetiva de los hechos... y esto no podía encontrarlo. Narrar y objetivamente no lo sabía hacer nadie entonces. Todos se sentían sujetos y líricos”. Se trata, como se puede ver, de una perturbadora declaración en la que hay una poética y una estética presumibles. La gozosa perplejidad que siempre me han causado esas palabras escritas en

Madrid en 1932, hace ya sesenta y cuatro años, me devuelve al juicio que enuncié al expresar esa sospecha disfrazada de certidumbre: él, Novás, persiguió la objetividad en la narración, pero siempre fue un hombre amarrado por el asombro ante el mundo, un hombre de íntimo y exultante (y perentorio) lirismo. Maestro del relato breve, especie de demiurgo reconstructivo de un cosmos hecho con fragmentos –nuestro cosmos– Lino Novás Calvo es el Adelantado, el primer escritor hispanoamericano que, con excelencia mayor, trazó la ruta de los encuentros entre varias culturas, para decirnos que la nuestra es un hacerse continuo, que somos hombres necesariamente universales, que ningún ideal es tan grande que merezca el fratricidio, y que la literatura de un orbe nuevo ha de hacerse desde el magma de la historia y sus riquezas.



Lázaro Jordana. *Info dibujo* (1996).

Cuba y los intelectuales: una reflexión necesaria

¿CÓMO CONTRIBUIR A UNA CULTURA CUBANA DE CARA AL nuevo milenio? Quiero contestar esa pregunta abordando un tema que puede resultar incómodo pero es indispensable: el colaboracionismo de los intelectuales cubanos con el régimen actual y la necesidad de una reflexión al respecto.

A medida que la caída del régimen actual se hace más inminente, el tema de la responsabilidad de los intelectuales en su formación, apoyo y mantenimiento se vuelve más urgente. No es para menos: lo mismo ha ocurrido en otros ámbitos, como la Alemania y el Japón de la posguerra, para no hablar del reciente colapso del llamado campo socialista, que ha suscitado discusiones al respecto no sólo entre intelectuales de países como la ex-Unión Soviética, sino en Francia, que tanto apoyó esta causa. Cuba no podrá ser, en ese sentido, una excepción.

O a lo mejor sí. Un amigo poeta, conocido por su brillante nihilismo, me observa que esta discusión sería posible en un país como Francia, precisamente, que tiene una sólida tradición intelectual, pero no en Cuba, donde según él nunca ha habido intelectuales. Yo apuesto a que mi amigo poeta se equivoca y a que esta discusión ya está ocurriendo.

Durante mi estancia aquí en Miami, que ahora termina, nunca he visto el tema tratado en ninguno de los muchos comentarios políticos que se publican. En cambio, es comidilla constante en conversaciones privadas con amigos que se creen (y nos creen) inmunes al fenómeno. Encontrarse en una columna de la prensa local o en un restaurante de la ciudad al comisario o funcionario cultural que una vez fuera nuestro jefe, colega o perseguidor, es una realidad que aquí se vive con frecuencia. Nuestra reacción es casi siempre la misma: asombro e indignación seguida de solidaridad con la crítica que se expresa, o al menos que se insinúa, al régimen con el que se rompe. Pero si bien a veces se expresa una crítica al régimen, pocas

Enrico Mario Santi

o casi nunca se asume responsabilidad por la colaboración personal con el mismo. Un velo retórico recubre esa posibilidad e impide la reflexión: si el último en llegar al exilio no admite su colaboración, ha de ser porque percibe que el que llegó antes tampoco lo ha hecho. Como en *La Peste*, de Albert Camus, ninguno de los personajes puede identificar el mal, o siquiera erigirse en médico o enfermero para curar la plaga colectiva.

Desde luego que en el caso de nuestra historia se trata de un fenómeno antiguo. Si hablamos sobre colaboración, entonces ¿por qué no abordar la misma relación con el poder bajo las dictaduras de Machado y Batista, o de las corruptas administraciones de los Auténticos? ¿Acaso no podríamos incluir también la corrupción de intelectuales bajo las administraciones políticas antes de Machado, bajo las intervenciones norteamericanas, o la colonia española? Observo que por muy seductor que parezca este argumento relativista, y que podría extenderse a todo lo largo y ancho de nuestra historia, no puedo admitirlo como pretexto para diluir la necesidad más actual. Convengo en que un juicio global e histórico de los intelectuales en Cuba debería basarse en sus relaciones con el poder a secas, y no sólo en pactos con el totalitarismo padecido durante los últimos años. Pero no creo que ese juicio pueda obviar la responsabilidad personal de cada cual, que es lo que me interesa destacar aquí; o diluir el hecho de que el régimen actual ha sido, sin duda, el más eficaz de nuestra historia en lograr la complicidad de escritores, artistas e intelectuales para justificar su poder.

No reprocho la ausencia de ese tipo de reflexión; sí la lamentación. Una interpretación simplista de mi propuesta llegaría a la conclusión de que lo que pido es una cacería de brujas, versión liberal de las mismas autocriticas a las que nos acostumbraron Stalin y Castro bajo los nombres de Bujarin y Padilla. Aclaro enseguida que no sólo no me interesan las conversiones, sino que no creo en ellas, mucho menos en el caso de un intelectual. Toda conversión supone la creencia no sólo en un Dios hacia quien nos volteamos para salvarnos, sino en otro que abandonamos porque nos ha fallado. *El dios que falló* fue por cierto el título de aquella patética recopilación de la Guerra Fría de Richard Crossman de textos de Silone, Gide, Koestler y Stephen Spender, entre otros, donde se contaban las experiencias de sus “compañeros de viaje” y sus respectivas desilusiones con la utopía comunista. Como bien ha observado Edward Said sobre este tipo de contienda: “la batalla por el intelecto se convierte de esta manera en una batalla por el alma, de implicaciones muy dañinas para la vida intelectual”.

Entre nosotros, el paradigma de esta situación nos viene no del mundo intelectual, por cierto —donde brilla por su ausencia— sino de la farándula, con la reciente llegada a Miami de Osvaldo Rodríguez, cantautor de conocidas melodías como “La Voluntad como Cañón”, que una vez dedicara nada menos que a la Seguridad del Estado, pero que hace poco debutó, a todo trapo, en el Club Maxim’s de la calle Ocho. “No digo que merezca el perdón”, le dijo Rodríguez a Armando Correa cuando llegó a Miami hace poco más de un mes, “Mi perdón es con la frente en alto. Entiendo que cometí un error, que fui utilizado, que creí en una causa perdida, pero ahora me toca pedir perdón”.

Si la penitencia “en alto” de un Osvaldo Rodríguez parece inútil en el caso de un artista o intelectual, sí creo, en cambio, que pueda ser un modelo, *mutatis mutandis*, para la propuesta que tengo en mente. Descarto el modelo religioso, pero no así el económico, o práctico, para comprender la reflexión de un Osvaldo Rodríguez. Pues si lo que se quiere es hacer que el público exiliado de Miami vaya a escucharlo cantar al Club Maxim’s, entonces su reflexión parece válida. Rodríguez pudo haberse quedado en España, adonde fue a parar cuando salió de Cuba, o dedicarse a otras cosas, a pesar de su trágica ceguera, cuando llegó a este país. Pero su decisión de reflexionar sobre su experiencia parece coherente, por tanto, con sus intereses que son el de actuar en un foro público. Su reflexión pone a prueba su credibilidad, aún cuando esta se dedique a cantar boleros y guarachas.

Salvando las distancias, no creo muy distinto el caso del intelectual cubano actual. Esa distancia tiene que ver, ante todo, con su conciencia. Nadie debe o puede forzar su reflexión. Antes bien, debe ser espontánea, producto del cruce entre necesidad interior y reconocimiento del contexto histórico en que se vive. Por otra parte, si el intelectual realmente desea seguir actuando en un foro público, puede hacerlo únicamente a partir de una reflexión que obtenga la credibilidad que su actuación pública reclama. La observación se aplica hasta a aquellos escritores que dicen escribir únicamente para sí, o por amor a las abstracciones. Pues como dijera Jean Genet, se entra en la vida política desde el momento en que se publican ensayos en sociedad.

Reconocer el contexto histórico y actuar en él incluye, por cierto, la responsabilidad ante las generaciones futuras: esa cultura cubana que ya va hacia el nuevo milenio. Sin la reflexión de ese intelectual, esa cultura quedará gravemente mutilada, sujeta a la repetición inconsciente del mismo fenómeno que cometió. Un sofisma nacionalista nos llevaría a descartar análogas situaciones morales que se han planteado en otros ámbitos. Pero de todos modos hago mías las palabras de Jürgen Habermas cuando observa que: “Mientras más una forma de vida colectiva y destrucción se mantenga a través de la usurpación y destrucción de las vidas de los otros, más grande ha de ser el peso de la reconciliación, el trabajo de duelo, y la auto-examinación crítica que le caerá encima a futuras generaciones... y por eso debemos mantener vivo el recuerdo del sufrimiento de los que fueron exterminados”. Habermas dice esto a propósito del holocausto judío, pero no lo creo muy alejado de nuestro propio holocausto, que si bien no ha cobrado más víctimas sí sigue cobrando análogos sufrimientos.

Mi propuesta, que soy el primero en admitir puede resultar incómoda, puede ser tachada, además, de ilusoria. No me importa. Creo profundamente que el intelectual cubano existe, creo en su probidad intelectual y creo en su capacidad de reflexión. No creo, en cambio, ni en las soluciones colectivas ni en los llamados a discusiones en masa. La mejor respuesta a las llamadas “Palabras a los Intelectuales”, cuyos 35 años el Ministro Hart acaba de celebrar hace dos semanas, con bombos y platillos, en La Habana, es la respuesta solitaria, el testimonio honesto, que cada uno de nosotros pueda dar de lo que

“dentro de la revolución” llegó verdaderamente a significar. Hacerlo supone no sólo un acto de constitución del sujeto histórico cubano, su reintegración moral después de un holocausto, sino la proyección de una cultura política para el próximo milenio: la construcción de una sociedad civil.

La palabra diálogo, que a pesar de sus muchas virtudes ha sido pisoteada muchas veces por las manipulaciones del régimen, debería ser reemplazada por otra, que creo más resistente: la palabra debate. A su vez, sin embargo, ese debate sólo podrá ocurrir cuando haya debatientes reales constituidos por un testimonio exento de ambigüedades. Pedir otra cosa significaría contentarnos con las máscaras que ya hemos internacionalizado y traicionar la causa que verdaderamente cuenta: la libertad de nuestro espíritu.



Julio Girona.

don ufano



Wib G. Fresquet

El cambio en la poesía en español a partir de los años 40*

Guillermo Rodríguez Rivera

EN UN YA CANÓNICO ESTUDIO SOBRE LA POESÍA DE RUBÉN Darío, Octavio Paz la ha señalado como el origen de las dos grandes tendencias que marcan la poesía contemporánea de lengua española: la poesía de la “imagen insólita” y la del “prosaísmo”. (Paz, 1967: 12).

Esto es, Paz comprende estas dos grandes tendencias como las líneas organizadoras del discurso poético contemporáneo, por encima de las tendencias, escuelas o movimientos que van jalonando la historia de nuestra poesía en el siglo XX y, que de hecho, quedarían incluidas en ella. Aunque Paz se abstiene de hacer especificaciones en este sentido, su apreciación pareciera indicar que considera estas líneas como simultáneas, como fuerzas estructuradoras que no conocen una separación absoluta y que, incluso pueden, eventualmente, coexistir en la obra de ciertos poetas, como resultaría la del propio autor que se nos presenta como punto de partida del fenómeno: la de Rubén Darío.

Pero si Darío es punto de partida, la coexistencia se observará en otros autores, como señaladamente ocurre en la obra de César Vallejo. A la vez, otros poetas parecen moverse, en su evolución, de una tendencia a otra, mientras que algunos, al menos de modo general, parecen adherirse a una de las dos grandes líneas, que muestran una compleja evolución e interrelación a lo largo del siglo.

Se han ensayado diversas tipologías para explicar históricamente el fenómeno, antes y después de Octavio Paz y de su estudio sobre Darío. Acaso la primera, o al menos la primera que trasciende y va por ello a actuar como referencia

* Primer capítulo del libro en proceso *El viaje de Celso Emilio Ferrero*.

obligada, sea la propuesta formulada por el profesor Federico de Onís en su ya clásica *Antología de la poesía española e hispanoamericana* (1882-1932), publicada en Madrid en 1934. En ella Onís pone en circulación el término posmodernismo¹, con el propósito de clasificar la compleja y diversa poesía que se produce en el ámbito de la generación que comienza a expresarse aproximadamente hacia la segunda década del siglo, la de la muerte de Darío, y en la que comienza a agotarse la fuerza del modernismo. Resultan extremadamente lúcidas las siete vertientes en que Onís reparte a los poetas posmodernistas, a pesar de que hoy –sesenta años después, claro–, podamos quedar descontentos o insatisfechos por la ubicación de algunos nombres e, incluso, advertir un dislate estructurador en la concepción de la tipología, pues mientras seis de las vertientes responden a proyecciones estéticas, expresivas, la vertiente “poesía femenina” (dentro de la cual aparecen las grandes poetisas del período: Gabriela Mistral, Alfonsina Storni, Delmira Agustini, *et. al.*) respondería, en rigor, a fundamentaciones sociosexológicas porque, de hecho, atendiendo a su expresión, estas autoras podrían repartirse entre las otras vertientes que se presentan. Hoy, algunos poetas que Onís coloca dentro lo que denomina “ultramodernismo” –el momento posmodernista que prosigue la insurgencia verbal del modernismo y se aproxima así al ultraísmo –nos parecen plenamente vanguardistas en lo más medular y significativo de sus obras, como Oliverio Girondo, Mariano Brull, Francisco Luis Bernárdez, Jaime Torres Bodet, o Nicolás Guillén. Aunque –dicho sea para concluir el apartado de las discrepancias con respecto al esencial trabajo de Onís–, el término ultraísmo, al uso entonces en España y Argentina, hoy parecería menos apropiado que el de vanguardismo que, ciertamente, apresa más fielmente el carácter fusionador de ese importantísimo momento de las letras hispánicas.

En cualquier caso, de la importante clasificación onisiana nos van a interesar, de momento, las tendencias que él denomina “prosaísmo sentimental” y “reacción hacia la ironía sentimental”. No pareciera existir una diferencia sustancial entre ambas vertientes, a no ser tal vez ese mismo carácter “reactivo” de la segunda de ellas. Es esta, precisamente, la que el autor advierte como la más típicamente posmodernista, porque es, –lo dice al presentar la obra del colombiano Luis Carlos López– “el modernismo visto del revés”. Y precisa: “el modernismo que se burla de sí mismo, que se perfecciona al deshacerse en la ironía, actitud correspondiente a la de los posrománticos respecto del romanticismo”. (Onís, 1934: 851)

Apoyándose obviamente en la concepción de la evolución del arte como cadena de negociaciones dialécticas, que implican la superación de los valores que se agotan y automatizan y asimismo la asimilación de la etapa que se vence, Onís entiende este prosaísmo irónico como la necesaria negación del

¹ Por supuesto, el término acuñado por de Onís, nada tiene que ver con lo que se ha denominado posmodernismo en la Europa posterior a los años ochenta.

esteticismo modernista, del costado más extenso y sensual de la tendencia que había señoreado en los momentos iniciales de ella en Darío, señaladamente en *Azul...* y *Prosas profanas*. Los textos que Luis Carlos López reúne en *De mi villorio* (1908) contradicen, en su elemental cotidianidad y en el manejo de un léxico afín a ella, los entornos ideales del “Coloquio de los centauros” y de “Sonatina”, aunque ya el propio Darío había ensayado una poesía de la experiencia y de la inmediatez en los prodigiosos versos de “Allá lejos”, incluidos en sus *Cantos de vida y esperanza* (1905).

Es claro que la *Antología...* de Onís sólo puede considerar el momento posmodernista del prosaísmo contemporáneo. Al momento de su edición está en pleno auge la renovación que en ella se denominará ultraísmo y que nosotros preferimos identificar bajo el término más abarcador de vanguardismo y en el que vuelve a dominar, aún más que en el modernismo, la poesía de “la imagen insólita”. Repárese, no obstante, en el perspicaz apunte de Onís sobre las correspondencias entre posmodernismo y posromanticismo.

A la altura de los años sesenta otro importante poeta y crítico, el cubano Roberto Fernández Retamar, vuelve a acercarse al fenómeno del prosaísmo, que conocerá una nueva irrupción a partir de los años cuarenta del siglo, pero sobre todo en los años cincuenta y sesenta. Definiendo lo que él denomina “poesía conversacional” –la que considera diferente de la “antipoesía”– Fernández Retamar toma el esquema onisiano y nos presenta una interesante comprensión de la evolución de la poesía en lengua española, que coloca a los momentos *pos* (v. gr. posromanticismo, posmodernismo, posvanguardismo) como movimientos que funcionan con respecto a una poesía mayor contra la que reaccionan. Los prosaístas Campoamor, Luis Carlos López o Nicanor Parra, serían ejemplos paradigmáticos de ese “ver al revés” los previos hallazgos de Zorrilla, Darío o Neruda (Fernández Retamar, 1984: 88 y ss.)

En este estudio, así como en una entrevista que años después concede el poeta y crítico al argentino César Fernández Moreno, Fernández Retamar, sin dejar de reconocer similitudes, señala la diferencia entre la “antipoesía” –que él ve regida por la obra del chileno Nicanor Parra– y “poesía conversacional”, a su modo de ver, fruto del trabajo de un vasto número de poetas entre los que se destaca, paradigmáticamente, el nicaragüense Ernesto Cardenal.

Volveremos sobre este punto al reseñar y tratar la aparición de esta poesía, de este segundo prosaísmo del siglo xx hispánico, pero quisiera enunciar ahora la hipótesis que trataré de demostrar en las páginas que siguen. Considero que antipoesía y poesía conversacional (hay al menos dos términos más que designan esta poesía en Hispanoamérica: poesía de la existencia y exteriorismo) forman parte de una vasta transformación de la poesía de la lengua, que se inicia a partir de los años cuarenta, y que abarca el trabajo de muy importantes autores de, al menos, tres generaciones poéticas en el ámbito del español. Mi propósito, en este acercamiento a la definición y el despliegue de esta poesía, será tratar de hallar una periodización que se aproxime más a la consideración de la poesía de “la imagen insólita” y la del “prosaísmo” como tendencias rectoras de la poesía del siglo xx, y evada tipologías que muchas veces

son definiciones de combate, armas en las peleas de poetas y críticos y, por ello, necesariamente coyunturales y parciales.

En su acercamiento a la poesía conversacional, Roberto Fernández Retamar apunta con perspicacia la importancia de César Vallejo como antecedente de esta poesía (ibid. 103). Y me parece necesario recordar que la sombría década del 40 –la de la instauración del franquismo en España, la de la plenitud del nazifacismo y del stalinismo, la de la Segunda Guerra Mundial, la de las explosiones atómicas en Hiroshima y Nagasaki–, es antecedida en lo inmediato por un acontecimiento inaugural: la edición de los libros de madurez de César Vallejo.

Muerto el poeta en 1938, su viuda y sus amigos organizan la edición de un libro plenamente construido por el poeta, y entregado a las prensas de la República Española (me refiero, por supuesto, a *España, aparta de mí este cáliz*) y de los poemas posteriores a *Trilce* (incluido *España...*), reunidos bajo el excelente título de *Poemas humanos* (1939).

Formado en el ámbito del posmodernismo hispanoamericano, Vallejo presenta, desde su primer poemario –*Los heraldos negros* (1919)–, impresionantes acercamientos a un prosaísmo que no está en lo absoluto escindido de lo que Onís llamaba ultramodernismo, la poesía posmodernista que prosigue la insurgencia verbal del modernismo para acercarse a la vanguardia. Textos como “La de a mil” o “A mi hermano Miguel” lo demuestran. El prosaísmo irrumpirá en poemas de *Trilce* (1922), por otra parte, libro paradigmático del vanguardismo hispanoamericano, y en muchos textos de su madurez. Creo, pues, que aquella edición de 1939 va a dejar pronta huella en la poesía de la lengua.

En 1944 aparece en Madrid el libro de Dámaso Alonso: *Hijos de la ira*. Integran de la Generación del 27, Alonso sólo había editado antes un libro en la órbita de la poesía pura –*Poemas puros. Poemillas de ciudad*, Madrid, 1921–, pero va, ese año de 1944, a producir una honda conmoción en la sosegada poesía española de posguerra. El propio Alonso reconoce su personal transformación, tras la experiencia de la guerra española. A propósito de este cambio, escribirá, años después:

Si he acompañado a esta generación como crítico, apenas como poeta. Mi primer librito es anterior (1921) a la constitución más trabada del grupo. Las doctrinas estéticas de hacia 1927 que para otros fueron estimulantes, a mí me resultaron heladoras de todo impulso creativo. Para expresarme con libertad necesité la terrible sacudida de la guerra española. Los poemas más antiguos de *Hijos de la ira* (1ª edición, 1944) son de 1930, pero la mayor parte, posteriores a 1940 (Alonso, 1952: 169).

Es innegable que el “terremoto” que representa *Hijos de la ira* en su contexto español –la expresión es de Emilio Alarcos Llorach–, tiene mucho que ver con la propuesta estética que centraba la poesía dominante en la España de la primera fase de la posguerra. Es el momento de auge de la revista *Garcilaso*, fundada en 1943 por José García Nieto. Llevaba como subtítulo el de

Juventud creadora, el mismo nombre de una tertulia que se reunía en el café Gijón, de Madrid. Identificada plenamente con la situación política surgida de la guerra, *Garcilaso* reunirá poetas de diversas variantes expresivas, aunque esencialmente dominará la proyección que propone García Nieto como caudillo del grupo, que él sintetiza en un artículo de 1943: “Y el poeta –gracias a Dios– se encontraba mejor en las églogas de Garcilaso que a las puertas herméticas adrede, de ventanucos imperceptibles, de las últimas formas de ‘dadá’ o del ‘surrealismo’”. (Rodríguez Puertolas, 1986: 483).

Emilio Alarcos Llorach, quien es –al decir de José María Castellet, de quien tomo la cita que sigue– “el crítico que ha visto con mayor finura y exactitud la evolución de la poesía española de los primeros años de la posguerra”, describe así el efecto del poemario de Dámaso Alonso:

teníamos el oído y el alma tan hechos al sonetito, a las octavas, a los interminables trenes de mensajería en tercetos y a las bellas palabras como *rosa* o *mármol*, que casi no podíamos sospechar que sin estrofas y con palabras feas como *lamprea* y *caballones* y *piltrafa* se consiguiese poesía y, encima, poesía que se ahincaba muy dentro nuestro. Era sorprendente, sí, pero tenía que ocurrir forzosamente: la rehumanización de la poesía. (Castellet, 1962, pp. 67-68).

Es sumamente interesante cómo va organizándose un proceso análogo a este tránsito en ámbitos hispánicos que tienen entonces poco contacto con la poesía de España y en los que actúan circunstancias históricas diferentes.

En 1943, el cubano Virgilio Piñera había dado a conocer un extenso poema editado como cuaderno bajo el título *La isla en peso*. Integrante posterior del grupo Orígenes (reunido en torno a la famosa revista), diríamos que Piñera ve “del revés” la mitificación de lo cubano, la exploración de las esencias del país que Lezama Lima llamaría “insularismo”. La Cuba de *La isla en peso* es de una fática contingencia, telúrica, carnal, como vista por la mirada de Mersault o de Roquentin. “Festín para existencialistas” la considera Cintio Vitier (Vitier, 1970: 481). Texto agresivo matizado por frecuentes prosaísmos, desmitificador, desaliñado, *La isla en peso*, deja sentir, sin embargo, un inequívoco sustrato de dolor, de autocompasión que el hablante poemático quiere arrojar de sí, pero que emerge, pese a todo. Es el tono que se afirmará rotundamente en una magistral antielegía que Piñera publicará al siguiente año bajo el título de “Vida de Flora”, en su libro *Poesía y prosa*:

Tú tenías grandes pies y un tacón jorobado.
Ponte la flor. Espérame, que vamos juntos de viaje
[...]
Un gran ruido se sentía en tu cuarto. ¿A Flora
qué le pasa?
Flora, cuántas veces recorrías el barrio
pidiendo un poco de aceite y el brillo de la luna
te asustaba.

De pronto subían tus dos monstruos a la cama
tus monstruos horrorizados por una cucaracha.

[...]

Un aire feroz ondulando por la rigidez tus dos
plantas
todo eso que tú pensabas cuando la plancha te doblegaba.

Flora, te voy a acompañar hasta tu última morada.
Tú tenías grandes pies y un tacón jorobado.

Narrador y dramaturgo –poeta ocasional se ha llamado él mismo–, Piñera da al texto lírico un carácter diegético que evidencia la contaminación de esta poesía prosaísta, poesía de préstamos genéricos y de fusiones de texturas.

En España resulta claramente visible el camino que va de *Hijos de la ira a Tranquilamente hablando*. Hay, diríamos, una solución de continuidad que podemos seguir bastante más acá de este libro de Gabriel Celaya, como trataremos de hacer ver en las páginas que siguen. No creo que en Cuba los poemas existenciales de Virgilio Piñera incidan con la misma fuerza en los grandes poemas conversacionales que se escriben en 1949, casi inmediatamente después: *Conversación a mi padre*, de Eugenio Florit, y *En la Calzada de Jesús del Monte*, de Eliseo Diego.

Lo que en Piñera proviene de su central trabajo de narrador y dramaturgo y, acaso, de algún contacto lateral con la literatura antillana de lengua francesa –Vitier apunta la incidencia en *La isla en peso* del *Cahier d'un retour au pays natal*, de Aimé Césaire (ibid.)–, se produce en Florit y Diego por necesidades de sus propias evoluciones como poetas y, al hablar de otras fuentes, por contactos de la literatura de lengua inglesa.

La elegía *Conversación a mi padre* se aproxima al desaliño del prosaísta posmodernista José Zacarías Tallet en su “Elegía diferente”. Escribe Florit:

(Con todo esto, padre mío,
dirás que me estoy poniendo viejo;
y tendrás razón.
Ya a mis años prefiero
llegar a casa y colgar el abrigo y el sombrero,
y beber una taza de té con limón
o el chocolate junto a la ventana.
Como gracias a Dios no tengo frío
tranquilamente dejo
que haga el gato lo que le dé la gana.
Y si esto del frío y del gato
nada tiene que ver,
la cuestión es pasar el rato
tú yo y el que me quiera leer.)

Radicado en Estados Unidos desde 1940, Florit está, por supuesto, mucho menos inserto en el acontecer literario de Cuba que Eliseo Diego, uno de los fundadores de *Orígenes*, que por entonces domina el panorama de las revistas literarias cubanas.

De más está señalar la enorme distancia –calidad incluida–, que media entre la poesía de José Lezama Lima y la de los poetas que en España integran la revista *Garcilaso*.

Con materias que vienen de muchas fuentes, desde Góngora hasta los surrealistas, y con su original percepción de lo cubano, Lezama conforma un neobarroco que lleva a un nivel de eclosión el dominio de la “imagen insólita” en el ámbito de la lengua. Curiosamente, al punto de partida de su concepción de la poesía lo aproxima notablemente Juan Ramón Jiménez.²

Cintio Vitier cita una carta que se fecha, nos dice, tres años después de la edición de *Enemigo rumor*, esto es en 1944. Allí escribe Lezama:

Se convierte a sí misma la poesía en una sustancia tan real, y tan devoradora, que la encontramos en todas las presencias. Y no es flotar, no es la poesía en la luz impresionista, sino la realización de un cuerpo que se constituye en enemigo y desde allí nos mira. Pero cada paso dentro de esa enemistad provoca estela o comunicación inefable. (Vitier, cit., 444).

Resulta imposible no recordar las distancias apreciadas por Juan Ramón Jiménez entre lo inefable (la poesía) y lo fable (la literatura). Pero mientras el andaluz trata de salvar o al menos de paliar esa distancia imborrable con la progresiva conformación de texto neto, desnudo (“la transparencia, dios, la transparencia”) Lezama emprende su batalla con lo que Vitier llama la “avidez regia” (ibid., 445). Esto es con la conformación de un cosmos o caos de criaturas verbales que se resuelven en una incesante progresión de la metáfora, la cual llega casi a adquirir en los textos lezamianos una dimensión autónoma en la que el tenor es independiente de todo vehículo o sentido recto. Sus poemas son, afirma Vitier, “respuestas simbólicas, fuera de todo determinismo, en una especie de señorial cortesanía trascendente, donde la creación adquiere la distancia transmutadora de un ceremonial” (ibid., 446-447).

La intensa respuesta lezamiana a este desafío engendrará una alucinante poesía que llenará poderosamente esos años cubanos y producirá discípulos e, inevitablemente, epígonos. Creo reconocer en Eliseo Diego a uno de los primeros: de los mayores y más legítimos discípulos, hasta en su válida negación de ciertas propuestas del maestro.

² Es bueno recordar la estancia de tres años (1936-39) de Juan Ramón Jiménez en Cuba. Ella sería fundamental en la formación de los más jóvenes del grupo después nucleado en torno a la revista *Orígenes*. Con José Lezama Lima, Juan Ramón sostendría un famoso “Coloquio”, que el poeta cubano recoge en libro unos años después. (Ver: Cintio Vitier: *Juan Ramón Jiménez en Cuba*, La Habana, Arte y Literatura, 1981).

Cintio Vitier ve dos proyecciones en *La Calzada de Jesús del Monte*: una de ellas es el libro de las “alabanzas”, que avanza “precisando el origen sagrado de las imágenes y el nacimiento perenne de su mundo fabuloso y familiar” (ibid., 502). Esta proyección es, cabría decir, lo más neto del magisterio lezamiano en Eliseo Diego. Pero existe otro costado en el poemario que Vitier comenta: “el testimonio de la pérdida, la memoria aflorante, que *es lo que va a predominar después en su obra*” (Ibidem. El subrayado es mío, GRR).

En *La Calzada...* genera una poesía de la experiencia y de la historización, que desemboca en una inquietante transformación de la palabra y sus relaciones. En un momento de ese fabulador texto que es “La Quinta”, se lee:

Escribo todo esto con la melancolía de quien redacta un documento.

Y quisiera que reparásemos en el inesperado juego de sentidos que ese verso establece. Lo primero es la irrupción de ese tono llano, secamente testimonial, confesional. Obsérvese luego la propuesta que ese símil formula: es el árido documento el que genera la melancolía, y esa inesperada asociación de sentidos es una de las maneras esenciales en que se manifiesta el prosaísmo poético.

Muchos años antes de que Octavio Paz enunciara el par de “poesía de la imagen insólita” –“poesía prosaísta”, Boris Tomachevski había escrito:

El léxico poético tiene como base la renovación de las asociaciones verbales. Esa renovación puede obtenerse trasladando la palabra a un ámbito lexicográfico insólito, o atribuyéndole un significado insólito. (Tomachevski, 1982: 26).

Se trata de una clarísima anticipación de la propuesta de Paz (el texto de Tomachevski es de 1928) desde un riguroso enfoque lingüístico que, obviamente, supone los conceptos de sintagma y paradigma.

Mientras la última forma de asociación es esencial en la poética de Lezama y, asimismo, en una de las proyecciones de *En la Calzada...* la primera de ellas está dominando el fragmento que citábamos. En otros momentos del libro, el prosaísmo asoma descarnadamente, pero con una dimensión desgarrada, solemne, que no era frecuente en los textos de Tallet:

Ella, siempre
lo dijo: tápenme
bien los espejos
que la muerte presume.
Mi abuela, siempre
lo dijo: guarden
el pan,
para que haya
con qué alumbrar la casa.
Mi abuela, que no tiene,
la pobre, casa

ya,
ni cara.
Mi abuela,
que
en paz
descanse.

La palabra “hablada”, claramente asediada y simultáneamente trasmutada en estos versos, se coloca súbitamente en ese ámbito lexicográfico insólito, produciendo el más eficaz prosaísmo poético. La expresión “la pobre”, típico formulismo de condescendencia del habla cubana, salta de golpe a una dimensión trascendente, al implicar la mayor pérdida, la suprema carencia: la de la vida.

El año de 1954 (cinco años después de la aparición de los textos de Florit y Diego), el poeta chileno Nicanor Parra publica su libro *Poemas y antipoemas*. Nacido en 1914, Parra es un tardío compañero generacional de Braulio Arenas, Oscar Castro, Eduardo Anguita. Después de un primer libro lorquiano (*Cancionero sin nombre*, nunca reimpresso después de su primera edición de 1938) Parra hará silencio hasta la espectacular aparición de ese poemario de 1954.

En los años en que se comienza a usar los *anti* como prefijo de moda en la terminología crítica (v. gr., antinovela, antiteatro), Parra capitaliza la noción de antipoesía, seguramente tomada de su compatriota Vicente Huidobro quien la emplea, al menos, en dos momentos de *Allazor*:

Aquí yace Vicente, antipoeta y mago
y también:
Soy el ángel salvaje que cayó una mañana
En vuestras plantaciones de preceptos
Poeta
Antipoeta
Culto
Anticulto
Animal metafísico cargado de congojas

Además del trabajo del chileno Pedro Lastra, cuyas indagaciones en el origen del “antipoema” cita Fernández Retamar (Fernández Retamar, ob. cit.: 89-90), valdría la pena considerar una afirmación análoga del también crítico chileno José Miguel Ibáñez Langlois. Escribe:

Por muy lejos que esté Parra de la poética del creacionismo, es indudable que algo de este fuego ha tomado para su fragua, y no sólo el epíteto de *Allazor*, “antipoeta y mago”. (Ibáñez Langlois, 1957: 279).

Por supuesto que la fundamental huella del creacionismo está no sólo en Parra sino en toda la poesía chilena posterior, pero la relación fundamental que este nuevo “antipoeta” establece con su homónimo creacionista es la

funcional relación de negación que concretamente ha apuntado Fernández Retamar. Mientras Huidobro escribe en su “Arte poética”: “el poeta es un pequeño dios”, Parra girará en 180 grados la propuesta: “el poeta es un hombre del montón”. Por ello coincido con la apreciación de Roberto Fernández Retamar:

cuando Vicente Huidobro en *Altazor* se llama a sí mismo “antipoeta y mago”, entronca con una línea de poesía de vanguardia que dice rechazar la poesía, no desde la perspectiva del antipoema reciente, sino, como lo confiesa explícitamente Huidobro, desde la perspectiva de la magia (Fernández Retamar, cit.: 90).

La confirmación de ese “antipoema reciente”, remite entonces no a la tradición huidobriana y a la larga ascendencia francesa que la informa, sino “a la tradición de una lengua más pobre en giros conceptuales o juegos de la razón, pero más rica en energías sensoriales y más cercana a la vida: la poesía inglesa”. (Ibañez Langlois, cit.: 281). Y apunta Ibañez Langlois el tipo de “negación” organizado por el poeta chileno desde sus textos: “En un medio literario algo asfixiado por las alquimias verbales de la poesía pura y del surrealismo, Parra nos ha devuelto el obvio contacto con las situaciones reales, anulando el entredicho que pesaba sobre los poetas cada vez que querían acercarse con claridad y sin impostación de voz a la experiencia” (ibid.)

Así pues, en la antipoesía (nominada a partir de los antipoemas parrianos), como en todo el proceso de cambio que hemos intentado describir desde *Los hijos de la ira*, aparece, con mayor o menor fuerza, la refutación de una poesía precedente, que seguramente no es aquí el garcilasismo o la “vivencia oblicua” lezamiana, pero que pueden ser esas referencias vanguardistas a las que alude Ibañez Langlois. Pero en todos los casos y con independencia de los específicos logros de los poetas en cuestión, se trata de refutaciones de una poesía que puede ubicarse dentro de esa corriente mayor que Paz ha llamado de la “imagen insólita”.

Tal vez, desde su nombre mismo, sea la antipoesía de este momento de cambio la que establezca más explícitamente lo que Fernández Retamar llama “el forcejeo con la poesía anterior” (Fernández Retamar, cit.: 105). Pero no creo que ese enfrentamiento –casi inevitable en tiempos de transformaciones– nos permita reducir la antipoesía a pura y simple negación, como tampoco nos revela demasiado sobre su especificidad, ese predominio de la poesía anglosajona que hemos consignado en Florit, en Diego, y que veremos aún en poetas más jóvenes que ellos y que Nicanor Parra.

Hay, en el trabajo de Parra, una evidente voluntad narrativa que, por cierto, no es ni por asomo exclusiva de la antipoesía. Hemos apuntado esta condición diegética en los textos de Virgilio Piñera y, en el ensayo de José María Castellet al que hemos venido aludiendo, se cita a Gabriel Celaya proponiendo a los nuevos poetas lo que el denomina “razón narrativa” (Castellet, cit.: 73-7).

En las antípodas del purismo (recuérdese la definición de Brémond: “poesía pura es aquella despojada de todo lo que puede decirse en prosa”), este nuevo prosaísmo propugna y practica una obvia contaminación con lo

narrativo: anécdota, dialogismo, temporalidad discursiva van a instalarse en el antipoema, que asumirá asimismo un léxico coloquial y, por supuesto, inespereado si tenemos por referencia a la poesía que lo precede. Faltaría añadir un sentido del humor (alegre o doliente), del absurdo, que también emanaba de los textos de Piñera, pero que se acentúa notablemente en los poemas parriaños los que, de manera programática, se separan de cualquier lirismo.

Estamos a mediados de la década del cincuenta y, en su segunda mitad, se producirá un notable incremento de textos y poetas que contribuyen a la afirmación y la evolución de este nuevo prosaísmo.

Ese propio año de 1954, el argentino César Fernández Moreno publica su largo poema *Argentino hasta la muerte* y el cubano Fayad Jamís los intensos testimonios de existencia que integran *Los párpados y el polvo*. Se trata, en su caso, de la entrada en escena del primer hombre de una nueva generación poética. También en 1954, la española Gloria Fuertes da a conocer en Caracas sus excelentes *Antología Poética y Poemas del suburbio*, cuya captación irónica y humanamente solidaria de una mediocre cotidianidad, la relacionan con los *Poemas de la oficina*, que el uruguayo Mario Benedetti da a conocer dos años después. Ese propio año de 1956, el cubano Samuel Feijóo da a la imprenta su poema "Faz", cuya segunda parte —nos explica Vitier—, se apoya en el texto de otro joven poeta de Cuba quien, sin embargo, no editará libro hasta 1960: Rolando Escardó (Vitier, cit., 567). El mexicano Jaime Sabines publica, también en 1956, *Tarumba*. En 1958 el español José Agustín Goytisolo publica *Salmos al viento* y Roberto Fernández Retamar, en 1959, *Vuelta de la antigua esperanza*, acaso la primera consecuencia poética de la Revolución cubana. En 1960, Ernesto Cardenal edita *Hora O y*, un año después sus *Epigramas* que son escritos, no obstante, paralelamente a su largo poema-homenaje a Augusto César Sandino.

No pretendo ofrecer con este muestrario, ni mucho menos, un completo inventario del proceso de esta poesía, sino apenas apuntar algunos títulos y autores fundamentales en su conformación, y especialmente, advertir que en los últimos textos que cito se va produciendo, en el ámbito de este nuevo prosaísmo, la aparición de poemas que no sólo testimonian una experiencia personal que trasciende y, de ese modo, implica lo social, sino poemas que asumen deliberadamente una intención poética y pretenden la aprehensión de una experiencia colectiva.

En un artículo muy posterior a este momento, César Fernández Moreno denominará al conjunto de esta poesía, *poesía existencial* (por oposición a una poesía esencialista) y en la que van a inscribirse dos tendencias centrales: antipoesía y poesía conversacional (Fernández Moreno, 1982: 39). Al referirse a la socialización del texto que hemos apuntado, Fernández Moreno afirma que ese proceso es catalizado en América Latina por un conjunto de acontecimientos que tienen lugar después de la Segunda Guerra Mundial:

la guerra fría, luego la coexistencia llamada pacífica [...] luego la intensificación de las oposiciones económicas y políticas, a medida que el mundo colonizado va surgiendo dura y parcialmente a una vida más o menos liberada. Para

América Latina, el más importante de estos cambios es el de la Revolución Cubana triunfante en 1959 (ibíd.).

Aún cuando la poesía social siempre ha sido propiciada, posibilitada por su entorno, no es posible constreñir su aparición al ámbito latinoamericano (ni, por supuesto, en el de la lengua) a esos años que siguen a la Segunda Guerra Mundial. Olvidaríamos nada menos que el trabajo de poetas de la significación de César Vallejo, Pablo Neruda, Nicolás Guillén, Raul González Tuñón, Rafael Alberti y Miguel Hernández, por solo mencionar unos pocos nombres tutelares de la poesía social de América y España.

Es la Guerra Civil española una poderosa promotora de esta radicalización de la poesía que, sin embargo, había comenzado en España en los años de intenso enfrentamiento ideológico que anteceden el conflicto armado. Juan Cano Ballesta ha estudiado ese proceso en su libro *La poesía española entre pureza y revolución* (Madrid, Gredos, 1972) y, unos años después, se ha acercado al mismo tema un profesor norteamericano, Anthony L. Geist, en su estudio "El neoromanticismo: evolución del concepto de compromiso en la poesía española (1930-1936)" (*I&L*, University of Minnesota, Minneapolis, January-March. 1981).

Lo que en verdad observa Fernández Moreno es la aparición de una poesía social prosaísta, conversacional, antipoética. Una poesía social que se separa, por su expresión, de la poesía social surgida en los años treinta. A mi modo de ver, es España su lugar de origen.

La situación política surgida en la España posterior a la Guerra Civil, determinó la extirpación de toda poesía social de proyección progresista en el país y, asimismo, la rigurosa desinformación con respecto al trabajo de los grandes poetas del exilio, como León Felipe, Rafael Alberti, o Luis Cernuda. Ello, mientras más dramática se hacía la vida del español y más difícil de tolerar los mecanismos represivos de la dictadura franquista. Es decir, cuando estaba perfectamente conformado el entorno que posibilita la aparición de un poeta social. En 1951, Blas de Otero publica su libro *Redoble de conciencia*. Allí escribe:

Están multiplicando las niñas en alta voz,
yo por ti, tú por mí, los dos
por los que ya no pueden ni con el alma,
cantan las niñas en alta voz
a ver si consiguen que alguna vez las oiga Dios.
Yo por ti, tu por mí, todos
por una tierra en paz y una patria mejor.
Las niñas de las escuelas públicas ponen el
grito en el cielo,
pero parece que el cielo no quiere nada con los
pobres,
no lo puedo creer. Debe de haber algún error
en el multiplicando o el multiplicador.

Las que tengan trenzas que se las suelten,
las que traigan braguitas, que se las bajen
rápidamente,
y las que no tengan otra cosa que un pequeño
caracol,
que lo saquen al sol,
y todas a la vez entonen en alta voz
yo por tí, tú por mí, los dos
por todos los que sufren en la tierra
despachurrando al contador.

“Plañid así”, se titula este poema de un desaliñado, prosaísta verso libre que acoge la fórmula matemática de la multiplicación, y fórmulas codificadas del lenguaje (como ese “grito en el cielo”) que se remantizan, o lexemas como “braguitas” o “despachurrando” que componen un universo de sentido y expresión bien diferentes al que estaba proponiendo sólo un año antes (desde una análoga posición izquierdista) Pablo Neruda en *Alturas de Macchu Picchu*.

Este proceso de “socialización” de la nueva poesía, cuajará en España unos años después con *Pido la paz y la palabra*, del propio Blas de Otero, así como en *Cantos iberos*, que ese mismo año publica Gabriel Celaya.³ José María Castellet advierte, con acierto, que esta poesía va a tener inmediata continuidad en los poetas de la naciente –a la vida literaria, desde luego– generación española del cincuenta. Inmersos en una aguda lucha contra los valores de la España oficial (la del “tiempo de silencio”, según el eficaz título de la novela de Luis Martín Santos), muchos de estos poetas y el propio crítico acentuarán marcadamente los valores cotidianistas del texto. Así, Castellet llamará “realista” a esta poesía aunque caracterizándola por su manejo del “lenguaje coloquial y de una cierta técnica narrativa” (Castellet, cit.: 104).

En Hispanoamerica, esta nueva poesía social está vinculada en su devenir al crucial acontecimiento que es la Revolución Cubana, como afirma Fernández Moreno. Pero el primer texto de importancia no se producirá en Cuba, sino en un país que vive por entonces una coyuntura tanto o más sombría que la de España. Me refiero a Nicaragua. Quiero recordar sólo, en lo que al orden histórico se refiere, que al menos integrantes de tres generaciones sucesivas de nicaragüenses toman parte en la rebelión contra una tiranía que duró cuarenta y cinco años y que fue comandada por Anastasio Somoza y sus dos hijos.

El texto al que voy a referirme es *Hora O*, que el poeta y sacerdote Ernesto Cardenal publica en 1960 en México. Sin embargo, en el colofón de esa primera edición (“seguramente escrito por Mejías Sánchez”, acota Fernández

³ En 1952, Francisco Ribes publica una *Antología consultada de la poesía joven española*, en la que Gabriel Celaya opina: “La poesía es un instrumento, entre otros, para transformar el mundo”. Dos años después Celaya titula un poema “La poesía es un arma cargada de futuro”. Así es paralela la contribución de Blas de Otero y de Gabriel Celaya a la conformación de esta nueva poesía social en España.

Retamar, de quien tomo la cita), se explica: “Estos poemas de Ernesto Cardenal, *Hora O*, fueron escritos en Nicaragua entre la rebelión de abril de 1954, en la que tomó parte el autor y el ajusticiamiento del dictador Anastasio Somoza el 21 de septiembre de 1956” (Fernández Retamar, 1982; 41).

Cardenal pertenece, pues, a un grupo de luchadores antisomocistas intermedio al del propio general Sandino y los integrantes del FSLN.

Aunque Roberto Fernández Retamar, en los estudios que hemos venido citando, presenta a Cardenal como figura arquetípica de la poesía conversacional, el propio Cardenal, a partir de José Coronel Urtecho, denomina a su poesía exteriorista. Permítaseme citar, también aquí la conocida definición de exteriorismo:

El exteriorismo es la poesía creada con las imágenes del mundo exterior, el mundo que vemos y palpamos y que es, por lo general, el mundo específico de la poesía. El exteriorismo es la poesía objetiva: narrativa y anecdótica, hecha con los elementos de la vida real y con cosas concretas, con nombres propios y detalles precisos y datos exactos y cifras y hechos y dichos. En fin, es la poesía impura (Cardenal, 1973, VIII).

Por supuesto que esa poesía “objetiva” es una poesía construida y por ello mismo, imagen de la subjetividad del poeta. También –incluso aún más–, la referencia literaria de Cardenal es la poesía anglosajona, muy especialmente la obra de Ezra Pound. Y nuevamente encontramos las coordenadas que hemos valorado en otros poetas: poesía de la experiencia, narrativa, anecdótica, y la voluntad prosaísta que le hace afirmar que la importancia de la huella de Pound en su obra consistió en

hacernos ver que en la poesía cabe todo; que no existen temas o elementos que sean propios de la prosa y otros que sean propios de la poesía. Todo lo que se puede decir en un cuento, o en un ensayo, o en una novela, puede decirse también en la poesía (Benedetti, 1972: 101).

Apoyándome en rasgos que he querido ir haciendo ver a lo largo de estas páginas, creo poder afirmar que hay indudables comunidades fundamentales entre los más importantes poetas y las más importantes tendencias de ese importante resurgir del prosaísmo en la poesía de la lengua española a partir de la década del cuarenta: a) poesía anglosajona como referencia literaria; b) condición empírica o vivencial de la poesía; c) marcados vínculos entre poesía y prosa, que se manifiestan tanto al nivel de la expresión como del contenido (carácter narrativo, anecdótico, fusión de diversas texturas verbales, transformación del léxico, frecuente recurrencia al habla, etc). Cabría añadir una marcada elusión de la metáfora, como si estos poetas supieran que estaban trabajando, justamente, frente a la poesía de la imagen insólita, que tiene en el tropo su procedimiento central.

Por eso no me parece que entre estas tendencias (realismo, poesía de la

existencia, poesía conversacional, antipoesía, exteriorismo) predominen las diferencias más que las similitudes. Justamente, es la apreciación de esas comunidades, por encima de las posibles diferencias, lo que considero más notable en el ensayo de Fernández Moreno que he venido citando. Fernández Retamar propone unas tajantes diferencias entre la antipoesía y poesía conversacional que, a mi modo de ver, resultan más propiamente diferencias entre las visiones del mundo de Nicanor Parra y Ernesto Cardenal. “Burla, descreimiento”, son rasgos que Fernández Retamar señala para la antipoesía que se imbrican fuertemente en la *Weltanschauung* parriana y, por supuesto, en su obra poética. Me parece por ello importante no sólo considerar estos valores en el trabajo poético de Parra, sino también en el de autores más jóvenes que de algún modo coinciden con la antipoesía si no se nutren de ella. Quisiera comentar el caso del salvadoreño Roque Dalton.

Uno de los más jóvenes poetas de la generación del cincuenta hispanoamericana (nace en 1935), Roque Dalton va a ofrecer su personal variante de la poesía conversacional-antipoética, empleando lo que el crítico cubano Eduardo López Morales ha llamado (acaso demasiado genéricamente) “lenguaje crítico”. Así lo describe:

El lenguaje crítico no es univalente, a pesar de que el desenfado y la ironía puedan ser sus integrantes más visibles. Tampoco se remite exclusivamente a la personalidad específica del poeta [...] Ante todo problematizar la eficacia de un lenguaje solemne implica problematizar la propia realidad que da vida y sustancia a ese lenguaje. Subvertir los valores ya dados, burlarse de ellos, aplastarle su preconizada inocencia, es una tarea desalienadora por esencia, puesto que al dar lo absurdo-crítico, se revela la irracionalidad de una realidad falseada, monstruosa una vez que se le arranca la máscara (López Morales, 1982: 53-534).

En un libro tan temprano como *El turno del ofendido* (1962), Dalton presenta así a su patria, por la que fue capaz de morir:

Patria dispersa: caes
como una pastillita de veneno, en mis horas.
¿quién eres tú, poblada de amos
como la perra que se rasca junto a los mismos
árboles que mea?

Lexema, categoría histórica e ideológica sacralizada por el soporte que una visión del mundo le comunica, patria aquí es “deconstruido”, sarcásticamente enfrentado por un lenguaje que, en verdad, impugna los valores que lo sostienen. Hay una pasión por otro concepto de patria que subyace en el sarcasmo. Afirma Ibáñez Langlois a propósito de Nicanor Parra:

El amor oculto y el sarcasmo pueden andar muy juntos: la invectiva religiosa puede ser una forma de conciencia de lo divino (Ibáñez Langlois, cit.: 277).

Creo que tiene razón Fernando Alegría cuando advierte un cambio en la antipoesía, o acaso una reproducción de ella, que ciertamente la separa de las propuestas iniciales de Parra. Afirma:

La antipoesía más reciente, esa que sigue a la Revolución Cubana, introduce ciertos cambios de operación en ese sistema de violencia [...] La violencia se vuelca contra el establecimiento imperialista, contra los ladrones locales, el cuartel neofacista, el embargo de la conciencia, y hace la reforma agraria (Alegría, 1972: 258).

Ante estos poetas y estas tendencias, asistimos a la conformación de un vasto prosaísmo que, a diferencia de lo que ocurre con sus antecedentes posromántico y posmodernista (apenas hiatos en la evolución de la poesía de lengua española en la línea de la imagen insólita), va a constituirse en la línea dominante de la propia poesía en español. Fernández Moreno lo ve como “un giro que abarca a los poetas de todas las generaciones posteriores a la vanguardia de los años veinte” (Fernández Moreno, cit: 39). Creo que ese giro es más y menos vasto de lo que el poeta y ensayista argentino afirmó. Menos, porque innegablemente sigue existiendo ese período, aunque como tendencia dominada, la poesía centrada en el despliegue de la imagen insólita. No son pues todos los poetas los que participan en ese “vasto giro” de la poesía. Más, porque incluso los poetas de la generación vanguardista van a participar de esa transformación.

José María Castellet, señala, por ejemplo, el punto de cambio de dos importantes poetas de la generación del 27: *Clamor*, de Jorge Guillén e *Historia del corazón*, de Vicente Aleixandre (Castellet, cit: 89 y ss). Acaso su perspectiva contenidista conduzca al crítico a no evaluar en su exacta dimensión el cambio que se produce en Luis Cernuda y Rafael Alberti. Afirma:

Dos, entre los demás poetas de la generación “del 27”, se distinguen de la evolución que hemos considerado típica: Cernuda y Alberti que adoptaron, por decirlo así, una actitud realista “avant la lettre” (Ibidem, 96).

Podríamos perfectamente aceptar este punto de vista. Pero lo que verdaderamente distingue a Blas de Otero de Alberti, por ejemplo, no es la “actitud realista”, sino el manejo de una expresión cualitativamente distinta. Es la expresión conversacional, existencial o antipoética –acaso más ampliamente prosaísta–, lo que realmente marca la peculiaridad de los libros en que Cernuda y Alberti acceden al prosaísmo, como *Desolación por la quimera* y *Retornos de lo vivo lejano*. Del mismo modo que se advierte ese giro en el *Estravagario*, que Neruda publica en 1958, o en los últimos libros de Nicolás Guillén. De algún modo, los grandes maestros de la generación vanguardista dan su “visto bueno” a esta esencial transformación de la poesía. Yo no rehusaría, incluso, incluir en ese “giro”, algunos momentos de *Fragmentos a su imán*, de José Lezama Lima.

Siguiendo el punto de vista de Fernández Moreno, cabría decir que esa expresión prosaísta llega, transformada, a poetas de generaciones más jóvenes como Antonio Cisneros y Marco Martos, en Perú; Gioconda Belli, en Nicaragua; Luis Roguelio Noguera y Raúl Rivero, en Cuba; David Huerta, en México e, incluso, después de los ochenta, a los venezolanos Rafael Arraiz Lucca e Igor Barreto.

Quisiera, finalmente, dejar explícito mi reconocimiento a los maestros que glosó o con los que polemizó en estas páginas, porque su trabajo ha sido esencial para estas consideraciones.

Obras citadas

- ALEGRÍA, FERNANDO (1972): “Antiliteratura”, en *América Latina en su literatura*, coord. e int. de César Fernández Moreno, México, Siglo XXI y UNESCO.
- ALONSO, DÁMASO (1952): *Poetas españoles contemporáneos*, Madrid, Gredos.
- BENEDETTI, MARIO (1972): *Los poetas comunicantes*, Montevideo, Biblioteca de Marcha.
- CARDENAL, ERNESTO (1973): *Poesía nicaragüense*, selección y prólogo de E. C., La Habana, Casa de las Américas.
- CASTELLET, JOSÉ MARÍA (1962): *Veinte años de poesía española (1939-1959)*, int. y selec. de J. M. C., 3ª ed., Barcelona, Seix Barral.
- FERNÁNDEZ MORENO, CÉSAR (1982): “Para América Latina, una poesía existencial”, en *Casa de las Américas*, n.º 134, La Habana.
- FERNÁNDEZ RETAMAR, ROBERTO (1982): “Prólogo a Ernesto Cardenal”, en *Casa de las Américas*, n.º 134, La Habana. (1984): “Antipoesía y poesía conversacional en Hispanoamérica” y “Entrevista sobre la poesía conversacional en América Latina” / con César Fernández Moreno/, en *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*, 4ª ed., La Habana, Pueblo y Educación.
- IBÁÑEZ LANGLOIS, JOSÉ MIGUEL (1975): *Poesía chilena e hispanoamericana actual*, Santiago de Chile, Editorial Nascimento.
- LÓPEZ MORALES, EDUARDO (1982): “La liberación es el turno del ofendido”, en *Casa de las Américas*, n.º 134, La Habana.
- ONÍS, FEDERICO DE (1934): *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)*, selec., int. y notas de F. de O., Madrid.
- PAZ, OCTAVIO (1967): *Cuadrivio*, México, Joaquín Mortiz.
- RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, JULIO (1986): *Literatura fascista española*, 2t., Madrid, Akal.
- TOMACHEVSKI, BORIS (1982): *Teoría de la literatura*, pról. de Fernando Lázaro Carreter, Madrid, Akal.
- VITIER, CINTIO (1970): *Lo cubano en la poesía*, 2ª ed., La Habana, Editorial Letras Cubanas.

SIN CENSURA

La introducción y los poemas que siguen no pudieron aparecer, por razones políticas, en la Revista “Cúpulas” del Instituto Superior de Arte de La Habana.*

Apuntes a una selección de textos

La mente se encuentra en una latitud precaria: todo su espacio de interacción se identifica a través de membranas dañadas y rugosas. Ha dispuesto parte de su fuga a los sentidos, la otra se ha instaurado en los imaginarios.

Imaginarios-vertederos, donde la nostalgia y la voluntad por los absolutos se disuelven, para luego renacer en una fase blanda; es lo que corre de manera astuta por debajo de las ruinas –quizás lo que subvierte a las ruinas–, y teje los discursos de una resistencia, aquello que se ubica como estrategia y dolor entre el voltaje y la intensidad de lo contemporáneo. La mente no es tan sólo una pobre liebre que se escurre, es más bien una pobre liebre que pervierte su pobreza y la derrama sobre círculos de legitimidad.

La mente de quien escribe es una corteza en sintonía, una deformidad que fecunda y asciende a nuevos canales de significación. Hay en estos textos una doble fricción; la voluntad del pensar acepta el rozamiento contra la naturaleza de una época y contra la naturaleza de una tradición.

El afuera quiere que la mente ceda todos sus dominios a su perversidad, o que se oville y lo niegue rotundamente, para desactivarla y convertirla en una pieza de arqueología. Lo cierto es que la mente está obligada a jugar desde las propias reglas de contaminación que le impone el afuera, a disponer su accionar en forma de ranuras, pequeños territorios, donde a pesar de la expansión del mundo, esta puede afirmar que está viva y en calidad de participación.

La tradición, que es una suerte de intercambio entre el afuera y una dialéctica de la ontología, impone un canon que, sin dudas, puede actuar en forma de rienda ante la actividad naturalmente transgresora de la mente.

* Ver PÉREZ, RICARDO ALBERTO y SÁNCHEZ MEJÍAS, ROLANDO: “Carta abierta. Ser intelectual en Cuba: ficción (o realidad)”, *Encuentro de la cultura cubana*, n° 2, pp. 95-96.

Es entonces cuando la mente, en forma de resistencia, se enfrenta a la tradición, demostrando que en el marco de un territorio específico, no sólo existen para la mente –que cruza hacia el espacio de la escritura– la solución x o la solución y, tal como el canon había impuesto, sino que su condición de mente viva y resistente ofrece una solución z, la cual deviene en la ranura madre que agrupa el valor de las energías producidas por su mente.

Pienso que los poemas que muestro en esta breve selección, son una suerte de sonidos metálicos ante la superficie del universo, y al mismo tiempo unas arandelas dentadas que hacen discontinuo y enriquecen el borde de una tradición poética, en la cual han predominado, sin dudas, rasgos como lo lírico y lo barroco.

RICARDO ALBERTO PÉREZ

Agosto y 1996

Pedro Marqués de Armas

Claro de bosque (semiescrito)

*las puertas se abren hacia
dentro y
con horror infinito
hacia fuera los pensamientos
pienso
en una escritura-intensidad
pero no es escritura la palabra exacta
(exacto es claro de bosque)
ni siquiera la que más se aproxima
ya que
ninguna palabra es tan intensa
para ser escrita
en el horror infinito de unos caracteres de tierra
el cerebro desenterrado
de esas tierras al margen y
sin embargo
en algún punto o claro de bosque
calculado
(en la cabeza)
aunque el término punto también inexacto
y aún, todavía las rayas excavan
cada uno de esos puntos diversos
(pilar de lengua viva)
los caracteres se desprenden*

*al simple roce de manos
 así también la tierra
 al borde de ciertos farallones o mantos de pizarra
 ininterrumpidamente hacia
 dentro y
 con horror infinito
 con (más) horror infinito hacia fuera luego
 campos
 cabezas
 molinillos-organillos
 en Mandelstam, Nietzsche (¡que crujen!)
 y ahora
 en la nunca espectral y absorbente cabeza de este Bernhard
 con una intensidad cada vez más creciente
 más sin salida
 hacia dentro
 y fuera lo mismo hacia la intersección entre una idea, clara
 de suicidio (sostenida a lo largo
 de una existencia toda ella entregada al suicidio)
 y el acto
 al abrirse la puerta en la sima
 –sismática,
 con fondo de hueso gris y libre
 de todo resto de tejido humano
 “allende los humanos”
 así en las mismas al aire libre de Serra Pelada
 unos 400 kms al sur de Belém
 donde los humanos (moléculas rientes de negror corredizo)
 han sustraído
 en un corte sagital
 la órbita de un ojo infinitamente horrible
 semiescritos
 emergen de la mina y
 la tierra (pilar de lengua)
 escala por los bordes
 reproducen el movimiento (ardoroso) de la masa (de tierra)
 que no va a ninguna parte
 ningún pájaro atraviesa el “aire libre”
 de estos yacimientos
 el cielo ha perdido su convexidad característica y
 además
 su oficioso y noble speculum
 como si en estas minas de oro
 400 km al sur de Belém
 se hubiera operado (ya)*

*en la intersección
el corte sagital del cerebro
de manera
que
la cabeza y el ojo
el ojo y la cabeza y
así los campus (de ojos) y los campus (de cabezas)
expresan la superficie
(ya
exclusivamente
extirpada)
o sólo es, exclusivamente
el fondo de la mina
en uno y otro sentido no debemos ceder en la intensidad
así Bernhard
con horror infinito
ante el claro*

*Amiboide
como ojo
blanco
y completamente real
el filo
de canto mudo
corta*

Rolando Sánchez Mejías

Pabellones (1)

La enfermera se pasea como un pájaro devastado. Es pequeña, voraz y su labio superior, en un esfuerzo esquizoconvexo y final, se ha constituido en pico sucio. Por otra parte (muestra el médico con paciencia): “esos ojitos de rata”. Tampoco el Director (de formación brechtiana) deja de asombrarse: “Perturbaba la disciplina con sus simulacros. De vez en cuando logra levantar vuelo. Claro que lo haría simplemente de un pabellón a otro. Pero, comoquiera, representa un problema para la Institución”.

Pabellones (3)

Hoy hemos recibido a P. en los pabellones. Su locura parece provenir de nuestros campos, modestos y soleados. P. tiene la mirada inmóvil y económica de una rata, forjada en la vanidad de una “pobreza digna” y las contemplaciones



Julio Girona.

de un cementerio sobrio, que brilla en las tardes como una taza-de-cal. P. ha intentado muerte-por-soga en dos ocasiones: la cuerda, dos veces, cedió ante el cuello díscolo de un pavo o de un hombre demasiado rígido.

Pabellones (6)

K. murió de tuberculosis. Su laringe quedó ocluida y no podía hablar ni comer. Ni, por supuesto, cantar. Tomarse a pecho la cuestión del canto es contar –como le pasó a Josefina– con una laringe que funcione en cualquier circunstancia. Así de simple. En algún momento K. hizo un gesto para que le habilitasen la mano de escribir. Y ahí fue donde se formó el show (*display or exhibit*) en el sanatorio. Ver a K. tratando de escribir al mismo nivel de la laringe defectuosa, verlo raspar y raspar como un pelele la hoja en blanco.

Arqueología

Cavaron y encontraron, al fondo de los túneles, ratas de más o menos metro y 1/2 de largo. Las alumbraron con sus linternas (los rusos dijeron *epa, epa*) y las ratas huyeron, bamboleantes y caóticas, sus ojitos rojos heridos por la luz.

Uno de los rusos se sentó y pidió vodka y otro tomó y le dio vodka y entonces dijeron algo acerca de la realidad.

Antropológica

*la carne de cerdo
te hizo daño
y anuló
el compromiso*

*no sé
si sabías que
los tsembaga de Nueva Guinea
en sus fiestas
matan cerdos
y más cerdos
unas 15 000 libras
que luego distribuyen*

*ese día
los tsembaga
y los enemigos de los tsembaga
gimen bailan jadean
es decir ciclos
de paz y de guerra
sobre
montañas de cerdos*

*te contaba eso
para que supieras
cuánta economía
subyace
en el amor*

Omar Pérez

Una frontera

*Calle del cementerio chino, una parcela que me ofusca,
el verdadero deseo es una rodilla de hierro
una vara que se dobla hacia un solo lugar,
un cambio de temperatura es el asombro
un cambio de aires es una oportunidad para*

el congelamiento.

*Calle del cementerio chino, una parcela a la vista
 nadie muere de una gotera en la cara,
 nadie encuentra un coágulo de sangre en la acera
 y lo notifica,
 ninguna adolescente, carro loco de la selectividad,
 quiebra su celofán y queda embriagada.
 Calle del cementerio chino, una vitrina donde poner
 los dedos,
 un jardín para que aprendan a correr los cachorros
 de galgo,
 mi balanza cruje
 como la rodilla de un veterano en la época de lluvias.*

Por el océano

*En alta mar la mendicidad no existe,
 no hay bastardos en una zona como esta
 donde el firmamento llega de trasmano;
 aquí las historias son metálicas y sin elocuencia.
 En cambio en tierra
 siempre aflora el brillo amenazante del subsuelo,
 en cambio en tierra
 después de unos preliminares moteados de leche
 y otros preliminares donde lo hacen cimbrar
 con relatos de cobardes golpeados con toalleros,
 sale el hombre a fundirse con su imagen de oveja barcina
 y agota solo en el oficio de sopesar
 la vida de una o dos colonias de peces.
 En altamar la mendicidad no existe
 pero en tierra sólo por error se llega a descubrir
 que el sitio de los maestros es demasiado áspero,
 y ellos, los maestros,
 retirados por la cirrosis y la ubicuidad,
 se sumergen seguros de que en algún punto del océano
 volverán a salir hinchados y todavía reconocibles.
 En estos días perfectos que nadie envidiaría
 se escribe la superioridad del hombre sobre la medusa,
 nuestra cobardía tentadora como el bucle de un niño
 es sin embargo diez dedos más palpable
 que esas manchas aerodinámicas de acero y agua
 que a la larga
 el sol hace apestar sin leyenda previa.
 Días perfectos para el hombre,
 días carentes de religión para los peces, o viceversa,*

*a ambos los separa la única franja de tierra
aún no cultivable.*

*En el océano la mendicidad no existe,
los hombres van a mitigar su miedo
en el abrevadero de los pinos.*

Colisiones secundarias

*Dormir no es mezclarse con el hombre de Neanderthal
ni disfrutar un corto sobre jóvenes casaderas,
dormir no es sumarse a una expedición de castigo.
Dormitar es conducir en estado de embriaguez
pero dormir nos eleva casi rápidamente
a la categoría de pianistas ciegos,
la noche nos exige más comedimiento que buena voluntad.
Al desierto y a la emoción de sabernos un buen partido
a la semana bailable y a la tarea de memorizar
a la sensación de amanecer mojado como un hijo pródigo
sería bueno asistir en el temblor de la inocencia,
es apropiado acudir dormido o cuando más semidormido.
Cualquier situación se embellece con la somnolencia
bovina
toda clase de percances emparejan sus bordes
en la melodía del bajo voltaje.*

En esto se emplea la formica

*En el ataúd fresco y a la medida
donde llegarás presentable hasta los dioses
en el mostrador donde te espera una aceituna o un duelista
en este apretón de manos se emplea la formica,
para asombro del marchante y gloria del dependiente.
En la playa tersa y veteadas de fuel oil
en el cadáver del navajo y la calidad del añejo
en el yelmo de los cruzados y en el pasto de la media
cancha
en la sincronización que logró un mundo en siete días
hay algo de formica y que nadie se extraña.
En el escritorio caoba del sofista
donde te espera un milagro y un chiste de mal gusto
en el cielo de las portadas
y la bandera cromo de las paradas
en el paisaje al que asistimos segueta en mano
se emplea la formica
para asombro del plebeyo y gloria del patricio.*

Ricardo Alberto Pérez

Platea

*Perdí una edición de los poemas de Álvaro de Campos,
era una mañana de invierno,
un tiempo donde la duda nos arruina,
alejándonos de la lucidez cercana a la lámpara,
al aceite, al contorno de la boca
que hemos perseguido con torpeza durante las noches.*

*Recuperaba a Nietzsche
(con la extraña alegría
que siempre me concede esa comunión)
a través del extenso poema Ultimátum;
era vertical la complicidad
que me hacía avanzar en la lectura
con aquella voz portuguesa
templada por algún signo de la ciencia.*

*Quise trazar el círculo de significados
donde con frecuencia pretendemos salvarnos
de lo que hiere,
y se le busca un estuche, una envoltura
para no estropear el don de nuestras ejecuciones.*

*A veces la armonía del mundo
se vuelve hacia nosotros
y nos suspende la tiza a una altura imposible,
entonces no queda otra solución
que transitar por el borde de ciertas palabras
como si en algunos de estos elementos
se fuera a reconocer el cuerpo amado.
Uno descubre que permanece en un claro
desprovisto de cualquier parapeto,
no hay otra compañía que tu propia incapacidad;
es decisivo entender en fracciones de segundos
que el espacio de la pérdida no debe ser llenado,
hay que estar muy dócil ante él,
entenderlo en función de escalón,
saber descubrirle su conducta de guía.*

Cuando esto se logra hasta lo obsceno es aceptado;

*tiene un lugar en la poética
en el escenario.
Pienso ya en lo obscuro
como en un animal abundante en virtudes
sin alterar el horizonte de una sobriedad
que ha venido siempre a protegerme.
Esa mañana de diciembre
al descubrir que había extraviado el libro
de Álvaro de Campos,
tuve muchos deseos de gritar la palabra ODESA
figurándome que en el esmalte de los barcos anclados
en ese puerto
estuviese disolviendo el sentido de mi culpa.*

Contra el imaginario

*En los últimos meses
ha tratado de armar una nueva ficción,
de rescatar la relación con mi madre
como si la mitología
ayudara a hacerla menos inmaterial.*

*Se trataba de una conversación,
de un encuentro
con Bernabé Ordaz,
sobre el match de Sevilla,
con don de miniaturista
comentando las jugadas de algunas partidas.*

*En vida de mi madre
jamás hablamos sobre el ajedrez,
parece ser que el único juego que le interesaba
era el de las briscas con la baraja española.*

*¿Para qué entonces, ahora que yo siento placer
cuando la asumo a través de alguna textura,
de alguna frase que ella repetía con frecuencia,
trato de hacerla cómplice de una situación tan compleja
con la que jamás habría tenido relación alguna?*

*Comenzaron mis inclinaciones por el arte,
estudié música, asistí con entusiasmo a conciertos,
funciones de cine, recitales de poesía,
siempre —en el momento que le contaba de esas cosas—
me respondía:*

*“siendo niña conocí a Alejandro García Caturla,
vivía apenas a unas cuatro o cinco casas de la mía
y más de una vez puso su mano en mi cabeza”.*

*También me contaba
las retretas que daba todos los domingos
la banda municipal en la glorieta del parque
de su pueblo, Remedios (uno de los más antiguos
de esta isla, con una iglesia que siempre me ha impresionado
por su hermética sencillez).*

*Si mi madre me contó todo eso,
¿por qué en el momento de recuperarla
a través del territorio del poema
no pensé en hacerlo con esos propios recuerdos?*

*Parece ser que tenemos
algo enfermo en el tejido de nuestra mente,
que es lo que ofrece mayor jerarquía
a lo que no nos pertenece, a lo que no vivimos,
a lo que no heredamos,
algo que nos vuelve impersonal
y deja su toque de esquizofrenia.
Por eso después de intentar tantas veces escribir
ese texto sobre mi madre, Ordaz y el match de Sevilla,
he desistido.*

*Lo único real es que ella pasó
la mayor parte de los últimos quince años
internada en clínicas, con un deterioro progresivo de su psiquis,
hace dos que murió, y si quisiera conversar con Ordaz
quizás él no podría atenderla,
porque como algunos países necesitan el mito de un gran futbolista,
otros no pueden prescindir de un ejemplar director
del hospital para enfermos mentales.*

*Hace algún tiempo regresaba del aeropuerto,
de despedir a alguien,
los enfermos se ocupaban de la perfección del césped
como si la clínica fuera un barco
y estuviesen logrando deconstruir la ondulación del mar
con unos motorcitos ya envejecidos, provenientes de la URSS;
ellos parecían ignorar los efectos de la corriente alterna.*

Protesta social en la Cuba actual: los balseros de 1994

*Perspectivas de una protesta popular
de tipo social en la Cuba actual.
Consecuencias de la crisis
de los balseros de 1994*

Holly Ackerman

INTRODUCCIÓN

ESTE INFORME TRATA DE EVALUAR LA NATURALEZA Y POTENCIALIDAD de una acción social de masas en Cuba utilizando como referente la experiencia que protagonizaron los exiliados más recientes: los balseros del período 1989-1994.

Recientemente, tanto los estudiosos como los activistas del exilio han comenzado a aplicar los paradigmas de conflictos estratégicos no violentos, de desarrollo de la sociedad civil y, en menor medida, las teorías de movimientos sociales emergentes, para explicar la realidad cubana. Sirviéndome de estas teorías, pretendo demostrar que los balseros eran simplemente la última reiteración de un modelo de fenómeno social en el cual los ciudadanos se han integrado episódicamente en conflictos no violentos contra el estado cubano. Estos episodios comenzaron con los balseros del período 1959 y 1975, prosiguieron con los asaltantes de la embajada del Perú en La Habana en 1980 y finalizaron con los últimos balseros (1989-94). En cada uno de estos casos, un grupo reducido de ciudadanos individuales inició una acción ilegal, audaz y peligrosa para afianzar su libertad personal.

A medida que el número de acciones individuales fue aumentando en número, el fenómeno dejó de ser un problema de política local para convertirse en un rechazo reconocido socialmente y un desafío al estado cubano, el cual respondió a este reto demonizando a los activistas e

invitándoles al tiempo a que crecieran en número, primero propiciando su salida del país a través del puerto de Camarioca, después con el éxodo del Mariel y más recientemente con el éxodo de los balseiros en 1994. De este modo, el estado convirtió el problema social de un rechazo al sistema comunista en una crisis migratoria de alcance internacional, cuya solución trajo consigo ventajas para el régimen e interrumpió la acción ciudadana.

Este informe proporciona una breve descripción de cómo se estructuró y qué motivó la acción ciudadana en el reciente ciclo de balseiros. A continuación, utilizando conceptos clave de conflictos estratégicos no violentos y de la teoría de los movimientos sociales, se plantea la cuestión de la posible participación de ciudadanos corrientes en la futura acción social en Cuba.

LOS BALSEROS ACTUALES: DOS TIPOS DE HUIDA

Los recientes balseiros pueden dividirse en dos grupos sociales en función del grado de riesgo y planificación que entrañó su salida. Los que partieron antes del 12 de agosto de 1994 y sobrevivieron al viaje (un total de 16.778 personas) tuvieron que planearlo minuciosamente debido a que la prohibición de abandonar el país estaba estrictamente controlada. Los materiales para construir la balsa tenían que obtenerse y almacenarse de forma clandestina, había que obtener la información y comprar el pasaje en una balsa secretamente. Las provisiones eran escasas y era necesario encontrar un lugar en la costa para echarse al mar en un país donde todos los movimientos son controlados muy de cerca. Por último, los balseiros tenían que evitar a la guardia costera a la hora de echarse al mar. Cualquier salida, incluso la salida más sencilla, anterior al 12 de agosto de 1994, requería algún tipo de planificación y entrañaba un alto riesgo de ser detenido y encarcelado, además de muchas posibilidades de morir en el mar. El tiempo medio de travesía de estos balseiros era de cuatro días, con unas oscilaciones registradas de uno a treinta y cuatro días. Los que abandonaron la isla durante este período pueden ser considerados como los madrugadores (*early risers*) porque abrieron el camino de un fenómeno social emergente. En 1992 ya miles de personas emprendían esta acción cada año y, a principios del verano de 1994, miles de individuos se echaban al mar cada mes.

Las salidas posteriores al 12 de agosto de 1994 fueron, con mucha diferencia, menos arriesgadas. En esa fecha, y tras los disturbios del 5 de agosto en La Habana, Fidel Castro anunció la supresión de la guardia costera. Los disturbios fueron, en parte, una respuesta ante los violentos esfuerzos del régimen por reprimir las salidas en balsas. Esta violenta represión resultó en la muerte de balseiros en varios incidentes muy sonados. Una vez levantada la prohibición de salir del país, 32.385 personas se apresuraron a marcharse entre el 12 de agosto y el 13 de septiembre de 1994, fecha en que se procedió a aplicar las disposiciones derivadas del acuerdo migratorio entre Cuba y Estados Unidos. Se marchaban en pleno día, en unas embarcaciones construidas apresuradamente con la certeza de que la guardia costera americana estaba preparada para recogerlos en el límite internacional de las doce millas. La mayoría no permanecía en el mar más de doce horas y se mantenía a la vista de otros balseiros.

De este modo, entre 1989 y 1994 pueden identificarse dos grupos de balseros: los que se marcharon con una planificación previa pero con mucho riesgo y los que lo hicieron de modo más apresurado y con menor riesgo. A los primeros los denominaré ‘madrugadores’ (*early risers*) porque actuaban desafiando la política del gobierno y crearon el fenómeno social. A los segundos los llamaré ‘jinetes libres’ (*free riders*) porque pudieron aprovechar la oportunidad creada por los primeros. En situaciones previas (i.e., primero el ciclo de balseros de 1959 a 1965 y las salidas a través de Camarioca; y, en segundo lugar, los que pidieron asilo en la embajada en 1980, y las salidas a través de Mariel) puede observarse el mismo patrón de conducta.

Los madrugadores fueron el primer grupo de refugiados cubanos que provenía, en su mayoría, de ciudades y pueblos fuera de La Habana (65,7%). Eran también los más jóvenes (con una edad media de 27 años) y los que poseían más estudios de todos los exiliados hasta aquel momento (aproximadamente un 60% poseía estudios secundarios, aunque sólo un 14,6% cursó estudios durante 13 o más años). Eran en su mayoría hombres (73%), casados (65,2%), de raza blanca (91,7%) y sin parientes cercanos exiliados (80%). En su mayoría (82,6%) no hablaban inglés a su llegada. Casi todos habían dejado a una parte de su familia cercana en Cuba. Los jinetes libres eran algo mayores (53,7% de más de 30 años), casi todos procedentes de La Habana (59,6%), casi siempre solteros (36%) y con más frecuencia de origen afrocubano (31%).

Las razones que motivaron su partida son importantes a la hora de estudiar el desarrollo de la acción popular de tipo social en Cuba. Los madrugadores declaran que desafiaron al régimen para afianzar su libertad personal y quedar libres definitivamente del estado cubano. Hay cuatro argumentos recurrentes que estos balseros madrugadores presentan como elementos instigadores de su éxodo. Éstos incluyen:

1. El hecho de tener que ponerse ‘una doble máscara’ en su vida cotidiana en Cuba (i.e., tener que fingir apoyo al régimen, fueran cuales fueran sus creencias personales y sus condiciones sociales).

2. La incertidumbre de no saber ‘quién es quién’ en Cuba (i.e., la omnipresencia de informadores del estado y de chivos expiatorios en todos los niveles de la sociedad).

3. La necesidad (simultáneamente, la vulnerabilidad de ser arrestado o castigado) de involucrarse en el robo y de meterse a negociar en el mercado negro para sobrevivir materialmente.

4. El miedo a que estallaran actos violentos de venganza como consecuencia del empeoramiento de las condiciones sociales.

Los madrugadores no pretendían enfrentarse al estado (i.e., entrar en un intercambio de sanciones para forzarlo a una serie de concesiones políticas), ni tampoco pensaban que esos esfuerzos pudieran tener éxito. En general, consideraban que el régimen cubano era invulnerable (66% de los encuestados). En consecuencia, planearon su huida en pequeños grupos de familiares y amigos, evitando así que una expresión de descontento de mayor alcance desembocara en detenciones o en ostracismo social. No formaron ningún

tipo de redes amplias de ayuda material o de acción política. Habitaban en una esfera de tipo doméstico y no alcanzaron ni tampoco contribuyeron a la embrionaria sociedad civil que se estaba formando en Cuba. Y lo que es más importante, no ocuparon ningún espacio literal como grupo de actores sociales. Se marcharon de manera consecutiva, no contaban con lugares de concurrencia pública, y carecían de cualquier tipo de signo o de símbolo que pudiera identificarlos o movilizar a otros. Por esta razón, tenían muy poca probabilidad de extender la acción social a través de otros grupos. En resumen, emprendieron una acción planeada y políticamente desafiante y arriesgaron sus vidas deliberadamente motivados por un deseo personal y urgente de escapar de un régimen político que consideraban intolerable. En sus acciones contaban con el apoyo de redes domésticas que realizaban funciones de organización, tales como la planificación y movilización de recursos.

CONCEPTOS ÚTILES Y SUS CONSECUENCIAS EN LA CUBA ACTUAL

Existen cuatro conceptos clave en las literaturas sobre acciones no violentas y sobre movimientos sociales emergentes que son de gran utilidad para analizar el problema de los balseros y sus repercusiones en la futura acción popular en Cuba.

■ **CONCEPTO 1.** *El código oculto en la vida cubana:* Los madrugadores señalan que planearon la salida durante un largo período —algunos durante más de 20 años. Esto implica rumiar largamente sobre los temas recurrentes que hemos mencionado antes y que los mantenían alienados del régimen cubano. James C. Scott plantea la hipótesis de la existencia de un código oculto en el seno de las comunidades oprimidas mediante el cual la gente corriente reconoce su opresión e identifica, rebaja, desmitifica y acusa a sus opresores en lugares semi públicos como iglesias o puntos de reuniones locales, etc. El código oculto sirve como canal de disensión y mantiene vivo un espíritu de oposición. El concepto de Scott se ve modificado en el caso cubano.

Con el tiempo, los balseros clarificaron un código oculto, que era extremadamente complejo y hasta entonces limitado a un reducido círculo de asociados. En otras palabras, los desafíos y las acusaciones al régimen se mezclaban con sentimientos de miedo, implicación, culpabilidad, disimulo, fatiga, depresión, orgullo étnico y otras emociones, valores y comportamientos. A esto habría que añadir el hecho de que los espacios físicos en los que podían discutir, aclarar y difundir sus códigos eran muy limitados en Cuba. Gran parte del diálogo era interior de cada individuo o reducido a esas pequeñas redes de alcance doméstico a las que aludíamos antes. La experiencia de los balseros demuestra que el fenómeno de los códigos ocultos es más complejo de lo que Scott describe y que, antes de convertirse en un ímpetu para pasar a la acción, éstos tienen que superar un análisis personal y de grupo. Además, su evolución puede verse frenada por la falta de lugares semi privados en los cuales la gente se sienta libre para poder criticar al gobierno.

• *Repercusiones en la Cuba actual:* En la medida en que los grupos existentes de disidentes reconozcan y discutan los códigos ocultos, esto provocará el

crecimiento del número de miembros de su grupo y reforzará la acción ciudadana independiente. Al hacer manifiesto este código secreto, los grupos de la sociedad civil promueven la expansión de los espacios físicos en los cuales los ciudadanos puedan admitir y discutir sus propios códigos. Es ésta una tarea que entraña una transformación personal más que una transición política, pero sirve también como lazo de unión entre las dos esferas.

■ **CONCEPTO 2.** *La oleada social.* Tanto académicos como periodistas se han planteado por qué una salida masiva de ciudadanos, como en el caso de los balseros, no logró desatar un movimiento social más fuerte como sucedió en los países del Este y en otros lugares. La discusión de las motivaciones de los balseros puede ser de gran ayuda para aclarar esta cuestión. Tanto los madrugadores como los jinetes libres actúan en respuesta a una necesidad urgente de satisfacer una serie de inquietudes de tipo social directamente relacionadas con sus propias oportunidades en la vida. Un balseiro que formó parte de los madrugadores formuló esto de modo muy sencillo: “Yo no quería meterme en política pero el gobierno me obligó a hacerlo”. John Lofland (1993) ha calificado como “oleada social” este tipo de acción social efímera, fruto de una necesidad personal y urgente y sin un modelo previo. Es esencialmente un punto luminoso que aparece y después se desvanece dentro del panorama social. Los procesos de reclutamiento para el activismo inicial y posterior, así como el desarrollo de movimientos sociales de mayor alcance, no tienen por qué estar relacionados con esta oleada social. La idea de Lofland también se ve modificada en cierto modo por los balseros. Éstos declararon en repetidas ocasiones haberse inspirados en oleadas sociales anteriores (los primeros balseros, los asilados en las embajadas, Mariel, etc.), así como ser perfectamente conscientes de que sus acciones podrían abrir una válvula de escape para otros. La crisis cíclica anteriormente descrita de interacción entre el estado y los ciudadanos ha pasado ya por tres iteraciones. De este modo, la oleada social en Cuba ha adoptado un patrón y muchos ciudadanos están conscientes del proceso general por el que pasa la oleada y su correspondiente crisis cíclica.

• *Repercusiones en la Cuba actual:* Se cumplen todos los requisitos que nos permiten anticipar la aparición de más madrugadores y afirmar que los jinetes libres abundan en la sociedad cubana actual. Los que mantuvieron contacto con miembros de anteriores oleadas son candidatos probables para futuras oleadas. Especialmente las familias, compañeros de trabajo y vecinos de los más de 20.000 balseros procedentes de áreas de fuera de La Habana, que se encontraron con el fenómeno de las oleadas en su entorno inmediato por primera vez, son los que más posibilidades tienen de sentirse inspirados. Los grupos disidentes podrían aprovecharse del control de la aparición de y la comunicación con los madrugadores. Lo que está claro es que cualquier esfuerzo por utilizar esta energía social –ya sea para trabajar con los madrugadores o para entrar en el conflicto que puedan crear– tiene que suceder cuando la oleada comience su ascensión y con anterioridad o simultáneamente a la intervención del gobierno.

■ **CONCEPTO 3.** *El nuevo movimiento social:* Las motivaciones que los madrugadores apuntaron, hacen pensar en los “nuevos movimientos sociales” descritos

entre otros por Escobar y Álvarez (1994). Estos autores señalan la existencia de movimientos basados en la identidad y cuyos participantes buscan poder vivir con sus propios valores personales y objetivos vitales. No buscan un cambio estructural de la sociedad. Más bien, lo que quieren es tener más control sobre su propia calidad de vida y sobre sus opciones en la vida.

- *Repercusiones en la Cuba actual*: La naturaleza, basada en la identidad, de la reciente acción ciudadana en Cuba y su fundamento en pequeñas redes de apoyo de ámbito doméstico, revela la agenda de acción que probablemente atraerá a los madrugadores. Los problemas de tipo doméstico, relacionados con las necesidades básicas materiales, constituyen su mayor preocupación. La actitud desafiante que tomaron fue para liberarse de tener que participar políticamente y de ver sus posibilidades vitales restringidas. A pesar de su estatus de corredores de riesgos, los madrugadores tienen muy pocas posibilidades de ser políticamente activos a no ser que se establezca una conexión clara entre acción y mejora de condiciones en el seno de su círculo doméstico. Una agenda basada en un cambio de régimen es por ello menos atractiva para ese grupo potencial que una centrada en la responsabilidad del gobierno de proporcionar los servicios básicos.

■ CONCEPTO 4. *La estrategia de acción y su puesta en práctica*: Los ciudadanos corrientes en Cuba no han sido ni estratégicamente preparados ni están dispuestos a enzarzarse con el estado cubano en un continuo intercambio de sanciones. Ni los balseros ni otros grupos de la sociedad que se sumaron al movimiento de los balseros cuando comenzó, han mostrado signos de tener un objetivo global o un plan de acción. Por su parte, el estado cubano se ha servido en reiteradas ocasiones del fenómeno de la huida en masa para lograr concesiones del Departamento de Movimientos Migratorios de Estados Unidos y para reducir la disensión interna. Muchos de los que abogan por el cambio en Cuba han creído erróneamente que incitar la protesta popular sería suficiente para realizar el cambio o al menos para reunir una fuerza social capaz de oponerse al régimen. La historia de las acciones no violentas que alcanzaron sus objetivos indica que los que alcanzaron mayor éxito tenían un objetivo global, anunciado públicamente y un proceso continuo de valoración y adaptación paralelo a lucha.

- *Repercusiones en la Cuba actual*: El mayor obstáculo en el pensamiento estratégico de los madrugadores fue su creencia en la invulnerabilidad del régimen. A pesar del declive de las condiciones sociales y económicas, consideraban al estado capaz de controlar a la población y de tomar represalias de forma efectiva contra los ciudadanos individuales. La ruptura de esta imagen y su sustitución por una estrategia que convenza a los madrugadores es un desafío para aquellos que desean reclutar a otros para el activismo.

En resumen, los balseros dan testimonio del resurgimiento periódico de cubanos que optan por huir antes que proclamar su descontento en voz alta. Son activos en una sociedad de tipo doméstico y lo que les motiva es la urgencia de tipo personal de librarse del sistema político, pero no de alterarlo. Existen junto a otros activistas en el seno de la sociedad civil (activistas de derechos humanos, grupos profesionales independientes, Concilio Cubano, etc.) que han optado

por gritar su descontento en vez de huir. Estos grupos buscan alterar la estructura política. Ambos grupos son madrugadores dispuestos a correr riesgos personales. Ambos están políticamente alienados. En la medida en que ambos grupos puedan encontrarse y apoyarse mutuamente, el régimen recibirá más presiones para acomodarse a sus intereses comunes. Hasta hoy los grupos han estado separados por la naturaleza clandestina e individual de las salidas, por la falta de espacios públicos para reunirse en masa, y el fracaso de cada grupo de reconocer y conscientemente apelar a los objetivos del otro.

NOTAS FINALES

1. Los tipos sociales aquí descritos han sido conceptualizados como ‘cosechas’ de refugiados. Estas ‘cosechas’ han sido definidas como grupos con un destino común. Este concepto es distinto de la categoría temporal de ‘olas’ de refugiados que con tanta frecuencia se ha utilizado para describir el éxodo cubano. El concepto de ola es útil a la hora de definir períodos políticos importantes y para generalizar sobre la demografía de estos largos períodos de tiempo. Sin embargo, el defecto de esta terminología de la ola es que tiende a oscurecer la diversidad del exilio así como la existencia de fenómenos sociales diferenciados y de actores políticos de masas como los balseros. Por otra parte, el uso de cosechas puede dar lugar a una serie interminable de distinciones y subgrupos.

1. Para una mayor profundización del enfoque de las cosechas, consultar:

- KUNZ, E. F., 1973. “The Refugee in Flight: Kinetic Models and Forms of Displacement.” *International Migration Review* 7 (Summer): 125-146.
- 1981. “Exile and Resettlement: Refugee Theory”. *International Migration Review* 15 (Spring/Summer): 420-51.

2. Para ampliar información sobre el fenómeno de los balseros, consultar:

- ACKERMAN, HOLLY. *Mass Migration, Nonviolent Social Action, and the Cuban Raft Exodus, 1959-1994: An analysis of Citizen Motivation and International Politics*. Disertación de posgrado en la Universidad de Miami, 1996.
- ACKERMAN, HOLLY y JUAN CLARK. *The Cuban balseros: Voyage of uncertainty*. The Cuban American National Council (300 SW 12th Avenue, Miami FL 33130) 1995.

3. Para ampliar información sobre las dos interpretaciones opuestas de los primeros balseros madrugadores, consultar:

- LOFLAND, JOHN. 1993. “Polite Protesters.” *The American Peace Movement of the 1980's*. Syracuse: Syracuse University Press.
- MCADAM, DOUG, JOHN D. MCCARTHY y MAYER N. ZALD. En vías de publicación. *Opportunities, Mobilizing Structures, and Framing Processes*. Nueva York: Oxford University Press.

4. Para más datos, consultar:

- ACKERMAN, HOLLY: “An Analysis and Demographic Profile of Cuban Balseros, 1991-1994.” *Cuban Studies* 26 (January 1997).

Una delicada bomba de tiempo

Jesús Díaz

(Publicado en el diario El País, el 30 de noviembre de 1996)

PESE A LOS INGENTES ESFUERZOS DE SU POBLACIÓN y a ciertos logros absolutamente deslumbrantes obtenidos en diferentes sectores y épocas, lo cierto es que Cuba no consiguió coronar el objetivo histórico que persiguió con pasión a lo largo de los siglos XIX y XX: la constitución de un Estado nacional democrático e independiente.

Entre las muchas causas que contribuirían a explicar esta tragedia destacaré cuatro. La persistencia de la división entre blancos y negros, que se tradujo en una falta significativa de cohesión social. La existencia de dos zonas de desarrollo económico muy diferenciadas, Occidente y Oriente, que supuso una falla importante en la cohesión territorial. El peso nefasto de la tradición integrista española, que gobernó la isla *manu militari* durante cinco largos siglos sin dejarle en herencia ni siquiera visos de tradición democrática. Y la obsesión norteamericana por ejercer su destino manifiesto apoderándose de Cuba por compra o conquista, lo que hasta cierto punto consiguió con la intervención oportunista de 1898.

La revolución cubana de 1959 fue, entre otras cosas, el último de los muchos intentos realizados por la nación para constituir por fin un Estado democrático e independiente. Sólo así se explica el abrumador apoyo popular que la sostuvo durante años y del que aún hoy, por increíble que pueda parecerle a algunos, quedan ciertos

restos menguantes. El análisis detallado del fracaso de esa revolución —a la quien esto escribe dedicó una buena parte de su vida— excede el objetivo de estas líneas. Baste decir que ninguno de los problemas cruciales del país —racial, territorial, de desarrollo económico y de establecimiento de una democracia que merezca ese nombre— fue resuelto por ella. En cambio, añadió muchos otros, entre ellos la pauperización creciente y el hecho terrible de que casi dos millones de cubanos —nada menos que la quinta parte de la población nacional— hayamos sido forzados al exilio.

A mi juicio hay una sola interrogante trascendental con respecto a la transición o poscastrismo. ¿Tendrá Cuba una nueva oportunidad para constituir un Estado nacional democrático e independiente? No estoy seguro de que la respuesta sea necesariamente afirmativa. La herencia de Castro es tan pesada que la isla se está convirtiendo en una delicadísima bomba de tiempo. Si se la trata mal, tanto ahora como cuando llegue el diluvio que Castro dejará tras de sí, Cuba puede estallar en un caos semejante al que hundió a varios países latinoamericanos durante la segunda mitad del siglo XIX, como Colombia o Venezuela, por ejemplo, o bien arder en la trágica hoguera de una guerra étnica como la que quebró a Haití a finales del siglo XVIII. Si alguien piensa que estos ejemplos son anacrónicos le remito al caos

de la transición búlgara o a la *limpieza étnica* de la ídem yugoslava.

Demasiado bien sé que no estamos en el siglo XIX, que Cuba no es Bulgaria ni Yugoslavia –si bien se asemeja a ellas en haber formado parte del “campo socialista”– que en las tres guerras que la isla libró contra el integrista español en el siglo pasado negros y blancos pelearon juntos, supieron evitar la tragedia haitiana y dieron origen a la nación. Pero también sé algo que pocos citan: en mi país hubo una *limpieza étnica* en 1912, cuando miles de negros fueron masacrados por el Ejército Nacional. Muchos de ellos habían sido héroes en la guerra de independencia que precedió a la intervención norteamericana del 98. En esa época, es imprescindible recordarlo ahora, hubo también una transición en Cuba. Cuatro años de intervención norteamericana mediaron entre la Cuba española y la republicana. Para Jorge Más Canosa se trató de una transición ejemplar. Para mí, no. No hubo excesos, es cierto. Pero tampoco el más mínimo intento de justicia social ni de redistribución de la riqueza. Y cuando los negros, que habían contribuido como el que más a la independencia, la economía y la cultura del país, se atrevieron a reclamar un lugarcito bajo el sol de la flamante república, no recibieron otra cosa que plomo.

No obstante, si tenemos en cuenta la admirable capacidad de renacer que Cuba demostró después de todas y cada una de las terribles guerras del siglo pasado, y el asombroso crecimiento económico, social y cultural que experimentó en los 57 años de república, pienso que podría existir otra oportunidad para ella. Depende de nosotros. Todos los cubanos debemos imaginar ese futuro e intentar adelantarlo: desde los que hoy viven y trabajan en la isla, incluido el Ejército y los militantes del partido comunista, hasta los miembros de la Cuban

American National Foundation y de la Fundación Hispano-Cubana. Pero siempre será necesario partir de la realidad actual de la isla y su historia.

Tanto los hechos enumerados al principio de este artículo como sus consecuencias están vivos y actuantes, grabados a fuego en la mente de la mayoría absoluta de los cubanos, y tienen lecturas diferentes para las diversas sensibilidades de la nación. La Cuba de hoy es sociológicamente muy distinta a su exilio. Éste es blanco en un 90%; el país interior es negro en un 50%. Y hasta ahora la Cuban American National Foundation no se ha dirigido seriamente a los negros cubanos para garantizarles un programa riguroso de igualdad de oportunidades. Cuba necesita un nuevo contrato social, la democracia cubana del futuro será también étnica o no será. No puede ni debe prescindir de la inteligencia, el patriotismo y el capital del exilio, incluyendo desde luego, a su derecha política y sus líderes, a quienes no podemos seguir demonizando, pero tampoco olvidar a los otros componentes capitales del país so pena de que todo sea inútil para todos.

En cuanto a la posible influencia de la comunidad internacional sobre el futuro de Cuba debo decir que no me hago demasiadas ilusiones a corto plazo. Castro es terco hasta el delirio y está dispuesto a morir en el poder a cualquier precio. Hasta entonces vivirá bien, qué duda cabe; jamás va a faltarle la luz, el agua, los Mercedes, el Chivas Regal ni la langosta thermidor. Pienso que la mejor política posible es hacer exactamente lo contrario de lo que él hace. Tender incessantemente puentes sin contrapartida alguna: derogar la ley Helms-Burton, levantar el embargo, propiciar inversiones, intercambios, becas, visitas. Quizá sea la única forma de adelantar el futuro y evitar, o al menos paliar, el diluvio que Castro dejará detrás cuando desaparezca.

Posición común definida por el Consejo sobre la base del artículo J.2 del tratado de la Unión Europea sobre Cuba

Consejo de la Unión Europea

EL CONSEJO DE LA UNIÓN EUROPEA

Visto el Tratado de la Unión Europea, y en particular su artículo J.2

HA DEFINIDO LA SIGUIENTE POSICIÓN COMÚN

1. El objetivo de la Unión Europea en sus relaciones con Cuba es alentar un proceso de transición a una democracia pluralista y al respeto de los derechos humanos y de las libertades fundamentales, así como una recuperación sostenible y la mejora de las condiciones de vida del pueblo cubano. Una transición tiene más posibilidades de ser pacífica si el actual régimen la inicia o permite ese proceso. La política de la Unión Europea no es provocar el cambio a través de medidas coercitivas cuyo efecto pudiera aumentar las penalidades económicas para el pueblo cubano.

2. La Unión Europea reconoce la apertura económica provisional llevada a cabo por Cuba hasta la fecha. Es su firme deseo ser el socio de Cuba en la apertura progresiva e irreversible de la economía cubana. La Unión Europea considera que una completa colaboración con Cuba dependerá de mejoras en los derechos humanos y en las libertades políticas, como se indica en el Consejo Europeo de Florencia.

3. Para facilitar un cambio pacífico en Cuba, la Unión Europea

a) Intensificará el diálogo actual con las autoridades cubanas y con todos los secto-

res de la sociedad cubana para promover el respeto de los derechos humanos y un progreso efectivo hacia una democracia pluralista.

- b) Aprovechará las oportunidades que se le presenten, aún más que antes, para recordar a las autoridades cubanas, pública y privadamente, sus responsabilidades fundamentales en lo que respecta a los derechos humanos y en particular a la libertad de expresión y de asociación.
- c) Alentará la reforma de la legislación interna referida a los derechos políticos y civiles, incluyendo el Código Penal cubano y, en consecuencia, la derogación de todos los delitos políticos, la liberación de todos los presos políticos y el cese del hostigamiento y castigo de los disidentes.
- d) Evaluará el desarrollo de las políticas interior y exterior cubanas de acuerdo a los mismos criterios que la Unión Europea aplica en sus relaciones con otros países, en particular la ratificación y el cumplimiento de los pactos internacionales sobre derechos humanos.
- e) Mientras tanto, se muestra dispuesta a proporcionar ayuda humanitaria *ad hoc*, a través de los Estados miembros, sujeta a previos acuerdos en lo que se refiere a su distribución; se mantendrán y, cuando sea necesario, se reforzarán las actuales medidas que aseguran la distribución a

través de las ONGs, las Iglesias y las organizaciones internacionales. Toma nota de que la Comisión procederá sobre la misma base.

f) Estará dispuesta asimismo a llevar a cabo acciones específicas de cooperación económica, a través de los Estados miembro, en apoyo de la puesta en práctica de la apertura económica. Toma nota de que la Comisión procederá desde la misma base.

4. A medida que las autoridades cubanas progresen hacia la democracia, la Unión Europea dará su apoyo a ese proceso, y examinará la utilización apropiada de los medios a su disposición incluyendo:

- La intensificación de un diálogo político constructivo y orientado a resultados concretos entre la Unión Europea y Cuba.

- La intensificación de la cooperación y, en particular, de la cooperación económica.

- La profundización del diálogo con las autoridades cubanas a través de las instancias apropiadas con el fin de seguir explorando las posibilidades de una futura negociación de un Acuerdo económico y de cooperación entre Cuba y la U.E. sobre la base de la conclusiones pertinentes de los Consejos Europeos de Madrid y Florencia.

5. El Consejo realizará un seguimiento de la puesta en práctica de esta Posición Común. El Consejo realizará una evaluación de esta Posición Común a los seis meses de su aprobación.

6. Esta Posición Común empezará a surtir efectos el 29 de noviembre de 1996.

7. Esta posición Común se publicará en el Diario Oficial.



Lázaro Jordana. *Info Dibujo* (1996).

¿Elefantes en la cristalería?

Rafael Hernández

(*La Gaceta de Cuba*, nº 5, septiembre/octubre de 1996. Año 34)

*Esa gente eran una
especie de solución*

“Esperando a los bárbaros”

C. CAVAFIS

AL FINAL DE LA FAMOSA PRIMERA ENTREVISTA con el gato de Cheshire –que tanto le gustaba citar a Federico Engels–, cuando aquel se va desvaneciendo desde el rabo al hocico, hasta que sólo queda flotando la sonrisa, Alicia emite una sentencia lapidaria: por si fuera poco ver a un gato sonreírse, contemplar la sonrisa del gato cuando ya éste ha desaparecido es lo más insólito que puede verse.¹

Si algo característico tiene el discurso extremista “liberal” es su afición a retratar el presente en términos de pasado. Es decir, a reducir el conocimiento del presente –y aun la figuración del futuro– a una ecuación cuyos términos fijan una determinación desde atrás, como si la historia caminara de espaldas. En esta perspectiva, la realidad política se compone de un discurso simple, y la nación de un sujeto levemente abstracto llamado “nosotros”, que se (supone se) ha identificado a sí mismo para siempre.

De ese “nosotros” abusan quienes, en Miami o en Madrid, se otorgan la potestad de “prefigurar la sociedad plural que deseamos

para nuestro país”.² Esa vocación de portavoces elegidos de la sociedad cubana, de su cultura y de la conciencia nacional –tan dogmática a su manera como la de otros que pretenden aplicar fórmulas ideológicas preestablecidas a los más complejos problemas del momento– carece del realismo necesario para interactuar verdaderamente con la situación del país de manera desprejuiciada, de la humildad para situarse frente a ella con una capacidad de conocimiento crítico y de la representatividad para recoger en su discurso los desgarramientos e ideales de la nación en su conjunto. La sociedad cubana, su conciencia colectiva, su cultura política e, incluso, algunos elementos negativos que arrastra su proceso actual, evocan el dichoso gato de Alicia en dos sentidos. El primero es que hay un mundo real preexistente que está erosionándose, transformándose en algo distinto a lo que solía ser, delante de nuestros ojos, de manera dramática. El segundo es que cierto discurso, que allá afuera pretende aparecer como emisario de una nueva época, no pasa de ser una reverberación de viejos tópicos, hoy menos útiles que nunca para indagar los caminos de ese mundo actual –y especialmente el futuro viable. No es la sonrisa de un gato que viene llegando– sino el rictus de un viejo gato que se esfuma.

¹ CARROLL, LEWIS: *Alicia en el país de las maravillas*. Ed. Gente Nueva, 1973, pp. 89-90.

² “Presentación”, revista *Encuentro de la cultura cubana*, nº 1, Verano de 1996, p. 3.

Este tipo de discurso padece de la ineptitud para reflejar su objeto, porque se ha quedado congelado, exangüe, estampado en sus definiciones estáticas, obcecaciones y rigideces, y sobre todo en su dogmatismo.

Algunos autores han creído identificar a la intolerancia –más allá de las diferencias ideológicas entre cubanos de una orilla y de otra– como un rasgo común de la cultura política nacional. En un trabajo que publicó hace un tiempo *La Gaceta*, mencioné que, para mí, el núcleo central de la ideología revolucionaria cubana ha sido, en buena medida, la antítesis del dogma –aunque no hayan faltado los que han intentado reducirla a un formulario de verdades aprendidas e inmutables. El propio Fidel ha convocado una y otra vez a “evitar que el pensamiento de los políticos más ilustres, de los revolucionarios más esclarecidos, se convierta en dogma, porque [...] cada pensamiento responde a un momento determinado” –como le dijera a Tomás Borge en *Un grano de maíz*. Más recientemente, se ha llamado a impedir que la acción ideológica sea –como ocurre “no pocas veces”– “esquemática, demasiado general y dogmática, pues se trata de convencer” –antes de que convenzan otros.³ Y aunque siempre hay quienes creen que la verdad es una especie de *fundamento* colocado en el fondo de una olla de hierro que custodia un grupo elegido, la noción predominante en una etapa tan crítica como la actual es que el proceso de convencimiento ha de fluir en un intercambio colectivo y ser el producto auténtico de éste, enriqueciéndose con el aporte de todos.

El dogmatismo de la otra orilla confina todos los defectos de la Cuba actual a su

diseño estatal. Asume que lo único “socialista de verdad” como modelo económico es lo que existió en el país antes de 1989; de donde lo nuevo, por definición, es antisocialista –por ejemplo, el trabajo por cuenta propia tendría un efecto más bien subversivo en el fondo, por incompatible con el modelo socialista ortodoxo.⁴ En otras palabras, la reforma puede ser un remedio en el capitalismo, pero viene siendo un virus mortal para el socialismo. Y la manera de demostrar este silogismo es típica: véase lo que ha pasado en Hungría o Polonia y se sabrá por dónde podrá ir Cuba en los próximos años.⁵ Por los demás, afirman rotundamente del otro lado, las leyes generales sobre los procesos de *transición*, la *sociedad civil* y el *mercado* –manifestaciones todas estigmatizadas como intrínsecamente desestabilizadoras del sistema– aproximan al país a esa selva oscura del capitalismo postsocialista, destino al que Cuba está condenada sin remedio, precisamente por tener el régimen que tiene y por el carácter universal de esas leyes generales. Esta profecía –y esas leyes generales– recuerdan la ineluctable proximidad del socialismo en todo el planeta, su irreversibilidad histórica y otros espejismos *ad usum* en tiempos antiguos.

Lo “políticamente correcto” –curioso término que funciona tanto en el capitalismo real como en el socialismo– puede servir en ambos mundos como un medio de estrechar los márgenes del criterio, para hacer que coincidan con ciertos puntos de vista, en detrimento de otros, con los que no se coincide, y a los que descalifica ideológicamente. En esta orilla, sin embargo, está claro que “el debate ideológico [...] debe continuar siendo un instrumento de inapreciable

³ “Informe del Buró Político sobre la situación política y social del país, aprobado en el V Pleno del CC del PCC realizado el 23 de marzo de 1996 y que presentara el General de Ejército Raúl Castro Ruz”, *Granma*, 26 de marzo de 1996, p. 4.

⁴ Cfr. DOMÍNGUEZ, JORGE I.: “La transición política en Cuba”, *Encuentro...* ob. cit. p. 6. *et passim*.

⁵ *Ibid*, p. 8.

valor” para la cultura revolucionaria, y que “sí debemos tener no un lenguaje, sino muchos lenguajes”,⁶ expresivos de la diversidad social. Desde luego, esta voluntad política –que siempre ha logrado un consenso indiscutible– tiene que enfrentar las circunstancias de la práctica cotidiana, en escenarios diferentes y con intérpretes también múltiples.

En la otra orilla, emergen declaraciones comprometidas con reflejar la diversidad de la cultura cubana en sus “puntos de vista contradictorios e incluso opuestos”, con representar un adelanto del “inesquivable Encuentro mayor que mantendremos un día en el escenario común”.⁷ Sin embargo, lo que parece predominar en estos medios no es precisamente “la convergencia nacional”, sino la oposición más común y corriente al proceso revolucionario, al que se caracteriza como un error inacabable, una negación de lo mejor de la nación, una suma de aberraciones del poder omnímodo y el plan maquiavélico de un gobierno que en medio de la “crisis política”, ha “perdido el consentimiento de la mayoría de la población”, reteniéndolo sólo “un núcleo de partidarios”.⁸

A los que así escriben, si se me permite una licencia poética, el pluralismo les sale mucho peor que a nosotros. Si lo que se pública es representativo de la idea que se hacen de la situación política cubana y de su paradigma de *la Cultura Nacional*, está claro que, para ellos, el derrumbe del sistema es una cuestión de trámite y la única cultura válida es la de la negación de la revolución –lo que no sólo es poco pluralista, sino poco

original. Los que reconocen que esta nunca fue “su revolución”,⁹ al menos son consecuentes. Los otros, los más combativos, resultan ser los conversos recientes, quienes se presentan como víctimas de una ilusión colectiva, que en el pasado los llevó –en muchos casos– a haber tratado de persuadir a todo el mundo de que eran los guardianes de la pureza y los protagonistas naturales de la vanguardia del proceso. Así pasa.

A este grupo no conviene confundirlo en el mismo saco con la derecha –ni considerarlo homogéneo. Entre ellos, los primeros –los que siempre han estado en contra, pues sus concepciones son estrictamente orgánicas al liberalismo– transmiten más bien una incompatibilidad fundamental, una distancia propia de *otra* conciencia de clase. Los segundos, los arrepentidos, expresan –como diría Isaac Deutscher– el síndrome del renegado, y aunque reclaman la legitimidad de haber sido testigos de primera mano, la herida por la que resuellan los hace aún menos fieles a la realidad, a la que impregnan de sus más íntimos humores.¹⁰

A pesar de lo apuntado, los ex-marxistas post-muro de Berlín tienen a su favor poseer más “color local” que los de la vieja escuela. Se les otorga el mérito de “estar de vuelta” del socialismo, e insuflar sangre nueva a los debates circulares de la cubanología. Como decía Cavafis, vienen siendo una especie de solución.

Vistos de este lado, parecen ser los jinetes por excelencia del Carril Dos, los portaestandartes de la penetración ideológica. Por mi parte, me parece una suerte si la penetración ideológica toca sus tambores de esta manera, pues resulta difícil confundirse con ella. No vienen en son de diálogo, ni

⁶ “Informe del Buró Político...”. Loc. cit. p. 5.

⁷ BAQUERO, GASTÓN: “La cultura nacional es un lugar de encuentro”, *Encuentro...* ob. cit. p. 4.

⁸ PÉREZ-STABLE, MARIFELI: “Misión cumplida: de cómo el gobierno cubano liquidó la amenaza del diálogo”. *Encuentro...* ob. cit. p. 27 *et passim*.

⁹ DOMÍNGUEZ, JORGE I.: loc. cit. p. 10.

¹⁰ DEUTSCHER, ISAAC: “La conciencia de los ex-comunistas”, *Herejes y renegados*. Ed. Ariel, p. 22.

hablan la lengua de la concordia, ni proponen un entendimiento, sino el juicio final con sentencia previa. Sería exagerado calificarlos de diversionistas, pues es poco probable que engañen a nadie: sus desplazamientos se pueden ver venir desde muy lejos.

El problema más complicado con ellos está allá afuera, donde se gana –o se pierde– la confrontación de ideas en el mundo contemporáneo.

Los intelectuales cubanos de aquí estamos en la desventaja de siempre para entrar en esta liza, porque no tenemos una columna en ninguna gran cadena de periódicos, ni en órgano alguno de alcance mayor e internacional. Sin embargo, sí tenemos una renovación del pensamiento y –por fortuna, gracias al apoyo de varias instituciones– un mazo de revistas que están empezando a recoger lo que Cintio Vitier ha llamado un “estado pensante” a nivel nacional. Estas revistas son –y pueden serlo más, si se les facilita la difusión en el extranjero– los espacios donde cualquier lector interesado –en Barcelona, Guadalajara, Montevideo, Chicago o Sancti Spíritus– pueda enterarse de por dónde anda “la sociedad plural que deseamos para nuestro país”. Esta pluralidad fecunda se refleja en *La Gaceta de Cuba*, *Contracorriente*, *Temas*, *Unión*, *Casa*, *Debates Americanos*, *Caminos*, *Acuario*, *Islas*, *El Caimán Barbudo*, *Ciencias Sociales* y otras publicaciones cubanas, nuevas y resurgidas, que recogen el debate relevante en la Cuba actual sobre los temas de la nación, la historia, la nueva narrativa, el diálogo cultural con los emigrados, la religión, el marxismo, la mujer, la cuestión étnica y racial, la sociedad civil, el cine, la música popular, los estudios cubanos en el exterior, el estado de las ciencias sociales y otros muchos asuntos de carácter polémico.

Sobre la base –dicho sea sin desdorar a nadie– de la seriedad, la profundidad y el rigor, las páginas de muchas de estas revistas

han estado abiertas a intelectuales cubanos que viven dentro y fuera el país. La visión de “dos bandos que suelen ser presentados como irreconciliables”¹¹ supuestamente predominante en la cultura de la isla es cuando menos un anacronismo. Pretender representar el primer paso en tender un puente de diálogo en el terreno de la cultura entre Cuba y su emigración es por lo menos un exceso pioneril. Tanto dentro como fuera de Cuba este encuentro se ha venido produciendo desde hace más de 15 años, y sobre todo en la última década ha permitido que numerosos académicos, intelectuales y creadores se hayan encontrado y participado en proyectos comunes. Como ejemplos pueden citarse la colaboración a través de programas de intercambio académico y cultural, como el establecido entre Latin American Studies Association (LASA) de Estados Unidos y más de 20 instituciones y organizaciones cubanas desde principios de los años 80; así como los eventos celebrados en Cuba y en el exterior donde han participado (y han publicado luego sus trabajos conjuntamente) intelectuales de ambos lados. En algunas de las revistas citadas también se han venido difundiendo en los últimos años numerosos trabajos de escritores y académicos residentes fuera de Cuba.

Seguramente algunos pensarán –y hasta escribirán– que éstas no son más que sórdidas manipulaciones del régimen, que –como en *El péndulo de Foucault*– mueve sus tenues hilos detrás de todo lo que ocurre. Y acaso afirmen que, por ejemplo, los textos en memoria de Tomás Gutiérrez Alea publicados en Cuba –desde las luminosas palabras de duelo de Alfredo Guevara hasta los que le dedicara *La Gaceta* y otras publicaciones– no son más que “homenajes y honores con la intención de intentar [...] convertirlo en lo

¹¹ Cfr. “Presentación”, *Encuentro...* Loc. Cit.

que nunca fue ni quiso ser, un intelectual orgánico del régimen, un propagandista”.¹² Definitivamente, este no es –no ha sido nunca, ni podría ser– el tono del encuentro.

Desarrollar en Cuba durante años los intercambios con los intelectuales y artistas emigrados tampoco ha sido un paseo. Ha habido que dedicar mucho tiempo para vencer los estereotipos de ambos lados. De esta orilla, los que no advierten que “la emigración no puede considerarse un bloque monolítico de traidores a la Patria, partidarios del bloqueo y del derrocamiento del poder revolucionario”.¹³ De la otra, los que identifican a cada intelectual cubano con un reproductor acrítico de la política del momento. Con esfuerzo y buena voluntad, en los encuentros en que hemos participado se ha podido abrir un espacio de entendimiento y mutuo respeto, en el que se han expresado nuestras aproximaciones comunes (que hemos comprobado son muchas) y también nuestras discrepancias (que han resultado menos de lo que antes pensábamos). En los casos en que las diferencias son grandes (que los hay), hemos buscado un debate del mayor nivel, donde prevalezca la seriedad y el respeto, –que, naturalmente, tienen que ser recíprocos– exponiendo nuestra verdad a la confrontación, su prueba de fuego. Hubiera sido ineficaz acudir a esos encuentros con arengas, apologías o paráfrasis del discurso político –cuyo lugar y actores son otros–; tampoco hemos tolerado provocaciones ni nos hemos prestado a las manipulaciones de algunos. No hemos temido esa confrontación, en Cuba o en el extranjero –ni siquiera en terrenos absolutamente adversos, donde las reglas son muy distintas a las que imperan en nuestro patio.

El saldo ha sido altamente provechoso para la cultura cubana– y también para la verdad de la Revolución. Eso lo saben bien los que han participado de ambos lados.

Los intelectuales cubanos de aquí tampoco estamos –ni creo que querramos estar– en una urna de cristal. El intercambio de ideas en el terreno cultural, social, ideológico, hacia adentro, no puede aislarse del que se mantiene hacia afuera. En mi opinión, los intelectuales y creadores culturales no se dividen tanto por estar circunstancialmente dentro o fuera del país, como por sus posiciones. Los hay que, comprometidos a fondo con la nación cubana y aún partidarios del proyecto socialista, nos acompañan y sienten como propios nuestros éxitos y nuestras fallas, en Nueva York, Albuquerque, Ciudad México, Puerto Rico o Madrid. Están más cerca que algunos otros radicados en El Vedado o Miramar –otros que se han cansado o perdido las ganas de luchar.

En cualquier caso, los intelectuales emigrados dispuestos al diálogo respetuoso –compartan o no nuestras ideas políticas– merecen respeto. Los que quisiéramos seguir trabajando por mantener abiertos los canales del auténtico *encuentro* –sin mayúsculas, ni grandes recursos, ni plataformas de lanzamiento internacional– lo hacemos por creer en su necesidad permanente y en su utilidad para la cultura nacional. Evitar que estos canales se contaminen con la arrogancia, la condescendencia, el oportunismo o el dogmatismo de quienes –como elefantes en una cristalería– parecen querer hacer tabla rasa con lo que se ha logrado construir con tanto esfuerzo, es la tarea de los que creemos en la importancia de salvar esa cultura.

La Habana, agosto de 1996.

¹² DÍAZ, JESÚS: “Tomás Gutiérrez Alea in memoriam”, *Encuentro...*, ob. cit. p. 70.

¹³ Informe del Buró Político... Loc. cit. p. 2.

Burlar el agua y las circunstancias

Osbel Suárez Breijo

ORDENAR EL ARTE DE CASI UN SIGLO EN CUBA, DESDE LA primera vanguardia hasta lo que se está haciendo hoy mismo en una isla que no es isla, sino una dilatación de fronteras espaciales y temporales, es un empeño arduo y complicado. Mucho más si se pretende agrupar a la vez y sin distinciones al artista cubano que nunca salió de Cuba, al que va y viene y al que la reconstruye en la memoria y el empeño, en un intento por condensar la producción artística de un país que apenas conoce el orden, la alternativa, la elección, la calma.

Realmente han sido pocos y muy espaciados los intentos de organizar históricamente el devenir del arte en Cuba. En 1940 la Universidad de La Habana, la Corporación Nacional de Turismo y el Instituto Nacional de Artes Plásticas organizan “300 años de arte en Cuba”, que se erige como la primera gran exposición con voluntad de recorrer toda la historia del arte en el país; un año más tarde el Capitolio Nacional alberga la muestra “Arte Cubano Contemporáneo”, con obras de más de treinta pintores; y tres años más tarde Alfredo Barr, entonces director del MOMA, lleva a Nueva York la vanguardia cubana en otra gran exposición: “Pintura cubana de hoy”, primer momento en que nuestra plástica se incorpora al concierto internacional y oportunidad única para empezar a formar las excelentes colecciones de pintura cubana que almacenan el MOMA y el Museo de la OEA, en Washington, bajo el asesoramiento y el mecenazgo de Gómez Sicre.

Habrá que esperar hasta 1987 para rastrear otro intento de globalizar positivamente el arte cubano, esta vez sólo con la presencia de los que abandonaron el país a raíz del triunfo de la revolución o un poco más tarde o los que fueron llevados por sus familiares. La muestra llevaba el explícito nombre “Outside Cuba / Fuera de Cuba”, y es, tal vez, el menos logrado de los intentos (por ser el más fragmentado de todos) y el más importante que el

exilio cubano ha podido colocar en museos y galerías de los Estados Unidos y Puerto Rico.

En “Outside Cuba” se utiliza un esquema generacional que incluye desde artistas que se fueron de la isla antes del triunfo revolucionario hasta la promoción llegada con el masivo éxodo del Mariel a los Estados Unidos. Clasificados cronológicamente en seis grupos sucesivos, la mirada de Ileana Fuentes, promotora del proyecto, busca las relaciones entre el arte cubano y el fenómeno de la expatriación en una muestra que incluye obras de más de cuarenta artista cubano-americanos que mayoritariamente residen entre Miami, Nueva York y Puerto Rico, desafiando a cualquier otro país latinoamericano que reúna tal cantidad de artistas exiliados.¹

“Cuba, la isla posible”, un encuentro organizado en 1995 por el Centro de Cultura Contemporáneo de Barcelona y comisariado por Juan Pablo Ballester, vuelve a colocar el arte cubano en el centro de la polémica. Este proyecto, elaborado conjuntamente por Juan Pablo Ballester, María Elena Escalona e Iván de la Nuez, busca el concilio, la tolerancia y la posibilidad en un ejercicio cultural que escapó a las habituales nomenclaturas, hoy día casi convertidas en antinomias irreductibles, de los grupos políticos dentro y fuera de Cuba, aceptando lo cubano en un extremo y en el otro y en el medio también. Sin intenciones de privilegiar períodos histórico-culturales ni espacios —la Cuba insular o el exilio— “es una proposición para abandonar los criterios binarios de identidad que han protagonizado durante décadas la cultura cubana (...) y una apuesta por una cultura múltiple y tolerante”.²

La exhibición muestra las creaciones de veintisiete artistas, que a pesar del interés de los curadores en no preferenciar etapa alguna del arte cubano, pertenecen, principalmente, a las tres últimas décadas de este siglo: Ernesto Pujol, Ana Mendieta, Eduardo Aparicio, María Magdalena Campos, Consuelo Castañeda, Arturo Cuenca, Carlos Cárdenas y José Bedia, entre otros. En particular, casi como una curiosidad, se podía ver una obra de Severo Sarduy. Los textos que acompañan al catálogo vienen de aquí y de allá, homenajando otra vez la diferencia y el tacto. Manuel Moreno Friginals, Rafael Rojas, José Triana, Gustavo Pérez Firmat, Antonio Benítez Rojo, Emma Álvarez-Tabío Albo, Natalia Bolívar, ofrecen visiones que giran en torno a diferentes facetas del arte y la historia en Cuba. Una muestra de cine cubano y obras teatrales complementan una exposición multidisciplinaria y diferente, afirmadora de la cubanidad, más allá de las controversias y el desacuerdo.

Siguiéndole los pasos a la cita de Barcelona, el Centro Atlántico de Arte Moderno (Las Palmas de Gran Canaria), la Fundación “La Caixa” y el Centro de Arte Santa Mónica, de Barcelona, exhiben hasta finales de 1996 “Cuba

¹ FUENTES PÉREZ, ILEANA: *Por decisión o por circunstancia. Razones de un exilio inevitable*. Catálogo de la exposición “Outside Cuba / Fuera de Cuba”. New Jersey State Council of the Arts. 1988.

² BALLESTER, JUAN PABLO; ESCALONA, MARÍA ELENA; DE LA NUEZ, IVÁN: *La isla posible*. Catálogo de la exposición: “Cuba, la isla posible”. Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona y Ediciones Destino, 1995.

Siglo xx: Modernidad y Sincretismo”, el último y más abarcador de los intentos “para acercarse a diferentes movimientos y figuras del arte cubano, poco conocidas en Europa (...), con especial atención a los artistas de los ochenta”.³

Lo primero que llama la atención es el empeño de los comisarios María Luisa Borrás y Antonio Zaya en no dejar a nadie fuera del tintero. En los diversos textos que apoyan y explican el discurso plástico cubano están desde Gerardo Mosquera, el crítico cubano más reconocido internacionalmente y “padre” de la promoción de los ochenta hasta Juan Martínez, profesor de Historia del Arte en la Universidad de Miami. Juan Antonio Molina y Eugenio Valdés, antes especialistas del Centro Wifredo Lam, de La Habana, y ahora en lo que en buen cubano de hoy podría llamarse “trabajadores por cuenta propia”, escriben sobre la fotografía y la década de los noventa, respectivamente. Iván de la Nuez, en un polémico ensayo discursivo sobre el arte y la política en las primeras décadas posteriores a la llegada de la revolución y Nelson Herrera Ysla, subdirector del Centro Lam, organizador de las Bienales de arte de La Habana, se ocupa del boom del cartel cubano de los sesenta. El mismo Zaya, resume los ochenta. Tonel, autobiográfico, repasa la historia del arte en Cuba centrando su discurso en las tres últimas generaciones de artistas.

El éxito, más allá de lo aclaratorio y discutible que algunos textos puedan ser, está en agrupar la crítica en un mismo espacio, en convertir también el catálogo en un punto de diálogo y reflexión, más allá de las divergencias de corte político y el desencuentro de las que también el arte cubano es víctima hace más de treinta años.

Si tenemos en cuenta que sólo dos artistas del exilio han podido romper la barrera y exponer dentro de la Isla⁴ en galerías privilegiadas y con el consentimiento oficial, el empeño de reunirlos a todos, sin más separación que la de sus estilos o la de sus promociones, deviene en un espacio imprescindible más que necesario para conciliar la cultura cubana. Lo único lamentable es que este encuentro no haya podido ser allá, en la recurrente Habana, donde está el origen y el motivo.

³ Luis Monreal Agustí, Director General de la Fundación “La Caixa”, palabras de presentación a “Cuba Siglo xx: Modernidad y Sincretismo”. Catálogo de la exposición, pág. 13. En el catálogo se obvia cualquier referencia a “Cuba, la isla posible”, el antecedente más próximo a la muestra aquí reseñada.

⁴ En 1983 Ana Mendieta coloca en el Museo Nacional de Bellas Artes de La Habana su exposición “Geo-Imago”, convirtiéndose en el primer artista del exilio que logra romper el silencio y el olvido de las autoridades cubanas. Doce años más tarde, en 1995, Ernesto Pujol exhibe en la Galería Latinoamericana de la Casa de las Américas “Los hijos de Pedro Pan”, siendo el segundo en ser admitido en una galería oficial cubana. El mismo año, en un tercer viaje a La Habana, Pujol expone “Trofeos de la Guerra Fría”, pero esta vez Ernesto evita la institución acudiendo a “Aglutinador”, la casa de Sandra Ceballos y Ezequiel Suárez –creadores de los noventa– convertida en un espacio alternativo de exposiciones. En 1996 el artista lleva a la Fundación Ludwig de La Habana “La mesa de Saturno”, una hermosa metáfora sobre el patriarcado y el paso del tiempo. Pujol se ha convertido así en el único artista del exilio que ha podido alternarse entre la institución oficial, el margen de las fundaciones y la iniciativa privada en Cuba.

De lo primero que se queja Zaya es de no poder contar con algunas de las obras maestras que atesora el Museo Nacional de Bellas Artes de La Habana que, por “razones técnicas de fuerza mayor” no pudieron salir de Cuba. El Museo Nacional de Bellas Artes de La Habana cuenta con la colección más importante del mundo de pintura y grabados cubanos desde el siglo XVI hasta hoy y su ausencia se echa de menos, sobre todo en el arte que se hace durante el período republicano (1902-1959). Quedan otras ausencias significativas, difícilmente explicables para las pretensiones de la exposición.

La muestra arranca con dos artistas del siglo pasado, ninguno de ellos cubanos, el vasco Víctor Patricio Landaluze (1828-1889), representado con sus “Tipos y costumbres” y el francés Federico Miahle (1810-1881) con los grabados de la serie “Isla de Cuba Pintoresca”, ambos justificables si partimos del interés de los comisarios en la convivencia intercultural y el carácter sincrético de la cultura cubana, pero formal, cronológica e ideológicamente (ninguno de los dos era cubano, Landaluze fue un fiel defensor de la corona española y en sus obras pintorescas representaba a los esclavos en el mejor de los mundos posibles) imposibles de ubicar como antecesores de la vanguardia. Si Landaluze y Miahle estuvieran acompañados por Esteban Chartrand y Eduardo Laplante, por ejemplo, la visión de la segunda mitad del siglo XIX no quedaría tan relativa y aislada y respondería con más eficacia al lema que rige la exposición. Rafael Blanco con sus esquematizaciones figurativas y su grotesco es una figura clave –y bastante olvidada– para entender el proceso de transición de la academia a la vanguardia en Cuba. Su nombre sigue a la espera.

Dentro de la rebelión que es la primera vanguardia, la que se fue a París y volvió con un lenguaje más universal, opuesto a las enseñanzas de la Academia y representando en sus lienzos temas caros a la identidad nacional, podemos encontrar dos cuadros de Amelia Peláez y otros dos de Carlos Enríquez que, aunque fueron pintados en etapas posteriores (décadas del cuarenta y cincuenta) apoyan la tendencia hacia la nacionalización temática de la pintura. Las gitanas y adolescentes de Víctor Manuel y las religiosas místicas y monocromáticas de Fidelio Ponce completan la presencia de los pintores de la primera vanguardia en la muestra. Más ausencias que presencias. Jorge Arche, Arístides Fernández, Antonio Gattorno, Marcelo Pogolotti, Domingo Ravenet, sólo quedaron en las reproducciones que ilustran el catálogo o en las palabras del crítico Juan A. Martínez.

Eduardo Abela, inexplicablemente ausente, podría resumir esta etapa con dos de sus mejores creaciones, completamente diferentes una de otra: El lienzo “Los Guajiros”, guardado en el Museo Nacional, obra medular de la vanguardia cubana (imposible de exponer por la negativa de las autoridades cubanas a cooperar con el evento), y la creación en 1937 del tan efímero como importante Estudio Libre de Pintura y Escultura, del cual fueron profesores el mismo Abela, Víctor Manuel, Arche y que sirvió de taller a figuras que, como René Portocarrero y Mariano Rodríguez, continuarían los caminos vanguardistas. “Estudio Libre tendrá que enfrentarse con la anarquía de la sensibilidad



Marta María Pérez. *No zozobra la barca de su vida* (1995). Obra expuesta en CUBA SIGLO XX. MODERNIDAD Y SINCRETISMO.

que le arroja San Alejandro y contra la posibilidad de cualquier romanticismo indiscreto que entre nosotros comporta lo libre y altanero”.⁵

Otro de los intereses más logrado de la muestra es el apartado especial, en texto e imagen dedicado a Wifredo Lam. En los cuadros expuestos de nuestro pintor más internacional se puede apreciar toda la fuerza de lo afrocubano y el inmenso poder de síntesis de un artista que revoluciona, como ningún otro en la isla, el lenguaje plástico, dejando una legión de seguidores que volverían, una y otra vez, a ubicar sus poéticas en el plano de la identidad y la cultura afrocaribeña.

Mariano Rodríguez, René Portocarrero, Cundo Bermúdez y Mario Carreño son los pintores de la segunda vanguardia traídos a “Siglo xx: Modernidad y Sincretismo”. La diferencia salta a la vista cuando se comparan con los de la vanguardia que los antecede: menos anecdóticos, más sueltos (pocos de ellos pasaron por las aulas de San Alejandro) y con una visión de lo cubano que supera el afán narrativo de sus maestros.

De ignorar prácticamente la abstracción lírica y concreta de los cincuenta (cuelgan dos abstracciones de Mario Carreño) se pasa con prisa a las dos primeras décadas del arte después del triunfo de la revolución liderada por Fidel Castro. El expresionismo, el fuerte expresionismo de Antonia Eiriz y Umberto Peña junto con el pop de Raúl Martínez, obras muy posteriores de Manuel Mendive y otras de Nelson Domínguez. En el nostálgico texto de Antonio Eligio

⁵ LEZAMA LIMA, JOSÉ: *La visualidad infinita*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1994.

(*Tonel*) sobre la década de los setenta⁶ el crítico cubano carga de igual contenido ideologizante a las “recogedoras de naranjas de Nelson Domínguez como a los trabajadores agrícolas –minimizadas por el paisaje o por el rastro de los tractores sobre el fango– de Tomás Sánchez”.⁷ Pienso que en Tomás Sánchez, a diferencia de este Nelson Domínguez, todo lo que no sea paisaje es aleatorio, las huellas del tractor “contaminan” el paisaje, pero no lo cargan ideológicamente. Es la huella del hombre, en el sentido más ontológico, no las transformaciones que la revolución pudo hacer en el campo. Como fue una huella de tractor, lo fue también el paso de una gaviota, o las inundaciones y hasta los basureros, apocalípticas visiones ya no del paisaje que el hombre destruye, sino del que puede crear. En este sentido la figura de Tomás Sánchez se nos revela como innovador de la pintura de paisaje en Cuba⁸ por la perspectiva de vuelo de pájaro y por la técnica que utiliza, que no pintor de zafras y movilizaciones.

Más que renombrada, a veces pomposamente, mágica y maldita, dispersa hoy por medio mundo, el giro del arte en Cuba se define en la “década prodigiosa”: los Ochenta, por supuesto.

Ya Zaya, buen conocedor de Cuba y del arte cubano, nos había advertido del interés que esta revisión del arte cubano contemporáneo tenía en la promoción de los ochenta. De los ochenta se ha hablado tanto que vagamente me atrevo a decir (cosa que también se ha dicho) de su interés por lo latinoamericano, presente en las poéticas de Juan Francisco Elso y una primera etapa de José Bedia, más interesado en los ritos afrocubanos, practicante él mismo de estos cultos sincréticos, de la revisión crítica de su entorno (tan crítica que pasaron la línea de lo permisible hasta quebrantar el hasta dónde y hasta cuándo la censura podía tolerar y que terminó en el exilio masivo de

⁶ La mal estudiada década de los setenta se le ha llamado la “década gris” y muestra una generosa promoción de plásticos graduados en las escuelas de arte creadas por la revolución, en la que la fuerza del dibujo predomina sobre la pintura. Algunos representantes de este período son Nelson Domínguez, Zaida del Río, Pedro Pablo Olivera y Roberto Fabelo. Situada dentro de la vorágine y el conflicto que generaron las décadas anterior y posterior, los setenta han tenido que conformarse con la nada deseable etiqueta de “oscuros” por la evidencia de compromisos políticos y el protagonismo conceptual cedido al pueblo en algunos de sus creadores. Para una defensa de la década de los setenta ver el ensayo “70, 80, 90... tal vez 100 impresiones sobre el arte en Cuba”, catálogo de la exposición “Cuba, Siglo XX: Modernidad y Sincretismo”, p. 281.

⁷ ANTONIO ELIGIO, (*Tonel*): “70, 80, 90... tal vez 100 impresiones sobre el arte en Cuba”. Catálogo de la exposición “Cuba, Siglo XX: Modernidad y Sincretismo”, pág. 286.

⁸ El género del paisaje en los años sesenta y setenta no manifestó grandes cambios. Luis Martínez Pedro con su serie “Aguas territoriales” lleva a la abstracción el sentido de la insularidad, Ernesto González Puig también trabaja el concepto de isla, pero desde una perspectiva más “ingenua, con derroche de color”. Las abstracciones homoeróticas de Servando Cabrera Moreno podrían considerarse paisajes humanos, geografía corporal. Tomás Sánchez, ex-alumno de Antonia Eiriz (1931-1995), llegó a la totalidad del paisaje en una lenta conversión desde el expresionismo grotesco; sus obras expresionistas, de reducido formato, se transformaron en un proceso donde la figura humana fue perdiendo importancia hasta desaparecer. Tomás Sánchez formó parte de la promoción de los ochenta. Vive en Miami.

los componentes de esta generación, facilitado también por la censura y descompresionando el polémico panorama de las artes plásticas en el país) y de la apropiación de la cultura vernácula y todo lo que la posmodernidad como discurso estético ponía en sus manos.

El boom de los ochenta vuelve a colocar a la pintura cubana en el panorama internacional de las artes plásticas. Los artistas comienzan a descubrir el mercado, ese difícil juego al que nunca habían tenido acceso y algunos logran establecer su posición en las ciudades donde fueron a parar: unos en México, Monterrey, entre Miami, Barcelona, Caracas, Nueva York o París, lugares donde han fijado residencia. Otros no han podido reciclar su discurso (pegados en exceso al contexto) y quedaron en el olvido.

Alternándose con los ochenta aparece el grupo de pintores que viven y han consolidado su obra en el exilio, elaborando sus poéticas sobre la base de lo que vivieron en Cuba y la asimilación de la cultura norteamericana. La biculturalidad es uno de los rasgos que identifica como grupo social a los cubanoamericanos y en el plano conceptual el trabajo con la identidad, abordada en el plano ético, sexual, histórico y cultural. En esta línea quedan los trabajos de Ana Mendieta, Luis Cruz Azaceta, Félix González-Torres, Ernesto Pujol, César Trasobares y Julio Larraz, entre otros muchos.

Quizás el mayor de los aciertos de “Siglo xx: Modernidad y Sincretismo” esté, precisamente, en hallar el sitio para todos. A pesar de la ausencia de las colecciones estatales de museos y galerías cubanos⁹ el propósito se cumple: están todos, o casi todos, y esa labor merece reconocimiento y aplauso. Si hay que lamentarse de algo es de que esta antología no pueda verse en La Habana, donde la obra de muchos de estos creadores es prácticamente desconocida y donde sus nombres no aparecen en los planes de estudio de la universidad y sus producciones no se debaten en los encuentros teóricos sobre la cultura de la isla, que para la arcaica práctica del Ministerio de Cultura sigue siendo una, sola y monolítica.

Se tendrá que seguir esperando para poder disfrutar en el mismo salón de La Habana de las metáforas de la memoria y el tiempo de los artistas cubanos del exilio, mientras tanto, sirvan exposiciones como ésta para estrechar la brecha y acercar el encuentro.

“Cuba, Siglo xx: Modernidad y Sincretismo” alivia la distancia y la “maldita circunstancia del agua por todas partes” de la que, lúcido y premonitorio, habló Virgilio Piñera y que hoy nos acosa como el primer día.

⁹ En los agradecimientos del Centro Atlántico sólo aparece la Galería Habana, de La Habana.

El lugar de Gastón Baquero

Pere Gimferrer

Un poeta transterrado no sólo lleva consigo su tradición autóctona como un continente –¡o una isla!– portátil: puede, además, convertirse en fecundador para su nuevo territorio de adopción. Así fue Gastón Baquero para muchos de quienes, en España, empezábamos a escribir poesía en los años 60; así, en su *Memorial de un testigo*, reconocimos la voz de un maestro, extrañamente afín a nuestras propias voces. Su suntuosidad no era sólo un lujo del lenguaje, sino también un lujo del espíritu; su poesía toda al cabo, era y es un lujo de la poesía en español. Lo sensorial, en ella, delata su indagación moral. De modo tan inequívoco como José M^a. Heredia o como Julián del Casal o como Lezama Lima, Gastón Baquero encarna la alteza de la estirpe poética cubana y el lago de fuego en el que la poesía hispánica de ambas orillas se reencuentra, como en un espejo incendiado en el que Narciso viera los ojos de la Górgora con su propio ser más en lo hondo.



Rolando López Dirube. *Armadura vulnerada VIII* (1972). Concreto de aluminio y nódulos de cerámica expandida.

Rito doble para Lina de Feria

JOSÉ PRATS SARIOL

Lina de Feria
Los rituales del inocente
Editorial Unión
La Habana, 1996, 90 pp.

NI CULPABLE NI RITUALISTA. EN LAS GRANDES festividades, las más solemnes, el rito debe ser doble. En las grandes contriciones, las más íntimas, no hay pecado. Libro de pesadumbres y congojas, *Los rituales del inocente* reafirma que el amor todo lo puede, que desde él ni avanzamos ni retrocedemos, nos desplazamos sin dejar de ser siempre un conjunto de normas. Desde esta señal Lina de Feria (1945) recrudescen su identidad dentro de la poesía cubana: la misma de *Casa que no existía* (1967), de *A mansalva de los años* (1990), de *Espiral en tierra* (1993).

El nuevo desplazamiento está separado en dos zonas: los treinta y ocho poemas breves que abren el cuaderno, y un largo poema-crónica, dividido en XXVII epígrafes: “El alud y el sepultamiento”. Tal vez ambas zonas debieron aparecer por su lado, aunque al tratarse de una poetisa que siempre concurre, que vuelve a sus mismas atmósferas vitales, igual pudieran aparecer los primeros poemas como segmentos, que el segundo con nombres independientes para cada número romano, que todos como un testimonio de quebranto y aflicciones, de vía crucis.

“Al servicio perenne de la hurtadilla sombra” ella le da la mano a Emily Brontë para iniciar “En la vetusta noche” sus *Rituales*, tal como hiciera en aquel antológico, inolvidable poema “Calzada y D”, cuando en realidad sus congojas turbulentas –sin edades– comenzaban a marcar el “dejo amargo” que Luis Marré supo observar en sus versos.

Por supuesto que la coherencia o incoherencia sólo aporta un sesgo descriptivo,

que poco influye en la valoración estilística, que poco determina las cualidades y calidades expresivas de una obra. Pero al margen de las iteraciones sí puede sugerirse que la singularidad, entendida como una distinción sin equívocos, mucho depende de que la escritura acendre determinados artificios, específicos signos vitales. Así ocurre, casi siempre sin proponérselo, con los poetas más inconfundibles de cualquier idioma, Char o Pound, Borges o Quasimodo... *Mutatis mutandi* ocurre con Lina de Feria. Deslindar cuáles elementos forman tal singularidad es nuestro propósito, sobre la base endeble de que en las últimas décadas, sobre todo a partir de los eclecticismos críticos de los 80, se viene produciendo una fragmentación de poéticas, unas mixturas que tienden a la despersonalización.

No ocurre de similar manera con los poemas de *Los rituales del inocente*. En ellos se recrudescen los melancólicos ensimismamientos existenciales que tanto sorprendieron hace treinta años, a raíz de que ella obtuviese el primero de los premios David de poesía, venturosamente compartido con otro libro único: *Cabeza de zanahoria* de Luis Rogelio Noguera. En ellos, por citar una referencia querida por la autora, los desasosiegos de Fernando Pessoa vuelven a marcar, a repetir la temblorosa ceremonia; el ritual de quien a pesar de todo exhibe su inocencia, la que nunca perdió aunque comiera manzanas y serpientes, güijes o nísperos.

“Ahora que el fin de siglo / se está muriendo de verdad” –como ella dice en “Simbiosis”, el poema dedicado a María Luisa Bemberg por su *Sor Juana*– nada más valiente que enfrentarlo con la melancolía que en los años 90 del siglo pasado supieron tener Julián del Casal y José Asunción Silva. Las interrogaciones de Martí y de Rubén Darío, la controvertida estética del modernismo hispanoamericano, se re-crea en estos poemas, conforma un substrato que no deja de pescar en el surrealismo y en la posvanguardia peces con y sin testamentos –de Gorostiza a Baquero, de Lezama Lima a Octavio Paz, de Cernuda a Aleixandre. La recreación de temas bíblicos –como en el poema

“Sueño del dromedario”; la “cruel belleza”, la certeza de que “el destino es una casa de espejos / donde la frente choca equivocando puertas”, no deja de tener un cisne, una esmeralda, un encaje –como cuando en el poema que da título al libro dice: “Los rituales tienen sucesiones / al no compararme con la muerte / sino nacer de algún silencio / derivando a alegría”. Otro ambiente finisecular está tendiendo puentes hacia la poesía modernista, alimentado en el caso de Cuba por la cercanía a otro 98, por un cuello de cisne que no avizora su búho, pero que no ceja en la defensa de su identidad como nación.

En fin, que las penurias vivenciales no han logrado apagar esta voz que enorgullece la poesía cubana. Lo mismo que supo conjurar veinte años de silencio editorial con *A mansalva de los años*, y ascender así sobre sí misma al modificar las complejas circunstancias personales y sociales que padeciera; lo mismo que en la línea filosófica de Fina García Marruz y Francisco de Oráa, de Raúl Hernández Novás y Amando Fernández, supo romper las malignidades de la enajenación cotidiana con la fe en Dios; al igual sabe ahora refugiarse en el hijo (Sebastián) y en la hermana (Dulma) para no dejarse aniquilar, para seguir andando o renqueando “sin tinajas turísticas / y el casco histórico / que hiende su ponzoña en los mares”.

Sobreponerse a las desgarraduras de cada depresión no silencian sino potencian su grito, su rebeldía honda y frágil. En un poema que no sólo por símbolo sino por confesión liberadora titula “Historia”, dice: “sólo este breve animal / que rueda como un centavo de calamina / muerto para siempre / y que se despedaza contra el suelo mudo”. Y en los dos versos finales de “Quiero venir calada” corrobora la tragedia: “pobre tiempo este / mirando que no sigue la historia su camino”. No creo que hagan falta más pruebas. El argumento se teje, plurisémicamente, en la Isla, en su Isla. Las lecturas lo mismo denuncian al tiempo que a la inmovilidad. Física y metafísica abren grietas ontológicas y sociales. Ofrecen a cada lector sus quebraduras en la Cuba de hoy. Y lo hacen sin edulcorantes.

O quizás sea más sencillo, cuando se extraña para contemplarse mejor, para alejarse

y que su propia perspectiva le permita mayor lucidez, como acostumbra a hacer la visión fenomenológica cuando desea filosofar sin premisas. Ella dice entonces: “y me acuerdo que protegí / a aquella mujer / tan incapacitada para la vida / que un lastre eran sus ojos / que una ligereza la menuda piel”. Y se pregunta en “Al cabo sorprendida” por la diáspora individual y colectiva, universal y cubana: “¿Quién nos convirtió en emigrantes?” Y se consuela porque “el mundo era una alcurnia de vejeces”, en “Era breve”, porque siempre intuyó lo mismo: la misma lobreguez: “la gran furia / aunque rodé hacia el agua de las rejas”.

Estas “soledades” –de doble sentido– son el ritual. Son su peculiar “hilillo a cuestras de la vida”. Son los peregrinajes por la “noche oscura del alma” los que determinan el predominio de la tonalidad elegiaca en toda su poesía. Por ello, aunque la ha buscado siempre, no hay paz. Aunque en el poema homónimo trate de asirla, trate de indentificarla: “quiere decir hallar un roce donde el mundo de nuevo / empiece por un grande caballo en la maleza / que no conoce de altas carretas en la noche / y brinca los escollos / después de las caricias”.

No hay sosiego. Son poemas confesionales. Poemas penurias. Poemas que verifican el exacto epígrafe de Antonio Machado que ella pone al frente de “El alud y el sepultamiento”, cuando el poeta sin camino le enseña: “Nosotros exprimimos la penumbra de un sueño en nuestro vaso, y algo, que es tierra en nuestra carne, siente la humedad del jardín como un halago”. El código oxidado se puede refrescar un rato, pero siempre retorna a la propia, íntima extrañeza, con su intensidad de mar de leva, con “el ojo ciego del planeta”. No hay, reitero, sosiego. Ella misma sugiere la clave de lo que sus poemas intentan conseguir: “caotizando por un segundo lo que es informe / sin semáforos turbios / ni textos oficiales induciéndonos / sino la mano viva tanteando los confines”. Nada más. No hay –no debe haber ni en la crítica algodonosa que denunciara Virgilio Piñera– ningún equívoco, ninguna tergiversación de su poética autoral, de su vida que como “El cervatillo” lame y lame su “pobrísimas pata polvorienta”.

Para los que seguimos poema a poema, libro a libro, antología a antología, el decursar de la poesía cubana –tan llena de inflaciones como cualquier otra. Resulta muy estimulante observar cómo los mejores autores de las más recientes promociones admiran entrañablemente a Lina de Feria. Se ha producido una situación similar pero desde la otra punta a la que vivimos a finales de los sesenta, cuando algunos poetas supieron darse cuenta de que nacía una voz de genuinas estrellas y cometas. Si entonces Eliseo Diego y Manuel Díaz Martínez, César López y Antón Arrufat, Pablo Armando Fernández y Fayad Jamís, supieron captar enseñada su talento; hoy María Elena Hernández, Carlos Augusto Alfonso, Norge Espinosa o Sigfredo Ariel saben apreciar muy bien, intertextualizar con sagacidad, la metáfora de quien es ya la más culpable de su inocencia, la menos ritualista de su ceremonia. Con lo mejor de la literatura cubana actual puedo concluir la recensión desde una pareja de sus versos. Repetir y repetir –¿acaso no son rituales de un inocente?– que “todo está tan oscuro / como cuando esperamos ver el amanecer”. ■

Las memorias políticas de Régis Debray; de padres, de nación y de derrotas

FERNANDO CARVALLO

Régis Debray
Alabados sean nuestros señores.
Una educación política
 Ed. Gallimard
 París, mayo de 1996, 592 pp.

*La desdicha de todas las generaciones
 es que terminan por realizar sus ilusiones*

BALZAC

SI BIEN EL LECTOR LATINOAMERICANO SE VERÁ tentado de leer el último libro de Régis Debray poniéndolo en relación con Fidel Castro, Ernesto Guevara y Salvador Allende, sería erróneo referirlo en Francia sólo a las figuras de Louis Althusser y François Mitterrand. Con Debray las cosas no son nunca simples y su gusto por desarrollar el discurso a través de polaridades y explotar las potencialidades de los detalles del azar puede ocultar dimensiones más sutiles del relato.

El extraño título, por ejemplo, (*Alabados sean nuestros señores*) desplaza la reflexión de lo histórico a lo religioso, requiriendo la aparente sobriedad del subtítulo: *Una educación política*. La verdadera pista interpretativa la sugiere sin embargo el epígrafe tomado de *La educación sentimental*, la novela en que Flaubert intenta un fresco del panorama creado por la derrota de la Revolución de 1848. Dos viejos amigos conversan resumiendo sus vidas y constatan que ambos han estropeado sus sueños de amor o de poder. Uno por falta de rectitud, el otro por exceso: “Yo tenía demasiada lógica, y tú demasiado sentimiento”. Acabado el balance, los personajes se separan acusando “...a la suerte, las circunstancias, la época en que había nacido”.

Sueños estropeados, de amor o de poder. Tal parece ser el punto de partida y el horizonte de la reflexión del filósofo que Debray no ha cesado nunca de ser. De ahí que las referencias, a veces veladas, a las *Memorias de Ultratumba*, de Chateaubriand y a las *Memorias* del Cardenal de Retz expresen la intención del autor de ubicar su libro en una tradición de la literatura francesa: la autobiografía como meditación sobre finitud y fracaso. Aún más original es incluir al moralista La Rochefoucauld entre sus ancestros, puesto que Debray atribuye al autor de las *Máximas* el empleo del “nihilismo engañoso” para reponerse de su derrota política en el enfrentamiento con Luis XIV. Las referencias a Cioran, cuyos ardores políticos juveniles han sido revelados después de su muerte, completan el Panteón de los escritores que han contemplado la historia como el escenario de una derrota.

El libro de Debray está dividido en dos grandes secciones y concluye con un *Pequeño*

léxico militante. Si la parte final desborda ironía y humor negro, a la manera del *Diccionario de ideas recibidas*, de Flaubert, las dos secciones centrales están escritas en tono grave y prosa trabajada. En ellas la voluntad de criticar despiadadamente ideas y actitudes no excluye el deseo de reivindicar personas y afectos. En la primera parte, bajo el título de *Los Comandantes*, Debray relata su experiencia en América Latina, iniciada y llevada a su clímax por iniciativa de Fidel Castro. En la segunda, *Los gobernantes*, reflexiona sobre su participación en la política francesa al lado de François Mitterrand. En ambos casos se trata de “señores” del poder, ante los cuales el joven escritor convertido en memorialista de edad madura intenta ubicarse. Las dos partes del libro terminan con rupturas. Para apartarse de la revolución cubana Debray habla de “desenganche”, mientras que para caracterizar el fin de su colaboración con el régimen de Mitterrand, Debray usa la expresión ritual que anuncia el fin de la liturgia romana: “*Itē missa est*”. El autor cree haber sabido romper con ambos procesos después de constatar la traición de sus respectivos ideales. El joven guerrillero Castro se convierte en tirano otoñal, mientras que el reformista Mitterrand se somete a las exigencias de la bolsa y no aspira a nada más que durar.

François Maspéro ha dicho que las páginas más convincentes son las consagradas a explicar la idea gaullista de una “Europa de naciones”. Sin embargo, la intensidad de sus experiencias entre 1965 (llegada a La Habana para la Conferencia Tricontinental) y 1973 (derrocamiento cruento de Salvador Allende) supera a la segunda parte de su aventura en la periferia del poder. Más aún, Debray afirma haber llegado a Mitterrand a partir de un azar que comenzó con Guevara y pasó por Castro y Allende. Su evolución junto a esos dirigentes, corresponde al cambio que lo ha llevado de la “revolución a la república”. La experiencia en América le permite reconocerse francés, superar su “autoalergia” como variante nacional del odio a sí mismo: “Hasta 1967 sentía vergüenza de ser francés”. Dos años en América Latina le bastaron para asumir su realidad: “Ya sabía

por entonces que yo era sólo un francés, europeo en el mejor de los casos, y que nadie puede escapar a este encogimiento después del lavado, amputación ingrata de la ubicuidad... ¿Cómo engañar a la finitud?”. El tema del europeo enredado en amores desdichados y en revoluciones latinoamericanas imposibles le había servido de telón de fondo en sus novelas de los años setenta (*El indeseable* y *La nieve quema*). Esta vez, es un pensador de la época de la globalización y los repliegues identitarios que hace el balance de sus andanzas. Su balance coincide con el del fin del siglo, por lo que el libro es a la vez “novela de aprendizaje” y “verbatim de un final de juego”.

Las memorias de Debray tienen la peculiaridad de expresar a la vez a un hombre de acción y a un hombre de la palabra, a un extranjero en América y a un marginal en los circuitos de poder en Francia. Si lo esencial de su análisis sobre el régimen castrista y sus protagonistas se hallaba en *Las máscaras* (1988), su contribución era esperada porque aparece después de diversas publicaciones literarias y ensayísticas sobre la realidad cubana escritas en Francia (Masetti, Rosenthal y Fogel, Orsena, Valdés, Benigno). Entretanto, se han producido los fusilamientos de 1989, la desaparición de la Unión Soviética, el desmoronamiento económico, la crisis de los balseros, el endurecimiento político. Su testimonio sobre Guevara se produce mientras se anuncian diversos libros sobre el más sacralizado y el menos conocido de los dirigentes revolucionarios.

El relato de su desencanto cubano importa sobre todo por el análisis sutil de la dificultad para reconocer la evidencia. El pasaje en que cuenta, por ejemplo, su tentativa fallida de buscar el apoyo de Sartre en 1971, evoca un clima en que las dudas son acalladas tanto por la necesidad de creer como por el deseo de “mantenerse en familia”. Cuando acompaña a Mitterrand a La Habana en 1975, escucha con disgusto el comentario del futuro presidente francés, que había constatado la incapacidad del líder cubano para dialogar: “¿Qué otra cosa podíamos esperar de un dictador?”. En clara polémica con el libro de François Furet (*El*

pasado de una ilusión), Debray intenta presentar sus experiencias de “revolucionario profesional” para comprender con matices y sin triunfalismo las creencias y los errores de una época, acaso comparables a los de todas las épocas. “Algunos militantes inteligentes han necesitado veinte años” para dejar de ver en Castro la encarnación de sus sueños, y al hacerlo la consecuencia ha sido peor que la desilusión: “el suicidio y para la mayoría, la ruina del sentido de la vida... En Cuba el alcoholismo, la depresión melancólica o el cañón de la pistola han resuelto a trompicones, según los temperamentos, la dificultad objetiva”.

Es original el uso del concepto de “futuro anterior”. La representación del porvenir que cada generación elabora condiciona las opiniones y los comportamientos. Renunciar a comprenderla, equivale a condenarse a no entender la época. De ahí que Debray reconstruya el clima mental y la circunstancia material de su generación para explicar los destinos individuales de sus miembros: los acontecimientos de los años sesenta, pesan tanto como el sentimiento de haber llegado tarde a la historia, de no haber podido participar en el mito heroico de la Resistencia, de pertenecer a una “generación de serie B”. Se echa de menos sin embargo un análisis de la influencia de la guerra de Argelia sobre su formación.

Debray interpreta comportamientos políticos a partir de razones afectivas. Fiel a la generosidad de muchos de sus compañeros, a la convicción de haber querido asentar la vida en valores diferentes a los naturales y a su idea de una izquierda cuyos “mitos guardaban una dulzura femenina”, no se priva de burlarse del “culto macho-leninista del superhombre armado”. Al cabo de diez años en América Latina intentando inutilmente “cambiar de alma” y “hallar un país que me fuera como el guante a la mano”, sus estadías en el Chile de Allende “aceleraron mi reeducación secular. Subversión en la subversión. Casi lograron descristianizarme... En este país magníficamente femenino todo transmitía este mensaje libertario y pagano: el sufrimiento no salva”. El tema del sacrificio remite otra vez al lenguaje religioso, a dimensiones ocultas que

marcarían el pensamiento revolucionario y se encarnarían sobre todo en la figura del Che Guevara. El carácter sacrificial y la pulsión de muerte explicarían también la rigidez autocrática, el rechazo de afectos subjetivos y la inflexibilidad para aplicar castigos (incluida la pena de muerte) que Guevara ejerció a lo largo de su carrera. Se comprende que el más célebre de los guerrilleros haya “escogido entrar en la leyenda para salir de un atolladero personal y político”. La supuesta epopeya de Guevara, que Debray contribuyó a preparar, teorizar y ejecutar militarmente, le merece hoy el siguiente comentario: “El menos enterado vería en esta proeza de misántropo una obra maestra de la negación del arte de la política... Guevara no amaba a los otros porque no se amaba a sí mismo, habiendo dedicado su infancia a superar una constitución bastante endeble y un asma incurable... El jefe exigente de disciplina implacable y rigurosa no escapaba al abuso del poder, con un oscuro y mal disimulado regocijo”. Y sin embargo, Debray confiesa: “El tabú es tal que he necesitado veinte años para reconocer una paradoja corroborada por cien indicios, que el Che Guevara no fue a Bolivia para ganar sino para perder. Así lo exigía su batalla espiritual contra el mundo y contra sí mismo. Algunos lamentan que no haya prevenido de este detalle a los compañeros que llevó consigo. Su subconciencia había olvidado de advertírselo a sí mismo”. Quince años después de la publicación de *Crítica de la razón política o el inconsciente religioso*, Debray explora su idea según la cual “el comunismo ha sido el último avatar de las religiones del Libro”.

Frente a Guevara y su pulsión de muerte, Fidel Castro aparece como el estadista experto en conspiraciones y que ha comprendido que la defensa de la patria puede servirle como recurso policial. “Guevara es un místico que quiere morir, Castro es un político que quiere durar... El primero es menos demagogo que Fidel, pero aún menos demócrata”. Debray aborda frontalmente el argumento final de defensa del régimen: el acoso norteamericano, la dignidad del débil, la soberanía. Con una fórmula lapidaria concluye: “No es lo mismo establecer una dictadura

provisional para dirigir una guerra, que hacer una guerra permanente para legitimar una dictadura vitalicia”. Cuando el cinismo es erigido de esa manera en legitimidad de gobierno los detalles de la política interna no tardan en manifestarse. Baste para probarlo los pasajes consagrados a los fusilamientos de 1989. A partir de ese momento Fidel pasa a llamarse Castro y Debray sentencia: “Hay que tener cuidado para no odiarse a sí mismo en los padres difuntos”. Lo que no se opone a un aforismo paradójico: “Fidel era un hombre muy simpático y poco recomendable, el Che un hombre antipático y admirable”.

Aunque el relato y el análisis de acontecimientos políticos adquieran por momentos una intensidad digna de los grandes libros testimoniales, el esfuerzo de Debray destaca por su voluntad de articular lo público y lo privado, desmitificando el culto a los grandes hombres. “Los hombres públicos suelen volverse públicos después de haber fracasado en sus vidas privadas”, había hecho declarar a uno de sus personajes. Esta vez se trata de analizar los resortes más privados de su propia carrera. Más que preguntarse por lo que había ido a hacer en América Latina, el autor sostiene que lo importante es la pregunta por el “¿Quién? ¿A qué predecesor quería yo parecerme?... Cada respuesta es una novela que nadie puede escribir en vez de uno mismo”. Es la novela de la vida de Debray la que estamos invitados a leer, el relato de su aprendizaje. Al principio era el aburrimiento: un profesor en Lorena, que prefirió la aventura latinoamericana en vez del camino trazado por el Ministerio de Educación. Pero el azar de la anécdota no haría sino desplegar una necesidad menos aleatoria: la búsqueda de un padre, “porque el genitor biológico no convenía a la función”. A medida que avanzan sus memorias, los sucesivos padres de sustitución y los parricidios correspondientes (Althusser, Castro, Mitterrand) van tomando un peso determinante. Desde ese punto de vista, sus experiencias revolucionarias resultan ser la expresión externa de un proceso íntimo. De la misma manera, la revolución cubana es una anécdota en “la historia de la pulsión de muerte”.

Vistas las cosas así sorprende el pudor de Debray sobre su infancia. ¿Cómo entender estas complicaciones filiales sin revelar la clave del inicio de una vida? El libro opta por comenzar el relato en 1965: “Nacer a la Historia veinticinco años después del nacimiento dispensa de tener que explayarse sobre el feto que uno fue antes”. Del feto sólo sabremos que tartamudeaba y que perdió la fe católica a los 15 años. Aún cuando parece querer evocar su historia privada, la idea de la nación lo detiene: “Lo que yo soy, irremediablemente, se jugó antes de mí y sin mí”. Que no se crea que la frase se refiere a su experiencia personal. Debray la explica diciendo que “no se escoge una comunidad como un reloj en una vitrina”. Así queda establecido el rol central de la nación, descubierto en contraste con los descendientes de Bolívar que hablaban de marxismo. La revelación tuvo lugar drante los cuatro años de cautiverio que Debray purgó en una cárcel boliviana: “Fue en la prisión que me volví un hombre libre”. Y sin embargo, el libro que parecía terminar con una meditación sobre la “necesidad de amo para poder prescindir de los amos” (Kant *dixit*), dedica sus últimas líneas al trineo Rosebud del *Ciudadano Kane*. Y filosofando sobre “el desamparo orgánico, la angustia de abandono y la búsqueda de padre protector”, Debray define al hombre como “feto persistente”.

Audaz en política, público en su vida privada, las memorias de Debray dan pistas para entender su nutrida obra escrita, sin lograr desenmascarar al personaje. El relato de su vida política comienza donde Sartre hacía terminar su autobiografía. El autor de *Las Palabras* dedicó sólo dos líneas a su padre: “Coexistimos durante catorce meses en el mismo planeta. Eso es todo”. Debray no culmina como Sartre buscando la salvación en la literatura, ni como Malraux proclamando la esperanza. Y sin embargo, su desencanto parece temperado por la terca voluntad de comprender y por la fidelidad al calor de los afectos. Quizá por eso se pueda aplicar a su libro el elogio que Trotski hizo de la novela magna de Céline: “Su pensamiento es tan intenso que termina por crear su propio antídoto”. ■

Sobre un libro que trata de “Orígenes”

NOEMÍ LUIS GUTIÉRREZ

Jorge Luis Arcos
Orígenes: la pobreza irradiante
Letras Cubanas
La Habana, Cuba, 1994, 195 pp.

EL LIBRO DEL INVESTIGADOR CUBANO JORGE Luis Arcos *Orígenes: la pobreza irradiante* es uno de los ejemplos más sostenidos y laboriosos de indagación por la saga origenista, por la labor poética, ensayística y cultural que supuso el paso de ese fundamental grupo de poetas en la literatura cubana. En él reúne el autor una serie de estudios críticos que andaban dispersos en otros libros o revistas y ofrece al estudioso, catedrático o estudiante, o al simple lector interesado, una panorámica suficientemente documentada y general de los aspectos históricos, filosóficos y poéticos que sustentan esa edificación intensa y proteica que Orígenes legó a la cultura cubana. Este libro de Arcos está excelentemente documentado, trabaja las fuentes y las ideas en eficaz síntesis y expone los asuntos de mayor relieve tanto cuando se ocupa de la poética de este movimiento, como cuando aborda las circunstancias históricas del surgimiento del grupo.

La posibilidad de contar con un texto crítico que tiene como centro de sus exploraciones cuestiones fundamentales concernientes al papel y el sentido poético de *Orígenes* no es, pese a lo que puede suponerse, un acontecimiento frecuente. Si bien es cierto que los poetas origenistas (José Lezama Lima, Cintio Vitier, Eliseo Diego, Fina García Marrúz, Gastón Baquero, etc.), son evocación concurrente y obligada referencia en la literatura cubana de este siglo y que sus nombres danzan epifánicamente

en la más inesperada esquina congresista, no es menos cierto que el conocimiento que de ellos se tiene está, en muchos casos, más cerca del barniz que de la médula. Ocurre, además, que la bibliografía crítica abunda en lo que respecta a un nombre, un libro, un dato, un asunto específico, pero son escasos los libros que se lancen al desentrañamiento más ambicioso de este fenómeno.

Reconstruir, desde una lectura ordenadora y sistemática, el complejo panorama origenista es uno de los propósitos que se desprenden de los ensayos reunidos en este libro de Arcos. Los doce trabajos que lo integran abordan el contexto y algunos de los textos fundamentales de los poetas que conformaron al grupo. Guían sus ordenamientos algunos temas, motivos, propuestas poéticas y actitudes cívicas. Tales actitudes y propuestas las aborda el autor desde la premisa de una profunda vinculación entre ellas, desde la coherencia que supone la proyección poética y el gesto generacional origenista con respecto al contexto histórico en el que desarrollaron su labor. La diversidad de aspectos que interesa a este investigador, así como el amplio registro de resúmenes investigativos que nos ofrece, constituye una propuesta de exponer y resumir, en un mismo golpe, el itinerario y la significación del asunto que le ocupa. Una de las premisas que vertebran la tesis de Arcos es la formulación de una poética origenista. Por ello aborda las resoluciones poéticas –a nivel de presupuestos, motivos e ideas que aparecen en los diversos poetas que integraron al grupo– y destaca la interconexión, la pluralidad sostenida desde comunes prismas ontológicos o filosóficos que dan cuenta de las afinidades estéticas entre dichos poetas. Cuando las sensibles diferencias discursivas, las entonaciones y los presupuestos se desplazan o utilizan hacia otras zonas de significación, como ocurre con insoslayable evidencia entre los poetas así llamados, entonces es la poesía o la poética concreta lo que ocupa su glosa. En este contrapunto entre la especificidad de *Orígenes* en tanto colectivo poético y las distintas modulaciones

discursivas y estilísticas propias de cada poeta, se sitúa la exploración de Arcos. A través de los doce estudios reunidos en *Orígenes: la pobreza irradiante*, se pasa revista a un buen número de cuestiones que unánimemente interesan a los exégetas y críticos de este movimiento. Esas brechas y polémicas, que le anteceden en el tiempo, se integran en el discurso crítico de Arcos, son los pilares desde los que se proyecta su entrada en Orígenes. El hecho de que las ideas que vertebran su itinerario por el fenómeno que le ocupa proceden del territorio trazado por la crítica preexistente da a estos estudios una eficiente calidad de conferencia monográfica, de expositiva cualidad pedagógica. Algunos de estos estudios, señala el autor, se escribieron con el propósito de ser incorporados en las páginas de una historia de la literatura cubana, de ahí que del rigor de sus fuentes, de su afán sistematizador, de la ordenada exposición de problemáticas y asuntos, resulte éste un libro obligado para los que se interesan por los temas origenistas.

Arcos, origenista de vocación, en una inicial declaración de principios nos dice que el concepto de tiempo ético –como lo ha definido y entendido Cintio Vitier–, es para él lo fundamental. Interesante reflexión que puede acercarnos a los centros de sus afinidades, pues las ideas definitorias y los epistemas origenistas instaurados en la reflexión crítica y ensayística por Cintio Vitier las asume Arcos en no poca medida. Si algún signo suficiente tendría que dar cuenta de su permanencia y su influencia en una cultura tendríamos en Orígenes un ejemplo inmejorable. Pues si el acontecer de este grupo poético deja una estela de premisas discursivas y de verdades asimiladas es justamente en el quehacer crítico dónde la potente influencia de su discurso se cierra a la verificación de otros sentidos. Tenemos al menos la certeza de que más allá de las polémicas, los desacuerdos y las mitificaciones, ese grupo instaura una manera de existir y de ver, una manera de sentirnos y de permanecer en las delicadas y laberínticas ocupaciones del espíritu, de la cultura. La vitalidad actuante de un hecho

fijada por la capacidad que éste ha demostrado para refractarse en el pensamiento ya no únicamente poético, que tangencial o abusivamente lo acoge, sino también dentro del pensamiento intelectual, dentro de un quehacer teórico y crítico que lo acompaña y lo espejea con apasionada perseverancia, tiene en Orígenes su realización más definitoria. Para la conciencia literaria de Cuba es este momento de la expresión nuestra el que encarna ese símbolo pleno desde el que se puede transitar, explorar y asumir toda una constelación de sentidos y de interrogaciones. Lezama –inmenso tótem y tabú del grupo– habló de esa “potente levadura” que es el signo engendrador con que una generación establece su acto de continuidad y permanencia. Y es esa potente levadura de Orígenes la que ha establecido una serie de textos y contextos ya ineludibles en el azar y el sino de lo cubano. La experiencia que estos poetas transmiten a los escritores e intelectuales radica en el hecho de establecer un cuerpo de lo cubano. Y en ese corsi y recorsi, en esa indagación en Orígenes y en la genealogía segregada desde él se constituye uno de los centros vitales del quehacer intelectual cubano.

Dos rasgos que, en breve síntesis, definirían este libro de Jorge Luis Arcos son lo abarcador de su contenido y lo sistémico de su propuesta de lectura. Mirada abarcadora porque expone y resume gran número de temas y tópicos relativos a Orígenes. Abarcadora también porque ofrece una amplia bibliografía de los textos de creación de dichos poetas y lo acompaña con un índice importante de los estudios dedicados a los mismos. Sistémica porque nos presenta una imagen integradora del fenómeno que trata, porque sustenta su análisis en algunas de las directrices que tienden a destacar la coherencia, la comunidad poética entre los diversos poetas que conformaron al grupo de escritores conocidos bajo esta rúbrica.

La historia crítica que le ha tocado a Orígenes va desde la mofa e incompreensión hasta la indiferencia y el agresivo ataque. Alrededor de los años ochenta sucede

el boom de la celebración, del elogio y la mitificación. Con el libro de Arcos este grupo vuelve con todo su esplendor ante nosotros. Sus indagaciones y tesis, tan válidas como necesarias, requerirían, sin embargo, de un ahondamiento en los puntos más álgidos y polémicos que este fenómeno nos exige, pues existe también el rostro elusivo y eludido de Orígenes. Sin desdeñar la tremenda significación que supone este movimiento poético para el pensamiento creador e intelectual de lo cubano y de lo universal, necesitaríamos completar tales valoraciones desde la compleja intensificación de sus signos, desde la tensión de sus contradicciones y desde un cuidadoso abordamiento del texto que los ha ido revistiendo de significados, de ese texto que los poetas y críticos origenistas instauran en función de su propia interpretación autodefinitoria. Algunos de esa elipsis, de esos elusivos rostros de *Orígenes* podrían significar una perspectiva enriquecedora que completaría la imagen que de él tenemos. Entre las futuras aperturas de la crítica tal vez caben aspectos como la tensa impotencia vital que recorre el cuerpo poético de Octavio Smith, la festiva desesperación irónica de Eliseo Diego, el estoico existencialismo del límite que nos ofrece Gastón Baquero, el corrosivo aliento desesperado del aliento de Virgilio Piñera, el resentimiento desnudo del psicoanálisis de García Vega, (asfixia del verbo y del sentido, desgarrada soledad sin eco), el guiño ambiguo, la picardía lezamiana borrando en gesto escéptico lo proliferante con un mínimo ademán deconstructor. Mientras esa zona de la crítica permanece en sombras o desvelada a trazos cuasi indelebles, tenemos este título de Arcos, que no traiciona su sentido, pues el autor prometió hablar de la pobreza irradiante y eligió con justicia los momentos y textos donde la negación, el vacío y lo neutro se trasmutan en posibilidad creadora, en búsqueda del camino hacia una trascendencia ontológica y vital. Quede el vigor de su investigación y el amplio registro de sus búsquedas para acercarnos a la potente urdimbre del universo origenista. ■

Ensayos sobre la Sociedad Civil cubana

MANUEL IGLESIA-CARUNCHO

Ricardo Puerta
Sociedad Civil en Cuba
Maida Donate
Sociedad Civil, control social y estructura de poder en Cuba
Ed. Coordinadora Social Demócrata de Cuba
Miami, 1996, 92 pp.

EN EL PRIMER NÚMERO DE *ENCUENTRO*, TUVE ocasión de comentar, en estas mismas páginas, el contenido de un libro de intenciones reformistas publicado en La Habana.¹ Esta vez, la suerte coloca en mis manos una obra editada en Miami por la Coordinadora Social Demócrata de Cuba –proveniente, por tanto, del “extramuros” del sistema político de la Isla– con dos ensayos sobre la sociedad civil cubana. Como quiera que la Coordinadora Social Demócrata, a pesar de formar parte de la Plataforma Democrática Cubana, no se encuadra entre las posiciones más extremistas del exilio, parece interesante aprovechar la ocasión para explorar caminos de síntesis entre las posiciones menos radicales de “dentro” y de “fuera” de la isla, y, por otra parte, para señalar algunas insuficiencias que sería conveniente superar, en aras de la búsqueda de una sana comprensión de los problemas existentes.

Los dos ensayos resultan oportunos. Se necesita una descripción lo más fidedigna posible –y un buen análisis– de lo que es hoy en día la compleja sociedad cubana, más allá de las simplificaciones que sólo distinguen entre gobierno y pueblo –o régimen y oposición. El libro supone un primer paso en este

¹ CARRANZA, JULIO; GUTIÉRREZ ÚRDANETA, LUIS y MONREAL, PEDRO: *Cuba. La reestructuración de la economía. Una propuesta para el debate*. Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1995.

intento. En particular, el ensayo de Ricardo Puerta ofrece una descripción pormenorizada de los dos sectores que, en su opinión, se pueden distinguir en la sociedad civil cubana: el autoritario y el democratizador.

El primero estaría conformado por las seis organizaciones de masas existentes,² las organizaciones sociales del régimen –de escritores, artistas, profesionales y funcionarios– la gran mayoría de las Organizaciones No Gubernamentales (ONGs) y los órganos nacionales, provinciales y municipales del Poder Popular.

El sector democratizador, que se puede dividir a su vez entre el proscrito y el tolerado, está, en el mejor de los casos, mal visto por el gobierno y, en el peor, reprimido y perseguido. En esta situación se encuentran los sindicatos, uniones y gremios profesionales independientes –como los abogados “agramontistas” o las asociaciones de periodistas independientes– y, por supuesto, todos los grupos defensores de los derechos humanos, disidentes y opositores. Por su parte, el sector tolerado estaría compuesto por la mayoría de los grupos simbólicos –agrupaciones religiosas de distinto tipo, entre ellas la Iglesia Católica, y la Masonería– y por aquella intelectualidad que se agrupa en torno a núcleos culturales estructurados informalmente.

El autor recoge también, desordenadamente, algunas experiencias de construcción de Sociedad Civil de distinto tipo, llevadas a cabo desde las filas del ala reformista del régimen. En general, han resultado fallidas, imposibilitadas de remontar vuelo ante las fuertes embestidas de la ortodoxia del sistema. Tal sería el caso de la “Fundación Pablo Milanés”, cerrada por buscar un espacio cultural plural e independiente y, por otra parte, el del “Centro de Estudios de América”, objeto de una triste

limpieza intelectual efectuada en los primeros meses de 1996, después de la ofensiva oficialista desencadenada con la “crisis de las avionetas”. Se cita también, entre otros, el caso de la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP), que, desde 1990, desarrolla proyectos en beneficio de sus miembros. Ello le ha valido, en ocasiones, la desconfianza del núcleo duro del sistema –sobre todo, cuando promueve pequeños proyectos de cooperación entre sus asociados y las ONGs extranjeras.

Sería de gran interés algún nuevo ensayo que analizase con más detenimiento y lujo de detalles, estos intentos de creación de Sociedad Civil “desde dentro”. Los casos citados, entre algún otro que ha resultado exitoso, son indicios de que existen sectores democratizadores y reformistas “intramuros” del sistema, lo que, por otro lado, dicta también la intuición más elemental.

Por su parte, la interesante descripción que realiza Maida Donate en el segundo ensayo del libro, sobre las distintas generaciones de la revolución, necesita también verse completada por un análisis profundo sobre las diferencias existentes entre ellas en lo que se refiere al proyecto político que imaginan y desean para el futuro cercano. Parece obvio que no deben imaginar la misma Cuba, dentro de unos años, la generación que hizo la revolución, todavía en el poder, y la llamada “generación de la orientación”, con menos de cuarenta y cinco años y la más preparada profesional e intelectualmente. Tampoco parece probable que se sientan igual de amenazadas, una y la(s) otra(s), ante los cambios que, en un futuro más o menos próximo, experimentará Cuba.

Señalo todo ello, entre otras razones, porque lo creo primordial para conocer la evolución más probable de los acontecimientos que ya ha comenzado a vivir la isla caribeña y, por otra parte, para definir las políticas de otros países, entre ellos la española, respecto a la isla. Si se asume la existencia de distintos sectores democratizadores dentro de Cuba, como hace el ensayo de Puerta –y, a efectos de esta argumentación, con más razón si existen dentro del sistema– el corolario para aquellos países interesados

² Central de Trabajadores de Cuba (CTC), Comités de Defensa de la Revolución (CDR), Federación de Mujeres Cubanas (FMC), Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP), Federación de Estudiantes Universitarios (FEU) y la Federación de Estudiantes de Enseñanza Media (FEEM).

en promover la democracia en Cuba no puede ser otro que ayudar a aquellos sectores a ganar espacios de libertad política y económica. Ello está reñido, obviamente, con todo tipo de aislamiento de Cuba. Esta fue la puerta que se pretendió abrir a finales de 1995, con la limitada puesta en práctica de la llamada “doble vía” de la Ley Torricelli que, como es bien sabido, resultó fulminantemente abortada con la aprobación de la ley Helms-Burton –aunque esto no se suele admitir– aprobación que sólo benefició a los sectores más radicales tanto del régimen como del exilio cubano, ambos instalados cómodamente en su “statu quo” particular. Fue una lástima que la primera vez que Estados Unidos comenzaba a probar una política medianamente constructiva hacia Cuba, por limitada que fuese, las fuerzas menos interesadas en experimentar tales avances, dentro y fuera, la hicieran trizas en tan poco tiempo.

La Unión Europea también pretendió algo así, aunque partiendo de una base muy distinta a la norteamericana, puesto que mantenía –y mantiene– unas relaciones plenamente normalizadas con la isla. Su política –más constructiva y acabada– hacia Cuba, contemplaba incluso la posibilidad de negociar un Convenio de Cooperación que, como es lógico, se encaminaría principalmente a apoyar los cambios que el país fuese experimentando. Pues bien, Ricardo Puerta, como conclusión de su diagnóstico, parece propugnar una vía similar para el exilio. Afirma en su ensayo que “a más sociedad civil, menos poder estatal” y, más adelante, que “el exilio (y los gobiernos extranjeros) debe brindar apoyo material, técnico y de solidaridad, con el propósito de ampliar el sector democratizador (legal e ilegal, latente o manifiesto) de la actual sociedad civil cubana” (pág. 42). Será interesante seguir de cerca el comportamiento “institucional” del exilio (y la política exterior de los gobiernos extranjeros), a la luz de estas observaciones.

Queda añadir que, si estas posiciones quieren tener algún eco en la isla, tendrían que hacer un esfuerzo mayor para reconocer los problemas externos que explican la crisis cubana actual. No lo hace así el ensayo comentado, que adolece del sesgo propio

del exilio de Miami: la “demonización” del régimen cubano. Todos los problemas que padece Cuba le son achacados a su gobierno y sólo a él. No deja de ser curioso que, como si se tratase del reflejo de un espejo, el ensayo adolezca del mismo problema que aquejaba al libro de Julio Carranza (ver nota 1), sólo que a la inversa: en aquel, las causas internas de la crisis se encontraban ausentes; todo era debido al bloqueo, a la caída del Telón de Acero, etcétera. En el ensayo de Puerta, ni una palabra se menciona sobre el semibloqueo³ norteamericano hacia la isla que, recordemos el dato, ha sido condenado en Naciones Unidas de nuevo este año, nada menos que por 137 países –entre ellos, todos los de la Unión Europea.

Esta, a mi juicio, visión parcial del exilio, comprensible, pero poco científica, se manifiesta con crudeza en otras páginas del ensayo. En una de ellas, se describen las habituales prebendas de la nomenklatura cubana de esta manera: “... extorsiones y sobornos (en dinero y regalos costosos) a inversionistas extranjeros, el uso ilícito de inmuebles y bienes duraderos, el robo de divisas, mercancías y bienes públicos, negocios en el mercado negro, viajes al extranjero (con familiares o amantes) pagados con fondos públicos, etc.” (pág. 40). Verdaderamente, cuesta trabajo creer que todo el *establishment* cubano esté tan corrompido, al igual que tampoco resulta creíble que lo esté todo el exilio más representativo, como a veces se insinúa desde el gobierno de la isla. En todo caso, afirmaciones de tal calibre hay que probarlas con hechos bien documentados.

En el mismo sentido, habría que matizar algunas afirmaciones sobre el desempeño del gobierno cubano. Que no ha sido brillante, sobre todo en el terreno económico, no hay quien lo ponga en duda. Pero de ahí

³ La política estadounidense hacia Cuba no se puede considerar como un bloqueo, puesto que no impide las relaciones económicas de otros países con la isla, pero va más allá de lo que es un embargo. Determinados artículos de las Leyes Torricelli y Helms, son criticados por la comunidad internacional precisamente por sus efectos extraterritoriales.

a afirmar que “después de 37 años de administración castrista, Cuba sólo aventaja a Haití entre los países del Continente” (pág. 28), hay un buen trecho. El país antillano, todavía hoy, y a pesar de la crisis, ocupa un discreto puesto setenta y nueve en el Índice de Desarrollo Humano elaborado por el PNUD y se encuentra por delante de ocho países del Continente en esa clasificación.⁴ Por otra parte, los 75 años de esperanza de vida con que cuenta su población al nacer y la tasa alcanzada de alfabetización de adultos, superior al 95%, son realidades que no se pueden ni desconocer ni negar. Es cierto que con la crisis escasean las medicinas y los libros, pero los médicos y los maestros ahí están.

La revolución cubana nació como reacción a los grandes problemas que se mantenían sin resolver en el seno de aquella relativamente rica sociedad de los años cincuenta. Entre ellos, la situación de miseria de importantes capas del campesinado, una elevada dependencia neo-colonial y la ausencia de libertades políticas. Con el apoyo multitudinario con que contaron los revolucionarios en 1959, el nuevo gobierno puso el énfasis en la soberanía nacional y en la justicia social, dejando relegadas las libertades ciudadanas individuales y –por razones ideológicas, políticas y de rechazo a “lo anterior”– la iniciativa privada. También quedó relegada una parte esencial del pensamiento de Martí, aquel que le llevaba a admirar al cura Hidalgo por ser capaz de invitar a sus adversarios, una vez que los hubiera vencido, a compartir con él su mesa.

Sería una lástima que, al negar los logros de esta etapa histórica, se perdiera, de nuevo, una oportunidad de encontrar la síntesis entre lo mejor de la revolución y de lo que puede aportar el exilio, una vez se produzca la transición cubana. Esta síntesis se encuentra en algún lugar intermedio entre lo que anhelan los sectores moderados y dialogantes de dentro y de fuera –los que son sistemática-

mente descalificados como “blandengues”, dentro, y como “dialogueros”, fuera–. Estos sectores, aunque, en general, no pueden expresar todavía con toda claridad su pensamiento y sus anhelos –ni intramuros ni extramuros– son los llamados probablemente a protagonizar una transición pacífica y sin revanchismos. A no ser que Fidel Castro sea capaz de abandonar su inmovilismo actual.

Esta síntesis está en algún lugar indeterminado entre el mercado y el Estado, entre los derechos individuales y los colectivos, entre la eficacia y la equidad. El reto es difícil. La fuerte atracción gravitatoria de Estados Unidos, de un lado, y la resistencia que genera, por otro, complican la posibilidad de alcanzarla. Pero ahí está, entre Europa y América, entre América y África, entre lo blanco y lo negro. Y Cuba será mulata o no será nada. ■

La fotografía considerada como una de las grandes artes

GUILLERMO AVELLO CALVIÑO

José Antonio Navarrete
Ensayos desleales sobre fotografía
Colección En Foco
Mérida, Venezuela, 1995, 170 pp.

DICE EL DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA Española del término “desleal”: que obra sin lealtad. La primera pregunta que me hago es por qué José Antonio Navarrete ha escogido este adjetivo para dar título al libro *Ensayos desleales sobre fotografía* ¿Con qué o con quién ha sido desleal? ¿A quién o a qué no ha guardado la debida fidelidad? Por lo leído parece todo lo contrario. Se respira en el texto un profundo conocimiento de la historia de la “producción fotográfica” en el terreno artístico, así como

⁴ Estos ocho países son todos los centroamericanos, excepto Costa Rica, Bolivia, Perú, Paraguay y República Dominicana (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo: Informe sobre el desarrollo humano, 1996).

una gran habilidad para explicar la imbricación de la fotografía en los ámbitos de la cultura iconográfica.

En el primero de los ocho ensayos de los que consta el libro: “La fotografía, especificidad y especificomanía” (sic) se apoya en el teórico del cine Bela Balázs para apuntar una de las cuestiones clave para urdir un entramado metodológico riguroso acerca de la teoría fotográfica –¿qué es lo que cámara no reproduce sino crea?– para Bela Balázs es el primer plano, el encuadre y el montaje.

Algunos fotógrafos han mostrado diversas y en algunos casos contradictorias opiniones acerca de lo que consideran como fotografía; para Julia Margaret Cameron la fotografía es un arte porque como pintura busca la belleza (opinión realmente discutible tal como evoluciona el medio). Para Paul Strand al igual que para Mortoly-Nagy la pregunta es completamente irrelevante. No ocurre lo mismo con Susan Sontag: “Para alcanzar la legitimidad como arte, la fotografía ha de cultivar la idea del fotógrafo como autor y considerar el conjunto de las fotografías tomadas por un mismo fotógrafo como una obra coherente”. Nos damos cuenta entonces de la dificultad existente hoy en día para poder objetivizar las características de la fotografía como obra artística.

Reconoce el autor que la fotografía no nace por casualidad sino como resultante de un período de investigación de nuevos tipos de representación visual que se desarrollan en un momento (siglo XIX) en el que el progreso científico-técnico tuvo un gran desarrollo (telégrafo, teléfono, turbina a vapor, automóvil de combustión interna...)

El título del segundo ensayo: “Van Dyck ¿fotógrafo?” nos emparenta directamente los ámbitos de la fotografía y la pintura al considerar los retratos de Van Dyck como “vivos” al enfatizar lo momentáneo como medio de acercamiento a la realidad. Quizá deberíamos incluir en esta categoría a otros grandes maestros: Rembrandt y su “Ronda nocturna”, Vermeer y su “Cocinera”...

La fotografía, como sabemos, toma un segmento de lo real y lo reduce a la bidimensionalidad. Para algunos fotógrafos (Bresson) ese momento de captación que

dura una fracción muy pequeña de segundo es la clave de una buena fotografía, para otros es algo completamente al margen ya que realizan una pre-visualización de la toma o una modificación a posteriori ya sea en laboratorio, tratamiento digital, retoque... (Witkin / Meyerowitz).

Llegamos a preguntarnos entonces qué diferencias existen entre la manera de representar la realidad mediante la fotografía y la pintura. Para responder a esta delicada cuestión deberíamos conocer antes a qué realidad nos referimos. El mismo paisaje puede ser pintado de mil maneras distintas, por lo tanto ¿no sería más apropiado referirnos a estilos de representación mas que a técnicas?

Citando a P.H. Emerson, artista y teórico de la fotografía del siglo XIX “el artista, usando la fotografía como medio, escoge un tema, selecciona los detalles, generaliza el conjunto (...) y así presenta su visión de la naturaleza (...) esto no es copiar o imitar a la naturaleza, sino interpretarla.” Pero, ¿no es toda interpretación emocional, selectiva y personal? Estamos pues, hablando de estilo, es decir, la manera de interpretar lo que realmente debe interesar al teórico de la representación artística así como el estudio de la evolución de esa “manera” de interpretar en relación con su contexto histórico.

El autor analiza el olvido que ha sufrido la fotografía a lo largo de los años en lo concerniente a su inclusión en diversos estudios sobre la historia del arte y destaca la inserción de una historia de la fotografía en la tercera edición del clásico de H.H. Arnason: *History of Modern Art* así como la famosa pregunta que le hizo Alfred Barr a Beaumont Newhall en un pasillo del Museo de Arte Moderno de Nueva York: “¿Te gustaría hacer una exposición fotográfica?” Estamos en el año 1936 y considerar la fotografía como arte en aquellos años no entraba dentro de los cánones de la época. Podríamos citar decenas de ejemplos para mostrar cómo la sociedad es reacia a considerar como obra artística algo que se sale de la órbita de lo “clásico”. Baste mencionar cómo en nuestros días la infografía (tratamiento digital de una imagen) es menospreciada por muchos

críticos de arte que no le prestan la mínima atención.

Afortunadamente, la fotografía es considerada ya una de las grandes artes y como tal, al igual que le ocurre a la pintura en el siglo xx, sufre un proceso por el cual prevalece el “cómo se pinta” sobre el “qué se pinta”. Las líneas que definen los géneros: retrato, paisaje, arquitectura, naturalezas muertas, se hacen cada día más difusas; corrientes pictóricas como el cubismo, el fauvismo, el expresionismo... dan un nuevo enfoque a los géneros tradicionales convirtiéndolos en hechos plásticos puros.

¿No deberíamos entonces centrarnos en la comprensión del cómo se realizan las fotografías? Teniendo en cuenta las decisiones que todo fotógrafo toma antes y después de abrir el obturador, así como las motivaciones más profundas que le han llevado a aproximarse a un motivo determinado.

La suma de estos factores lleva al autor a subrayar cómo en la fotografía de nuestros días el discurso sobre los géneros del arte ha entrado en crisis. Podemos observar claramente esta tendencia en lo que Navarrete considera fotografía de vanguardia y posmoderna, definiendo como tales “la producción fotográfica fundamentada en la manipulación y alteración de la imagen”. Este tipo de imágenes compondría una de las actuales corrientes artísticas (sintética) en oposición a la otra gran corriente centrada más en la diversificación y particularización de los lenguajes artísticos (búsqueda de lo “particular”).

Hablar de corrientes quizá sea un tanto erróneo en nuestros días ya que es tal el cúmulo de imágenes fotográficas de distinta índole que sería más prudente para el estudioso referirse a “personalidades” y definir los atributos que constituyen el *corpus* creativo de cada fotógrafo. Alfred Stieglitz era consciente de que al tomar determinadas fotografías identificaba éstas con sus sentimientos más íntimos. Él las llamaba “equivalentes”. Fotografió nubes, el sol o árboles para ilustrar las emociones humanas más complejas. Sus imágenes de nubes eran para él “revelaciones celestes de un mundo humano. Documentos de relaciones eter-

nas”; Weston, en cambio, consideraba sus imágenes como “pruebas de lo intangible”. De vez en cuando proporcionaba alguna clave por medio del título, por ejemplo, en “cabeza vacía” una toma de una forma protuberante formada por el hielo en el parabrisas de un coche. Richard Avedon, por su parte, caricaturiza el hecho fotográfico de una forma muy clarificadora cuando se refiere a sus retratos: “la gente va al fotógrafo como quien va al médico. Para averiguar cómo es o cómo está”. En otras palabras, esperan que el fotógrafo interprete o revele aspectos de sí mismos ocultos para ellos.

En el ensayo que Navarrete dedica a la relación existente entre la fotografía y el teatro se analizan los puntos en común de estas dos artes: el decorado o ambiente, la pose y el contenido ficticio de la imagen (su carácter de representación). Debemos recordar que en los orígenes del cinematógrafo esta relación se hace mas que evidente, pero rápidamente el género cinematográfico se da cuenta de sus recursos expresivos específicos y los hace patentes: el montaje, la selección de los encuadres (primeros planos, planos americanos...), composición en profundidad, movimientos de cámara... La fotografía al igual que el teatro, el cine, la pintura... como representaciones de una realidad, son productos de una cultura y como tales están inscritas en un plano ideológico del que no pueden sustraerse. Este enfoque “ideológico” puede servir de guía según Navarrete para el estudio de la teoría fotográfica.

La famosa fotografía del soldado republicano en la guerra civil española tomada por Roisert Lada ¿es una pose o no? No es eso lo que nos debe interesar. Lo que comunica, lo que representa es lo realmente valioso. De todos es sabido que las fotografías más efectivas son aquellas que no precisan de ninguna explicación. Para muchos fotógrafos el valor de la imagen se consigue presentándola fuera de su contexto inmediato y comprobando si mantiene su interés cuando ha perdido su valor como novedad. ¿Sucede esto con la fotografía de Capa? Cada uno debe responderse a sí mismo.

Los buenos reporteros gráficos conceden un enorme valor a las llamadas “imágenes universales” (aquellas que huyen de lo anecdótico para reflejar emociones y situaciones muy primarias como la alegría, el dolor, la esperanza, la ira...), esto constituye un ideal pero en la práctica no es fácil conseguir captar imágenes sencillas capaces de enlazar lo universal con el estereotipo.

En el último apartado del libro se hace mención del gran vacío existente en lo referido a la reflexión teórica acerca de la fotografía; una de las consecuencias de este vacío es el afán de los museos por coleccionar “antigüedades fotográficas”, creyendo que el tiempo otorga certificado de obra artística a cualquier fotografía ya que no se dispone de un cuerpo teórico debidamente estructurado para poder evaluar objetivamente cualquier obra.

La aproximación al valor estético de toda imagen es como dice Navarrete “selectiva”, por lo tanto esa selección será la que marque el “espíritu de todo organismo, institución o persona dedicada a la adquisición, archivo, exposición... de toda obra fotográfica”. Debemos recordar aquí la opinión de uno de los grandes fotógrafos del color de los últimos tiempos, Joel Meyerowitz: “Por lo que a mí respecta, no conozco más audiencia que yo mismo”. En cambio para Elliot Erwitt, si el espectador no entiende el mensaje, es el autor el que no ha sabido comunicar lo que quería. Nos damos cuenta entonces de la “relativización” del concepto de obra de arte como tal.

Por lo tanto, la labor del crítico, coleccionista o estudioso se hace cada vez más ardua pero también mucho más creativa y enriquecedora, ya que no transita por caminos trillados sino por pequeños senderos llenos de obstáculos que ocultan a veces piedras preciosas.

José Antonio Navarrete, investigador y crítico cubano, fue curador de fotografía del Museo Nacional de Cuba y ha sido asesor en la Dirección de Museos del Consejo Nacional de Cultura de Venezuela, país en el que reside. El libro que comentamos es una reducida selección hecha por el autor, de ensayos suyos escritos entre 1988 y 1991. ■

Las dos orillas, la isla entera; la mona y la cadena

MANUEL DÍAZ MARTÍNEZ

Prólogo y selección: León de la Hoz
La poesía de las dos orillas
Libertarias / Prodhufi
Madrid, 1994, 428 pp.

Antología de Felipe Lázaro y Bladimir Zamora
Poesía cubana: la Isla entera
Editorial Betania
Madrid, 1995, 392 pp.

AMBOS VOLÚMENES SON LAS MÁS RECIENTES Antologías de poesía cubana publicadas en España. Setenta y cinco poetas están representados en ellas (algunos aparecen en las dos). Ambas muestras, demasiado generosas (sobre todo la segunda) en la inclusión de textos y autores, coinciden en el propósito de ofrecer, como sus respectivos títulos anuncian, una visión integral de la poesía cubana de las últimas décadas.

Encarándose al sistema de “apartheid” político que ha estragado a la sociedad cubana a un lado y otro del Estrecho de la Florida y que ha escindido artificialmente a nuestra cultura en compartimentos estancos, los autores de estas antologías han mezclado en ellas poetas de dentro y de fuera de la isla, sin discriminaciones políticas, con lo cual han asestado un golpe a la psicosis de guerra civil bajo cuya disociadora influencia la obcecación y el temor vienen obligando a vivir irracionalmente a los cubanos hace ya demasiado tiempo.

Las antologías que nos ocupan se destinan a rescatar —es lo que las define—, de entre las turbulencias temporales del pleito político, la palabra de los poetas cubanos de estos años, expresada desde el interior y desde el exterior de la isla. De la Hoz, Lázaro y Zamora son explícitos en este punto. De la Hoz dice en su prólogo: “*La poesía de las dos orillas* es un intento de abordar con otro

criterio la trayectoria de la poesía (cubana) durante más de treinta años, dividida ficticiamente por interpretaciones acerca de cuál debe ser el destino del país, en correspondencia con nuestra tradición histórica cultural y el sitio que ocupamos en una orilla y otra”. Y añade: “Creo que, de forma inevitable, en el origen de esta cultura bifurcada y en cualesquiera de sus vertientes, está el entremetimiento excesivo y desafortunado de la ideologización de los intereses políticos en la creación, la evaluación, la difusión y el consumo de diferentes expresiones culturales”. Por su parte, Felipe Lázaro afirma en la carta a Zamora que sirve de prefacio a *Poesía cubana: la Isla entera*: “...hace falta volver a juntar las dos partes de un todo, y por ello te insisto en este proyecto de una nueva antología integral: pensando que ‘es una la poesía cubana’...” En su respuesta a Lázaro, Zamora comenta: “Confío en que muy pronto sea algo natural una edición cubana de antologías como éstas, o que circulen con la mayor ventura por los caminos de la isla los poemarios de todos los poetas nacidos aquí y quién duda que alguno nacido de sangre cubana por allá. Cuando ello suceda, advertiremos que no se trata de juntar dos partes o de cegar el agua para borrar las dos orillas, sino de reconocernos como lo único que somos: ‘una isla entera’”.

El sueño de la reconciliación nacional, de la recomposición de la sociedad cubana –rota por la pesadilla torquemadesca que le imponen–, sueño cuya realización en la historia aún parece distante y difícil, es lo que ya estos libros hacen palpable en el dominio de la poesía. Un buen preámbulo para la futura unión en democracia de un pueblo dividido por odios eventuales es juntar las palabras de sus poetas. En ellas es imposible no percibir, sustentando la inevitable y deseable diversidad de voces y mensajes, las raíces vivas de la nación.

La apelación a la unidad, implícita en estas dos antologías, está avalada por la presencia en ellas de un conjunto de textos y autores representativos de la lírica cubana de 1959 a la fecha. A pesar de algunas ausencias que deploro y de poemas que a mi juicio sobran, creo que entre ambas conforman una satis-

factoria visión global de la poesía del período que abarcan, uno de los más ricos y complejos dentro de la rica y compleja historia de la poesía cubana del presente siglo.

Antes de terminar este comentario quiero detenerme en unas líneas del prólogo de León de la Hoz a *La poesía de las dos orillas*, prólogo injustamente calificado de “prescindible” por un conocido crítico catalán. No comparto todas las opiniones que en él se expresan, como se verá en seguida, pero es un trabajo útil por la información que contiene y valiente por ciertas verdades que manifiesta –tómese en cuenta que De la Hoz reside en Cuba, donde por lo común decir verdades es como jugar a la ruleta rusa.

Las líneas en que deseo detenerme son éstas: “Paradójicamente, las *Palabras a los intelectuales*¹ que contienen los principios rectores de la política cultural y que intentaban atemperar los contradictorios signos del convulso panorama ideológico de la cultura, se convirtieron en manos torpes y en mentes calenturientas en un lema, en el cartabón para medir la cantidad de compromiso de los escritores y figonear la semántica y la forma de las palabras. [...] Un día habrá que hacer un análisis serio sobre la cultura de entonces y tomar en su justa medida aquel texto copioso de principios, que sólo fueron considerados parcialmente por los instrumentalizadores de coyunturas”.

En la Cuba de Castro a veces se ha permitido jugar con la cadena, pero nunca con la mona. De la Hoz, que hace una velada alusión a los horrores que se cometieron al amparo de ese discurso, intenta jugar sólo con la cadena cuando exonera a Castro de toda responsabilidad en las prácticas coercitivas mediante las cuales, desde 1961, a partir de las *Palabras a los intelectuales* y su brumosa ecuación “dentro de la revolución: todo; contra la revolución ningún derecho”, el Estado impuso su nefasto control sobre la cultura, condicionando la expresión de ideas y hasta la elección de formas artísticas –recuérdese

¹ Discurso con el que Fidel Castro clausuró una serie de encuentros que sostuvo con la intelectualidad cubana en junio de 1961, en la Biblioteca Nacional José Martí.

la proscripción del abstraccionismo— a las exigencias “revolucionarias” del régimen. (Mientras escribo esto, tengo a la vista un periódico de hace unos días en que se lee: “Castro desata una ofensiva revolucionaria para cerrar las grietas ideológicas del régimen cubano. Se acabaron los tiempos de la tolerancia en Cuba (¿?). Se cerraron los márgenes para la pequeña crítica y el librepensamiento que en los últimos tiempos se habían abierto paso en algunos centros de estudio...” ¿No hemos visto esta película en otras ocasiones?)

El maniqueísmo dogmático que la oficialización de la cultura puso en vigor, con los correspondientes vetos y excomuniones de intelectuales acusados de homosexuales, de católicos, de elitistas, de burgueses, de colonizados, de desafectos, de apátridas (por haber abandonado el país), etcétera, dio origen al sistema de “apartheid” al que aludí al comienzo de esta nota y al que hoy Felipe Lázaro, Bladimir Zamora y León de la Hoz oponen sus reunificadoras antologías.

Los intelectuales cubanos con más de cuarenta años hemos sido, en algún momento, de una manera u otra, culpables y víctimas de esa aberración. Y la principal responsable de todo, bien lo sabemos, es la mona, no la cadena. ■

Sin piedad

CARLOS PÉREZ ARIZA

Julio Miranda

Cine de papel

Colección En Foco

Conac-FundaImagen - Univ. de los Andes

Mérida, Venezuela, 1996, 165 pp.

ESTE LIBRO, DEL TAMBIÉN CONOCIDO POETA, narrador, traductor, antólogo y editor, cubano/venezolano, Julio Miranda, intenta dar una visión general, aguda y sin concesiones de la cinematografía venezolana desde

1973 a finales de los años ochenta, así como un paseo por algunos filmes producidos en Cuba durante los ochenta.

Miranda, que vive en la ciudad universitaria de Mérida desde hace muchos años, ha obtenido con este libro el premio Ensayo en la II Bienal de Literatura “Mariano Picón Salas”, de Mérida en 1993.

Tal vez sea la década y media glosada por Miranda la que le ha dado al cine venezolano su mayor esplendor. Si los años setenta fueron los años del despegue, con un plan gubernamental de créditos al fomento de la industria cinematográfica, nunca verdaderamente desarrollada, la de los ochentas fue quizás la década de oro. Mientras que en la que nos encontramos se ha producido muy poco cine, como consecuencia directa de la crisis económica por la que aún atraviesa Venezuela.

Miranda ha escogido un puñado de películas que representan la obra de otros tantos cineastas y, por tanto, distintas maneras de mirar la realidad nacional, con peculiares formas de narrar lo mismo desde ángulos diversos. El autor de este ensayo, que confiesa haber dejado de ser un “crítico peleón”, de manera alguna ha dejado de serlo, según se avanza en la lectura del libro, vemos que sigue siendo, gracias a los dioses andinos, un implacable crítico de cine sin miramientos contra el mal gusto y amoroso con quienes hacen del cine una pasión por compendiar las artes que encierra.

Se aleja Miranda, afortunadamente, de esos críticos aduladores a los que está acostumbrado el cine venezolano, a esos a quienes todo cine hecho en casa les parece bueno tan sólo por haber sido manufacturado en el país. Con el mal cine venezolano, que arrastra vicios y contiene errores de aficionados, Miranda sigue siendo implacable como siempre lo fue. Si bien es cierto, que su reflexión nunca deja de ser ponderada, razonada y seria. Tal vez sea el único crítico veraz que le queda al cine venezolano, seguramente, uno de los más importantes también del cine cubano.

Ciertamente, como escritor, a Miranda le interesa mucho el cine que viene de la literatura, y mucho del venezolano parte de ahí.

Por eso, seguramente, comienza su ensayo con la película del mexicano/venezolano, Mauricio Walerstein, *Cuando quiero llorar no lloro*, basada en la novela homónima de Miguel Otero Silva. “El film ha empobrecido a los personajes...”, dice Miranda, aunque ve como acertadas la sustitución del santoral por los documentales de época, entre otras, como prueba de un trabajo cinematográfico creativo.

Para *La Boda* de Thaelman Urgelles, que fue en su día una película alabada unánimemente por la crítica, pero un fracaso de taquilla, Miranda intenta explicar esa situación, atribuyéndola a una excesiva fragmentación (100 escenas en 60 secuencias en 30 localizaciones distintas) y a una utilización sistemática del *flash-back*, que hizo que el público se alejara de las taquillas. Aunque califica a esta película como una de las más interesantes de toda la cinematografía venezolana, sobre todo por contar con un “guión sólido”, no explica cómo es posible que lo sea si su estructura es tan confusa para el público.

Sigue Miranda pasando revista a dos estrenos acaecidos en 1985, donde sus protagonistas coinciden en la profesión de ser escritores de una novela que nunca acaban de terminar. *Ratón en ferretería* de Román Chalbaud y *Profesión vivir* de Carlos Rebollo. La primera en tono de comedia, presenta a un personaje verosímil –“si se engaña, no nos engaña...”–, dice Miranda– pero “plano, ya que su tratamiento es superficial”. Mientras que el Claudio de la Oz de *Profesión vivir* es un personaje “mal construido, dentro de un guión incoherente”. Tras pasar por la polémica esgrimida entre los cineastas Alfredo Lugo y Román Chalbaud acerca del “laberinto de nuestro cine”, Miranda arremete contra *El atentado* de Thaelman Urgelles, donde no escatima argumentos para poder entender, cómo, al contrario de otras películas, ésta funcionó en taquilla, aunque su historia tenga lagunas e incoherencias. Basada en hechos reales, según Miranda, “no articula adecuadamente lo policiaco con lo político, ni alcanza suspense, ni denuncia eficazmente el sistema, pero funcionó en taquilla”. “Incomprensiblemente, añade, si el espectador no conoce a quienes fueron los protagonistas reales de

la historia, como al ver la película piensan en ellos, no entienden el film”. Pero, sin embargo, pagaron masivamente su entrada. Miranda se sorprende, diciendo: “Curioso film donde... todos los hilos de la trama salen del celuloide para vampirizar la realidad”. También señala que tiene exceso de subtramas y de *flash-back*.

Sigue el autor con otro film de Walerstein, *Macho y hembra*, al que no duda en calificar de “ceremonia de relaciones conflictivas... las más interesantes mostradas en el cine venezolano”. Pero sin dejar de señalar: “Comienzo lento, por insistir en acompañar a los personajes dentro de su contexto histórico sin aportar mayor cosa al drama”. Aunque lo considera un buen film, no deja de advertir que “el paso del tiempo está mal marcado”, cosa imposible de aceptar en un cineasta veterano como lo es Walerstein.

No deja de explorar Miranda el buen cine documental que se ha hecho en Venezuela, y toma como ejemplo al de Alfredo Anzola. Este autor, que después ha pasado al cine de ficción, hizo en su momento un documentalismo donde ha intentado plasmar el tema que más le importa: Cómo la necesidad popular toma pequeñas parcelas de poder dentro de determinadas circunstancias sociales.

En su mirada totalizadora, Miranda sigue su análisis sobre la pantalla venezolana de los ochenta con las películas de Cesar Bolívar, “un buen artesano”, que ha hecho filmes memorables, aunque en otros no ha llegado a profundizar lo que prometían sus guiones. Glosa en forma rápida tres estrenos del siguiente año, 1986, “un film idiota pero enérgico” (*De mujer a mujer*); otro “inteligente y fofo” (*Reinaldo Solar*) y, finalmente, otro “a la vez idiota y foto” (*Agonía*).

Otra adaptación de una obra literaria, que había estado esperando una lectura no sólo cinematográfica, sino propiamente literaria más exhaustiva, ha sido *Cubagua*, de Enrique Bernardo Núñez. Una co-producción venezolana/cubana, compleja por desarrollarse en tres épocas, es analizada en profundidad por Miranda, quien tras recordar que el argumento de la novela se anticipa al planteamiento literario de lo re-

al-maravilloso, ya que se publica en 1931, señala como principal defecto de la película el tener “un buen guión mal realizado”. Califica como un acierto de los guionistas el haber incluido un tercer nivel temporal (la época actual), no presente en el texto original, que la acerca afortunadamente, así como el uso de los mismos actores protagonistas para los tres tiempos (siglo XVI, años veinte y hoy). Aunque señala como errónea la dirección de actores, que hace de los protagonistas “un trío flojo, inexpressivo, ausente”.

Como colofón, Miranda califica al cine venezolano, tras una personal encuesta, de pecar de exceso de lo siguiente: “historias mal contadas, personajes mal esbozados, tratar preferiblemente los asuntos más urgentes” (esa trasnochada imposición de la izquierda de politizar necesariamente todo lo que toca): “testimonios, denuncia, crónica, comedia fácil, violencia, cromo y comercial”. Y añade, “tampoco hay en el cine venezolano, memoria de una mujer personaje/protagonista para el recuerdo, ni de la gran película como memoria vital impedecida”.

Finalmente, Miranda concluye con una visión fugaz, pero densa del cine cubano de los ochenta, al que le une la misma pasión. Hace un recuento de las películas cubanas donde la mujer ha sido la protagonista en defensa de sus derechos dentro del marco social cambiante de la revolución, que predica con firmeza teórica la igualdad, pero que en la práctica debe luchar con igual o mayor fuerza que en otros regímenes, para concluir que ese cine, lo que ha estado planteando, es que la mujer es más revolucionaria que el hombre.

Pisa el año 1990 con las producciones cubanas, *Adorables mentiras* y *Alicia en el pueblo de maravillas*, donde la picaresca cubana toma alturas sublimes, empujada hacia arriba por la fuerza de la realidad que la circunda.

Tal vez sólo se nota en falta, una breve sinopsis de cada película para que el lector que no haya tenido la dicha/desdicha de verlas, comprenda aún mejor los argumentos que nos explica y analiza Julio Miranda. ■

¿Cuál es el don que el animal ofrece al poeta?

RAFAEL ROJAS

Orlando González Esteva
Fosa común
Editorial Vuelta
México, 1996, 42 pp.

¿CUÁL ES EL DON QUE EL ANIMAL OFRECE al poeta? ¿Cómo se inscribe, en la poesía del hombre, la imagen de otra especie? Hay una larga tradición de bestiarios en la literatura occidental, que verifica sus posibilidades entre el poema y la fábula. Escribir sobre el pez o el pájaro, la fiera o el insecto, es como invocar otra morfología desde una semejanza primordial o como rozar una textura extraña, amenazante y, a la vez, familiar. Suetonio comentaba que la zoofilia de los Césares se debía a su estado de renuncia al mundo de los hombres y los dioses. Con los poetas pasa lo mismo. La participación de los animales en la poesía descubre la inquietud de sí que experimenta el poeta.

El tigre perfecto de Blake, el cuervo evanescente de Poe, el majestuoso y luego grotesco albatros de Baudelaire, el mulo en el abismo de Lezama son presencias que encarnan esa gravitación especular. Lo mismo podría pensarse de los “buitres ahitos” que de pronto aparecen en *Blanco* de Octavio Paz o del pequeño zoológico que recorre Gabriel Zaid en su poema “Claro de luna”. Los animales son siempre una aparición, una taxonomía súbita que se despliega, como un espejo, ante los ojos del poeta. Tal vez Lezama haya querido señalar ese don poético del animal cuando decía “pues el viento, el viento gracioso, / se extiende como un gato para dejarse definir”. Aquí el gato otorga la *extensión* de la sustancia poética: la cantidad hechizada de la imagen.

Entonces el acto del poeta podría significarse con la figura del cazador. Su mirada caza, su escritura enjaula una imagen del

animal que luego se imprime en el texto. Así lo ha presentado Jorge Esquinca al reunir en un *Álbum de zoología* el bestiario poético de José Emilio Pacheco. Aquí las criaturas se clasifican según el elemento en que habitan: las de aire, las de tierra, las de agua... Pero junto a decenas de cocuyos, escorpiones y cangrejos aparece, solitaria, la salamandra: el lagarto que "nace del fuego y es de fuego". En la mejor tradición de la poesía mexicana, esa "sombra en la piedra", que vieran Heráclito y Leonardo, motiva todo un libro de Octavio Paz.

El pez, el pájaro y las fieras poseen una condición totémica que se transfiere a sus usos literarios. Pero en el caso de los insectos no se trata, únicamente, de símbolos particulares, sino de metáforas de la civilización. El arquetipo del carácter del escritor entomólogo responde a ese afán por construir alegorías de una comunidad y sus rituales. La metáfora recurrente de la colmena en el discurso occidental, desde Mandeville hasta Marx, indica esta vocación alegórica. El insecto está siempre involucrado en una colonia que organiza empresas colectivas: sus atributos poéticos siempre se significan en plural. Así, por ejemplo, en el poema sobre las moscas, de Antonio Machado, éstas son las "familiares, golosas, inevitables, chiquiticas, revoltosas".

Fosa común de Orlando González Esteva nos transporta al mundo minúsculo y atareado de las hormigas. Se trata de un largo poema "que se extiende como un enorme hormiguero". Pero también es un pequeño y concentrado poema sobre la muerte y la escritura. Los primeros versos hablan de una caravana de hormigas que penetra la carne del poeta. Un poco más adelante, sabremos ya que ese cuerpo devorado por los himenópteros es un símbolo del trance que supone toda composición poética: "al verlas ir y venir/ conmigo en hombros no sé/ si me reconoceré/ cuando acabe de escribir". El acto solitario de la poesía —y de la música y de la pintura, es decir, del arte— se percibe aquí como el acarreo de una muchedumbre de hormigas en la piel del poeta: "escribir es hormiguar/ sobre el cuerpo firme y terso/ que va desnudando el verso/ y comienza a respirar".

A medida que avanza el texto notamos

una metamorfosis. El cuerpo carcomido y fragmentado del poeta se reintegra en la escritura: "el poema se incorpora / y me extiende, manuscrito, / su *cadáver exquisito*. / Luego, *para mí ya es hora*". La primera cita alude a esos juegos de composición colectiva que hacían los surrealistas. La segunda es una de las últimas frases de José Martí, que señala el logro de ese estado del alma que Séneca recomendaba: la disposición a morir. Ambas citas se enlazan en cuatro versos para proponer la certeza de que toda escritura poética es un ritual de la muerte. Orlando González Esteva formula esta verdad como sólo pueden hacerlo los poetas, es decir, como un reclamo: "huelga que les reclame: / muerte es civilización. / Yo tengo por Partenón / la osamenta más infame".

En efecto, el escritor, el poeta, es una criatura en la que convergen los más caprichosos legados. Su cuerpo es un territorio donde se dan cita viejos rumores, formas inmemoriales, palabras perdidas. La poesía es, justamente, el testimonio, la voz que da fe de esa confluencia. Martí escribió: "yo vengo de todas partes y hacia todas partes, / voy..." González Esteva escribe: "yo soy éste y soy aquel... / soy una fosa común". Y esta afirmación del ser encarna, plenamente, en el poema. Es asombrosa la vastedad de resonancias que logra inscribirse en tan sólo treinta páginas: Fidiás, Goya, San Juan de la Cruz, Quevedo, Swift, Poe, Mallarmé, Claudel, Eliot, Acuña, Darío, Lezama y hasta un par de danzas para piano de Ernesto Lecuona.

Después del poema aparece un breve texto, titulado "Las cosas escondidas". Aquí el poeta cede a la tentación de exhibir su propio legado. Se trata de una rápida genealogía sobre el tema de las hormigas en la cultura cubana. Novelas, poemas, diccionarios, tratados y canciones resumen todo el imaginario del hormiguero que se acumula en la tradición de la isla. Algunos de los más célebres autores practican esta suerte de escritura cubana de la hormiga: Esteban Borrero, José Martí, José Lezama Lima, Eliseo Diego, Alejo Carpentier, Lydia Cabrera...

¿Qué significa ese epílogo? ¿Es tan sólo un ejercicio de autorización literaria? Parece ser algo más. González Esteva ironiza la cons-

trucción de las tradiciones nacionales. En vez de ubicar los rastros de una poética nacional en la celebración de la piña, el colibrí o la palma, se vuelve hacia la hormiga y demuestra que también hay imágenes sucesivas de ese insecto en la cultura cubana. Pero además de esta ironía, el epílogo sugiere una paradoja. Advertíamos que se titulaba “Las cosas escondidas” y que versaba sobre la presencia del hormiguero en la literatura cubana. Sin embargo, el atributo más visible, más epidérmico, de un poeta como Orlando González Esteva es su pasión por Cuba. La cubanidad no es una “cosa escondida” en el poema, sino un aliento que invade la superficie de su escritura.

Es ahí, en esa exhibición memoriosa de un legado poético, donde la *fosa común* se vuelve una alegoría más inquietante. Ese cadáver que las hormigas llevan a la tumba, “con sus inmensas cargas solidarias”, podría ser, también, el cuerpo fragmentado de la cultura cubana. La escritura de la hormiga, que se acumula en la isla desde el siglo XIX, es una suerte de prefiguración de la decadencia del espíritu nacional: una profecía de la última caravana. Para los cubanos algo se acaba y no es precisamente el siglo, el milenio, o siquiera, el orden revolucionario. Se acaba un país, una cultura, una tradición, cuya resonancia distante anima la poesía de Orlando González Esteva. ■

La ciudad y la noche

ÁNGEL RODRÍGUEZ ABAD

Guillermo Cabrera Infante
Ella cantaba boleros
Alfaguara
Madrid, 1996, 308 pp.

ESTE ENSEMBLE QUE NOS PROPORCIONA GCI, juego combinatorio de tres textos ya conocidos, permite, sin embargo, una lectura

nueva de una ciudad y una noche. La ciudad es La Habana, y la noche, la copa de la noche, es el templo de prodigios y de hechizos donde todo lo oculto se revela. El azar necesario en el maremágnum de publicaciones nos brinda esta yuxtaposición de dos piezas de Guillermo Cabrera Infante, publicadas previamente por separado, que juntas y revueltas parecen ofrecerse como cifra y compendio perfecto de todas las demás; o al menos, como tesoros preciosos de esa Biblioteca ilimitada y periódica que nos constituye como voraces lectores que no quieren prescindir del aire romántico de los buscadores de oro... si bien condenados a sumergirnos, como descubriese Jorge Luis Borges en sus *Ficciones*, en una memoria de indecible melancolía.

Ella cantaba boleros, la pieza que titula el volumen y que lo cierra (hilo conductor de *Tres tristes tigres*, y ahora narración independiente a la que se añade una coda publicada también por separado) toma como punto de partida los boleros y la imagen de la estrella Freddy, y su noche de fiesta y celebración; cuenta como mito la historia de una diva marginal y secreta –reina de la desmesura pero reina de un reino interior y arrebatador– que enamora y enajena a los jinetes que se orientan y se pierden hasta encontrar la voz de la ciudad, el ritmo de sus adoradores. La Estrella tenía 27 años al morir o quizá fueran 27 siglos; negra espantosa, enorme, obsesionada con la fama, como recuerda al autor: “Una especie de Venus monstruosa, que salió de las aguas, y que vivió en un mito”. Rosa María Pereda señala que “La Estrella y su historia eran la columna vertebral de TTT, o mejor, una de las columnas de aquel Partenón, así que suelta nos produce ese escalofrío de escándalo y belleza perfecta de la pieza del Partenón del British”.

A través de la mirada de un fotógrafo recorreremos los garitos de la noche habanera, que son como estaciones de una educación visual y sonora de un momento tan seductor como irrepetible: la juventud intensa, todavía ilusa, enamorada, lista para perderse en el laberinto del deseo, de la amistad, de los descubrimientos aniquiladores. Por ejemplo, La Estrella, dómina potestad del chow-cito del Las Vegas. Música, ruido de vasos,

olor de alcohol, humo, sudor, luces de colores. Así era el chowcito en la madrugada avanzada, reiterada: “Este mundo de la gente que se sumergía en las noches y nadaba en cualquier hueco oscuro, aunque fuera artificial, en este mundo de los hombres rana de la noche”. Allí, perdidos en una imaginaria ciudad submarina, en órbita, celebrando “el único alimento que hace a los hombres dioses, la ambrosia del sexo”. Y allí brillaba La Estrella: “Aquel elefante que bailaba ballet, aquel hipopótamo en punta, aquel edificio movido por la música”. GCI modela su vida por medio de las palabras, evoca el deslumbramiento extraordinario por el artificio de la ciudad, que es su verdad; y como es y vive para la literatura salva a la figura efímera para inmortalizarla en la leyenda, pues la poesía de la leyenda –como certificaron John Ford y Orson Welles– es más pura y certera que la prosa de la realidad. A través de sus canciones, dulces y con sentimiento, La Estrella logra el estremecimiento del *voyeur*. Ella es un fenómeno cósmico, un monstruo metafísico, ella es Nat King Kong. José Miguel Ullán ha mencionado el subidón, subidón de su delirante voz de muecina noctámbula. Y GCI se deleita en el delito del puro placer de cantar, del cantar por gusto en los cafés, bares y clubes de una Rampa que es un lugar de encuentros, paraíso nocturno de emociones, caos y esplendor, recuerdo de la ciudad perdida.

Las andanzas de este grupo de viajeros de la noche, que son como una suerte de bienaventurados en su fragilidad y divertida lucidez, están puntuadas por el arma de la parodia y las citas literarias y de cine que el autor maneja con habilidad y precisión. Quizá para cubrir con una armadura verbal chisporroteante pero jamás pesada ni pedante, una ternura que se adivina a ráfagas, y que respiramos ante esa inmensa intensidad de momentos febriles en la alta noche que es la intimidad más nuestra como lectores o recordadores. Todo es posponer, se nos insinúa. La poesía de un grupo de viejos en la calle jugando al dominó en camiseta, apenas entrevistos; la evocación de unas jóvenes cantantes negras con el rumor del mar en el amanecer inmediato como colofón a una

noche que todavía se quiere continuar por toda la eternidad (si no amaneciera) atraviesan en su luminosidad la exacta transparencia de este relato perfecto que se esconde como una gema bajo su aparato verbal de bromas y veras, de andares y desandares, de canciones y alcoholes y más canciones.

La ciudad es un laberinto que nos hace más sabios, más viejos, más frágiles. Hay minotauros peligrosos que debemos sortear y ariadnas seductoras que nos invitan a seguir; la parodia y las citas de cine son las luces y los fuegos de artificio que adornan los pasillos del laberinto: de Marilyn Monroe jibarizada en cubanita deliciosa a la mulata Ingrid Bergamo (así pronunciaba el nombre de la Bergman) que permite una odisea oral y sexual al amigo Silvestre convertido en partenaire de *La cantante calva* en La Habana de noche; de Antonioni a Romero de Torres pasando por Hemingway en un encadenamiento de citas como bromas que acaba por incluir al mismísimo Platón, a Sartre o a la Biblia para finalizar, una vez más, con la arrasadora ceremonia de la música cubana. “Si esto fuera una película y no la vida” subraya el fotógrafo narrador. Los términos de cine son términos de vida y el juego de las palabras salva a la misma vida de las garras del caos y de la muerte: “La única cosa por que siento un odio mortal es el olvido”. La voz excesiva de Freddy, de la Estrella, se hace literatura para durar.

Vista y leída en la distancia y en su ajustada desnudez, *Ella cantaba boleros* se revela como un prodigio de exactitud y de turbación. Sus escasas cien páginas son como la rosa del no le toques ya más. Un relato perfecto como el mejor bolero que a través de la odisea de la ballena negra (divertidísima la coda Metafinal que pone el broche de oro negro al conjunto) canta la isla imperecedera: “Esta es una isla de equívocos dichos por un tartamudo borracho que siempre significan lo mismo”. La tragedia shakesperiana –atravesada por las sombras en blanco y negro del cine– sobrevuela la ciudad que es una mesa de naipes y balas y copas. Las canciones son la cifra de la cita en la noche, surgen al abrir la puerta de un local, del radio del auto, de la estrella borracha que se desploma y brilla. Se

inscriben en el recuerdo; y entre los latones de basura de una ciudad obsesiva hecha ya memoria o en el océano mítico donde Freddy (la prima negra de Moby Dick) deviene insumergible anti-Titanic perdurarán como forma de la belleza, de deseo y de la nobleza humana. La noche es una encantadora; y a esta hechicera es a quien celebra este relato, tan perfecto en su dosis, delirio y destello como lo son a su modo *El perseguidor*, *Arturo*, *la estrella más brillante* o *El inmortal*. GCI nos ha envenenado con su poción de amor y de noche. La Noche de ronda se hace Noche redonda. Recordemos las sabias palabras de Rafael Cansinos-Asséns, maestro del maestro Borges: “Todo en la noche está hecho para el amor: por sus vías transita todo lo que está ansioso de ternura y en sus profundas entrañas se hunden los que buscan sin descanso”.

Pero todavía hay más. Doscientas páginas más para disfrutar del clima, de las maneras, del lenguaje habanero: “El carácter precioso del lenguaje habanero, tan vulgar, tan vivo, tan sentida su desaparición”. Si *Ella cantaba boleros* es en su perfección, breve intensidad y resolución una pieza de cámara, *La amazona* semeja un movimiento de esa sinfonía de la ciudad que se llama *La Habana para un infante difunto*. Donde la ciudad es el soporte del relato y la mujer se constituye como una suerte de revelación.

Con *La amazona* (último capítulo de *La Habana para un infante difunto*, de la que ahora se separa) saboreamos el ron añejo de un GCI maduro en el recuerdo y dotado de unas armas paródicas y melódicas afinadas y matizadas por los recursos retóricos del estilista y el admirador. La mujer protagonista de la hermosa obsesión del joven artista y la ciudad indestructible donde suceden los hechos se entrelazan en un torbellino de alusiones, ilusiones y alucinaciones que celebran el espectáculo eterno y siempre nuevo del sexo y la escritura, ejes que atraviesan un arte amorosa condenada a brindar una y otra vez por un cuerpo y por una ciudad, duelo de amor y educación erótica que se resuelven en la fiesta del lenguaje como salvación: “Siempre me pierden las palabras (...) nunca se sabe dónde un cuento se puede transformar en literatura”. Una hechicera (circe o vampiro o

flor del mal) con el supuesto nombre inocente de Margarita es la amazona que enamora al escritor en ciernes; es una venus de ojos verdes, toda sensualidad y frenesí, que en la sucesión de encuentros y desencuentros que articula el relato se ofrece como forma de amor en su plenitud carnal; pero también será, desvelada y desnudada, el puñal metafórico que permita el ejercicio vivo de la evocación: allí donde la beldad consigue enmudecer al efímero voyeur, serán el esplendor y la adoración de la carne y de la palabra quienes sobrevivan convertidos en literatura.

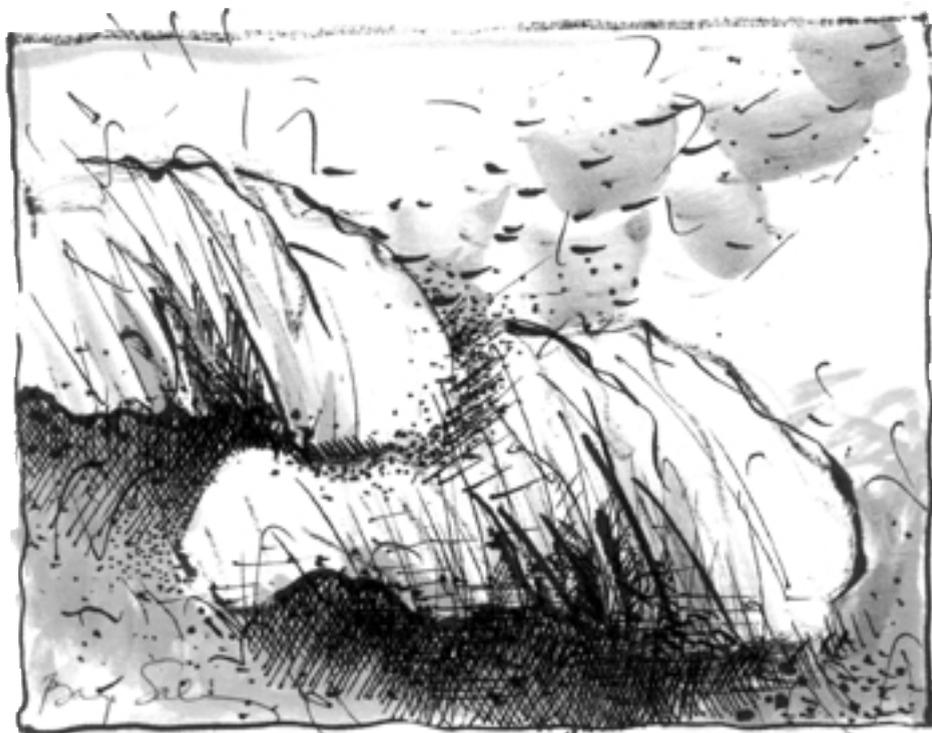
“Débil es la carne pero poderosa su visión”. Las devoraciones a flor de piel, las huellas del delirio se transforman en las manchas indelebles de Macbeth; el cuadro carnal de un encuentro amoroso deviene, en su metamorfosis, en la luminotecnia dramática y narrativa del repertorio visual de Von Sternberg; un amago de envenenamiento se salpica con versos de Lorca y la misma protagonista es al final de la narración la versión morena de Gene Tierney: la cita y la parodia vertebran el curso y el juego del relato. El cine y la literatura se funden con el Eros de la ascensión carnal para conseguir la fusión de literatura y de vida en un cóctel o pócima que es el brebaje de los sueños: lo erótico más lo retórico resulta así más erótico. La mirada aniquiladora y verde de la hechicera se tornará mirada de vida, mirada de cine, mirada de poema.

La otra pasión configuradora de esta memoria de amor y vida es, claro, la ciudad de La Habana. “La Habana o la vida”... es la apuesta del jugador enamorado. “Yo no vivo en Cuba, yo vivo en La Habana”. “La Habana no sólo era mi fin y mi principio, sino mi medio”... El teatro táctil de la cama se troca en teatro táctil de La Habana, ciudad que en la novela se hace mito. El Dublín de Leopold Bloom o la Nueva York de Holden Caulfield nos vienen a la memoria cuando paseamos con GCI o con G. Caín por esta Habana de La Rampa y de *Carteles*, de los clubes y de los cines, de las noches insulares y de los jardines invisibles. La Habana será Delfos y será verso parodiado de Martí: “Dos patrias tengo yo: La Habana y la noche (...) Dos desmadres tengo yo, la ciudad y la noche”. La Habana es un *Paris de deus*, el lugar real de la ficción donde

el enamorado fulge como el paseante en la mitología romántica –de Baudelaire a Benjamín– pues la ciudad es la red y el espejo de la modernidad, y el dardo certero en la diana de la noche tiene un misterio y un hechizo esencialmente urbanos; el cuento de amor se escribe como poema de la urbe: “Habanidad de habanidades, todo es habanidad”.

Filtros de amor, marcas de amor, flores de amor, ojos verdes de amor, pasión de amor. La transparencia diamantina del bole-ro se ha tornado con esta amazona para un infante difunto en proliferación y en exceso. Es la argucia del hechicero para perpetuar el amor, pues se trata de “convertir el amor en algo que dure no más allá de la muerte sino mientras la memoria viva”. El enigma del deseo, la mujer como enigma es

la actividad reiterada, propia del exceso del escritor en su labor. El desastre racional del tiempo –esa razón que el corazón desconoce– perdurará, así la amazona, hecho palabra. El puñal heridor y la armada amada son el precipitado poético de una “larga persecución por los años y por las calles de La Habana”. Tenemos ahora la oportunidad como lectores de volver a sumergirnos por partida doble en este dichoso encuentro de amor. “Las cicatrices duran más que las palabras”, advierte el narrador al terminar su relato. Las palabras impresas son las hermosas cicatrices (cara cortada al final de la noche) que nos regala GCI desde su hogar habanero en Londres, territorio libre de América; sus noches y su ciudad forman ya parte de nuestra Biblioteca de Babel. ■



Baruj Salinas

Homenaje a Dulce María Loynaz

La escritora Dulce María Loynaz –Premio Cervantes– recibió un homenaje en La Habana por su 94 cumpleaños y el 45 de la publicación de su novela *Jardín*, con sendas exposiciones alegóricas en la Biblioteca Nacional y en el Palacio del Segundo Cabo, y una jornada de poesía y música en la Casa de la Cultura de Plaza. *Crónicas desde el jardín* es el título de la muestra organizada por la Biblioteca Nacional, mientras que el Palacio del Segundo Cabo acogió una exposición de pinturas de Zaida del Río, Roberto Fabelo y Alicia Leal, entre otros. •

Eduardo Manet ganó el *Interallié*

El escritor cubano Eduardo Manet es el favorito de la prensa francesa, que acaba de concederle en París el premio *Interallié* de 1996 por su última novela, *Rhapsodie cubaine*. La novela cuenta la trayectoria vital de un joven cubano en la isla y sus vicisitudes posteriores en los ambientes del exilio de Miami. Manet, que escribe en francés, había publicado anteriormente una trilogía formada por *Mauresque*, *L'île du lézard vert* y *Habana*, con buen eco en la crítica y el público. •

Premios de la Crítica cubana 1996

Jesús Orta Ruiz (*Con tus ojos míos*), Reina María Rodríguez (*Páramos*), Antón Arrufat (*Lirios sobre un fondo de espadas*), Serafina Núñez (*Vitral del tiempo*), Lina de Feria (*El ojo milenario*) y Carlos Martí (*Te llamaré Logor*) conquistaron los Premios de la Crítica Literaria cubana 1996 con sus poemarios editados por Ediciones Cubanas, Sed de Belleza y la Editorial Unión, respectivamente. En la categoría de Ensayo fueron premiados Cintio Vitier (*Ese sol del mundo moral*) y Antonio José Ponte (*Un seguidor de Montaigne mira La Habana*), editados por Unión y El Vigía, respectivamente, y en la de novela, Daniel Charvarría (*El ojo Dyndimienio*) y Leonardo Padura (*Pasado Perfecto*), editados por Letras Cubanas y Unión. •

Francia premia a Elizardo Sánchez Santa Cruz

El presidente francés Jacques Chirac entregó el Premio Libertad, Igualdad y Fraternidad en la categoría de Derechos Humanos al cubano Elizardo Sánchez Santa Cruz, titular de la Comisión Cubana de Derechos Humanos y de Reconciliación Nacional.

Sánchez declaró que el premio significa el reconocimiento de que hay una situación anómala de los derechos civiles dentro de Cuba, y recordó que en febrero y marzo pasados las autoridades cubanas desataron la oleada más represiva de los últimos años contra la oposición no violenta en la Isla. Chirac dijo que el galardón otorgado a Sánchez es la voz del humanismo francés en el escenario internacional. Luego de su estancia en París, el activista cubano de Derechos Humanos visitó Madrid, donde fue recibido por el presidente del gobierno español, José María Aznar, el ministro de Asuntos Exteriores, Abel Matutes, el líder de la oposición socialista, Felipe González, el ex presidente del gobierno, Adolfo Suárez y otros representantes del arco político, parlamentario y de derechos humanos de España. Sánchez Santa Cruz participó también en la inauguración de la sede de la Fundación Hispano-Cubana en Madrid y designó al poeta Manuel Díaz Martínez como su representante en el Patronato de esa institución, integrada por diversas personalidades de la oposición cubana de dentro y de fuera de la Isla. •

Guillermo todas las noches

Guillermo Cabrera Infante protagonizó del 4 al 7 de noviembre pasados una Semana de Autor en la Casa de América de Madrid. Enrico Mario Santí fue el más polémico en la noche inaugural con una ponencia que coloca a Cabrera Infante –al mismo tiempo– como representante y marginal del *boom* literario latinoamericano de los años sesenta. Jacobo Machover analizó, en la segunda jornada, la técnica literaria de GCI, y afirmó que después de *Tres Tristes Tigres* muchos escritores en lengua española intentaron acercarse

a ese estilo habanero. Juan Cruz, editor de Alfaguara, confesó que él era uno de esos jóvenes tinerfeños desvelados por TTT y Rosa María Pereda le reclamó al autor una novela de La Habana de los años sesenta. Carlos Franqui, Valerio Riva y Orlando Jiménez Leal intervinieron en “Cuba nuestra: literatura y política” con su visión de algunos de los primeros proyectos culturales de la revolución cubana. El trío de expositores denunció el silencio y las represalias sufridos por Cabrera Infante al decidir emigrar (cuando todavía la revolución cubana era vista como símbolo de libertad), y Jiménez Leal contó las desdichas de *La Habana, PM*, un documental censurado por el gobierno cubano en 1961, que fue exhibido esa noche. El colofón a la semana de G. Caín fue una noche dedicada a su pasión cinematográfica, con los testimonios de Vicente Molina Foix, Fernando Savater, Ángel Sánchez Harguindey y Fernando Trueba. Savater confesó que Cabrera Infante le enseñó a ver lo que otros no veían en la pantalla; Molina Foix sostuvo que Guillermo ya no va al cine porque es incompatible con su otra obsesión, las mujeres; Trueba remitió a los contertulios a la lista de las diez mejores películas adelantada por G. Caín en los años cincuenta, que ahora todos firmarían. •

Raúl Corrales, Premio Nacional de Artes Plásticas

El fotógrafo Raúl Corrales recibió el Premio Nacional de Artes Plásticas 1996 en una ceremonia en la Casa de las Américas, en La Habana. Corrales, de 71 años, declaró que no es un artista, sino un fotorreportero, aunque confesó que de no haber sido fotógrafo, sería pintor o escultor. Su obra gráfica ha sido publicada en *Bohemia*, *Carteles*, el periódico *Hoy*, y la revista *INRA*, y recientemente expuso parte de sus fotografías en Italia y Suiza. •

María Laria recibe *Bandera Cubana*

La periodista María Laria –presentadora de televisión en Estados Unidos– recibió el premio *Bandera Cubana* correspondiente a la edición de 1996 durante una ceremonia celebrada en Boston. Laria conduce el progra-

ma Sin Fronteras (*talk shows*) coproducido por Televisión Española y la telemisora norteamericana *GEMS*.

En ediciones anteriores, han recibido este premio el bailarín Fernando Bujones, la pianista Berta Schuman y la doctora Mercedes Ceballos. •

La huella múltiple

La Fototeca de Cuba, la Fundación Ludwig y el Centro de Desarrollo de las Artes Visuales organizaron en La Habana el encuentro de grabado contemporáneo, *La huella múltiple*, con exposiciones, conferencias, talleres y debates. Alfredo Sosabravo, Antonia Eiriz, Frémez, Rafael Zarza, Umberto Peña, Antonio Canet, Tomás Sánchez, y Ángel Ramírez son los expositores de *Impresiones de la memoria*, una muestra acogida por la fototeca; mientras que el Centro de Desarrollo de las Artes Visuales acoge la obra de los más jóvenes, bajo el título de *Transgrediendo los límites*, donde abundan las instalaciones de grabados-objetos con referentes de ambientes domésticos, folclore, y vivencias comunes a los cubanos de diferentes generaciones, como los sacos de azúcar. *Hoy como ayer*, expone las obras de artistas que apuestan por la fidelidad a la tradición del grabado como Belkis Ayón, Sandra Ramos, Agustín Bejerano, Isary Paulet y Alexander Richard, entre otros. Los creadores Helena Lopes (Brasil) y Antonio Martorell (Puerto Rico) ofrecieron un taller de aguainta, punta seca y experimentación con resinas, y un curso sobre técnicas de impresión, respectivamente. •

Fundación Hispano-Cubana

La Fundación Hispano-Cubana fue presentada el 13 de noviembre pasado en la Casa de América de Madrid con un acto presidido por sus titulares, Alberto Recarte y Guillermo Gortázar, junto a Mario Vargas Llosa, Carlos Alberto Montaner y Jorge Más Canosa, que pronunciaron sendos discursos. Martha Frayde leyó un mensaje de saludo y adhesión del disidente Gustavo Arcos y Rigoberto Carceller habló a nombre de Oswaldo Payá Sardiñas, que posteriormente envió una carta retirándose de la Fundación. Un

mes después, la Fundación Hispano-Cubana inauguró su sede en Madrid con la asistencia de personalidades españolas y de la oposición cubana e inició unas jornadas de reflexión en torno a Cuba, con una conferencia del periodista Andrés Silva, cubano residente en Barcelona, con el título “La imagen de Cuba en los medios de comunicación españoles”. ●

Casa de las Américas inaugura hemeroteca

La Casa de las Américas inauguró en La Habana una nueva hemeroteca, en la céntrica esquina de Línea y G, con cerca de ocho mil títulos de publicaciones de prensa, más de treinta y ocho mil ejemplares de revistas y periódicos, y un servicio llamado Archivo vertical, que pone a disposición de investigadores y del público en general notas, biografías, ensayos, reseñas y otros materiales literarios de escritores y artistas que han tenido relación con la institución en sus más de treinta años de vida. Las colecciones de *Orígenes*, *Revista de Avance*, *El techo de la ballena*, *Sur*, *Cuadernos de América* y de las publicaciones propias, entre otras, integran la nueva hemeroteca habanera. ●

Cubanos en Arco 97

Marta Pérez Bravo, Gerardo Mosquera, Coco Fusco y Ernesto Pujol asistirán a los IX Encuentros Internacionales de Arte Contemporáneo que se celebrará en Madrid del 13 al 18 de febrero con una sección especial dedicada a los *Horizontes del Arte Latinoamericano*. Mosquera y Fusco serán ponentes del curso, mientras que Ernesto Pujol expondrá parte de su obra. Al cierre de esta edición, estaba confirmada, además, la asistencia de la Galería Habana, con obras de Belkis Ayón, Tania Bruguera, Los Carpinteros, Alexis Leiva “K’cho”, Fernando Rodríguez Falcón y Esterio Segura. ●

Clinton invita a Gloria Estefan y Albita Rodríguez

Las cantantes cubanas Gloria Estefan y Albita Rodríguez cantaron en la gala de toma de posesión del presidente norteamericano, Bill

Clinton, el 19 de enero pasado en Washington. Albita y Gloria están nominadas, además, para sendos premios Grammy en las categorías de Artista salsa tropical y Mejor cantante pop, respectivamente. Por su parte, la familia Estefan fue recibida este otoño por los Reyes de España, Juan Carlos y Sofía, en el Palacio de la Zarzuela, en el norte de Madrid. ●

Zenea, ¿mártir o traidor?

El historiador cubano Fernando Fernández Escobio pronunció una conferencia en el Koubek Center de la Universidad de Miami sobre la figura del poeta Juan Clemente Zenea, a quien considera uno de los grandes poetas cubanos y víctima del látigo colonial español. Zenea –dijo Fernández– está a la altura de José María Heredia, Plácido, Mendi-ve, José Jacinto Milanés y Luaces. El conferenciante comentó la división del exilio cubano de entonces, en Estados Unidos, en dos grupos: uno de apoyo a Carlos Manuel de Céspedes y otro que respaldaba a la Junta Revolucionaria de Nueva York. Para Fernández Escobio el intento de persuasión del poeta a Céspedes para que depusiera las armas puso en tela de juicio el patriotismo de Zenea, quien fue enjuiciado y ejecutado por las autoridades coloniales españolas. ●

Orden Juan Marinello para Julio Le Riverend

El historiador cubano Julio Le Riverend fue condecorado por el Ministerio de Cultura de Cuba con la Orden Juan Marinello en ocasión de su ochenta y cinco cumpleaños y en reconocimiento a su obra historiográfica, que incluye, entre otros, *Historia económica de Cuba* y *Los orígenes de la economía cubana*. ●

Gobierno cubano perfecciona la censura

El International PEN Writers in Prison Committee considera que el gobierno cubano ha perfeccionado el arte de censurar a artistas, escritores y periodistas, según su informe dedicado a analizar la sociedad cubana en 1996. Los escritores cubanos pueden criticar al régimen solo valiéndose de determinadas astucias, pues las autoridades cubanas colocan barreras arbitrarias al trabajo de los creadores,

que van desde el control oficial de todas las editoriales hasta interrogatorios en los servicios de seguridad del estado, añade el documento publicado en Londres. Los jóvenes escritores están particularmente frustrados debido a la falta de libertad de prensa y, muchos de ellos, si pueden, prefieren vivir y publicar en el extranjero. PEN advierte en su análisis que ningún escritor cubano contactado por ellos en la isla quiso ser identificado por temor a ser vigilado, ni hablar telefónicamente por miedo a que fuese grabada la conversación. “Disfrutamos de cierta libertad –dijeron a PEN– para aparentar la existencia de libre expresión, pero nunca sabemos realmente cuáles son los límites porque cambian constantemente”. ●

Exilio en el exilio

La pieza teatral *Exilio*, de Matías Montes Huidobro, que recoge las peripecias de un grupo de intelectuales que regresa a La Habana en 1959, ilusionado por el triunfo, y luego vuelve al exilio desanimado por lo que ocurre en la isla, ocupó en diciembre la cartelera de una sala de Miami. July de Grandy, protagonista de la obra, declaró al *Diario de Las Américas* que en los primeros años sesenta en muchos de los cubanos que regresaron al exilio cundía la desesperación porque tenían que asumir trabajos de servicio doméstico siendo titulados universitarios, ya que no conocían el Inglés. La actriz considera que *Exilio* tiene la virtud de su valor universal, pues procesos como el cubano son aplicables a otros fenómenos migratorios y que, incluso dentro del propio exilio cubano, ha habido etapas diferentes como la del Mariel y las oleadas de balseiros de los últimos años, que –en su opinión– han llevado a tierras norteamericanas a un cubano distinto al de los primeros años, que obedece a estímulos y situaciones diferentes. Y para ella es una realidad que deben enfrentar los exiliados cubanos más antiguos como forma de preparar el futuro del país. ●

La productora Hurón Azul estrena video

La productora Hurón Azul, perteneciente a la UNEAC, estrenó su primer video, ... *siguiente*

peñado en decir..., dirigido por Jorge Aguirre y de unos veinte minutos de duración, que resume la vida y obra de Jesús Orta Ruiz, *El indio Naborí*. Octavio Cortázar, director de la nueva productora, declaró que producirán alrededor de doce documentales al año en formato de video, y que las próximas entregas abordarán las figuras de Fina García Marruz, Cintio Vitier, Felipe Poey, y Emilio Roig de Leuscherling. ●

Cuatro décadas de éxodo

Los cineastas Alex Antón y Joe Cardona produjeron en Miami, bajo el patrocinio de la Fundación Bacardí, el documental *¿Adiós Patria?*, que cuenta el éxodo cubano en las últimas cuatro décadas, con abundantes documentos de archivo, entrevistas a personalidades, e imágenes de la sublevación del 5 de agosto de 1994 en La Habana. El medio-metraje ha sido editado en español con la cooperación de Willy Chirino y en inglés con la de Andy García. ●

Salinas en Madrid

Baruj Salinas ocupó el otoño de la galería Melgar, en Madrid, con una muestra de su obra, catalogada por los organizadores como una de las mejores expresiones del expresionismo abstracto en la pintura cubana. Baruj, que vive en Miami, acude cada año a Barcelona a colaborar en un proyecto plástico con el grabador japonés Yamamoto. ●

Feria Internacional de Artesanía en La Habana

La VI Feria Internacional de Artesanía (FIART' 97) se celebrará en La Habana del 22 al 30 de marzo con el lema de “Raíces y vigencia de la artesanía” con algunas novedades como la apertura de un salón para la venta en moneda nacional, y la concesión de stand a artistas individuales o agrupados en cooperativas, informó el director del Fondo Cubano de Bienes Culturales, Ángel Arcos, que se mostró esperanzado con una participación internacional que supere a la de nueve países presentes en la edición del año pasado. ●

Los muñecos diabólicos

Lorenzo Mena, quizá el pincel más *gore* de la paleta cubana, exhibió parte de su obra en la galería Clave, de Murcia, levante español, adonde llevó veinte esculturas policromadas bajo el título de *Réquiem*, que la crítica española definió como “poética del horror”. De la obra de Mena, Gastón Baquero piensa que es personalísima y que a “una imaginación dramática y poética a la vez, él une su gran oficio”. Las creencias, los tabúes, los mitos toman cuerpo en las obras, cargadas de una ácida ironía surrealista. ●

Fundación Chirino

El compositor y cantante cubano Willy Chirino está satisfecho con el trabajo de su fundación, creada en 1994 para ayudar a los balseros cubanos, pero que luego ha extendido su labor hacia todos los cubanos, incluidos niños residentes en la isla que necesitan atención médica y otros proyectos con infantes y jóvenes de Nicaragua, Perú y Colombia. Recientemente, Chirino fue recibido por el presidente dominicano, Leonel Fernández, al que pidió visados de entrada en su país para algunos cubanos perseguidos por el gobierno de La Habana, y los días 8 y 10 de noviembre ofreció sendos conciertos en el teatro Jackie Gleason de Miami. ●

Lyon iluminará el Morro de La Habana

La alcaldía de la ciudad francesa de Lyon y la Oficina del Historiador de La Habana firmaron un acuerdo para dotar de una nueva iluminación al Castillo de El Morro, que custodia la bahía de La Habana. El Alcalde adjunto de Lyon, Henri Chabert, calificó el protocolo firmado como el inicio de una cooperación cultural y humana; mientras que el historiador Eusebio Leal expresó satisfacción por conseguir un equipamiento de calidad que haga duradero el misterio de la luz a pesar del mar. ●

El cerdito que amaba el ballet

La escritora cubana Graciela Margarita Lima conquistó el premio editorial Monte Ávi-

la con su cuento, *El cerdito que amaba el ballet*. Lima –que reside en Quito– ha publicado catorce libros, sus cuentos han sido incluidos en antologías aparecidas en Italia, Estados Unidos, México, y Rusia, y trabaja como guionista en la televisión ecuatoriana. ●

Universidad de Cambridge lleva libros a La Habana Vieja

La Universidad de Cambridge llevó hasta La Habana Vieja cuatrocientos títulos de sus fondos bibliográficos de Humanidades, Ciencias Sociales, Tecnología, Inglés y Pedagogía, para mostrarlos en una exposición coordinada con el Instituto Cubano del Libro. ●

Ave María cubana en Washington

El tenor cubano Armando Terrón ofreció un concierto en la iglesia de San Bartolomé, en Washington, en el que interpretó villancicos navideños, canciones y *lieder*, como *Ave María*, *Noche de paz* y *El arbolito*, así como piezas de su último álbum que incluye composiciones de Lecuona, Fernández Porta, Consuelo Velázquez y René Touzet. Esta es la tercera ocasión en la que Terrón ofrece un recital en la capital norteamericana. ●

Un son para el Guinness

Un son de treinta horas, tocado a muchas manos por varias orquestas de salsa en Barcelona acaba de entrar el libro Guinness Record, por ser el más largo de la historia. Los artistas, entre los que se encontraban los grupos cubanos *Angelitos negros* y *La novena de la salsa*, comenzaron a sonar a las cuatro y veinte de la madrugada de un martes y concluyeron a las diez y veinte de la mañana del miércoles. ●

Ediciones San Roque

La editorial San Roque acaba de lanzar en Madrid sus primeras plaquettes de prosa y poesía con *La casa de alibi*, de José Lezama Lima, *Tankas oscuros*, de Ernesto Suárez; *Ver-sos del caminante*, de Ernesto Delgado Baudet y *Viaje y encuentro*, de Lolín Ríos. Estas ediciones han estado a cargo de Alberto Lauro y Fermín Higuera. ●

Fiesta a la Guantanamera

La provincia cubana de Guantánamo celebró en diciembre pasado la primera edición de la *Fiesta a la Guantanamera*, que incluyó seminarios y talleres sobre la tradición musical de esa región oriental de la isla, la identidad provincial y las relaciones entre cultura y turismo. Chito Latamblé, tresero mayor, Lili Martínez y Rafael Inciarte, los músicos guantanameros de más renombre en el pentagrama cubano, por sus aportes a el Quiribá, el Nengón y el Changüí, entre otros géneros musicales, protagonizaron unos de los talleres de la celebración, que contó con escasa o nula asistencia de público, según el dominical *Juventud Rebelde*, debido a un lastre de varios años en la vida cultural guantanamera con pobreza en las ofertas y a una deficiente estrategia de divulgación. ●

California acoge a músicos cubanos

Los músicos cubanos *Los Papines* y Walfredo de los Reyes, padre e hijo, reeditaron en California los conciertos que ofrecían hace más de treinta años en el Hotel Nacional de La Habana. En su primera visita a una de las mejores plazas musicales de Estados Unidos, los percusionistas de la isla contaron con el apoyo de los artistas cubanos que viven allí como Alex Acuña, Justo Almarino, y Carlitos del Puerto, entre otros. *Los Papines* ofrecieron, además, audiciones en las tres universidades de California. En 1997, viajarán junto a Tropicana por América Latina. ●

La Habana celebró primer siglo de *La Bohème*

El Gran Teatro de La Habana celebró el centenario de la ópera *La Bohème* con una representación a cargo de la Ópera Nacional de Cuba, dirigida por Manuel Duchesne Cuzán y con Adolfo Casas como *Rodolfo*, María Esther Pérez y Niurka Wong en la *Mimí*, Nelson Martínez como *Marcello*, alternando con el mexicano Arturo Barrera, y Haydée Tutier e Hilda del Castillo compartiendo el rol de la *Musetta*. ●

José Fors llevó su isla a Guadalajara

El pintor cubano José Fors expuso una retrospectiva de sus últimos quince años en el Museo de las Artes de la Universidad de Guadalajara (México), donde el acrílico *La isla* interesó a los expertos y visitantes por su depurado dominio de la técnica dentro del estilo surrealista. Fors ha expuesto su obra en Estados Unidos, Puerto Rico, Holanda y México, donde reside y es, además, un reconocido roquero integrante del grupo *Cuca*. ●

Teatro contemporáneo en Miami

Aciertos y desaciertos de la escena cubana fue el título de una charla sobre teatro contemporáneo cubano organizada en la Universidad de Miami por la Asociación de Estudios Cubanos y la revista Catálogo de Letras, el pasado 7 de diciembre. Los actores Daisy Fontao, Juan David Ferrer y Gerardo Barrios leyeron escenas de las obras *Parece blanca*, de Abelardo Estorino, *Santa Cecilia* y *La noche*, de Abilio Estévez, y *Manteca*, de Alberto Pedro, todas ellas consideradas controversiales en la dramaturgia cubana de los años noventa. ●

Asociación Cultural Espa-Mundi

Con una muestra plástica de los artistas cubanos Roberto Carril y Mayra Pararpar abrió sus puertas el pasado 10 de enero la Asociación Cultural "Espa-Mundi", que se propone organizar talleres y cursos de diversas especialidades a cargo de intelectuales cubanos residentes en España, coordinados por Mayda Bustamante. ●

La lente de Sophie

La fotógrafa francesa Sophie Andrieux, que prepara un libro de fotos sobre La Habana, presentó una muestra de su obra en un taller de artes plásticas del Distrito IV de París, con el título de *Cuba-sí cubano*. La vida callejera, la abundancia de pancartas oficiales, y el abandono de los inmuebles, entre otros, son los temas enfocados por la artista. ●

El Montecristo en su Salsa

El restaurante cubano Montecristo aderezó su oferta gastronómica en París con tres jornadas salseras, protagonizadas por las orquestas NG la Banda, Klímax y los Van Van, que acudieron a la capital francesa para actuar en el festival Montecristo de Salsa, que cada año se celebra en una localidad francesa. ●

El Carretero de la City

Concebido como homenaje al músico cubano Guillermo Portabales (Cienfuegos, 1914-Puerto Rico, 1961) autor de guajiras, sones y boleros, la casa discográfica británica World Circuit Records sacó al mercado el disco *El Carretero*, una recopilación de temas cubanos como *Al vaivén de mi carreta* y *Oye mi son*, de Níco Saquito, *Junto a un cañaveral*, de Rosendo Ruiz y *Nostalgia guajira* y *El Carretero*, que da título al disco. ●

Puente Familiar inauguró sede en Madrid

La organización no gubernamental, *Puente Familiar con Cuba* inauguró su sede en Madrid. *Puente Familiar con Cuba* tiene dos líneas fundamentales de trabajo. La primera es la acogida a los cubanos que deciden vivir en España, a los que se les brinda asesoría jurídica para la legalización e inserción en la sociedad española. La segunda es la recopilación y envío de materiales y artículos de primera necesidad para la población de la Isla. El propio turista español es quien entrega, de manera directa la ayuda- explicó Rigoberto Carceller, su presidente, ex preso político cubano. Para contactar con la organización : c/ Pedro Medrano, 3. 28029 Madrid. Teléfonos: 776 72 91 y 909 11 76 07 ●

Obituario

Alberto Gutiérrez de la Solana

El profesor, investigador y editor cubano Alberto Gutiérrez de la Solana murió este otoño en Miami, tras una larga carrera como

profesor universitario en Nueva York y la publicación de varios libros entre los que destacan *Manera de narrar*, una tesis de confrontación estilística entre Lino Novás Calvo y Alfonso Hernández Catá; una antología de Rubén Darío y una serie de varios volúmenes de investigación y crítica literaria combinadas con la lingüística cubana. La editorial *Senda nueva de ediciones*, fundada por Gutiérrez de la Solana publicó unos 70 volúmenes sobre la cultura y el pensamiento cubanos. En el momento de su muerte trabajaba en una historia del exilio cubano. ●

Tomás Oliva

El pasado 3 de noviembre falleció en Miami el artista plástico cubano Tomás Oliva, miembro del Grupo de los 11, que revolucionó la plástica en los años 50. Oliva fue uno de los principales organizadores del Salón de Mayo de La Habana y director de la Sección de Artes Plásticas del Ministerio de Cultura de Cuba, donde dejó importantes obras como la pintura de la heladería Coppelía, una escultura alegórica de la explosión del barco La Coubre en la Bahía de La Habana. Museos y colecciones privadas de París, Nueva York, Madrid, Miami y Tokio conservan obras de Oliva, que llegó al exilio en 1974. ●

Rolando López Dirube

Ha muerto en San Juan, Puerto Rico, la que fuera una de las figuras de mayor relieve de las artes plásticas cubanas. López Dirube (La Habana, 1928 – San Juan de Puerto Rico, enero de 1997) fue pintor, grabador, escultor, muralista y un dibujante extraordinario. Movidio por una profunda sensibilidad poética, Dirube supo expresar su fascinante creatividad mediante numerosas técnicas, muchas de ellas ideadas y perfeccionadas por él mismo. Fue maestro tanto en el más sutil dibujo como en la aplicación de los ordenadores en el diseño de murales modulares. Sordomudo desde pequeño, nunca le faltó el aliento creador ni una contagiosa alegría de vivir. En La Habana sus murales se pueden apreciar en el Palacio de los Deportes, en la Universidad y

en el Hotel Habana Riviera, entre otros. En este número se reproducen algunos de sus trabajos. ●

.....

Pasar revista

■ CARTA DE CUBA. (Nº 2, otoño de 1996, pp. 36). Crónicas, artículos y noticias provenientes de los periodistas independientes de Cuba y de sus colaboradores en el exterior. Sobresalen en este número, entre otros, las denuncias sobre las condiciones de los presos políticos recibidas desde las cárceles de Kilo 8 y Canaleta; una de las últimas entrevistas al historiador cubano Leví Marrero por Nedda Anhalt; la comparación entre el racionamiento actual y el consumo alimenticio de los esclavos en el siglo XIX; un estudio socio-económico sobre el tabaco en Cuba por el economista Vicente Rolando Royo, actualmente en prisión; y el encarte "Carta abierta a Fidel Castro" de la neurocirujana Hilda Molina, donde denuncia su condición de secuestrada en su propio país por no concedérsele el permiso de salida. Director: Carlos Franqui. • Dirección: P.O. Box 9352, Santurce, Puerto Rico 00908.

■ CONTRACORRIENTE. (Año 2, Nº 5, sept., 1996, pp. 140). Revista trimestral auspiciada por el Ministerio de Cultura de Cuba y la UNEAC. Destacamos los siguientes textos: "Cartas de Thomas Merton" de Cintio Vitier, donde recoge las cartas del poeta trapense y las circunstancias de su amistad; "La Habana cuesta, pero vale" de Mario Coyula, sobre la necesidad de la recuperación del espacio arquitectónico de la ciudad; "Notas para un estudio de la marginalidad", en torno al concepto de marginalidad en distintas sociedades y en especial la cubana actual, por Enrique Ubieta; "Calibán: la voz bajo el diluvio", reflexiones sobre el conocido ensayo de Fernández Retamar, por Emilio Ichikawa; también un debate sobre "El socialismo y la cultura en Cuba". Director: Enrique Ubieta. • Dirección: Calzada 807, Vedado, Ciudad de La Habana, Cuba.

■ CUBA NUESTRA. (Nº 6, oct., 1996, pp. 32). Publicación del Círculo de Estudios Cuba-

nos de Estocolmo, vinculado a la Unión Liberal Cubana. Señalamos el ensayo sobre el trotskismo en Cuba por Carlos Manuel Estefanía; "Diario de una sobreviviente. La odisea de una prisionera política" de Aleida Durán; y "El fundamento perdido" por Oscar Ayala, Agencia Patria. Director: Carlos Manuel Estefanía. • Dirección: c/o Abel Luis, Kongärsvägen 3 BV, 14 3 46 Varby, Suecia.

■ CUBAN AFFAIRS / ASUNTOS CUBANOS. (Vol. III, Summer/Fall, 1996, pp. 12). Publicación del Comité Cubano por la Democracia. Incluye dos extensos trabajos sobre la ley Helms-Burton: "US Policy toward Cuba" de Jorge I. Domínguez y "'Lose-lose' Situation and Transition Trap" de Rolando Castañeda. También "Havana Postcards" de Alejandro Portes, inquietante memoria de un viaje a la isla; y "The National Self and the Post-Exile Generation in Cuban-American Miami" de Rubén Rumbaut, interrogantes sobre la identidad nacional de los cubano-americanos en una Cuba del futuro. Editor: Mauricio A. Font. • Dirección: P.O. Box 1333, Princeton, NJ 08542-1333, EE UU.

■ DIÁLOGO. (Nº 1, Spring 1996, pp. 40). Publicación semestral del Center for Latino Research de DePaul University. Señalamos el ensayo "Miguel Barnet: la africanía como toma de conciencia de la cultura nacional cubana" por Mirza González. Editor: Félix Masud-Piloto. • Dirección: DePaul University, 2320 N. Kenmore, Chicago, Illinois, EE UU.

■ FUNDACIÓN. (Año 5, Nº 16, oct., 1996, pp. 32). Órgano de la Fundación Nacional Cubano Americana. Número monográfico que recoge íntegramente el debate entre Jorge Mas Canosa y Ricardo Alarcón. • Dirección: P.O. Box 440069, Miami, Fl. 33144, EE UU.

■ LA GACETA DE CUBA. (Año 34, Nº 5, sep. / oct., 1996, pp. 64). Publicación bimestral de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Destacamos: Cuatro poemas de Francisco de Oraá; "Cuento de dos ciudades" de Antonio José Ponte; "La picaresca en la historia de La Habana" de Gustavo Eguren; "Niño Rivera: el gran olvidado de la música cubana" de Leonardo Acosta. También el debate propuesto por Ambrosio Fonet, "El (otro) discurso de la identidad" para el que se han seleccionado textos de profesores universitarios cubanos en EE UU, entre los que sobresalen: "Vivir

en la cerca: la generación del 1,5" de Gustavo Pérez-Firmat y "El uno y su doble" de Antonio Vera-León. Este número incluye dos severas críticas a la revista *Encuentro de la cultura cubana*, una, "Elefantes en la cristalería", más seria, de Rafael Hernández (ver pág. 136 de este número de *Encuentro*); la otra, esentórea, "Desencuentros y lejanías" de Pedro de la Hoz. Director: Norberto Codina. • Dirección: Calle 17, n° 354, Habana 4, Cuba.

■ EL HERALDO CUBANO. (N° 17, sept., 1996, pp. 20). Órgano de Fraternidad Cubana, una organización política independiente. Destacan: "La política de la salud en Cuba" por el doctor Ciro Machado; "Vísperas del cambio: triunfalismo y miseria" por Ulises Cabrera, APIC, La Habana; "La verdad sobre el arresto de Húber Matos" por Enrique Encinosa. Director: Rigoberto Artiles Ruiz. • Dirección: c/o LUF, Fridhemsgatan 66, 112 46, Estocolmo, Suecia.

■ THE JOURNAL OF DECORATIVE AND PROPAGANDA ARTS. (N° 22, 1996, pp. 291). Se trata de un anuario de reciente creación que dedica el número de 1996 a la arquitectura y las artes plásticas en Cuba entre 1875 y 1945. Incluye 377 ilustraciones. Director: Micky Wolfson. • Dirección: 2399 NE Second Ave, Miami, FL 33137.

■ LA OPINIÓN. (Oct., 1996, pp. 4). Órgano de la Coordinadora Social Demócrata de Cuba. El boletín incluye una "Declaración sobre la Ley Helms-Burton" de la CSDC, que reconoce el derecho de la Comunidad Internacional de rechazar esta ley y el derecho del Congreso norteamericano de dictar las leyes para defender los derechos de sus nacionales, sin compartir ni una ni otra posición. Reconoce, sin embargo, que la escasez que sufre el pueblo cubano no puede achacarse únicamente al embargo sino al fracaso del sistema impuesto en la isla, y concluye: "Rechazamos asimismo, cualquier ley de otro estado soberano que comprometa, atente o socave la soberanía de nuestro país por muy loables que parezcan las intenciones y los que la originaron". También, "Del cubano y la sociedad: una breve reflexión" por Orlando Márquez Hidalgo (ver *Encuentro*, n° 2, pp. 68-80). • Dirección: P.O. Box 248171, University Station, Coral Gables, FL 33124, EE UU.

■ LÁPIZ. (Año XV, N° 127, dic., 1996, pp. 94). Revista de arte que, bajo el título de "redefiniciones en los noventa", nos entrega en este número un extenso ensayo del crítico cubano Iván de la Nuez sobre el arte cubano en Miami. Con notable precisión, el autor sitúa los presupuestos actuales en que se desarrolla la plástica en la ciudad florida, al tiempo que repasa las principales tendencias y los más notables creadores que se inscriben en esta lábil frontera. "Y es que Miami es una ciudad fronteriza de muchas maneras. No sólo hacia el exterior (opera como frontera del último reducto de la Guerra Fría), sino también hacia adentro, pues está compuesta por fortalezas que apenas permiten la conexión fructífera entre las múltiples culturas que habitan este archipiélago", afirma De la Nuez.

■ PALABRA NUEVA. (Año V, N° 51, oct., 1996, pp. 24). Publicación del Departamento de Medios de Comunicación Social de la Arquidiócesis de La Habana. Destacan, entre otros, el informe sobre la inauguración de la casa de propedéutica del Seminario San Carlos y San Ambrosio, con capacidad para alojar veintidós seminaristas, si bien la cifra total del curso 95-96 fue de 71; "La huella imborrable de los Dominicos en Cuba" por Eduardo Quiñones; "Salario, vida y proyecto económico" por Salvador Larrúa; "Relaciones entre Cuba y Estados Unidos: perspectivas" por Jorge I. Domínguez. Director: Orlando Márquez. • Dirección: Calle Habana n° 152, La Habana Vieja 10100, Cuba.

■ SIN VISA. (Año I, N° 8, oct., 1996, pp. 28). Boletín cubano de arte, política y cultura. Destacamos, entre otros: "Gastón Baquero: la dignidad del exilio" por Elizabeth Burgos; respuesta de Darío Méndez al editorial en que Félix Pita Astudillo (*Granma*, 9.10.96) ataca a Régis Debray y a lo que califica de "el redil franco-cubano de París"; "Los infortunios de un centro de investigaciones", sobre las descalificaciones de Raúl Castro al Centro de Estudios sobre América, por Thomas Renault; "Conversación con Gastón Baquero" poema de Norge Espinosa, desde La Habana; resumen y evaluación del debate entre Mas Canosa y Ricardo Alarcón; "Turismo y prostitución infantil en Cuba" por Cristina L'Homme; "Nace una estrella", artículo

sobre el éxito en París del bailarín clásico cubano Juan Boada, por Javier de Castro Mori. Coordinador: Jorge Masetti. • Dirección: 6 rue Linné, 75005 París, Francia.

■ TRAZOS DE CUBA. (Año 2, N° 14, nov., 1996, pp. 28). Revista de reflexión política y cultural. Incluye en este número “El invierno del dinosaurio”, entrevista de Patrick Masayá con Jean-Pierre Clerc, antiguo responsable de la sección América Latina del diario *Le Monde*; “La Central Nuclear: el peligro de una utopía” por Armando Valdés; “Las revoluciones cuando se corrompen crean gusanos” por Rafael Bordao; “Así habla Zaratus-tra en La Habana”, desde Cuba, por Bebo Margolles; “Ríos y cloacas” sobre la crisis ecológica en Cuba, desde La Habana, por Néstor Bague; “Los que supieron ver” artículo de Jacobo Machover sobre los dos primeros libros críticos de la revolución cubana escritos en Francia: *El polvorín cubano. Castro el infiel* (1960) de Yves Guilbert y *Autopsia del castrismo* (1961) de Léo Sauvage. Consejo Editorial: Lázaro Jordana y Jacobo Machover. • Dirección: 15 Av. de la Garenne, 77270 Villeparisis, Francia.

■ UNIÓN. (Año VIII, N° 24, jul./sept., 1996, pp. 96). Revista trimestral, órgano de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Contiene un homenaje al Centenario de Silva, en el que destaca “La polifonía del modernismo y la modernidad de José A. Silva” por Ivan A. Schulman. También: “Teatro y modernidad; un ensayo de ficción” por Raquel Carrió; “La celosía. Miradas a la pintura de Fidelio Ponce” por Carmen P. Bermúdez; “Mederox. La magia inverosímil”, sobre el pintor cubano José Mederos Sigler, por Pedro de Oraía; “Figuroa. Adivinador de lo secreto”, notas sobre el fotógrafo cubano José A. Figuroa, por Miguel Díaz Reynoso; “Los primeros planos de Eros” por Rafael Acosta; cuentos de Antonio José Ponte, Efraín Rodríguez Santana y José Prats; “Se acabó el querer...”, fragmento de la novela homónima de Eliseo Altunaga. Director: Jorge Luis Arcos. • Dirección: Calle 17, n° 354, Vedado, Ciudad de La Habana, C.P. 10400, Cuba.

■ VITRAL. (Año 3, N° 15, sept./oct. 1996, pp. 86). Revista socio-cultural del Centro Católico de Formación Cívica y Religiosa, Diócesis de Pinar del Río. Destacan, entre otros,

“La Religión ante los desafíos de un Nuevo Orden Mundial. (El factor religioso en el conflicto entre Cuba y los Estados Unidos)” por Enrique López Oliva; “Dos novelas abiertas”, un estudio sobre *Tres tristes tigres* y *De donde son los cantantes*, por Juan Ramón de la Portilla; “La atención al enfermo terminal”, un ensayo de ética profesional, por Antonio M. Padovani y otros; “Trabajo por cuenta propia: trampas y aportes”, defensa de esta modalidad del trabajo, por María C. Gálves; “Sociedad Civil: impedimentos, miedos y coincidencias”, una reflexión sobre el reforzamiento de la sociedad civil en Cuba, por Dagoberto Valdés; “Desafíos a la reconciliación cubana” por María Cristina Herrera; “Mito de Sísifo: Ética y libertad en los medios de comunicación (un aparte para el caso de Cuba)” por Joaquín J. Díaz Ortega. Director: Dagoberto Valdés Hernández. • Dirección: Obispado de Pinar del Río, calle Máximo Gómez n° 160, Pinar del Río, C.P. 20 100, Cuba.

Libros recibidos

■ AGÚN EFUNDÉ, *Los secretos de la santería*, Ediciones Universal, Miami, pp. 120. Este manual, escrito en 1959, esconde tras el seudónimo a un viejo y respetado santero de Cuba. La obra pretende explicar en un lenguaje claro y sencillo en qué consiste la Santería. Imposibilitado de publicarlo en Cuba, el autor hizo llegar el original al editor página a página. La obra resume la historia de parte del pueblo Yoruba, llevado a la isla como esclavos, estudia cada una de las deidades del panteón Yoruba, y explica la lectura de los cocos y los caracoles. El autor advierte: “el gobierno, convencido de que no puede aplastar la Santería, ha decidido no perseguirla. Oficialmente niega su existencia, pero sabe que el número de practicantes crece en Cuba y, por conveniencia, prefiere ignorarla. Nosotros estamos preparados. Y si un día comienzan a detenernos, volveremos a practicarla en secreto, como en los tiempos en que Cuba era una colonia española.” Diecinueve ilustraciones.

■ AGUILERA, C. A., *Retrato de A. Hooper y su esposa*, Ediciones Unión, La Habana, 1996, pp. 46. Este largo poema, Premio David 1995, minimalista en su forma, excluye metódicamente la especulación emotiva del autor. El texto revela una nueva poética –lejos de lo anecdótico de la poesía de la experiencia y distante del barroquismo verbal– que se construye sobre un espacio conceptual y transgresor, cada vez más presente entre los jóvenes creadores cubanos. Aguilera (La Habana, 1970) vive en Cuba.

■ ARENAS, REINALDO, *La Couleur de l'été*, trad. Liliane Hasson, Edit. Stock, París, 1996, pp. 450. Excelente traducción de una de las novelas menos conocidas del autor cubano y su más logrado texto paródico y carnavalesco, *El color del verano*. Para Arenas, esta obra “revela las insólitas peripecias y avatares de un dictador vitalicio, viejo y enloquecido, y la vida subterránea de una juventud desgarrada, erotizada, rebelde y a veces envilecida, pero negada a aceptar la prisión marina que habita”. Es la cuarta de una furiosa y monumental “pentagonía”, según el autor, que comienza con *Celestino antes del alba* (1967), *El palacio de las blanquísimas mofetas* (1982), *Otra vez el mar* (1982), *El color del verano*, originalmente publicada por Ediciones Universal (Miami, 1991) y *El asalto* (1991).

■ BAQUERO, GASTÓN, *Testamento del pez. Antología poética*, Ediciones Vigía, Matanzas, 1966, pp. 136. Alfredo Zaldívar, director de la editorial, ha seleccionado veinte poemas del autor cubano exiliado en Madrid. Con prólogo del poeta Antonio José Ponte, “Último nacimiento de Gastón Baquero”, el resultado de la edición es una muestra entrañable del fervor que despierta la poesía de Baquero (Banes, 1918) entre los jóvenes creadores cubanos. La edición consta de doscientos cincuenta ejemplares numerados, mimeografiados, iluminados a mano y totalmente manufacturados de manera artesanal en cajas de tabacos. Ediciones Vigía demuestra que la precariedad no está reñida con el buen gusto.

■ DÍAZ, JESÚS, *Las iniciales de la tierra*, Anagrama, Barcelona, pp. 421. Nueva edición de la novela publicada por Alfaguara en 1987. Un revelador viaje al interior de los resortes menos evidentes de la revolución cubana.

Para acceder a la condición de “trabajador ejemplar”, el protagonista deberá llenar un minucioso expediente de “cuentametuidas”. A través de una variada fusión de lenguajes –coloquiales, musicales, cinematográficos, políticos– el lector acompañará al protagonista en un desgarrador viaje a la memoria. Esta novela estuvo prohibida en Cuba durante doce años. Cuando se publicó en Madrid y en La Habana, en 1987, fue aclamada como la gran novela crítica de la revolución cubana. Traducida al alemán, francés, sueco y griego. “Apasionada, blasfema, satírica. Una gran tormenta literaria” (Erich Hackl, *Die Zeit*). “Un libro sorprendente, sólido, apasionante, que se lee con una mezcla de fascinación y vértigo” (Rafael Conte, *El País*).

■ DÍAZ, JESÚS, *Las palabras perdidas*, Anagrama, Barcelona, 1996, pp. 348. Nueva edición de la novela publicada por Ed. Destino en 1992. La aventura terrible de un grupo de amigos que intentan publicar una revista independiente en La Habana. Crónica del fracaso de las ilusiones juveniles en el marco de la revolución cubana. Un homenaje a las palabras nunca totalmente perdidas, que se inserta en la tradición literaria cubana, algunas de cuyas figuras –Lezama Lima, Carpentier, Guillén, Diego, Piñera– aparecen amorosa e irónicamente evocadas. “Una verdadera comedia literaria: comunica la fascinación y la vivacidad de las grandes causas perdidas (Julio Ortega, *La Jornada*, México). “Magnífica, profunda, divertida y emocionante” (Juan Marín, *El País*). “Una obra maestra” (Cristoph Kühn, *Tages-Anzeiger*).

■ ÉVORA, JOSÉ ANTONIO, *Tomás Gutiérrez Alea*, Cátedra/Filmoteca Española, 1996, pp. 254. El autor ha estructurado de manera homogénea fragmentos de libros, entrevistas, artículos donde el cineasta cubano ha expresado opiniones ante su propia obra, sobre el cine y el arte en general. Un apéndice recoge la filmografía y la bibliografía completas de Gutiérrez Alea.

■ GONZÁLEZ, MIGUEL, *Las manos que aplaudieron*, San Lázaro Graphics, Miami, 1996, pp. 38. Libro de poemas póstumo del autor, nacido en Cifuentes (1918) y fallecido en Miami (1996). Los poemas aquí recogidos son de carácter socio-político. Entre sus libros publicados destacan: *Varona y el Arte*

(Universidad de La Habana, 1949), *Canto a Martí* (La Habana, 1957) y *Cuba y Ofelia: la muerte entre todos* (Miami, 1992 y 1994).

■ FERNÁNDEZ CAUBÍ, LUIS, *Apuntes sobre la nacionalidad cubana*, Ediciones Universal, Miami, 1996, pp. 142. Su autor, abogado y ex profesor de la Universidad de Villanueva, escribe una columna en el *Diario de las Américas*. La obra recoge quince ensayos agrupados en tres secciones: “El padre Varela y la Constitución de Cádiz”, “Cuba y Galicia” y “De la independencia a la catástrofe”.

■ FERNÁNDEZ FIGUEROA, ENRIQUE, *La historia como condicionante del territorio. El caso de Cuba*, Consejería de Fomento del Principado de Asturias, Madrid, 1995, pp. 338. Esta rigurosa obra “realiza un estudio histórico desde la época prehispánica hasta nuestros días (período especial actual), identificando los elementos que componen el territorio y la interrelaciones e influencias que ejercen según sus circunstancias y los momentos histórico. Se estudia el medio natural y su transformación en los términos más generales; los patrones de asentamientos rurales, sus características económicas, territoriales y la base social que los sustentan; las ciudades y poblaciones en general, las aglomeraciones y ejes urbanos”. El autor es arquitecto, proyectista del Plan Director de Ciudad de La Habana y profesor de la Facultad de Arquitectura del I. S. Politécnico José Antonio Echeverría de La Habana.

■ FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, JOSÉ, *Cuba: del socialismo al fascismo*, First Book Publishing, San Juan, Puerto Rico, 1996, pp. 276. Como se anuncia en el subtítulo, “Un español dentro de la revolución cubana: 1980-1996”, el texto recoge las experiencias de un empresario español de origen izquierdista que llega a la isla para participar en el desarrollo de las empresas mixtas alentadas por el régimen. La obra denuncia la frustración del autor —quien llegara a ser coronel del Ministerio del Interior y a sostener trato habitual con Fidel Castro y prácticamente todos los ministros económicos de la isla— en la medida en que descubre por propia experiencia lo que Fernández González llama: “la mentira del sistema castrista, la desesperación del pueblo cubano, la miseria en que se desenvuelve y la corrupción imperante que, día a

día, se multiplica por doquiera”. Fotos y documentos inéditos completan la obra.

■ FERNÁNDEZ SANTALICES, MANUEL, *Cuba: catolicismo y sociedad en un siglo de independencia*, Organización Demócrata Cristiana de América, Caracas, 1996, pp. 134. El autor, especialista en temas católicos cubanos, fue co-fundador y redactor jefe de la revista *La Quincena*, director del boletín *Reunión* del Instituto de Estudios Cubanos y de la revista *Mensaje Iberoamericano*. La obra es una cronología que recoge “un siglo (1895-1995) de la relación dialéctica Iglesia-Estado-Sociedad, en un contexto socio-político que por muchos motivos resulta paradigmático”, en palabras del autor, quien vive en Madrid.

■ GARCÍA OBREGÓN, OMAR A., *Pastor del tiempo*, Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, 1996, pp. 82. Se trata de un libro de poemas, Mención Especial del Premio Literario “Tomás Morales, 1994”, marcado en su casi totalidad por la tensión lírica de su sexta sección, “Tiempo místico”. Poesía de límpida y precisa palabra, sabia en sus silencios y elipsis. Valga un ejemplo: “En tus sombras / me consultas / y te escucho. / Te aproximas / y conversas. / Nos separa una misión que obedezco.” (“Al dios del silencio”). El autor es profesor en el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Londres.

■ JIMÉNEZ, LUIS A. y LISMORE LEEDER, ELLEN, editores, *El arte narrativo de Hilda Perera de “Cuentos de Apolo” a “La noche de Ina”*, Ediciones Universal, Miami, 1996, pp. 180. Se trata de doce ensayos críticos que penetran en la compleja narrativa de la autora cubana. Entre otros, sobresalen: “*Los Robledal*: algunos rasgos formales del texto e imágenes poéticas” de Alicia G. R. Aldaya, “Mujer y política en *El sitio de nadie*” de Luis A. Jiménez, “La mujer-protagonista en tres novelas de Hilda Perera” de Ellen Lismore Leeder y “La realidad presidiaria y la casa de ficción en *Plantado*” de Oscar Montero-López. Completa la obra una extensa bibliografía levantada por Rosario Roviroso.

■ GIRONA, JULIO, *La corbata roja*, Manuel Lausín Muñoz Editor, Zaragoza, 1996, pp. 160. El autor (Manzanillo, 1914), reconocido como pintor, escultor y caricaturista, publicó por primera vez en la década de los 80. En

Cuba se han editado sus *Memorias* y la novela *Seis horas y más*, sobre su experiencia en la II Guerra mundial. El libro que comentamos recoge parte de su obra poética. La delicada sensibilidad de Girona se expresa en breves poemas de estilo directo que bosquejan un rostro, un cuerpo desnudo; salvan del olvido flecos de una conversación, fragmentos de la historia. Como señala el prologuista, Luis Suardíaz, su escritura recuerda la eficacia de Edgar Lee Master y e. e. cummings. El autor reside entre New Jersey y La Habana.

■ LEANTE, CÉSAR, *Gabriel García Márquez*, Editorial Pliegos, Madrid, 1996, pp. 70. Los siete breves ensayos que componen el libro transcurren entre dos objetivos: el primero, escudriñar en la maestría del narrador colombiano; el segundo, poner en evidencia la irracional relación que existe entre García Márquez y Fidel Castro, según el autor “explicable nada más a la luz del psicoanálisis, del fetichismo del autor de *Cien años de soledad* por los caudillos latinoamericanos”. Leante, narrador cubano, vive en Madrid.

■ MANET, EDUARDO, *Rhapsodie cubaine*, Grasset, París, 1996, pp. 329. Autor dramático y novelista cubano, Manet, exiliado en París, ha obtenido el reconocimiento de la crítica en ambos géneros. Su pieza *Las monjas* ha sido representada en múltiples oportunidades y su novela *L'Île du lézard vert* recibió el premio Goncourt des Lycéens (1992). La obra narrativa de Manet, escrita en francés, ha estado referida siempre a temas cubanos y ha tenido como escenario la propia isla. En este nuevo título, el autor se desplaza a Miami para seguir las peripecias de una familia anticastrista que parece vivir menos de esperanzas que de ilusiones. La novela recibió el premio *Interallié* 1996.

■ MORÁN LULL, FRANCISCO, *Casal à Rebours*, Editora Abril, La Habana, 1996, pp. 172. El autor advierte: “A lo más que aspiran estas páginas es a persuadir al lector de que ya es hora de hacer una lectura de Casal...á rebours”. La obra se construye sobre un discurso en el que el dato biográfico es sólo pretexto para explorar en profundidad al que fuera “uno de los centros de irradiación más auténticos de nuestra sensibilidad”. El autor enseña literatura hispánica en la universidad de Nueva Orleans.

■ RIVERO GARCÍA, JOSÉ, *Soñar en infierno*, Editorial SIBI, Miami, 1996, pp. 156. Novela cuyos “escenarios son las calles y edificios de La Habana Vieja, bellos, pero corroídos por años signados por la indiferencia; sus personajes son jóvenes que se desgastan en busca de una bocanada de oxígeno espiritual”. Rivero García (Cuba, 1947) ha ejercido el periodismo, y ha publicado tres libros de cuentos y dos novelas. Reside en La Habana.

■ ROS, ENRIQUE, *Años críticos: del camino de la acción al camino del entendimiento*, Ediciones Universal, Miami, 1996, pp. 314. El autor, fundador del Movimiento Demócrata Cristiano de Cuba, fue uno de los pioneros en la articulación del movimiento subversivo contra el régimen de Castro. La obra se propone descubrir la que el autor considera zigzagante política del presidente Kennedy hacia Cuba que fluctuó de “una solución no-comunista en Cuba, por todos los medios necesarios”, hasta “el desarrollo gradual de un acomodo con Castro”. Ha publicado: *Girón: la verdadera historia* y *De Girón a la Crisis de los Cohetes*. Vive en Miami.

■ ROSADO, OLGA, *Más allá del recuerdo*, Ediciones Universal, Miami, 1996, pp. 85. Tres relatos comprenden esta obra que “nos trae la levedad de una tristeza aceptada, de un viaje, de un invierno”. La autora, además de compositora de canciones, ha publicado tres libros de narrativa y dos poemarios. Vive en Miami.

■ RUIZ MONTES, LAURA, *Yo también he sido extranjera*, Ediciones Vigía, Matanzas, 1966, pp. 20. Poesía amarga, de corte existencial, que indaga angustiosamente sobre la propia identidad. La autora (Matanzas, 1966), que vive en su ciudad natal, ha publicado cuatro libros de poesía. Dibujos de Ariel López González (Matanzas, 1978).

■ SÁNCHEZ-BOUDY, JOSÉ, *Filosofía del cubano... y de lo cubano*, Ediciones Universal, Miami, 1996, pp. 199. En este libro, el polígrafo cubano Sánchez-Boudy “reflexiona sobre lo cubano y trata de encontrar las características, valores y singularidades que lo conforman. El habla cubana, los refranes populares, las costumbres, la historia, el paisaje, la arquitectura y muchos otros factores los utiliza el autor como puntos de estudio para encontrar la esencia de lo cubano...”. Entre su numero-

sa obra publicada sobresalen los seis tomos de su *Diccionario de cubanismos más usuales*. Es profesor de Literatura Española de la Universidad de Carolina del Norte, Greensboro.

■ SANTOJA, GONZALO, *Un poeta español en Cuba: Manuel Altolaguirre*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1996, pp. 276. Con prólogo de Rafael Alberti, la obra narra la estancia en Cuba del poeta e impresor de la generación del 27. Subraya el autor la calidez con que fue recibido Altolaguirre en La Habana, su trato con los escritores cubanos y su valiosa actividad al frente de las ediciones "La Verónica". (Sobre los avatares de la edición de esta obra consulte VERBUM, Nº 1, p. 159).

■ SORIANO, MANUEL, editor, *Cuba despierta*, Compañía Literaria, Madrid, 1996, pp. 223. El volumen recoge la totalidad de las ponencias presentadas en el Seminario Cuba y la Unión Europea, organizado por la Sección Española de la Asociación de Periodistas Europeos, que se desarrolló en La Habana (nov., 1995). Los temas tratados fueron: "Oportunidades económicas en Cuba", "Cuba en el nuevo orden internacional" y "La proyección informativa". Los ponentes fueron periodistas y políticos cubanos, españoles y del resto de Europa. Entre otras intervenciones, señalamos las de Ricardo Alarcón, Ricardo Cabrisas, Guillermo Gortázar, Wolf Grabendorf, José Javaloyes, Frances Kerry, Carlos Lage, Ernesto Meléndez, Enrique Román, José Salafranca y Carlos Solchaga. Se reproducen los coloquios, lamentablemente limitados a un público formado por periodistas invitados por la Unión de Periodistas de Cuba.

■ TAIBO II, PACO IGNACIO, *Ernesto Guevara, también conocido como el Che*, Planeta, Barcelona, 1996, pp. 860. Prolija biografía del guerrillero argentino abandonado a su suerte en Bolivia. Años de infancia, formación política, éxitos y fracasos en Cuba. Su postura antisoviética. Extenso capítulo sobre su presencia en África, poco divulgada hasta ahora.

■ TÁPANES ESTRELLA, RAÚL, *Nivel inferior y otros cuentos*, Ediciones Universal, Miami, 1996, pp. 169. Se trata de un libro de cuentos, leyendas y relatos varios. El autor combina la ficción con la narración de la memoria personal. El crítico Alberto Baeza Flores ha señalado al autor como "un temperamento

inquieto, curioso y sensitivo". Tápanes Estrella (Matanzas, 1938) vive en Miami.

■ VALDÉS, ZOÉ, *Sangre azul*, Emecé, Madrid, 1996, pp. 183. La autora de *La nada cotidiana* revela en esta novela una escritura lírica. Marcada por una profunda tensión poética, la obra sigue los pasos de la adolescente Attys, primero en Cuba y después en París, inscrita en un espacio onírico y dolorosamente sensual. Finalista del Premio "La Sonrisa Vertical", esta novela muestra una vertiente distinta, más incisiva, de la pujante narrativa de Zoé Valdés (La Habana, 1959). Vive en París.

■ VALDÉS, ZOÉ, *Te di la vida entera*, Finalista del Premio Planeta 1996, Barcelona, pp. 336. "Una novela escrita a ritmo de bolero, algo triste, maldito y sórdido, donde las penas se entremezclan con un difícil pasar por la vida de un personaje y una ciudad. Pero es también una lectura del espacio habanero al que la autora regresa cargada de nostalgia y desencanto. Por eso la novela es también una especie de burla ácida en la que se advierte siempre un tono sarcástico, herido y a veces irónico" (*El País, Babelia*, nov. 9, 1996). "Zoé Valdés se ha decantado por la farsa, por la parodia, incluso por el astracán. Ha dejado fuera de su órbita el realismo veraz, los personajes de carne y hueso, la verosimilitud. Todo se mueve en los parámetros de la mayor exageración, de la Broma con mayúscula, del retorcimiento de formas convencionales hasta que las reglas estilísticas pegan el gran reventón". (*El Mundo, La Esfera*, no. 9, 1996).

■ VV. AA., *Descubre La Habana y su música*, Media Sat Group, Madrid, 1996. Power CD para ser visto en ordenadores PC y Macintosh. Aporta un diccionario en siete idiomas, un glosario de las personalidades más relevantes al margen de la política y un plano de la ciudad donde sitúa sus monumentos, museos y paseos sugeridos.

Convocatorias

INVESTIGACIÓN

■ Premio "Conde de Cartagena". Medio millón de pesetas para el ganador en cada tema. Real Academia Española, Secretaría.

C/ Felipe IV, 4, 28071 Madrid. Tema 1: vocabulario de un área de la ciencia moderna, excepto la económica; Tema 2: régimen preposicional. Hasta el 1 de abril.

■ Premio “Dr. Félix Rodríguez de la Fuente”. Un millón de pesetas para el ganador. Medio millón para el segundo lugar, trescientas mil para el tercero y dos accésit de cien mil pesetas cada uno. Compañía de Seguros Plus Ultra, Plaza de las Cortes, 8, 28014 Madrid. Tema: Estudio de un caso real de desertización producido por la pérdida de una masa forestal. Tratamiento pedagógico. Hasta el 15 de marzo.

■ Premio “María Isidra Guzmán”. Medio millón de pesetas y publicación de la obra. Ayuntamiento de Alcalá de Henares. C/ Santiago Felipe Neri, 1 - 2º, 28801, Alcalá de Henares, Madrid. Tema: Cualquier aspecto humano o científico que aporte conocimientos sobre la mujer. Hasta el 10 de abril.

■ Premio “Fidel Matí”. Cien mil pesetas y publicación de la obra en la revista *Quadernos de Vilaniu/Miscel-lania del AltCamp*, por parte del Instituto de Estudios Vallens. Tema: Siglo xx: el movimiento sindical. Extensión mínima de cuarenta folios y máxima de cincuenta. Hasta el 14 de abril.

■ Premio “Fesabid”. Ciento cincuenta mil pesetas y publicación de la obra. Federación Española de Sociedades de Archivística, Biblioteconomía y Documentación. C/ Joaquín Costa, 22 - 28002 Madrid. Tema: Técnicas biblioteconómicas, documentales y archivísticas. En caso de utilizar una lengua extranjera, el trabajo deberá acompañarse de traducción. Hasta el 30 de abril.

■ Premio “Jordán de Asso”. Setecientas cincuenta mil pesetas para el ganador y dos segundos premios de doscientas cincuenta mil cada uno. Diputación de Zaragoza. Institución *Fernando el Católico*. Plaza de España, 2 (Palacio Provincial), 50071 Zaragoza. Tema: investigación agraria. Extensión mínima de cien folios y máxima de doscientos, con una media de 32 líneas a razón de 70 espacios por línea. La obra ganadora será editada por la Diputación provincial. Hasta el 27 de mayo.

■ Premio “Reina Sofía”. Cinco millones de pesetas para los ganadores español y extranjero, respectivamente. Real Patronato de Madrid, Secretaría General. C/ Serrano, 140,

28006 Madrid. Tema: Prevención de las deficiencias en españoles o en países de lengua española. Las candidaturas deben ser presentadas por academias científicas, universidades o instituciones equiparables. En el expediente de la candidatura se incluirán, por duplicado ejemplar, las publicaciones de las investigaciones o las memorias de los trabajos experimentales que se presentan para su valoración. Hasta el 30 de mayo.

NARRATIVA

■ Premio “Félix Urbayen” de novela corta. Trescientas mil pesetas. Ayuntamiento de Toledo, Negociado de Cultura. Plaza del Consistorio, 1, 45071 Toledo, España. Mínimo de setenta y cinco folios y máximo de ciento cincuenta. Plica con breve currículum del autor. Hasta el 22 de marzo.

■ Premio de nuevos narradores “Escuela de Letras”. Publicación del libro, antítipos de derechos de autor y un objeto artístico. Escuela de Letras. Tusquets Editores, c/ Factor, 5, 28013 Madrid. Mínimo de ciento veinticinco folios. Firmadas. Hasta el 30 de marzo.

■ Concurso de novela “Casino de Mieres”. Medio millón de pesetas y edición de la obra. Casino de Mieres, c/ Teodoro Cuesta, 33, 33600, Mieres, Asturias. Máximo de ciento veinte folios. Las obras no serán devueltas. Hasta el 30 de abril.

■ Premio “Alfonso XIII” de novela. Siete millones de pesetas para el ganador. MadriLeña de Archivos, S. A. (Fundación Rey Alfonso XIII), c/ Mauro, 6, 28002 Madrid. Mínimo de doscientas páginas por duplicado. En la plica se incluirá declaración firmada por el autor en la que se hará constar que la novela concursante no tiene comprometidos los derechos de publicación con ninguna editorial y que tampoco se halla pendiente del fallo de cualquier otro premio. El premio se falla en el mes de noviembre. Hasta el 30 de abril.

■ Premio “Ateneo de Sevilla” de novela. Cinco millones de pesetas en concepto de anticipo sobre los derechos de autor. Ateneo de Sevilla. Secretaría. C/ Tetuán, 7, 41001 Sevilla. Mínimo de doscientas páginas por duplicado. Algaida Editores se reserva los derechos sobre la obra premiada durante un plazo de quince años. Hasta el 30 de abril.

■ Premio “Ateneo Joven de Sevilla”. Un millón de pesetas en concepto de anticipo de derechos de autor. Ateneo de Sevilla. Secretaría. C/ Tetuán, 7, 41001 Sevilla. Mínimo de doscientas páginas por duplicado. Sólo para autores nacidos después del 1 de enero de 1966. Algaida Editores se reserva los derechos sobre la obra premiada durante un plazo de quince años. Hasta el 30 de abril.

■ Concurso “Corpus Christi de Camuñas”. Cincuenta mil pesetas para el ganador. Ayuntamiento de Camuñas. C/ Grande, 42, Camuñas, 45720, Toledo. Máximo de cuatro folios mecanografiados a doble espacio y por una sola cara. Seis copias y firmado. Hasta el 13 de mayo.

■ Premio “José Antonio Gabriel y Galán” de novela. Dos millones de pesetas. Junta de Extremadura. Consejería de Cultura y Patrimonio. Dirección General de Promoción Cultural, c/ Almendralejo, 14 - 2º, 06800 Mérida (Badajoz) España. Mínimo de doscientos folios por quintuplicado debidamente cosidos o encuadernados. En plica (sobre aparte) nota biográfica del autor y declaración firmada de que la obra es rigurosamente inédita y original. La entidad se reserva todos los derechos de autor de la primera edición. Hasta el 30 de mayo.

■ Premios “Jaén” de Narrativa infantil y juvenil. Dos millones de pesetas como adelanto de los derechos de autor de la primera edición. Fundación Caja Granada, c/ Reyes Católicos, 51 - 2º, 18001 Granada, España. Mínimo de ochenta folios y máximo de ciento cincuenta. Enviar originales a: Editorial Alfaguara. División Infantil y Juvenil (Premios Literarios Jaén), c/ Elfo, 32, 28027 Madrid. Hasta el 31 de mayo.

■ Premio “Jaén” de Novela. Cuatro millones de pesetas en concepto de anticipo de derechos de autor de la primera edición. Fundación Caja Granada, c/ Reyes Católicos, 51 - 2º, 18001 Granada, España. Mínimo de doscientos folios y máximo de trescientos por duplicado debidamente cosidos o encuadernados. Enviar originales a: Editorial Debate (Premios Literarios Jaén), c/ Gabriela Mistral, 2, 28035 Madrid. Hasta el 31 de mayo.

POESÍA

■ Premio “Ciudad del Doncel”. Cien mil pe-

setas. Ayuntamiento de Sigüenza, 19250 Sigüenza, Guadalajara, España. Máximo de cinco versos o un tríptico, de tratarse de soneto. Originales por cuadruplicado. Hasta el 16 de marzo.

■ Concurso “Poeta Mario López”. Trescientas mil pesetas para el ganador, setenta y cinco mil para el segundo, y treinta y cinco mil para el tercero. Ayuntamiento de Bujalance. Concejalía de Cultura, 14650 Bujalance, Córdoba, España. Mínimo de doscientos cinco versos para concursar por el primer premio. Para segundo y tercero mínimo de cincuenta versos. Hasta el 25 de marzo.

■ Concurso “Gabriel Celaya”. Cuatrocientas mil pesetas, publicación de la obra y diploma para el ganador y doscientas mil, publicación de la obra y diploma para el segundo lugar. Ayuntamiento de Torrejimeno, Plaza de la Victoria, 2, 23650 Torrejimeno, Jaén. Para escritores de lengua española residentes en España. Entre quinientos y setecientos versos. Originales por sextuplicado. En plica, breve reseña biográfica del autor. Hasta el 29 de marzo.

■ Premio “Ricardo Molina”. Un millón de pesetas en concepto de derechos de autor. Ayuntamiento de Córdoba. Departamento de Cultura y Educación. C/ Capitulares, 1, 14071 Córdoba, España. Entre setecientos y mil doscientos versos. Currículum del autor. Hasta el 30 de marzo.

■ Concurso “Jocs Floral”. Un millón de pesetas. Ayuntamiento de Barcelona. La Rambla, 99 (Palau de la Virreina), 08002 Barcelona. Extensión similar a la de un libro convencional de poesía. Por quintuplicado. Hasta el 11 de abril.

■ Concurso “Vicente Aleixandre”. Doscientas cincuenta mil pesetas para el ganador, ciento setenta y cinco mil para el segundo y ciento veinticinco mil para el tercero. Cadena COPE, Apartado de Correos 127, 28014 Madrid. El premio no podrá declararse desierto. Hasta el 14 de abril.

■ Concurso “Luis Rosales”. Doscientas mil pesetas. Cadena COPE, Apartado de Correos 127, 28014 Madrid. El premio no podrá declararse desierto. Hasta el 14 de abril.

■ Concurso “Dulcinea”. Cincuenta mil pesetas para el ganador y veinticinco mil para el segundo lugar. Acción Cultural Miguel de

Cervantes, c/ Ortigosa, 14-16 - 1º. despacho 1, 08003 Barcelona. Sobre algún personaje que figure en la obra de Cervantes. Entre veinte y cincuenta versos. Los trabajos premiados se publicarán en la revista "Cervantina". Hasta el 15 de abril.

■ Concurso "Rosalia de Castro". Medio millón de pesetas para el ganador y cincuenta mil para un finalista nacido o residente en la provincia. Casa de Galicia en Córdoba. Plaza de San Pedro, 1, 14002 Córdoba, España. Entre trescientos y seiscientos versos. Hasta el 15 de abril.

■ Concurso Internacional "Barcarola". Trescientas cincuenta mil pesetas. Revista Barcarola. Ayuntamiento de Albacete. Apartado de Correos 530, 02080 Albacete, España. Mínimo de seiscientos y máximo de mil versos. Hasta el 17 de abril.

■ Concurso "Alonso Miguel de Tovar" Cincuenta mil pesetas y una flor natural. Ayuntamiento de la Sierra. Plaza de la Constitución, 1, 21220, Higuera de la Sierra (Huelva) España. Máximo de cincuenta versos. Cada concursante sólo podrá presentar un máximo de tres poemas.. Originales por cuadruplicados. Hasta el 21 de abril.

■ Concurso Internacional "Claudio Rodríguez". Un millón de pesetas. Instituto de Estudios Zamoranos, Plaza de Viriato, s/n, 49071 Zamora, España. Plica con declaración formal de que la obra es rigurosamente inédita y que no ha sido premiada en otros concursos. Hasta el 1 de mayo.

■ Concurso "Hispanoamericano". Plaqueta grabada y diploma y otros objetos para los finalistas. Municipalidad del Departamento de San Rafael. Dirección de Cultura. C/ Comandante Salas y Belgrano, 2º piso, 5600 San Rafael, Mendoza, Argentina. Máximo de dos poemas inéditos y que no hayan sido premiados. Entre catorce y cincuenta versos. Hasta el 2 de mayo.

■ Concurso "Cebolla de Plata". Doscientas

cincuenta mil pesetas. Ayuntamiento de Cox, 03350 Cox, Alicante, España. Mínimo de cuatrocientos y máximo de 600 versos. Por quintuplicado. Hasta el 10 de mayo.

■ Premio "Carolina Coronado". Un millón de pesetas. Junta de Extremadura. Conserjería de Cultura y Patrimonio. Dirección General de Promoción Cultural, c/ Almendralejo, 14 - 2º. 06800 Mérida (Badajoz) España. Entre cincuenta y mil quinientos versos. Originales por quintuplicado debidamente cosidos. En sobre aparte, nota biográfica del autor y declaración firmada de que la obra es original e inédita y que no se encuentra sujeta a otros certámenes. Hasta el 30 de mayo.

ENSAYO Y VARIOS

■ Premio "Estudios Cervantinos" de Ensayo. Trescientas mil pesetas. Sociedad Cervantina, c/ Atocha, 87, 28012 Madrid. Tema: la obra de Miguel de Cervantes. Mínimo de cuarenta folios y máximo de cien. Originales por quintuplicado. Hasta el 16 de marzo.

■ Premio "Benito Arias Montano" de Ensayo. Un millón de pesetas en concepto de derechos de autor. Junta de Extremadura. Conserjería de Cultura y Patrimonio. Dirección General de Promoción Cultural. C/ Almendralejo, 14 - 2º, 06800 Mérida, Badajoz, España. Mínimo de ciento cincuenta folios. Originales por quintuplicado debidamente cosidos o encuadernados. No se admiten memorias redactadas para la obtención de un grado académico. Hasta el 30 de mayo.

■ Premio "Diego Sánchez de Badajoz" de Teatro. Un millón de pesetas en concepto de derechos de autor. Junta de Extremadura. Conserjería de Cultura y Patrimonio. Dirección General de Promoción Cultural. C/ Almendralejo, 14 - 2º, 06800 Mérida, Badajoz, España. Originales por quintuplicado debidamente cosidos o encuadernados. Hasta el 30 de mayo.

Cartas a **encuentro**

☒ Por fin tenemos una revista que publica a la vez el informe de Raúl Castro al CC y el informe escrito afuera sobre derechos humanos. Ambos son imprescindibles, como ustedes lo saben. Su revista es magnífica. **Jean-François Fogel** (París)

☒ Me encantó *Encuentro*. ¡Qué clase de revista! No se pueden imaginar lo que significa leerla aquí, en Cuba, cuando ya uno piensa que nadie se ocupa en serio de lo que nos pasa. Es, no sé, como una gran felicidad, así como una cura. Los sábados por la noche se han convertido en una fiesta para mí; la releo cada semana como si siempre fuera la primera vez. **Lourdes Jiménez** (La Habana)

☒ Creo que la revista tiene muy buen nivel y su mayor virtud es que está impregnada de cubanía. Leí íntegro el segundo número y me quedó una especie de deslumbramiento con la ilustración isleña. Y ni hablar de la nostalgia (...) Desde luego que me gustaría publicar en *Encuentro*. Pueden contar conmigo. **Lisandro Otero** (Ciudad México)

☒ He leído el número 1 y me ha gustado mucho, además parece tener fuerte influencia como indica la reacción de la Isla oficiosa. **Carmelo Mesa-Lago** (Pittsburgh)

☒ Deseo que *Encuentro* siga dando los excelentes resultados mostrados en su primer número. **Jesús J. Barquet** (New Mexico)

☒ Queridos amigos de *Encuentro*: Mi devota admiración por la revista (...) Me parece el esfuerzo más serio y ecuménico desde los tiempos de *Orígenes*. **Andrés Reynaldo** (Miami)

☒ He leído de rabo a cabo el segundo número de nuestra revista y me parece extraordinario. De veras. Se los juro por mi madre. *Encuentro* va ganando en peso específico, inteligencia, balance y puntería editorial. Dieron en el centro del blanco. La entrevista de Efraín a Gastón Baquero es, ya para siempre, un texto fundamental de la literatura cubana. **Eliseo Alberto** (Ciudad México)

☒ Felicidades por la revista. Con lectura incompleta aún, veo puntos altos en Eliseo Alberto y González León, y puntos bajos ante, no la inclusión sino la ingenuidad y reverencia frente a un personaje de tan acabada duplicidad como Titón, y en general, el ICAIC. **Fernando Villaverde** (Miami)

☒ Quiero felicitarlos por *Encuentro*, de verdad me parece excelente. Cuando se la tiene en la mano uno se da cuenta de la falta que hacía una publicación como ésta. El artículo de Marifeli Pérez-Stable me gustó muchísimo, no sólo en lo referido a la “crisis de las avionetas” y sus consecuencias sino también en su análisis estructural del sistema político. También el ensayo de Rafael Rojas me pareció extraordinario, al igual que la entrevista con Gutiérrez Alea, cuya muerte deja un vacío terrible. **Bert Hoffmann** (Hamburgo)

☒ Más adelante les haré llegar un trabajo para *Encuentro* (quiero decir, para nuestro *Encuentro*). La revista es muy buena (quizá se le deban cambiar algunas cosas), pero es muy buena, y sólo por esta razón debe seguir adelante. **A. C. Aguilera** (La Habana)

☒ He visto en La Habana el primer número de *Encuentro*. Me gustó mucho el equilibrio y la diversidad de esta revista. Quisiera suscribirme e interesar a otras personas e instituciones en Holanda. **Kees van Kortenhof** (Holanda)

☒ He recibido su primer número, me encantó su impecable publicación, la calidad del material, su estilo (...) y el que permita la existencia de un forum más amplio del que estamos acostumbrados. Impresionante es la palabra. **Mariela A. Gutiérrez** (Canadá)

☒ Mil gracias por la revista *Encuentro*. Los felicito, es lo mejor que he visto en cuanto a una publicación periódica se refiere. La postura política de ustedes es también muy encomiable. Ya es hora de que la razón prevalezca. **Mariano Domínguez** (Miami)

COLABORADORES

- Holly Ackerman**, (Fulton, Nueva York, 1946). Profesora universitaria. Especialista en la emigración cubana hacia Estados Unidos. Reside en Nueva Orleans.
- Rafael Almanza**, (Camagüey, Cuba). Economista y escritor. Premio *Razón de Ser*. Reside en Camagüey.
- Guillermo Avello Calviño**, (La Habana, 1964). Fotógrafo y periodista. Reside en Madrid
- Gastón Baquero**, (Banes, 1918). Poeta, ensayista y periodista, pertenece a la generación de *Orígenes*. En 1995 publicó los volúmenes *Poesía y Ensayos*, que recogen su labor en estos géneros. Reside en Madrid.
- Antonio Benítez Rojo**, (La Habana, 1931). Escritor y profesor universitario. Premio Casa de las Américas, 1968. Reside en Estados Unidos.
- Fernando Carvallo**, (Perú). Escritor y periodista. Reside en París.
- Manuel Díaz Martínez**, (Santa Clara, 1936). Poeta y periodista. Premio UNEAC de poesía 1968. Reside en Las Palmas de Gran Canarias.
- Eliseo Diego**, (La Habana, 1920 - México, 1994). Poeta. Miembro fundador del grupo Orígenes. Premio Juan Rulfo 1993. Su antología *La sed de lo perdido* (Ed. Siruela, Madrid, y Ed. del Equilibrista, México, 1993) recoge lo más importante de su obra.
- Josefina de Diego**, (La Habana, 1951) Economista y escritora. Ha publicado *El reino del abuelo*, 1993.
- René Depestre**, (Haití, 1926). Poeta y ensayista. En la actualidad prepara sus memorias. Reside en Francia.
- Walker Evans**, (Estados Unidos, 1903-1976). Fotógrafo de la escuela documental norteamericana. Es célebre su libro *Havana 1933*.
- Luis García Fresquet**, (La Habana, 1946). Dibujante, diseñador y caricaturista. Reside en Madrid.
- Luis Manuel García**, (La Habana, 1954). Escritor y profesor. Premio Casa de las Américas. Reside en Jaén, España.
- Pere Gimferrer**, (Barcelona, 1945). Poeta. Premio Nacional de Poesía 1970. Reside en Barcelona.
- Julio Girona**, (Manzanillo, 1914). Pintor, escritor y poeta. Reside en La Habana.
- Manuel Iglesia-Caruncho**, (España). Economista. Coordinador General de la Cooperación Española en Cuba de 1991 a 1994. Reside en Madrid.
- Cedey de Jesús Rojas**, (Camagüey, 1960). Pintor. Reside en La Habana.
- Lázaro Jordana**, (Trinidad, 1957). Pintor y dibujante. Reside en París, donde dirige la revista *Trazos de Cuba*.
- José Kozar**, (La Habana, 1940). Poeta y profesor universitario. Reside en Nueva York.
- Rolando López Dirube**, (La Habana, 1928 - San Juan de Puerto Rico, 1997). Escultor, pintor y grabador.
- Noemí Luis Gutiérrez**, (Sancti Spíritus, 1967). Ensayista y Filóloga. Reside en Madrid.
- Pedro Marqués de Armas**, (Cuba). Poeta. Miembro del *Proyecto Diáspora (s)*. Reside en La Habana.
- Julio E. Miranda**, (La Habana, 1945). Escritor e investigador de cine. Reside en Mérida, Venezuela.
- Carmelo Mesa-Lago**, Economista cubano. Director del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Pittsburgh. Su último libro es *Breve historia económica de la Cuba socialista* (Madrid, 1994).
- Álvaro Mutis**, (Colombia, 1923). Poeta y narrador. Reside actualmente en México.
- Omar Pérez**, (Cuba). Poeta. Miembro del *Proyecto Diáspora (s)*. Reside en La Habana.
- Ricardo Alberto Pérez**, (La Habana, 1961). Poeta. Miembro del *Proyecto Diáspora (s)*. Reside en La Habana.
- Carlos Pérez Ariza**, (Málaga, 1947). Periodista, narrador y profesor de escritura de guiones para cine y televisión. Premio Iberoamericano de Periodismo, 1990. Reside en Madrid.
- José Prats Sariol**, (La Habana, 1946). Ensayista y narrador. Reside en La Habana.
- Tania Quintero**, (Cuba). Periodista, miembro del movimiento de prensa independiente en Cuba. Reside en La Habana.
- Ángel Rodríguez Abad**, (Londres, 1961). Jefe de Redacción de *Versión Celeste. Revista de Libre Creación*. Reside en Madrid.
- Guillermo Rodríguez Rivera**, (Santiago de Cuba, 1954). Poeta y profesor universitario. Autor de *Sobre la historia del tropo poético*, 1985. Reside en La Habana.
- Rafael Rojas**, (La Habana, 1965). Historiador y ensayista. En la actualidad reside en México.
- Rolando Sánchez Mejías**, (Holgúin, 1959). Poeta, narrador y ensayista. Director del *Proyecto Diáspora (s)*. Reside en La Habana.

Enrico Mario Santí, (Cuba). Escritor y profesor universitario. Reside en Estados Unidos.
Baruj Salinas, (La Habana). Pintor y grabador. Reside en Estados Unidos.
Carlos Solchaga, (Tafalla, 1944). Economista, ex ministro de Economía y Hacienda.

Presidente del Consejo Editorial de las publicaciones *Expansión* y *Actualidad Económica*, del Grupo Recoletos. Reside en Madrid.

Osbel Suárez Breijo, (Pinar del Río, 1970). Crítico de Arte. Reside en Madrid.

D I S T R I B U I D O R E S

Alicante

DISTRIBUCIONES ALBA, S.L.
Pintor Otilio Serrano, 25
03010 Alicante
Tel.: (96) 525 83 46

Murcia, Albacete

DISTRIBUCIONES ALBA, S.L.
Floridablanca, 69
30002 Murcia
Tel.: (968) 26 73 90

Valencia, Castellón

ADONAY, S.L.
Castan Tobeñas, 74
46018 Valencia
Tel.: (96) 379 31 51

Sevilla, Córdoba, Huelva, Cádiz, Ceuta,

Campo de Gibraltar
CENTRO ANDALUZ
DEL LIBRO, S.A.
Polígono La Chaparrilla,
parcela 3436
41016 Sevilla
Tel.: (95) 440 63 66
Fax: (95) 440 25 80

Asturias

DISTRIBUC. CIMADEVILLA
Polígono Industrial Nave 5
Roces, 33211 Gijón
Tel.: (98) 516 30 96

Madrid, Toledo, Cuenca, Ciudad Real, Guadalajara

DISTRIFORMA, S.A.
Abtao, 25, patio interior
28007 Madrid
Tel.: (91) 501 47 49

País Vasco, Santander

UMBE, S.L.
Novia Salcedo, 10
48012 Bilbao
Tel.: (94) 427 43 32

Valladolid, Salamanca, León, Segovia, Palencia, Zamora, Avila, Burgos

LIDIZA, S.L.
Avda. de Soria, 15, La Cistérniga
47193 Valladolid
Tel.: (983) 40 13 18

Cataluña y Baleares

DISTRIBUC. PROLOGO, S.A.
Mascaró, 35
08032 Barcelona
Tel.: (93) 456 20 00

Canarias

LEMUS DISTRIBUCIONES
Catedral, 29
38204 La Laguna
Tenerife, Canarias
Tel.: (922) 25 32 44

Aragón, La Rioja, Soria, Navarra

ICARO DISTRIBUC., S.L.
Polígono El Plano, calle A
nave 39
50430 María de Huerva
Tel.: (976) 12 63 33

Granada, Almería, Jaén, Málaga, Melilla

NADALES LIBROS, S.L.
Camino Bajo, 25
18100 Armilla, Granada
Tel.: (958) 55 00 80

Galicia

M. ALONSO LIBROS
Via Faraday, 41 bis
Polígono del Tambre
15890 Santiago de Compostela
La Coruña
Tel.: (981) 58 86 00

E X P O R T A D O R E S

DELMO LIBROS
Conde de Romanones, 5
28012 Madrid
Tel.: (91) 369 45 32
Fax: (91) 369 44 61

CELESA
Moratines, 22, 1º B
28005 Madrid
Tel.: (91) 517 34 81
Fax: (91) 517 34 81

EN PRÓXIMOS NÚMEROS

HOMENAJE A JOSÉ TRIANA



ALAN WEST

Los paradigmas perdidos



MANUEL DÍAZ MARTÍNEZ

El Caso Padilla



RAFAEL ROJAS

Del espíritu al cuerpo de la nación



ANTONIO JOSÉ PONTE

Poemas



FIDEL SENDAGORTA

Iniciaciones cubanas



MADÉLINE CÁMARA

Hacia una utopía de la resistencia